

Meliel Cross

El hijo de la Diosa



Saga La Sociedad de asesinos

Lectulandia

Ser el hijo prodigio de la diosa más venerada en los últimos siglos es más que un peso para el centinela Nicolás Ikkar.

Imposibilitado de dar a conocer quién es en realidad, se encuentra acorralado ante la inminente venida de los ángeles, que podrían romper la paz que su madre ha impuesto. ¿Podrá mantener a los seres, nacidos de la oscuridad a raya? ¿Podrá prepararlos para luchar contra los ángeles?

La Sociedad de Asesinos deberá prepararse para la guerra, lo que podría ser una lucha sin trincheras entre el Cielo y la Tierra nunca antes vista. Una lucha donde sus protegidas, e incluso su madre, se podrían ver envueltas en una batalla que terminará con muchas vidas... Pero, sobre todo, humanas. La lucha se avecina y ni el mismo Nicolás cree que podrá mantener el orden.

Puede que su búsqueda los lleve a terrenos que ni el mismo hijo de la diosa quiera pisar. Todos deberán luchar para mantenerse con vida y poner sus almas en ello si es que esperan ver el próximo anochecer.

Todo lo que conocían ha quedado atrás. Ahora la única pregunta que pueden hacerse es: ¿quién es tu aliado y quien es tu enemigo? ¿Acaso podrá una mujer ser la clave para que el centinela Ikkar mantenga su cordura y no se vuelva asesino sangriento? Esas son preguntas a las cuales ni la bella Vatur se atreve a aventurar una respuesta.

Lectulandia

Neliel Cross

El hijo de la Diosa

La Sociedad de Asesinos - 2

ePub r1.0

macjaj 08.10.14

Título original: *El hijo de la Diosa*

Neliel Cross, 2013

Editor digital: macjaj

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Algunas palabras

En primer lugar, quiero agradecer a todos los que apostaron por esta historia. A ustedes, mis lectores que leyeron y comentaron, los que me transmitieron cada uno de sus pensamientos por Facebook, Twitter, Amazon y tantos otros. ¡Gracias por el apoyo! Espero disfruten el libro dos de *La Sociedad de Asesinos* y estaré a la espera de todo lo que tengan que decir.

Por supuesto, también agradezco a mi familia por soportar mis ratos de encierro, por soportar cada uno de los momentos por los que paso cada vez que escribo una historia. Los quiero a todos.

A las correctoras de este libro, que han caído como dos ángeles del cielo, a *Cora* y *Maisa*. ¡Son geniales! Nunca podré decirles «todos» los gracias que se merecen.

Y, como siempre, a mis amigas que, en cada rincón del mundo, son las primeras en festejar todo lo que hago.

Son lo máximo, mis queridas asesinas, gracias por estar siempre.

En el nombre de Vatur, guíanos a la eternidad

Eran las diez de la mañana y el sol brillaba en lo alto. Había recorrido la mansión de punta a punta sin poder dejar de replantearme una y otra vez lo que había hecho hace días atrás. Algo de lo que tal vez, algún día, me arrepentiría. Después del ataque, la ciudad era un caos. La S.A. había logrado contener el desastre a tiempo, pero las autoridades humanas estaban recelosas de nosotros. Por suerte, todo había sido aclarado y las cosas se iban calmando de a poco.

Hero estaba demasiado inquieto e inseguro después de la pelea; no lo demostraba, y menos a Sal, pero yo podía sentirlo. Habíamos hablado con él durante horas. Intentaba explicarle su nuevo don, hacerle entender que podría ayudarnos a todos. Una noche me dijo: «*Tal vez la diosa me ha abandonado, o tal vez se ha olvidado de todos nosotros*».

¡Debía ayudarlo! Él incluso se había planteado abandonar la S.A. y no podía permitirlo. Sal no me lo perdonaría nunca. Tenía que encontrar un modo de que confiara en mí, que entendiera que, a veces, la diosa tiene misteriosas formas de actuar, pero que no nos había abandonado. Él era muy hábil, uno de los mejores, y yo sabía de antemano que no podría conformarlo con explicaciones burdas y simplonas, que debía mostrarle algo sólido. Algo que comprobara que aquello por lo que luchábamos no era un capricho, y eso sería la mayor muestra de confianza que podía darle. Unos días atrás, lo había llamado y lo conduje a mi habitación, el único sitio que nadie más conocía. Le mostré viejos escritos sobre mi civilización, la de mi madre y mi hermana. Cosas que no le había mostrado a nadie, *nunca*. Si bien no había nada en esos papeles añejos que me delatara, el nerviosismo me había colmado por completo cuando Hero comenzó a inspeccionar los manuscritos. Había perdido el hábito de confiar en los demás, en mostrarme a los otros sin miedo a que alguien saliera lastimado. Después de que se marchó, me invadió la duda y me pregunté cuánto me conocían mis asesinas. ¿Acaso alguien me conocía? No lo sabía a ciencia cierta, pero con Hero no había tenido más opciones, pues necesitaba imperiosamente que creyera en la causa de mi madre y, aunque parezca extraño, aun para mí, quería que él confiara en mí.

Cualquier persona normal me hubiera bombardeado a preguntas, pero no Hero. Cuando trabajamos juntos durante los días posteriores, había esperado algún atisbo de curiosidad, aunque esas preguntas nunca llegaron. Aún no lograba descifrar si era porque no había entendido nada de lo que había visto o en realidad había entendido todo. *No lo sabía*. Hero no era como los demás. No contaba sus pensamientos, casi no hablaba de sí mismo, tan solo trabajaba de forma eficiente como una máquina. Eso

me ponía los pelos de punta. Automáticamente me pasé una mano por el cabello y noté que estaba un poco más crecido que lo habitual, pero después de lo que había ocurrido, cortármelo era el menor de mis problemas. Lentamente, me alejé de la cocina, recorrí el pasillo con calma y me arrastré agotado hasta el ala más desolada de la casa.

Subí las escaleras con cierta languidez y miré hacia la puerta de entrada. Me detuve un momento en el descanso y apoyé las manos en la barandilla que daba a la fabulosa entrada de dos pisos, donde colgaba una araña de cristal de unos tres metros. La observé con detenimiento pensando que había olvidado la cantidad de años que llevaba viviendo en esta hermosa casa. La araña fue lo primero que coloqué cuando llegué, era uno de los pocos vestigios de mi civilización lemuriana que podía mostrar sin temor a ser descubierto. Todos admiraban aquella rara y majestuosa pieza, pero ninguno conocía su historia, el poder inmenso que la había creado. Adoraba ver los colores que creaba por la mañana, la conjunción del cristal y los rayos del sol me traían viejos recuerdos de un mundo totalmente diferente al que conocía.

Si entrecerraba los ojos, podía imaginar a mi madre allí, entre los lemurianos, contándoles historias, hablando con ellos del poder de la creación. La tristeza se agolpó en mi pecho. Los humanos no aprecian al sol como deberían, cubren los cielos con grandes edificios, con el esmog, no saben lo que es vivir en la oscuridad, tener que recluirse en las sombras y desear, como un sediento ansía el agua, que el sol toque tu piel. Suspiré cansado, alejando los pensamientos tristes. Estaba demasiado agotado como para pensar en eso ahora. Aún mis energías no volvían por completo. Había curado a Hero los días previos a la batalla, pero, si él seguía vivo, era gracias a mi hermana que había sanado la mayor parte de sus heridas. Y aun sabiendo que mis energías eran escasas, no había dudado en curarla a ella también cuando la vi lastimada. Es mi hermana. Me consolaba pensar que estaba viva y dormía segura en mi habitación, al resguardo de cualquier ataque. Sus heridas eran graves, pues los ángeles que la habían atacado cuando estaba junto a Phill se habían asegurado de desgarrar los músculos que sostenían sus alas, de modo que no pudiera seguirlos por mucho tiempo. Lo único bueno que había sacado de esta batalla era ver a Irizadiel, eso me había iluminado el alma. No la veía hace siglos, ni siquiera podía contabilizar cuántos. Recuerdo que fue justo después de que los atlantes destruyeran parte de la Tierra, cuando mi madre, disgustada, regresó a sus aposentos en el reino en las alturas, y mi hermana fue reclamada por los ángeles. Esa fue la última vez que la había visto. Lucía tan cambiada la niña con la que había correteado; ahora, la hermosura que ella desplegaba podría cegar a un dios o a un semidiós como yo.

Me arrastré con un paso lento hasta la zona menos concurrida de la mansión, pues necesitaba descansar, estaba física y mentalmente extenuado. Después de la batalla, tras la noticia de la desaparición del nefilim, Sal había salido en su búsqueda, a mis

espaldas, y yo no había podido detenerla. Una parte de mi entendía su necesidad de encontrarlo. La había dejado ir a regañadientes, pero esta vez me había adelantado y había enviado a Carim y a Eva con ella. Debía admitir que Hero no estaba del todo feliz con mi decisión, pero él tampoco era nadie para retenerla; aún no la había marcado. Cuando volvieron, habría querido regañarla, pero en cuanto la vi no pude hacer más que consolarla. Se veía abatida, al igual que Irizadiel, incluso lloraron juntas un buen rato.

Me fui a mi cuarto y en cuanto entré me quedé helado. Irizadiel dormía boca abajo con sus alas desplegadas, su cabello desparramado sobre la cama como lenguas de miel esparciéndose a raudales, tenía una mano cerca de la cara y la expresión pacífica. Su cuerpo estaba sanando, de a poco. Pronto sus músculos estarían fuertes para volar. Habían pasado dos semanas desde el ataque, todo estaba tranquilo por ahora, aunque en mis entrañas sabía muy bien que eso no dudaría mucho. Nunca lo hacía.

Sonreí de lado cuando noté una leve sonrisa en sus labios. Todo esto era muy extraño para mí, nunca nadie había entrado en este cuarto. Era mi lugar, casi como una parte de mi alma. Estaba lleno de recuerdos de MU, viejos cuadros, tablillas con historias que había recuperado de un viejo paleontólogo que conocí siglos atrás. Cada una de esas cosas me hacía sentir en casa.

Me desabroché los botones de las mangas de la camisa intentando apartar el cansancio que me abrumaba. Aún había cosas que me inquietaban, cosas que no sabíamos. Por ejemplo, no tenía la mínima idea de por qué Hero comenzó a ver fantasmas y a sentir a los ángeles y caídos. Debía de ser alguna nueva habilidad que había despertado, o algún don que mi madre le había entregado. Pese a todo lo que había investigado, no encontré pruebas de algo parecido. Hero, por su parte, no lo estaba tomando muy bien que digamos y me negaba a dejarlo solo en esto. Se había vuelto alguien cercano a mí, algo parecido a un amigo, y eso me agradaba. No pensaba dejar que se entregara a la locura.

Atravesé el cuarto sin hacer ruido para no despertar a Irizadiel. Abrí lentamente las puertas acristaladas que daban al balcón y tomé una gran bocanada de aire con sabor a perfume floral. Sonriendo, me adentré en el recinto lleno de plantas. Mi madre había tomado el hábito de reunirse conmigo en este lugar. Le gustaban las flores que crecían en las grandes macetas, por eso me esmeraba para que siempre estuvieran florecidas. Las plantas me recordaban a los jardines de Lemuria, donde no había cercos ni límites; donde todos vivíamos en paz y armonía, no había familias en MU, ya que todos eran hijos de todos, hermanos de todos, hijos de una única madre que amaba y veneraba a sus hijos dándoles las más bellas enseñanzas.

Una punzada de dolor me atravesó el pecho y sentí un nudo en el estómago. Todo eso se había perdido cuando los atlantes se creyeron dioses y jugaron con algo que

nunca debió llegar a sus manos. Recordaba, como si fuera ayer, la noche en que el cielo se tiñó de colores brillantes: primero, se volvió de color blanco, como si un gran relámpago lo hubiera surcado de lado a lado; después, de a poco, se fue volviendo rojo y, luego, una luz cegadora nos cubrió matando a casi todos. Pocos se salvaron. Un día soleado la diosa había anunciado el triste presagio y los había alentado a huir por sus vidas. Los que se fueron llevaron consigo las enseñanzas de la diosa, pero ella no abandonó MU. Ni ella ni nosotros. Nos quedamos allí esperando el final. Los que habían huido se escondieron en las tierras bajas del sur. Sabíamos que no había esperanzas. Los atlantes se habían equivocado y todos pagaríamos por eso. Sabiendo que el final se acercaba, los lemurianos nos tomamos de las manos y mi madre se unió a nosotros llorando por el destino de la civilización que tanto amaba. Irizadiel y yo la imitamos. Entonamos un bello canto que hablaba de amor, de paz y allí, al borde del mar, presenciamos el fin de la civilización de MU... Cuando llegó, arrasó con todo, menos con nosotros tres como testigos. Vatur lloró durante horas de rodillas en la arena y cuando su llanto cesó nos elevó hasta sus condominios, más allá de los ojos del hombre.

Cerré las puertas detrás de mí dejando atrás el dolor por mi gente y me dirigí hacia las exóticas rosas Osirias entregadas a mi madre por el dios egipcio Osiris. Los colores se extendían en todo su esplendor, las plantas hacían lucir este lugar como una selva tropical. Me agaché para acariciar uno de los pétalos, tan frágiles y hermosos como las alas de mi hermana. Sabía que sus heridas cerrarían, aun la herida que más me preocupaba, aquella herida que no podía ver, pero no estaba seguro de haberla sanado por completo. La pérdida de Phillippe era una llaga que no podía curar. Pocos dioses menores podían curar a un ángel, pero yo no era solo un dios menor, era el dios menor, hijo de la diosa Vatur y de un mensajero de los dioses que había embaucado a su madre para engendrarme. *Genial combinación*. Nunca le había contado a nadie cuáles eran mis poderes, mucho menos quién era. Aunque, a decir verdad, lo único que sé a ciencia cierta es quién soy. Nunca había logrado dominar por completo lo que creía que eran mis poderes, pues muchos de ellos se habían desarrollado con los años sin que me diera cuenta, incluso algunos se habían potenciado más que otros, sin que realmente supiera cómo lo había hecho. Tomé una regadera y la llené con agua fresca, comenzaba a sentirme mejor mientras dejaba que la energía natural de las plantas me revitalizara. Comencé a rociar cada una de las macetas paulatinamente. Era un acto tan terrenal que, por un momento, me hacía olvidar la carga que llevaba sobre mis hombros, porque nadie sabía mejor que yo que ser un semidiós no era todo diversión.

Ahora la casa estaba tranquila. Zell estaba muerto, pero aún no sabía quién era. ¿Quién lo había enviado a matar a Salomé? No dudé de la colaboración de mi padre. Él debía de estar detrás de todo esto. Estaba seguro. Me acerqué a un rincón cerca de

la puerta y encendí la pequeña radio; era antigua, pero funcionaba. El silencio comenzaba a agotarme también, todos dormían, menos yo. Siempre era así. Porque los dioses no duermen, los semidioses tampoco lo hacen, y ese era uno de mis secretos, el cual, personalmente, pienso que es una mierda. Estaba claro que los dioses son jodidamente controladores, por eso nunca dormían. Lo que nunca entenderé es por qué sus hijos no podemos dormir por más cansados que nos encontremos. Pasar una noche despierto está bien, pero pasar la eternidad del mismo modo no es divertido. Pocos saben sobre mis noches solitarias, uno de ellos era Clif, mi mayordomo y mano derecha en la casa. Él es el encargado de proveerme de cuanto juego y tecnología encuentre para evitar mi aburrimiento.

Cuando terminé de regar cada una de las macetas, me senté en el banco de madera con las piernas abiertas, apoyé los codos en las rodillas y elevé el rostro hacia el cielo, disfrutando del único lugar donde el sol se cuele entre las plantas mientras sonaba la canción de María Callas. *La Traviata* invadía el lugar. Cerré los ojos y me preparé serenamente para hablar con mi madre.

—Madre —murmuré suavemente cerrando los ojos. Siempre lo hacía cuando la llamaba y la diosa respondía y esta vez no fue distinta. La vi centellear en la oscuridad y sonreí.

Vatur estaba vestida con un hermoso vestido negro, con cuencas blancas desperdigadas sobre la tela como si fueran la noche y las estrellas. Sus ojos, de increíbles tonos negros y grises, se enmarcaban en su cara con forma de corazón, una mezcla de muchas razas sin representar a ninguna. Volví a sonreír y abrí los ojos.

—La he encontrado —susurré sonriendo. La diosa me observó alegre, desvió su mirada hacia el cielo y, como no habló, esperé paciente. Era consciente de que debía de estar escuchando más allá de mi voz. Nunca había comprendido cómo había mantenido su cordura oyendo tantas voces a la vez, tantas súplicas y pedidos. Con los años, había descubierto que podía oír los pensamientos de mis asesinas, y no se lo había confesado porque tampoco era un don constante. Era algo extraño, como si mi mente se abriera tan solo a cosas que debía escuchar. Ahora, mirando a la mujer que me había traído al mundo, podía vislumbrar parte de la carga que significaba ser la diosa de los *oscuros*. La diosa que había visto morir a su pueblo y, aun así, nunca había tomado venganza contra el panteón atlante. Bajó sus ojos hacia mí, aún sonriendo. Quería preguntarle qué había oído. Pero sabía la respuesta: *El futuro es cambiante. Tan cambiante que hay cosas que ni yo me atrevía a compartir.*

—Lo sé, Nicolás —musitó con una sonrisa aún más amplia que llegó a sus ojos, y mi corazón se avivó.

Ante la seguridad que mi madre me brindaba, sentí mi confianza caer en picada y me retorcí las manos. Siempre me sentía como un niño en su presencia. Nunca nadie me había visto dudar, ¡no podía permitírmelo! Pero ella era mi madre y cada una de

mis dudas se reflejaba en mi rostro como si fuera un cristal. Mi semblante demostraba la amargura y la incertidumbre que sentía.

—¿Qué debo hacer? Estoy perdido madre —balbuceé cabizbajo. Era duro para mí confesárselo.

—Nunca has estado tan nervioso como ahora —dijo, y le eché un vistazo rápido. Ella arrugó la frente frunciendo el ceño, como si buscara entender mis palabras y me estudió unos segundos sin decir nada. Me froté las manos pensando en cómo empezar a explicarle la maraña de sentimientos que me abrumaban—. ¿Por qué ahora? —Preguntó.

—No lo sé, simplemente... —¿Qué diría? Sabía que Irizadiel estaría aquí por poco tiempo, Sal había conseguido una pareja y las demás seguirían su camino. ¿Qué ocurriría si ellas decidieran abandonar la S.A.? ¿Qué haría yo? Era ilógico, pero después de tantos siglos me sentía solo. *Estoy solo*, confirmó mi voz mental y cerré los ojos buscando componer mi postura.

—Te sientes solo —susurró Vatur, la dulzura colándose en cada una de sus palabras, y asentí sin ser capaz de mirarla a los ojos. Ella, al igual que yo, podía oír cosas. Podía escuchar todo aquello que no me atrevía a decirle y, aun así, esperaba paciente a que le contara mis miedos. Pero ¿cómo podía alguien como yo caer en la miseria mundana de sentirme solo? Pensé en mi padre y la pena me agarrotó el estómago.

—No te sientas mal por eso... —sus palabras eran compasivas y bondadosas, la sensación de amor me inundó el alma, levanté la mirada y vi su expresión calma y comprensiva.

—¿Es mundano sentirme así, madre! Es casi una bajeza y te pido perdón —gruñí enojado conmigo. Bajé nuevamente la cabeza clavando los ojos en el suelo. ¿Por cuántas cosas había pasado ella y, sin embargo, nunca había caído? Incluso dejó ir a sus hijos para seguir su destino y ni siquiera una vez me había reclamado nada.

—¡Oh, Nicolás! —Susurró haciéndose eco de mis pensamientos—. No hay nada malo en sentirse mal por estar solo. —Ella avanzó frente a mí, se agachó hasta quedar a la altura de mis ojos y me acarició la mejilla como cuando era un niño.

—Sí, puede ser —concedí—. Pero no hay nada bueno en pensarlo cuando sabes que no cambiará. —Solté una risita amarga, y ella me observó entrecerrando los ojos y una pequeña sonrisa pendiendo de sus labios.

—Nunca has dudado de mi palabra, ¿por qué ahora? —Sentí su energía rozándome, acariciándome y envolviéndome.

—¡No dudo de tus palabras, madre! —Admití—. Dudo de mi fortaleza. Me siento perdido —confesé. ¿Qué estaba sucediendo? Había puesto en peligro a las chicas por creer que sabía lo que debía hacer, cuando los destinos planeaban otra cosa.

Mikela era algo que me enfurecía. Algo que no había esperado. ¿Qué habría hecho si hubiera matado a Sal? ¿Qué hubiera pasado si Eva o Carim hubieran caído gracias a la bruja? No lo sé.

No podía perdonármelo, aunque ellas no habían recriminado mi comportamiento ni me habían cuestionado. Comprendía el riesgo que había corrido al descuidarme y confiar.

—Es por Salomé, ¿cierto? —Preguntó mi madre y moví la cabeza afirmativamente. *Lo era y no lo era*, no podía explicarme. Vatur se levantó de forma calmada, se alejó unos pasos y me estudió. Pude ver en sus ojos cómo resonaba en ella mi dolor, tomándolo como propio. Extendió su mano hacia mí, pero se detuvo a unos centímetros de mi hombro. Pocas veces había hablado con ella con tanta franqueza, y aquí estaba yo, contándole nimiedades como un niño caprichoso.

—Ella era mi razón para estar aquí y ahora ya no me necesita —mascullé amargado y, al momento en que me oí decirlo en voz alta, comencé a reírme de mí mismo. Sonaba como un viejo acabado, con solo unos siglos de vida. Eché un vistazo a mi madre y se unió a mí con una risilla suave.

—Nicolás. —La vi sonreír—. ¿Cómo puedes pensar eso? —Su figura fantasmagórica se sentó a mi lado. La diosa no poseía un cuerpo físico en este mundo. Tan solo era como un holograma o algo parecido a ello. Un holograma con la energía de un huracán F5 capaz de devastar la tierra si se lo proponía.

—Ella está con Hero ahora... —dije—. Pero no confundas mis palabras, madre. —La estudié un momento antes de seguir—. Mi amor por ella es más puro que el amor de él. No es mejor ni peor, solo que ella...

—Era la razón para estar en la Tierra —señaló completando mis pensamientos.

—Me he sensibilizado —protesté, me rasqué la cabeza y bufé—. Casi me he vuelto como un tonto humano. —Sacudí nuevamente la cabeza y apoyé los antebrazos en las rodillas. Vatur me acarició la espalda en un gesto de comprensión, haciéndome sentir peor aún. ¿Qué era lo próximo que haría? ¡Largarme a llorar!

—No juzgues a los humanos, hijo mío, en el futuro... —dijo con una pausa enigmática como solo ella podía hacerlo— no sabes si necesitarás de ellos... Además, ¿quiénes somos nosotros para juzgarlos? —Traté de memorizar sus palabras. Al fin y al cabo, era como un joven adolescente junto a ella. Su rostro reflejaba sabiduría y nuevamente se detuvo mirando algo a la lejanía, lo pensó un momento y continuó—: Has aprendido a amar. —La observé acomodando la barbilla en las manos—. ¿Qué hay de malo en eso? —Ella me miraba sin juzgarme. Siempre

sin juzgarme. Frente a ella no debía actuar como con los demás, mi madre era la diosa, pero por sobre todo era mi madre. Sonreí sabiendo que ella me comprendía—. Has aprendido de la pérdida y la alegría, el dolor y los celos. ¿Qué hay de malo en ello? Dime. —Ella esperó mientras yo intentaba aclarar los pensamientos.

—Mi deber. —Solté todo el aire en los pulmones antes de seguir—. Todo eso se interpone en mi deber..., te estoy fallando. —Vatur batió sus largas pestañas y retiró la mano que me acariciaba la espalda—. Mi puesto requiere más de mí que lo que puedo dar. —La carga en mis hombros cada vez crecía más. No podía evitarlo. Había ángeles involucrados y sabía lo que significaba. La primera ofensiva de los ángeles había provocado muchas bajas, había dejado al mundo en ruinas y a los oscuros al borde de la extinción.

—Los sentimientos te hacen fuerte, Nicolás. —La miré confundido cuando con sus palabras desbarató todo lo que pensaba—. Ellas, incluso él, el vampiro que albergas en tu casa confían en ti, en tus decisiones. No puedes controlar todo lo que hacen o piensan, pero si les pidieras que saltaran, lo único que te preguntarían sería cuán alto quieres que lo hagan. —Sonrió y se cruzó de brazos—. Ese lazo esta forjado por amor, Nicolás. —La observé desconcertado mientras contradecía una a una mis teorías—. ¡Oh, cariño...! —Ella me palmeó la rodilla—. Nunca pensé decirte esto, pero ¿qué hubiera sido de mí sin tu hermana, sin ti? —Me atraganté con el sentimiento de amor que me invadía hacia la mujer que me había engendrado.

—Madre —susurré.

—Me has enseñado muchas cosas, Nicolás, y créeme que hace mucho tiempo pensaba no poder sentir más que algo parecido al amor, pero me has enseñado más que eso. Hay muchos aquí en los que no crees, incluso puede que pienses que te odian, pero déjame decirte que muchos de ellos te seguirían sin dudarlo. —Y me acarició la mejilla.

—Mantengo a todos a oscuras, ¡tal vez me estoy volviendo tan embustero como mi padre! —Me maldije en el momento en que eso salió de mi boca. La sonrisa en el rostro de mi madre desapareció y unas pequeñas arrugas se formaron en su entrecejo. Bajé la mirada evitando su enojo.

—¡Eso nunca, Nicolás! —Me advirtió severa, y la observé de reojo. Su mirada viajó en alguna dirección por encima de mi hombro—. Nicolás. —La miré cuando volvió a hablar, y vi que las arrugas de preocupación habían desaparecido—. Nunca pienses eso, tú no tienes nada que ver con tu padre. Eres noble, ¿sabes qué ocurriría si ellas supieran algo más de ti?

—¡Ellas nunca lo usarían en mi contra! —Señalé cortante.

—Lo sé, pero no es de ellas por las que temo, es por ti.

Sabía que mi padre buscaba la forma de ponerme en contra de mi madre. Lo había visto pocas veces, pero sabía que cada palabra de su boca era un engaño. Lo

comprobé de pequeño cuando Hermes me había buscado y había logrado ponerme en contra de ella. Pero Vatur logró demostrar sus engaños, me aleje de él y juré matarlo si alguna vez intentaba algo. A pesar de ello, mi padre no tenía cura. Su ambición era aún más grande que el Olimpo y ahora se había metido con mis protegidas. Realmente deseaba matar a Hermes más que a nadie en este universo, pero sabía que mi puesto en la Sociedad de Asesinos era codiciado por muchos y cualquiera que pudiera acorralarme y tomar el mando haría de ello un desastre.

Y, por si fuera poco, estaban los otros hijos de los dioses que vivían jugándose la cabeza para sobresalir para papá y mamá. Yo no era de esos. Había dedicado mi vida a seguir los designios de Vatur, había puesto mi vida bajo sus manos y ella era generosa, puesto que más allá de que fuera su hijo, la diosa era justa con todos. Mi posición en la Sociedad de Asesinos era importante para ella, ya que con mi presencia en ese puesto lograba mantener a raya a seres como Ben, que continuamente hostigaba a Sal. Sabía que quería lo mejor para ella, pero aún no comprendía cuándo Ben lo hacía por su bien o por el propio.

—Nicolás... —La voz de mi madre me trajo de regreso al presente—. ¿Por qué dudas tanto? —Miré en dirección al cuarto donde estaba Irizadiel—. ¿Temes por ella?

—Temo por todos —respondí.

—Hay ángeles involucrados —expresó, y observé sus ojos que se volvieron turbulentos.

—Lo sé. De eso quiero hablarte —le respondí—. ¿Qué debo hacer?

—Por ahora... —se quedó pensativa un momento y volvió a sonreír— creo que debes ir a hablar con Salomé, creo que es hora de que sepa por qué la cuidas tanto.

—¿Quieres que le cuente que soy tu hijo? —Pregunté asombrado.

—No, quiero que le cuentes por qué la traje al Mundo, tal vez eso apacigüe su necesidad de ponerse en riesgo. —Me acarició el entrecejo deshaciendo la arruga entre mis cejas—. Y tal vez eso logre calmarte un poco —sonrió—. Además, requieren de tus servicios en la S.A. —¡Maldición!, no podía ocultarle nada. Ella asintió con una sonrisa de lado, confirmándolo. Sacudí la cabeza sabiendo que nunca podría esconderle la verdad.

—Salomé tiene problemas con Hero... —dije con disgusto—. Ese macho me está sacando de mis casillas.

—Sí, lo sé. Pero sus intenciones son nobles, tal vez tengas que permitir que la tutela de Sal esté dividida entre tú y él. —Sonrió y me dio un golpe suave en el hombro riendo ante mi expresión.

—¿Tutela? ¡Diosa querida...! —Me froté las manos contra la cara, no podía creer que hablara de esto con ella. Muchos imploraban una respuesta de la gran Vatur y yo hablando de parejas—. Aún no sé quién quería matarla, madre, y no tengo ni la más remota idea de dónde puede estar Phill, por lo que creo que será complicado para

todos.

—Sí, lo será. Pero lo necesitas. —Aguardé para que me dijera algo más, pero no lo hizo. Sabía que no encontraría otra respuesta, así que decidí hacer lo que ella había dicho. Había aplazado la charla con Sal durante dos semanas, pero no había sido bueno, ella estaba cada vez más tensa.

—Irizadiel está en el cuarto, estoy seguro de que le gustará verte. —Ella sonrió ampliamente. Me puse de pie y me siguió. Me di un momento para admirarla y darle un beso en la mejilla. Tomé aire y exhalé con fuerza antes de encarar la puerta.

—Bien, Sal, ¡ahí voy! —Dije con coraje. Ella se rio a mis espaldas y volví a bufar mientras meneaba la cabeza.

—¡Qué hermosas flores tienes aquí! —Eché un vistazo por encima del hombro y mientras abría la puerta respondí.

—Son para ti, madre, solo para ti. —Observé un segundo a Vatur acariciando una tierna flor, y di un paso adentro, pero ella volvió a hablar.

—Algún día serán también para alguien más —sugirió, y me giré sorprendido por su declaración. Me sonrió levantando una mano como si fuera a hacer un juramento—. Y prometo compartir el jardín sin hacer ni un mohín. —Me guiñó el ojo y me quedé mudo. ¿Qué es lo que sabía mi madre que yo no? Sabiendo que no diría nada más, entré en el cuarto y me dirigí a la cama. Toqué levemente el pómulo de Irizadiel, se movió un poco y abrió los ojos despacio.

—Mamá está afuera, pensé que querías verla. —Irizadiel se sentó rápidamente y se restregó los ojos con fuerza. Atusó su cabello y se bajó de la cama. Lucía nerviosa y *humana*. Caminó hasta una mesita y tomó un cepillo y comenzó a arreglarse un poco más el cabello. Sus alas se arrastraban por el piso alfombrado, pero se la notaba mucho mejor que antes.

—¿Esta aquí? —Me observó a través del espejo mientras se cepillaba enérgicamente su hermosa cabellera rubia—. ¡Oh, Nicolás..., creo que el corazón se me saldrá por la boca! —Le sonreí y señalé la puerta a mis espaldas, me acerqué a ella y le di un beso rápido en la coronilla—. ¿No vienes? —Preguntó ella cuando no la seguí.

—No, ve tú. Debo ir a la S.A. y creo que hablaré con Sal y las chicas, estás invitada a acompañarnos si lo deseas.

—Gracias. —Irizadiel se estiró el vestido de algodón blanco y me miró—. Primero hablaré con ella. —Sus ojos brillaron por la emoción y sonreí al verla tan alegre.

—Ve. —Me encaminé hacia la puerta y recorrí la casa hasta donde sentía la presencia de Sal. La vi ir y venir en la sala de estar, y me apoyé en la barandilla del balcón dándome un momento para observarla.

—¿Tienes pensado que podría cambiar el piso de la sala o es solo que crees que

hacer un surco en el medio de ella será más... *cool*? —Ella se detuvo, levantó los ojos hasta donde yo estaba y los entrecerró fulminándome con la mirada, y eso solo logró que soltara una carcajada. Se veía graciosa, las manos apoyadas en la cadera y ceñuda.

—¡Debo hablar contigo! —Bramó, e hizo un gesto de fastidio mientras sacudía la cabeza—. ¡Lo digo en serio! —Vociferó señalándome de forma acusadora.

—Bien, hablemos —respondí, y comencé a bajar las escaleras. Observarla allí parada me hacía recordar más a la niña que había sido siglos atrás, que a la asesina que era ahora. Los años habían pasado y mi perspectiva ya no era la misma.

Los años no eran nada para mí, podrían pasar miles de ellos y aun así no me acostumbraría al paso del tiempo, por no contar que nunca envejecería. Para los dioses no soy más que un joven, pero en la Tierra los tiempos eran distintos.

—Están reconstruyendo su apartamento —le informé. Ella parpadeó con incertidumbre. Sabía muy bien lo que representaba ese lugar para ellas y me había esmerado al máximo para que volviera a ser el espacio que tanto amaban—. Pensé que les gustaría saberlo —dije haciendo una mueca y adentrándome en la cocina.

—Sí, no... Bueno, sí, me gusta la idea y te lo agradezco, pero no quiero hablar de eso ahora, Nicolás ¿Qué ocurre conmigo?

—Bueno, podría darte varias versiones de lo que creo que ocurre contigo. —Bromeé, logrando que Sal se cruzara de brazos y me lanzara una mirada severa. Abrí la heladera para tomar un poco de pan y leche. No sabía por qué, pero el pan con dulce de fresas era mi favorito. Fui hasta la alacena, saqué uno de los frascos y, notando el silencio sepulcral de Sal, le eché un vistazo—. ¿Qué? Me gustan las fresas.

—¡No! —Siseó—. ¡No cambies de tema!, te conozco lo suficiente como para saber que haces exactamente eso. —Soltó un bufido molesto haciéndome sonreír aún más—. Nicolás, ¡quiero respuestas! —Se quejó y me tendió un papel. Al ver que no atiné a tomarlo de sus manos, lo dejó en la mesada de granito, justo frente a mí. Lo estudié sin soltar las cosas que pensaba comer, aunque no necesitaba leerlo para saber qué eran.

—Sé a qué te refieres Sal... —confesé cansado mientras acomodaba las cosas en la mesada y me disponía a colocar un mantelito. Sal me miró extrañada, pero no acotó nada al respecto.

—¿Lo sabías? —Preguntó en tono acusatorio. Levanté una ceja y le sonreí de lado tan solo para hacerla sulfurarse. Si había algo que la hacía enojar era que yo supiera las cosas antes de que ella pudiera decir nada—. ¡Pero claro que lo sabías! —Golpeó con los puños la mesada, en una mueca infantil que me hizo soltar una risita.

—Sí, lo sabía, Sal —afirmé lentamente mientras tomaba asiento—. ¿Hace cuánto que me conoces? —Le pregunté y ella me dedicó una mirada furiosa—. Sé lo que son. Son estudios de tu sangre.

—Pero ¿por qué?

—Mira, lo diré de una forma en que puedas entenderlo y solo lo diré una vez, pero sin preguntas, ¿estás de acuerdo? —Ella asintió de mala gana y se cruzó de brazos—. Hace mucho tiempo, antes de que nacieras, Vatur vio el horror de las

infecciones. Ya sabes, personas que eran convertidas sin su consentimiento, seres sin alma que transformaban y mataban por placer, los sobrevivientes volviéndose locos. Entonces, la diosa predijo la venida de un nacido de los oscuros que podría revertir eso —concluí, señalándola—. Alguien como tú.

—¿Pero? —Dijo incrédula.

La detuve levantando las manos.

—Sin preguntas, ¿recuerdas, pequeña Sal? —Ella se mordió el labio sabiendo que no ganaría—. Por eso es que se realizaron los estudios; con los años, tu sangre ha mutado y creemos que eres *la elegida*. Es el motivo por el que hemos monitoreado tus cambios. Es todo lo que puedo decirte por ahora, aunque me encantaría hablar con la gatita que se metió en el sistema de la S.A. —Sal tragó con fuerza mientras yo le daba una mordida a una tajada de pan—. Despierta a tus hermanas, necesito hablarle a las tres. —Salomé hizo una mueca de disgusto y se encaminó a paso firme hacia arriba, haciendo que sus pasos resonaran en cada uno de los escalones. Puse los ojos en blanco. Aunque no podía verla, podía imaginarla caminando con los puños apretados, pisando con fuerza como muestra de disgusto. Sacudí la cabeza ante la imagen mental, pues sabía que si le daba la oportunidad, nunca terminaría de explicarle todo.

Cuando estaba a punto de darle un mordisco a la segunda tajada de pan, sentí el llamado mental. Me quedé paralizado un momento verificando de quién se trataba: era Ben. Tomé el teléfono y marqué su número mientras escuchaba a Sal llamando a las chicas. Él atendió al tercer timbrazo.

—Benjamín. —Llamarlo así lo cabreaba y me encantaba hacerlo enojar. Años atrás había una serie muy vista por los humanos en la que el personaje malvado se llamaba Benjamín y eso lo hacía enfadar y a mí reír—. ¿Qué ocurre? —Tardó unos segundos en responder. Podía imaginármelo mordiéndose la lengua para no maldecirme.

—Necesito hablar contigo. ¿Cómo está tu hermana?

—¿No has hablado con mi madre? —Pregunté sabiendo que solamente lo hacía como una formalidad ya que debía estar al tanto de todo. Tenía una relación muy «estrecha» con mi madre, demasiado *estrecha* para mi gusto, una que nunca entendería, pero agradecía a todos los santos que nunca me hubiera pedido que lo llamara padrastro o cosas así, porque hubiera tenido que arrancarle la cabeza.

—Nicolás... —Ben hizo una pausa y tomó aire de forma audible—. ¿Podemos hacer una tregua? —Suspiré roncamente para que oyera mi desagrado.

—¿Qué ocurre?

—Hay un problema con un licántropo, tenemos pruebas de que, ayudado por el revuelo, decidió alejarse del perímetro marcado. Además, hay una mujer que está lastimada. Las autoridades humanas dicen que no fue un ataque normal y nos achacan

el hecho. —Maldije en silencio y me tomé la cabeza cuando escuché a Carim, Eva y Sal salir del cuarto.

—Bien, estaré allí —dije y miré el reloj en mi muñeca—. Dame media hora.

—Bien..., tu madre me dijo que hablarías con Sal por lo de su sangre. —Me sentí insultado en el mismo momento en que la palabra «madre» entró en la oración. Mi madre y Ben no solo hablaban, ¡maldición!, encima tenía que oírlo—. ¿Estás ahí?

—Sí, iré —gruñí en respuesta sin molestarme en responder su última pregunta.

—¿Hablarás con ella? —Me preguntó con aquella vocecita tan irritante.

—¿Qué crees? —Respondí molesto y cerré el teléfono intentando no aplastarlo con la mano. Ben siempre lograba sacarme de mis casillas. Mientras tomaba una bocanada de aire, vi a Carim parada en el umbral de la puerta.

—¡Nicolás! ¿Cómo amaneciste hoy? —Sonreí a la gata que se metía a paso seguro directo a la heladera—. ¡Uh! ¿Has estado chupando limones de nuevo, cariño? Ya te dije que eso de las dietas y los limones por la mañana no te harían bien ¡Mira la cara que traes! —Me palmeó la mejilla mientras ponía los ojos en blanco.

—Muy graciosa, Carim, limones —susurré al tiempo que ella reía por su ocurrencia.

—Bien, estamos todas —anunció Sal—. ¿De qué quieres hablar?

—Debo ir a la S.A. Al parecer hay uno de los tuyos —agregué señalando a Eva, que se estaba acomodando en una de las banquetas al otro lado de la barra—. Ha creído que pegarle una mordidita a una mujer no tendría consecuencias.

—¿Qué? No, espera. —Ahora era Eva quien volvía a señalarme las hojas de los estudios de Sal—. Hablaremos de esto...

—Está bien. —No podía más que hacerles un resumen a Eva y Carim. Debía mantenerlas al tanto, tal vez podía tener una punzada de esperanza y ellas le dieran a Sal un poco más de cordura si sabían lo que ocurría. Apreté los dientes y tomé las hojas—. La cosa es así. Vatur vio durante años la muerte de muchos, como esta joven que ha sido mordida por un lobo, y cuando Sal nació, Vatur creyó que podía encontrar una solución a través de ella.

—¿Qué es?

—Su sangre parece tener un don. —Las miré de una para saber si entendían lo que les contaba—. Puede ayudar a los recién infectados... —Lucían sorprendidas y aproveché su silencio para marcharme—. Ahora, debo irme. —Me tragué el resto de la tajada de pan de un mordisco—. Volveré en unas horas —mascullé intentando tragar.

—¿Dices que su sangre es especial? —Preguntó Eva y le sonreí de lado mientras tomaba un trago de leche directamente de la botella.

—Sí, especial, rara, como quieras llamarla... —dije y metí todo en la heladera nuevamente.

—Pero no pude curar a Hero... —susurró Sal y me atraganté. Tosí con fuerzas hasta que pude volver a hablar. Me limpié la boca con la servilleta y la observé. ¿Qué había dicho? ¿Qué ella había hecho qué?

—¿Bebió de ti? —Pregunté con dureza—. ¿Cuántas veces bebió de ti?

—Sí..., unas... —Los ojos de Sal se ampliaron un poco cuando notó mi enojo.

—¿Le diste tu sangre..., cuántas veces? —Pregunté en un rugido. Sabía que la pregunta era estúpida, pero debía corroborarlo; ya que cabía la posibilidad de que hubiera escuchado mal.

—¡*Puaj!* —La gata se movió hacia atrás con cara de asco, casi imitando mi mueca.

—¡Cállate, Carim! —En un segundo estaba junto a Sal, la agarré del brazo y sus ojos se abrieron—. ¿Cómo se te ocurrió eso? ¿Acaso no sabes las consecuencias que podría haber traído?

—¡NO! ¡Maldición, que no! Tal vez, si empezaras a hablar en vez de cerrar la boca... —me gruñó y la enfrenté—. Recién ahora se te ha ocurrido que es oportuno que sepa de mi sangre...

—¡Mierda, Sal! ¡Tiras mi trabajo de años a la mismísima mierda! —Sabía por su expresión que mi voz había salido un poco más oscura de lo que debía, sonando mortal y escalofriante. La acerqué hasta que nuestras narices se tocaron. ¿Qué hubiera pasado si curaba a Hero? Estaba seguro de que Zell conocía la profecía. Sabía que había infiltrados en la S.A., cualquiera podría haber hecho algo para tenderle una trampa, tal vez ese era el modo en que Mikela lo había descifrado.

Desde Orión se levantará y buscará la cura.

Nacerá un ser y se revelará a los ojos, entre las plumas y la sangre.

Un nefilim amante de la oscuridad la protegerá.

Solo el hijo de un dios le dará resguardo.

Y emergerá la paz desde su sangre.

Lo hecho será revertido y el dolor curado.

—¡Nicolás! —El grito de Irizadiel se coló en mi mente. Eché un vistazo por encima de mi hombro y la hallé parada allí, observándome con horror.

—¡No te metas en esto, Irizadiel, son mis protegidas! —Gruñí, aún envuelto en la neblina del terror.

—Lo sé, pero no creo que sea el modo... —sugirió.

—¡No me importa una mierda si este no es el modo! —Grité y volví a concentrarme en Sal—. ¡Menosprecias tu vida y menosprecias la de ellas! —Las palabras eran sombrías, con un filo de peligro que casi podía cortarlas, pero no me importaba. Había algo más oscuro habitando en mí y el terror de que les hicieran daño despertó mi furia—. ¡Ese vampiro venía por ti!, ¡por tu sangre! Hubieran usado cualquier cosa para llevarte con ellos, y aún no sabemos quién está detrás de esto. Así

que de ahora en adelante, serás vigilada constantemente, quiero un reporte a cada hora. No me importa qué estés haciendo, quiero un reporte detallado. De ahora en más escucharás lo que digo... ¡o estás fuera! —La solté violentamente haciendo que diera unos pasos hacia atrás. Sal se desestabilizó, pero Hero llegó a ella un minuto antes de que cayera. No sabía cuándo había entrado en la habitación, pero estaba seguro de que había oído todo, su mirada acusatoria lo decía. ¡Y me importaba una reverenda mierda!

Salí de la cocina sin que nadie me siguiera ni dijera una sola palabra. Caminé hasta la puerta que me llevaba a una gran sala insonora. Me metí dentro y cerré las puertas, trabándolas de una forma que ni Irizadiel pudiera oírme. Apoyé las manos en el escritorio e intenté pensar con claridad, pero no podía. Salomé no conocía lo que era mi padre ni mucho menos cuántas telarañas podría haber tejido para capturarla. Lo que no le había dicho es que también había puesto en juego mi vida. ¡Mierda!, mi padre era un embustero y ahora estaba más que seguro de que venía por ambos. En algún tiempo había visto un paralelismo con mi padre. Él guiaba a las almas de los muertos hacia el submundo, al igual que yo que guiaba a los oscuros por el sendero de la alianza y mantenía a raya a los rebeldes que pretendían romper la paz impuesta por mi madre.

Hermes había conocido a Vatur gracias a un encargo. No solo era el dios mensajero, sino que también era un gran mentiroso y embustero que lo llevó a enfrentarse hasta con el mismo Apolo. Un día conoció a mi madre en Cnosos, cuando la diosa había bajado a hablar con la diosa de las serpientes, de la civilización minoica, que veneraba a Vatur como su madre. Nunca logré que mi madre me contara cómo la había convencido, pero aquí estaba yo y aquello selló mi destino. Cuando supo de mi existencia, Hermes se puso como meta tomar el control sobre mi vida. Estaba claro que el hijo de una diosa le daría más poder al mensajero de los dioses, otorgándole tal vez algún poder extra.

Había buscado todo aliado posible para corromperme. Vatur me había escondido en los dominios en la tierra de Lemuria. Esa fue su forma de salvarme de la falsedad y el engaño de mi padre. Cuando destruyeron MU, viví en el panteón de los dioses paganos, aunque nunca había entendido por qué los llamaban así. Allí crecí junto a mi hermana alada, Irizadiel, y a otros que habían conocido mis habilidades forjando mi carácter y mi fuerza. Había recibido el mismo trato que Irizadiel y Vatur había fomentado en nosotros el amor por los oscuros. Pasábamos horas observando a los humanos y a los oscuros desde la altura, estudiando sus quehaceres, su vida, y anhelando el contacto que alguna vez habían experimentado en Lemuria. Pero la diosa era reacia a dejarnos bajar, no confiaba en nadie para cuidarnos. Bajar significaba que, tal vez, los atlantes nos buscaran para matarnos.

La diosa había visto, junto a nosotros, los desastres que podía causar nuestra

gente. No obstante, como toda diosa, Vatur les había dado libre albedrío a sus nacidos, les había atribuido conciencia y, aun así, no había servido. Ellos no alcanzaban a comprender el dolor que le creaban a los humanos y la depravación que le siguió. La destrucción marcándose con sangre en la nueva era del hombre, hasta que ella tuvo una revelación y creyó encontrar una solución. Debía nacer alguien que fuera la cura para ello, la cura para los que no deseaban las sombras y anhelaban el sol. Por eso, cuando Salomé vino al mundo, ella nos encargó una misión: mantenerla viva. Yo la cuidaba desde las alturas, viéndola fortalecerse y protegiéndola de lo que podía dañarla, mientras que Irizadiel, quien había sido reclamada por su padre, recibía enseñanza de parte de los arcángeles mayores. Ella había nacido de la unión de un ángel y la diosa, por eso debía ser entrenada por los ángeles mayores.

Desde el momento en que se había enlistado, la mantenían apartada de cualquier lucha, entrenaba y crecía como una igual entre ellos, pero nadie quería entrometerse con ella. Su madre le había encargado la misión de ser un oído para ella entre los ángeles. Después de eso, todo transcurrió en calma durante los siguientes años, al menos hasta que Irizadiel informó a Vatur algo en lo que ellos nunca habían pensado. El nacimiento de Salomé llegó a los oídos de Hermes e intentaría a matarla. Estaba sediento de poder y envenenaba las mentes de los ángeles jóvenes, haciéndolos caer en la fe ciega de que aquella nacida de las sombras tan solo daría a los oscuros la posibilidad de jugar con los humanos a sus anchas. Hermes se enteró también de la existencia de Irizadiel y buscó asesinarla, pero los ángeles no mataban a sus iguales como él creía, e Irizadiel estuvo a salvo. Nadie quería tocar a la hija de la diosa, aunque aquello no la salvó de ser perseguida, hasta el punto de que había caído junto a otros. Yo no tenía la misma suerte. Protegido de Hermes, sabía que él podía llegar a la niña y darle muerte. Vatur vio el futuro, el ataque y vislumbró también a un nefilim en sus sueños, al que le habló. Aquel nefilim cuidaría de la niña. No era como los otros, él creía en las palabras de Vatur, confiaba en sus profecías y su corazón *sentía* a diferencia de otros. Y así lo hizo. La cubrió del ataque y la sacó de allí, aunque no pudo evitar la matanza de sus padres.

Mi madre le había indicado el lugar donde debía dejar a la niña y me dio la custodia de Sal. Ya crecido, bajé a la tierra como un hombre y me puse a las órdenes de la sociedad. La S.A. contaba con el apoyo de Vatur, era su brazo armado en la tierra, los que permitían conservar la paz. Al frente de la sociedad estaba un fiel *amante* de la diosa, que mantenía a raya a los oscuros, Ben. Él había sido uno de los predilectos de mi madre y había llegado hasta su cama. Durante años me dediqué a la tarea de entrenar a Sal, la había protegido hasta que tuvo la edad para empezar a luchar. Había cubierto con historias la muerte de sus padres y ella confiaba en mí. Aún recordaba a la pequeña, con su mano diminuta apretada a la mía mientras entrábamos a la sociedad: Sal estaba cubierta de tierra y sudor, temblando y

conteniendo las lágrimas para no parecer débil, y esa imagen todavía me acariciaba el alma. Pero Sal no solo había crecido, sino que se había convertido en una de las mejores asesinas y, aunque aquello me daba muchos dolores de cabeza, nunca podría culparla ni acusarla de nada. Los primeros tiempos fueron difíciles, debía velar no solo por su salud física, sino también por su salud mental. Sal se encerraba cada vez más y más en sí misma, y la única vez que expresaba algo era en alguna pelea. Parecía ausente la mayor parte del tiempo, por eso le agradecí a mi madre cuando envió a dos niñas ya crecidas como para intentar unir las en vínculo. Eso podía ayudarla. Y si no lo hacía, me volvería loco. Sal se encerraba en su cuarto en los últimos tiempos, ya casi no se alimentaba. En más de una ocasión, debí engatusarla para que lo hiciera, pero eso no podía seguir por mucho tiempo. El vínculo entre los asesinos había surgido hace mucho tiempo cuando los científicos descubrieron que los oscuros comenzaban a ser inestables ante el hecho de cazar solos. Se los comparó con los garou que, separados de vínculos, actuaban juntos como manada. Entonces se decidió unir a los asesinos en tríos.

Una mente, un corazón y una conciencia. Esa era la esencia.

En un principio no confié en que fuera correcto, pero Vatur me había asegurado que funcionaría, por lo que cerré los ojos y lo llevamos a cabo. Eso la ayudaría, tenía que hacerlo.

Eva llegó de una reserva del sur, una hermosa licántropa totalmente desarrollada, tanto mental como físicamente. Era estratégica y hábil, aunque un poco hosca. Ella sería la mente. Desde el otro lado del país había llegado una cambiante, una gata. Aunque fue la última en llegar, cuando la vi no dudé ni un instante que ella llevaría paz mental a Sal. Carim era un ser sensible, tenía un instinto de unión y fraternidad que la hacía diestra para las alianzas, y rápidamente se había visto atraída por la callada y huraña Salomé. Para mi sorpresa, Sal se había abierto con ella, le había hablado con soltura, cosa que no había hecho con nadie más que conmigo. Era inteligente, sutil y centrada. Ella sería la conciencia de las tres. Y Sal, *mi* Salomé, era puro corazón. La había visto luchar con un hombro dislocado protegiendo al supuesto humano; luchaba, luchaba y luchaba hasta caer inconsciente. Luego me tocaba a mí revivirla y convencerla de abandonar hasta que sanara. Ella, puro corazón.

Las llamaron *elementales*. Todos habían quedado estupefactos al ver la unión de sus mentes, pero el nivel de unión se incrementaba día a día. Normalmente, pasaban varios meses hasta que los elementales lograban hablar mentalmente, pero ellas lo habían logrado en horas. De pronto, tanto la gata como la loba habían adoptado el horario nocturno de Salomé, mientras que ella había tomado como nueva costumbre comer comida humana; ella no lo necesitaba, pero la unión la instaba a hacerlo y parecía que su cuerpo tomaba el cambio como normal. Las tres elementales debían poder cubrirse una a la otra en un ataque. Si atacaban de día, Carim y Eva podían

defender a Sal y a los otros; mientras que si era por la noche, la gata y la vampiresa podrían atacar con total precisión gracias a su excelente visión, aunque la loba no se quedaba atrás. Todos pensaron que era improbable que lo logaran, eran muy diferentes entre sí, muy distintas en carácter, pero yo sabía lo que mi madre había dicho y siguieron adelante. Las tres mentes se acoplaron al instante y las tres habían quedado a mi cargo. Ahora, comenzaba a notar el paso del tiempo. Sal era reclamada por un macho en una unión que yo no terminaba de aprobar, todavía no sabía bien por qué y eso me carcomía la cabeza. ¿Qué tendría Hero para darle? ¿Podrían vivir las tres elementales con un macho o eso desestabilizaría a las otras? La verdad es que ya me imaginaba haciendo una casa de citas para Eva y Carim, y el estómago se me revolvía de solo pensarlo.

En el presente, y después de muchos años, los ángeles que yo creía rebeldes o caídos volvían a armarse en nuestra contra, sin dudar de que mi padre estuviera detrás de todo esto. Mi hermana había caído, aunque aún portaba sus alas y debería marcharse pronto. Estaba seguro de que iría en búsqueda de Phill, y Sal no se quedaría tampoco a un costado. Miré la blanquecina luz del sol de la mañana. Todo empezaba otra vez, solo que ahora no permanecería al margen.

Intentando recuperar la cordura, apreté las manos en el borde de madera del lustroso escritorio. Casi podía oír la voz de mi madre pujando en mi cabeza y pidiéndome que volviera a la calma. ¿Cómo había sido tan estúpido? Sal se había arriesgado más de lo que había pensado. Debí imaginarme que él bebería su sangre, debí prevenirlo. Estaba seguro de que ella podría haberlo sanado si él fuera un recién convertido, pero ¿qué hubiera pasado si Hero hubiera cambiado? Nadie sabía qué poderes tenía ella en su sangre. Cualquiera podría haberla descubierto. Respiré lento, me erguí y encaré la puerta. La abrí justo en el momento en que Sal estaba por golpear y su mano quedó suspendida en el aire. Cuando me vio, la bajó con rapidez.

—Mira, Nicolás —empezó, pero la detuve levantando la mano.

—Déjalo, hablaremos luego, Sal. —Ignorando su mirada triste, caminé hasta la puerta de entrada. Ella me siguió algo confusa, casi nunca peleábamos y esto estaba yéndose de las manos. *Y no solo las tuyas*. Meforcé a cerrar la puerta sin mirarla a los ojos. Sal era como mi hija, y esto dolía.

El sol de la mañana me recibió de lleno en el rostro al llegar al estacionamiento. Me metí lentamente en el coche y me dirigí hacia la reja que se abrió segundos antes de que llegara a ella. El camino a la S.A. era corto; encendí la radio y conecté el MP3. De inmediato escuché los acordes de *30 Seconds To Mars, The Story*. Mi canción preferida. Solía escucharla más de una vez. Cualquiera que me conociera sabía por qué. Y no son muchos los que me conocen de verdad. La canción hablaba de un hombre que había forjado su vida a base de mentiras, muchas de ellas para la protección de los demás, pero, aun así, seguían siendo mentiras. Como yo. No podía confiarles a los demás la verdad sin temer por las consecuencias que eso traería. Mi vida era oscura y profunda como la noche en que los oscuros vivían. ¿Quién podía culparme por mentir? ¿Qué más podía hacer? Con mi padre acechando en cada rincón, buscando la forma de matar a mi madre, los oscuros intentando mantener la paz impuesta, los humanos aborreciéndonos por lo que éramos...

Pero al final del día seguía siendo yo, solo yo, los secretos y las mentiras que cultivaba a diario. Sonriendo con amargura me pregunté qué dirían mis elementales si supieran que era hijo de la diosa. Estaba seguro de que Sal me reprocharía no habérselo contado hace años; Eva encontraría un modo decente de decirme cuán idiota era por no confiar en ellas, y Carim, estoy seguro de que ella me abrazaría y me ayudaría a defenderme. Pero ¿qué pasaría si eso llegara a oídos equivocados? Sabía la respuesta. Las pondría en riesgo, buscarían cazarme usándolas como rehenes. Sonriendo con amargura observé mi imagen en el retrovisor, sabiendo que no tenía

más opción. Mentiras y más mentiras que me recluían en una soledad que odiaba... Por siglos me había mentalizado solo en el trabajo, trabajo y más de lo mismo, pero al final del día, cuando los demás se van a casa, a la compañía de un ser querido para contarles sus penas, yo me encontraba siguiendo mi propia cola, en la soledad absoluta... Inconscientemente, miré al asiento del acompañante e imaginé lo que sentiría un hombre común al contar con alguien que estuviera a su lado, alguien que supiera quién era y lo cuidara, sin temor a que fuera dañado. Hacía tiempo que soñaba con unas manos que me acariciarán al final del día, no unas manos pasajeras de una noche, unas manos que comprendieran a la perfección cómo tocarme, cómo consolarme cuando las cosas se me van de las manos, unas en las cuales refugiarme. Las palabras de mi madre se me colaron en la mente: *Algún día serán también para alguien más y prometo compartir el jardín sin protestas*. Bufé molesto. Acertijos y más acertijos. Podía recurrir a Ben para que echara un vistazo a mi destino, pero me niego a dejar que ese maldito se meta en mi vida más de lo que ya lo hace Rabiando, conecté el teléfono, pues necesitaba hablar con alguien y dejar de pensar. Busqué el número de Zander.

No había tenido noticias de él hace tiempo. Era, por decirlo de algún modo, mi único amigo. Zander es un metamorfo del primer tipo, podía teletransportarse de un sitio a otro sin esfuerzo, adoptar la imagen que más deseara sin que casi ningún psíquico pudiera distinguir el original de la copia. El teléfono sonó hizo dos pitidos antes de que respondiera.

—Dime, ¿qué opinarías tú si te dijera que los pantalones de cuero me quedan excelentes? —Hice una mueca de asco y reprimí una carcajada para que él no me oyera—. Ya sé, te estás riendo de mí *otra vez*... —Constantemente solía tomarle el pelo por el gusto de su música, por su pésimo gusto por las mujeres, pero por sobre todo, por su ropa, y él se lo tomaba en serio.

—No —mentí—. No, tan solo pensaba en lo incoherente que son nuestras charlas —añadí haciendo un gesto. Zander solía comenzar nuestras charlas como si nunca nos hubiéramos separado. Y era gracioso, ya que la mayoría de las veces no tenía ni idea de lo que hablaba.

—¿Por qué? ¡Espera! Nunca nadie me había llamado incoherente..., eso es nuevo. —No pude contenerme esta vez y solté la carcajada, imaginándolo con su cara confundida, intentando comprender si el término lo favorecía o no.

—Y dime... —dije cuando pude volver a hablar—. ¿Por qué pantalones de cuero? ¿Qué te picó ahora? —Doblé para entrar a una de las vías principales que parecía vacía a esta hora del medio día.

—Ella quiere ir a un concierto de *heavy metal*, ya sabes, y pensaba que quedaría genial ir en pantalones de cuero, con una chaqueta, sin camisa. ¿Qué opinas?

—La mayor parte del tiempo pienso que estás loco —afirmé y sacudí la cabeza,

imaginándomelo.

—¡Muy gracioso! —Graznó.

—¿Quién es ella? —Pregunté mientras me estrujaba la cabeza intentando pensar quién era la mujer que lograba que Zander se planteara que los pantalones de cuero eran geniales, pero no podía recordar a ninguna en particular.

—Una humana que conocí mientras jugabas a salvar al mundo —respondió con ironía. Solté un bufido. ¡Jugar a salvar al mundo! Claro.

—¿Por qué insistes con las humanas? —Pregunté. Yo había aprendido esa lección años atrás. Me había enamorado de una bella mujer en los años cincuenta, pero como era de imaginar, ella había seguido su camino natural. Había envejecido a mi lado y me había odiado por eso; sin embargo, aun así, hoy podía recordar cuando escuché el último latido de su corazón. No podía imaginarme a Zander pasando por eso. *Los humanos son efímeros*, me dije.

—Mira, tú no sabes apreciar el tiempo, Nicolás, te has vuelto frívolo —respondió y me pregunté por qué creería que soy... *frívolo*. Eso era raro, mi madre acababa de decirme lo contrario hace unas horas atrás.

—Zander —murmuré calmado, intentando que mi amigo entrara en razón—, sabes que puedes meterte en problemas...

—¿Lo dices por los pantalones de cuero o por la chica? —Respondió irónicamente, y sacudí la cabeza mientras adelantaba un coche.

—Ambas... —respondí mientras ponía los ojos en blanco—. ¿Dónde estás?

—Mirándome el culo enfundado en un pantalón de cuero en el centro de la ciudad. Creo que me hace feo culo. —Me froté los ojos riéndome de él—. ¡No te rías!, lo digo en serio. Me hace un culo gordo. ¿Acaso todos se ven con un culo gordo en estos pantalones? —Zander sonaba preocupado. Ojalá yo tuviera ese tipo de preocupaciones, me dije recordando mi pelea con Sal—. ¡Deja de reírte grandísimo idiota, lo digo en serio!

—Claro, con la seriedad del caso, ¿no? —Me burlé deshaciéndome de las preocupaciones.

—Nicolás, estás *tan* abuelo... —Zander solía decirme eso a menudo y ya comenzaba a sonar como un apodo. Aunque él no era mucho más joven que yo, le gustaba la noche, las fiestas y, sobre todo, las mujeres. Yo soy más selectivo, lo que me hace quedar como un *abuelo* frente al fiestero de mi amigo. Ambos tenemos dos lemas simples y totalmente opuestos para la vida: yo pienso siempre en prevenir desastres, cuanto antes mejor, mientras que Zander piensa algo así como, si se va a terminar el mundo lo haría «*cabalgando*». Y, claramente, nunca había sido aficionado a la equitación.

—¡Que te jodan...! —Le respondí sin más vueltas.

—Justo mi plan para esta noche..., oye, ¿y tú dónde estás?

—Yendo hacia la S.A. para tratar con mi dolor de trasero, llamado Ben.

—¡Uh! Las cosas están caldeadas, ¿eh? ¿Estuvo con tu madre nuevamente? — Gruñí logrando que Zander no agregara nada más—. ¡Oh, vamos, Nick! Juro que mi chica tiene una amiga que es un demonio...

—Sabes, mejor no. —Había visto demasiados demonios en mi vida como para liarme con uno.

—¡Oh, vamos, Nicolás!, un poco de diversión te vendrá bien y una buena revolcada será agradecida por todos. Incluso por tus chicas... tengo entendido que eso te está volviendo loco. —No sabía cómo, pero Zander se enteraba de todo.

—Lo pensaré —dije, desviándome nuevamente por otra carretera.

—¿Quieres que compre un pantalón de cuero para ti también? —Preguntó con malicia y arrugué la frente antes de empezar a negar—. Hay unos de cuero de serpiente también...

—¡NO! ¡No, gracias! Incluso no creo que sea muy... varonil de tu parte ir con eso, ¡por favor!..., puedes llegar a recibir una patada en tus partes sensibles...

—... Y, hablando de partes sensibles, será mejor que dejemos la charla para después, ya que estoy a punto de freírme los huevos con esta cosa; juro que es molesta, creo que necesito otro número.

—¡Eres un idiota! —Le contesté riendo.

—Tal vez un talle más, ¿vendrás?

—Iré..., salgo de aquí y te llamo —respondí.

—Estaré allí en media hora, ¿acaso tu padrastro no te contó que es una reunión general?

—¡Por qué no te vas a la mierda Z!

—Te veo en la S.A., ¿está bien? —Dijo riendo—. Y, por cierto, yo también te quiero.

—Claro. —Cerré la comunicación antes de meterme en el camino de la S.A. El edificio era imponente. Los terrenos de la S.A. eran amplios y llanos, lo que hacía resaltar la construcción en tonos grises y cortes modernos. Estacioné el coche y me bajé lentamente mientras rezongaba por los chistes de Zander. Noté la llegada de otros coches y observé a cada uno de ellos; en su mayoría eran centinelas. Caminé despacio hasta la puerta y entré. El sonido del aire acondicionado se colaba como una música continua dentro del edificio. Me dirigí por el largo y simple corredor hasta el mostrador donde estaba la humana que oficiaba de recepcionista. Ella me observó, como de costumbre, de pies a cabeza, sin tener un ápice de vergüenza cuando nuestros ojos se cruzaron. Debía agradecer a mi madre por no tener el poder de oír sus pensamientos, ya que no quería saber qué era lo que se le había cruzado por su cabeza cuando se relamió los labios. Pensé en Zander y la humana que lo había llevado a pensar que llevar pantalones de cuero era *cool*. ¡Diosa querida!, susurré

para mis adentros y me pasé una pesada mano sobre el cabello.

—Hola, Caroline...

—Hola, Nicolás, ¿cómo estás? —Sonrió de lado a lado y se acomodó en el escritorio mostrándome la «amplitud» de su escote. Era hermosa, eso era seguro, pero no de mi tipo.

—¿Dónde están todos? —Pregunté ignorándola. Ella pareció frustrada, pero no me importó.

—En la sala de conferencias —contestó tajante y asentí en agradecimiento. Me dirigí allí y, en cuanto entré en la sala, percibí el nerviosismo de los demás centinelas. Me acomodé en un rincón, apoyando los pies en la silla que tenía delante, en una postura relajada. Crucé los brazos sobre el pecho y me dediqué a observar a los otros. Ben entró presuroso minutos después. Barrió la sala con sus ojos fríos como el hielo, chequeando que estuvieran todos.

—Bien, veo que están todos aquí menos... —Eché otra mirada rápida a la sala cuando la puerta se abrió tras él.

—¡Yo! Lo lamento, jefe. —Sonreí levemente al ver entrar a Zander con los malditos pantalones de cuero puestos. Sacudí la cabeza mofándome de él cuando caminó hasta mi lado y la sonrisa en su rostro desapareció.

—Bien, ahora estamos todos... —continuó Ben que observó a Zander un instante y meneó la cabeza.

—¿Qué? —Susurró Zander, muy bajo como para que Ben no lo oyera—. Me queda bien... —No respondí, no hacía falta, simplemente suspiré y me centré en escuchar a Ben. Zander se acomodó en la silla haciendo crujir sus pantalones y no pude contenerme, solté una risilla por lo bajo, que oculté con la mano.

—Debo hablarles de un lobo que está siendo incriminado por las autoridades humanas. —Ben bajó una pantalla virtual que se encendió frente a él al momento. Nos mostró la imagen del joven lobo y sus datos importantes. Luego, las imágenes siguientes eran de la mujer. Las estudié un segundo sin comprender del todo lo que veía, había algo que estaba mal—. Como verán, esta chica fue atacada, aunque no sabemos por qué. Sus heridas no son consistentes..., hummm, algunos dicen que no es del lobo, aunque ya saben, coinciden las fechas con la desaparición del joven. — Ben respondió casi al instante la pregunta que rondaba en mi mente—. Así que debemos investigar.

—¿Qué ha dicho la mujer? —Pregunté inclinándome un poco hacia delante mientras bajaba las piernas de la silla.

—Ha dicho incoherencias por lo que sabemos, pero se le ha oído decir ángeles, oscuros..., cosas por el estilo, pero no lo creemos. Los humanos prefieren culparnos, por lo que les pido que vayan con sumo cuidado. Cada uno de sus protegidos debe actuar bajo la ley, no queremos darles a los humanos otra razón para alzarse en

nuestra contra como hace unas semanas. —Sentí los ojos de Ben sobre mí y lo enfrenté mirándolo con la misma intensidad. Quería maldecirlo, pero, como siempre, me contuve. ¡No podía echarme la culpa de eso, y mucho menos a mis asesinas! Solo Ben y Zander sabían quién era, pero los demás no, y prefería mantenerlo de ese modo.

—Quiero que el centinela Ikkar y el centinela... —Ben movió su mano señalándolo desdeñosamente a Zander, aunque sus ojos estaban clavados en el pantalón de cuero—. Unripe —graznó con descaro—. Nunca mejor apellido para alguien como usted. Vayan a ver a la mujer. —Una sonrisa se coló por mis labios y tuve que contener la carcajada, me tapé la boca al tiempo que me guardaba la risa y oía el tono sarcástico que pululaba en la voz de Ben. En francés, Unripe significa inmaduro, y no había mejor apellido para él. Zander me miró ceñudo y se arregló la chaqueta. De cuero, *claro está*. Me levanté de la silla cuando Ben golpeó los papeles en la mesa y dio por terminada la reunión.

”Espero noticias tuyas, señores —dijo acomodándose las gafas en el puente de la nariz—. Todo continuará después de saber qué tiene la mujer para decir. Aquí está la dirección. —Movié un papel sobre la mesa como señalándonos mientras le echaba otra mirada desdeñosa al atuendo de mi amigo. Me acerqué a la mesa sacudiendo la cabeza y tomé el papel. Definitivamente, los pantalones de cuero no habían causado la impresión que Zander esperaba; ojalá que con su chica fuera diferente—. Los demás deben estar disponibles las 24 horas.

—No me quedan mal, ¡admítelo! —Exclamó Zander una vez que Ben se había marchado. Unas risitas apagadas se colaron en el aire, aunque no sabía de quiénes provenían. Lo observé pausadamente, intentando parecer serio y no largarme a reír.

—Pareces salido de una película clase B, quiero que lo sepas. —Hice una mueca desagradable frunciendo la nariz—. Y sí, quedan mal. ¿No dijiste que te los quitarías por tus joyas y demás?

—¡Oh, diosa! —Murmuró Zander y me dio un empujoncito—. Nicolás, eres tan remilgado que ni puedes decir huevos, creo que incluso testículos sería mucho para ti. —Comenzamos a caminar hacia la salida.

—¡No soy remilgado! —Repliqué, ganándome una mirada desaprobatoria de su parte y eso me fastidió. Lucía un traje gris oscuro, con una camisa blanca y zapatos negros. Era informal, ¿cierto?—. ¿Por qué dices que soy remilgado? —Me miré la ropa que llevaba y no estaba mal vestido, aunque comparado con mi amigo éramos el agua y el aceite.

—¿Qué mala palabra dices? —Preguntó Zander mofándose mientras se adelantaba unos pasos—. ¿Sabes lo que es decir malas palabras? —Lo miré mordaz. Claro que lo sabía, solo que no lo hacía en público—. ¿Qué haces esta noche, Caroline? —La secretaria nos miró a ambos. Zander se acodó en el mostrador con su

sonrisa ganadora.

—No tengo planes... —titubeó la chica, cuya mirada oscilaba entre él y yo.

—¿Qué dices de acompañar al pobre centinela Ikkar hoy por la noche? —Lo hizo sonar tan mal, que suspiré de forma audible y me pasé la mano por la frente, maldiciendo, en vano, al bocón de mi amigo.

—¡Claro! —Ella sonrió feliz—. Yo, bueno, no tengo problema... —La joven se arregló el cabello coquetamente.

—¿Qué pasó con la amiga de tu chica? —Pregunté mientras apuñalaba a Zander con la mirada y este pareció entender, sonriendo.

—Claro, claro, bueno, será la próxima. —Caroline parecía decepcionada, así que meforcé a sonreírle a la chica. Ella no tenía la culpa de que mi amigo fuera un idiota.

—La próxima —dije y jalé a Zander hasta la puerta—. ¿Estás loco? —Fue lo primero que le espeté cuando el aire cálido del día chocó contra mi rostro. El sol estaba en lo alto y, aunque estaba tapado por algunas nubes, el calor era sofocante.

—¡¿Qué?! Es linda —declaró él mirando hacia atrás.

—Sí, y humana... —Saqué las llaves del bolsillo y me coloqué los lentes de sol.

—¡Oh, por favor! ¿Cuándo se te quitará el aire ese de semidiós que tienes? —Abrí la boca para contestarle ante su juego de palabras, pero no valía la pena, solo quería cabrearme.

—Mejor... —dije moviendo una mano— ¡cállate! —Respondí en seco y lo observé mientras rodeaba mi coche.

—¿Qué? —Me preguntó Zander, levantando los hombros. *¡Aires de semidiós y un cuerno!*

—¿No viniste en coche? —Pregunté, paseando la mirada por los coches en el estacionamiento.

—Eres un novato o ¿qué? —Inquirió Zander con sarcasmo. No respondí, levanté una ceja por encima de los lentes oscuros—. Teletransportación, Nicolás... —Bufé y sacudí la cabeza al momento que se metía en el coche.

—¿Y, acaso, no podrías...? —Pregunté cuando me senté en la butaca.

—¿Qué? ¿Irme solo y perderme de ver tu cara de horror cuando me veas bajar con estos exóticos pantalones en la clínica y todas suspiren por mí?

—No son exóticos, créeme... —respondí sacudiendo la cabeza, pues de una cosa estaba seguro y era de eso—. Son horribles —añadí mientras encendía el coche.

—¿Otra vez escuchando tu mierda deprimente? —Se quejó observando la lista de canciones. Tan solo lo miré para no golpearlo—. Sabes..., a ti te falta una buena y dura noche de sexo, mi amigo, ¡ajá! —Zander hizo un gesto subido de tono, que capté por el rabillo del ojo, pero no me molesté en responder—. Estar con tres hembras te está llevando a la locura. Sexo. Eso es lo que necesitas... —Si las chicas se enteraran de lo que dices, te darían una buena zurra, pensé.

—Sabes, Zander, mejor nos vamos antes de que te arranque la cabeza —apreté los dientes. Él solía decir que las hormonas de las elementales me afectaban.

Íbamos llegando a la ciudad cuando el teléfono de Zander sonó. Hablaba con la humana e intenté no escucharlos, pero la emoción en la voz de la mujer al saber sobre los pantalones despertó mi curiosidad, así que cuando Zander me reiteró lo del recital, no me negué. Quería ver a la mujer que osaría entrar con alguien así vestido.

Llegamos al hospital y nos bajamos del coche atrayendo las miradas de todos. Personalmente, odiaba llamar la atención. El hospital se ubicaba en la margen sur de la ciudad, una de las zonas más pobres, tanto para los humanos como los oscuros. Peiné el área con la vista y noté cómo muchos se detenían a observarnos.

—¡Ves! Tu modo remilgado de vestir no atrae a las mujeres, Nicolás. —No quise decirle a mi amigo que la mayoría no le miraba la cara y que se reía por lo bajo para no herir sus sentimientos.

Caminamos hasta la puerta a medio caerse y le mostramos algo parecido a placas policiales a la mujer regordeta en la recepción. Ella nos estudió y nos llevó hasta un cuarto alejado. El hospital era bastante deprimente, parecía sucio y abandonado; viejos rostros nos observaron pasar y no nos detuvimos hasta llegar a otras puertas con una ventana de ojo de pez. La mujer la abrió para nosotros y nos dio paso, pero no se quedó.

Entramos a una habitación oscura y sombría. El olor a sangre, mezclado con antibióticos, atiborró nuestras narices, logrando casi que nos replanteáramos la visita al hospital. Nos miramos un momento, asqueados. Incluso los oscuros contaban con mejor infraestructura y atención. Escondidos bajo fachadas grises y frías, tenían equipos que superarían por mucho a los que veíamos aquí. Había poca luz, como si aquel lugar pudiera absorberla, enviciando el aire, consumiendo incluso la vida. *¿Qué demonios? ¿Por qué mierda me meto en estas cosas?*, me pregunté maldiciendo en silencio. Había planeado pasar el día encerrado hablando con mi hermana, como lo había hecho en los últimos días, pero aquí estaba.

Caminamos atravesando la habitación, pasando una cama vacía y desarmada hasta la que estaba cerca de la ventana. Por un momento pensé en abrirla, sucia y mohosa, para dejar entrar aire puro, pero me contuve cuando mis ojos vieron a la mujer. Estaba recostada de lado, una mano cerca de su cara y la otra colgando de la camilla, como si quisiera tomar algo que no podía alcanzar y que solo ella veía. Sus ojos estaban abiertos mirando a la nada; su cuerpo, cubierto por una sábana desteñida, amarillenta, y un fino acolchado con bolitas de lana y mugriento. Me sentí mal por ella, parecía abandonada, aun aquí donde debían cuidarla. Zander golpeó mi hombro llamándome la atención, olisqueó el aire y noté que había algo raro, pero no pude distinguir qué. Mis sentidos estaban embotados por el hedor del lugar, tanto que parecía que se me pegaba como una segunda piel.

—¿Crees que pueda hablar? —Preguntó Zander. Ella ni pestañeó al oír nuestras voces ni se movió. El latido del corazón era estable, me acerqué un poco más, interponiéndome en su campo de visión, pero no reaccionó. Me puse de cuclillas, justo enfrente de su cara y miré a Zander consternado. No se movía ni siquiera articulaba palabra; no había cambios en el latido de su corazón, era simplemente como si no estuviera allí. Como si su alma hubiera sido robada. *Aún no sé si está viva*, pensé.

—¡Aquí apesta! —Dijo Zander, y asentí sin apartar los ojos de ella.

—Algo va mal con ella —susurré mientras observaba unos ojos café tan profundos que creí poder saborearlos. Su cabello tenía casi el mismo color que sus ojos, tal vez un poco más chocolate. Sus rasgos me hicieron pensar en una niña con labios gruesos, que tal vez nunca habían sido besados. Observé cómo su pequeña figura se dibujaba bajo la colcha. Estaba demasiado flaca, incluso para una humana. Los huesos de sus muñecas sobresalían más de lo normal y estaba seguro de que sus costillas se notarían del mismo modo.

—Ella no debería estar aquí —murmuró Zander corriendo una cortina—. Creo que básicamente ningún humano debería estar aquí. —Él continuó hablando mientras yo, por mi parte, seguía prendado de los ojos de aquella mujer. Me moví un poco y fue cuando noté un leve movimiento de sus pupilas. Me quedé helado y, por lo visto, ella nuevamente quedó estática—. ¿Qué? —Preguntó Zander, quien parecía haber captado su movimiento también—. Tienes cara de haber visto algo. —Se acercó un poco y se inclinó hacia delante, manteniendo el equilibrio, casi rozándole la mejilla con su nariz. La olisqueó y siguió haciéndolo hasta que llegó hasta cerca del cuello. Por el rabillo del ojo capté un leve movimiento de cómo su mano se apretaba en un puño. *Bien, una segunda respuesta.* Zander siguió olfateando su cuello y percibió el miedo. Se alejó un poco, tan solo para mirarla a los ojos nuevamente.

—No tengas miedo —murmuré muy bajo—. No venimos a hacerte daño. —Ella no respondió. Zander se acercó aún más—. No es humana, es una cambiante joven. —Era cierto, ahora podía sentirlo. Ella movió sus pupilas otro milímetro—. No te haremos daño —repetí—. Soy el centinela Nicolás Ikkar y este es el centinela Unripe. Somos de la Sociedad.

—¿Cómo sabes lo que soy? —Susurró la mujer, casi sin mover los labios—. Ellos no lo saben —asentí imaginando que los humanos no habían notado el cambio. Tal vez el ataque la había transformado de cambiante a humana como forma de defensa, y los humanos la habían tomado como tal. Claro que no lo sabían; de saberlo, ella no estaría aquí, estaría en unas instalaciones mucho más agradables.

—Soy un centinela y percibo tu aroma, eres una gata. —Hablé muy despacio manteniendo la voz que solía usar con los jóvenes más introvertidos, un tono calmado, que había usado tiempo atrás con Sal. Siendo cuidadoso con cada una de mis palabras, desvié los ojos hasta sus manos, que ahora se apretaban.

—Yo no quiero esto... —Una lágrima corrió por su mejilla en un parpadeo—. No era así...

—Por eso estamos aquí —dijo Zander cambiando su tono a uno más pausado y tranquilo. Auténticamente un centinela.

—Dicen que te ha atacado un lobo —murmuré yo, al tiempo que colocaba una mano firme en el borde de la cama para estabilizarme. Ella observó el movimiento, pero no habló y, de un momento al otro, mi mente no pudo procesar lo que salía por mi boca—. ¿Quieres que te saquemos de aquí? —Tragué con fuerza una vez que lo dije. ¿Por qué mierda había dicho eso?

—¿Qué? —Zander sonaba ahogado.

—No me dejarán salir de aquí —explicó en un murmullo tan bajo que casi no la había oído. Parecía vencida.

—¿Quiénes? —Ella enfocó sus ojos más allá de donde yo estaba—. ¿Quiénes te retienen aquí? —Tragó con fuerza y no pude resistir la necesidad de acariciarla. Tomé

su diminuta mano y la apreté entre las mías. Ella se tensó y paseó los ojos desde su mano hasta mis ojos.

—Los humanos..., varios... varios vinieron aquí... —Ahora era el momento para que yo fuera el que se pusiera tenso. *¿Humanos? ¿Qué mierda era esto?*— No dejarán que me marche. —La tristeza me golpeó como un puñal en medio del pecho. Me levanté soltando su mano y Zander me imitó. Estaba indefensa, ellos podrían incluso matarla. Tal vez, algunos de ellos sí sabían qué era.

—Te sacaremos de aquí —murmuré. Tomé mi teléfono y llamé a Ben. Caminé unos pasos alejándome de ella, sin saber qué era lo que debía hacer, y ahí iba otra vez, esa maldita sensación de incertidumbre. Articulé en silencio un *quédate con ella* para Zander. Me pasé una mano por el pelo y suspiré intentando apartar el olor hediondo del lugar, que parecía pegárseme a la nariz.

—Ben, hay algo raro aquí. —Eché una mirada por encima del hombro, y bajé dos tonos la voz.

—¿A qué te refieres?

—No es humana Ben, hay algo extraño. —Me detuve un momento—. No hay modo de que ellos supieran qué era. Es una hembra cambiante joven, pero tiene marcado el aroma. —Ben se quedó en silencio y la impaciencia me colmó—. Debo sacarla de aquí...

—¿Tomarás su custodia? —Maldije en silencio y suspiré ruidosamente.

—Sí, lo haré. Sí, es lo correcto, pero primero debemos sacarla de aquí.

—Bien, déjame ver cómo justificamos su salida —respondió Ben, más comprensivo de lo que esperaba.

—No será fácil..., ella no quiere... ser lo que es —susurré. Sabía que aquello era lo peor que podía pasarle a una persona. Ser convertido contra su propia voluntad era por lo que yo había bajado a la tierra. *¡Maldición, era por lo que había nacido!*

—Resolveremos eso luego, creo saber cómo lograrlo. —Ben cortó la comunicación y yo volví junto a ellos. La mujer se había movido y estaba casi sentada, su cabello atado en una coleta ladeada y algunos mechones cayendo de forma desordenada hacia los costados de su cara. Zander estaba apoyado contra el muro, de forma relajada, aunque sabía que no lo estaba. La mujer levantó sus ojos cuando entré nuevamente. Había dolor en ellos, un dolor tan arraigado como su propia piel.

—Estaba vagando cuando algo la atacó. —Zander levantó sus hombros e hizo una mueca—. La segunda vez. —Maldiciendo en silencio, me enfoqué en la mujer.

—No hablen de mí como si no estuviera aquí —siseó la muchacha y ambos la observamos.

—¿Puedes definir qué fue lo que te atacó? —Pregunté.

—¿Me creerías? —Gruñó y bufó desviando la mirada como si le diéramos asco.

—Estamos aquí, ¿cierto? —Dije de mala gana ante su escepticismo. Ella no me miró y sentí la ira creciendo. Sabía muy bien que ella no quería pertenecer a mi mundo, pero, personalmente, no podía remediarlo. Podía ayudarla, podía incluso intentar salvarla, pero con esa actitud lo único que conseguía era cabrearme—. ¡Mira, podemos hacerlo por las buenas o por las malas! —La muchacha me fulminó con la mirada. La mueca de asco casi me abofeteó.

—¡Y eso qué te importa! —Me gritó con los dientes apretados, y los puños aporrearon la cama mientras se sentaba, erguida, intentando parecer orgullosa y dura, aunque tan solo era una joven, una niña comparada conmigo—. A ti lo único que te importa es librar a tus bastardos de esto —gruñí cuando ella levantó una ceja y puso cara de suficiencia.

—¡Cuida tus palabras! —Bramé mientras rechinaba los dientes. Mis manos apretaron los caños de la cama, casi podía decir que los rompería si seguía aferrado.

—¿Acaso no es lo que son? —Ahora era mi turno de sentir asco de ella y se lo demostré. Toda consideración que tenía por ella se había ido por la borda. Los hijos de mi madre no eran bastardos. Tragué con fuerza para no responder del peor modo mientras escuchaba a la muchacha que respiraba agitada.

—¡Marchémonos de aquí! —Dije sin dejar de mirarla. Giré dándole la espalda. *A la mierda contigo, pensé.* Zander dudó un segundo antes de seguirme. Él también estaba molesto por lo que ella había dicho, pero, a diferencia de mí, él sabía disimularlo.

—¿¡QUÉ?! ¿Se van? —Gritó ella y ni me molesté en darme vuelta, tan solo me detuve un momento en la puerta, tomándome del marco.

—Quédate con los humanos..., somos unos bastardos..., tú lo has dicho, ¿cierto? —Indiqué arrastrando las palabras—. Pero recuerda, ahora tú también lo eres —completé apretando los dientes y salí.

La puerta se cerró detrás de Zander. Caminamos sin decir ni una palabra. Cualquiera que insultara a los hijos de Vatur me insultaba a mí directamente. No me importaba quién fuera, no podía perdonar eso. La enfermera regordeta intentó hablarme, pero al ver la expresión de mi rostro que destilaba un aire hostil, no se detuvo. Con mi humor actual podía hacer cualquier cosa, y no podía descontrolarme.

Cuando salimos, la brisa borró aquel olor de podredumbre y barrí el lugar con una mirada pausada. Estaba más que molesto. Zander apresuró su paso hasta estar a mi lado, pero no dijo nada hasta que nos metimos en el coche.

—Odio esto —gruñó.

—¿Qué? ¿Que nos traten así o solo tu existencia? —Solté intentando burlarme de él, pero mi voz transmitió otra cosa.

—No —dijo acentuando sus palabras y endureciendo su expresión—. A los convertidos contra su voluntad, no puedo ni imaginar lo que vivió esa mujer. —Me

pasé la mano por la boca, sintiendo cómo la amargura lo colmaba.

—No me importa —declaré negando con la cabeza y arranqué el coche.

—¿La dejarás allí? —Le eché una larga mirada a mi amigo—. ¿Estás hablando en serio? ¿No le dijiste a Ben que...? —Y no respondí. Gruñendo me coloqué los lentes de sol. Zander levantó las manos en señal de rendición y miró hacia el adelante. No quería hablar de eso. ¡Que se jodiera la muchacha! Averiguaría las cosas a mi modo. ¡Que se joda! ¡Que vea qué tan bien la tratarán los humanos!

—¿Cuántas horas tenemos antes del recital? —Pregunté cambiando radicalmente de tema. Zander movió la cabeza.

—Unas cinco horas... ¿Por qué?

—Porque tengo otra idea sobre cómo averiguar qué la atacó —dije y, aunque no lo deseara, mis pensamientos quedaron pegados a la mujer. Hubiera querido mostrarle mi poder. Decirle que no éramos bastardos, que estábamos mucho más avanzados que los humanos, los cuales la rechazarían en cuanto supieran lo que ahora era. *Maldita seas*, susurré en silencio. Averiguaría qué le había ocurrido y castigaría al que traspasó una de las reglas más importantes de la S.A., pero lo conseguiría a mi modo. Había personas que trabajaban para nosotros, seres que no eran oscuros e incluso eran más fieles que muchos de los nuestros. Intentando sacarme de la mente aquellos ojos color chocolate, meforcé a pensar en la mujer a la que visitaríamos y eso me endulzó el alma. Nos metimos por las calles intrincadas de la ciudad y llegamos en pocos minutos. Ninguno de los dos habíamos dicho ni una palabra en todo el camino. Estacioné en una calle lateral y nos bajamos frente a una casa con varios carteles en su puerta.

—¿Estás hablando en serio? ¡No me jodas, Nick!

—¿Qué? ¿Eres un escéptico ahora?... ¿Desde cuándo? Con eso pareciera que nada te asustará —dije, señalándole los pantalones—. Digamos que no eres lo más *normalito* del mundo. —Zander me ignoró. Entramos al patio de la casa atravesando la rejilla que la separaba de la calle; era de madera y en algún tiempo había sido blanca. Pasamos por el sendero a través de un pequeño jardín que estaba abandonado, subimos los escalones que los separaban de la puerta y, un momento antes de que llegara a llamar, la puerta se abrió. Una mujer pequeña y encorvada nos observó y, dada su altura, tuvo que levantar la cabeza para mirarnos a ambos. Tenía una sonrisa dibujada en sus labios.

—¡Diosa querida y hermosa! ¡Aún traes bendiciones a mi casa! ¡Bendecida seas! —La mujer juntó las manos y las elevó al cielo—. Nicolás Ikkar..., hijo de la diosa. —Sonriendo, me acerqué a ella y toqué su hombro—. Cuando creí que todo estaba olvidado, apareces frente a mi puerta como una ilusión, como la más bella de las creaciones.

—¡Que la diosa te cuide y se apiade de ti, Dora! —La mujer se acercó a mí y me

abrazó. Di un vistazo a Zander. Increíblemente estaba callado y estupefacto ante aquella muestra de cariño. Sabía que se estaba preguntando *qué tenía esta mujer y cómo me conocía*.

—¡Oh, mucho más de lo que crees..., centinela Unripe! —Zander dio un paso atrás cuando aquellos ojos almendrados se posaron en él, y no pude evitar sonreír—. No se fíe de mi cuerpo achacado por los años, mi mente es tan lúcida como cuando Nicolás me salvó. —Zander boqueó luciendo aún más gracioso. Sabía que no había hablado en voz alta. Dora sonrió y nos hizo entrar—. Dos centinelas en mi casa, bendiciones para la diosa Vatur.

—¿Veneras a Vatur? —Preguntó Zander mientras yo le sonreía ampliamente entrando a la casa y sosteniendo la puerta para que pasara. Lo primero que Zander vio fue el pequeño altar junto a la ventana.

—¿Cómo no hacerlo? —Dijo la mujer mientras les señalaba unos viejos sillones.

—Debes dejarme que te compre un par de estos nuevos, Dora —apunté palmeando el viejo sillón—. Juro que un día entraré aquí a hurtadillas y amanecerás con un juego nuevo y reluciente. —Odiaba que no me dejara arreglar su casa, pero, aun así, la tentaba.

—¡Oh, por favor! —La mujer hizo un movimiento con la mano desechando la idea—. ¿Para que los querría? Me iré pronto, Nicolás —declaró mientras desaparecía en la cocina.

—Aun así, insistiré hasta el momento...

—¿Puede leer la mente? —Preguntó Zander, intrigado. Le sonreí con sorna al ver su cara transformándose de a poco. No quería ni imaginarme las cosas que podría haber pensado desde que entramos. Había veces que no era el más avisado de la colmena, pero Zander era horrendamente honesto, todo se traslucía en su cara y eso me hacía confiar en él. Mi padre nunca había logrado tentarlo y sabía que nunca lo haría, pues él es lo más cercano a una amistad.

—Sí, ¿no es genial? —Respondí arqueando una ceja.

—Sí, es «genial» mientras no tengas pensamientos lujuriosos... —murmuró sonriendo.

—Eso es cierto —respondió Dora, que traía una pequeña bandeja—. Me agradas y yo también lamento lo mismo que tú, pero todo tiene su tiempo.

—¿De qué hablan? —Pregunté.

—No es nada —intervino Zander, y lo miré extrañado.

—Tienes un buen amigo, Nicolás —agregó Dora—. Está preocupado por ti y tu soledad. Le ha llamado la atención tu cercanía a mí y teme por mi muerte. —Dora sonrió con tristeza y miró a Zander—. Eres un buen amigo por preocuparte por Nicolás. Gracias por cuidarlo. —Este no dijo nada, pero asintió. Dora se agachó con cuidado y ubicó unas tazas frente a nosotros, colocó saquitos de té, tomó con manos

temblorosas la pequeña tetera y nos sirvió antes de sentarse. Me quedé en silencio admirando su coraje, ya que sabía que sufría dolores en su espalda, tenía artritis en sus manos y, aun así, no se sentó hasta que todo estuvo en su sitio.

—Ahora, dígame, ¿qué trae a dos centinelas a mi casa?

—Venimos a pedir ayuda —expresé, deseando poder reprimir los pensamientos sobre la muchacha. Dora hizo una mueca en respuesta—. Es sobre un ataque —continué con los dientes apretados. Tomé un trago de la taza y la dejé sobre la mesa.

—Los humanos... —murmuró ella, y enmudeció al momento que mi mente gritaba que no deseaba hablar de eso. Ella me estudió un instante, con aquellos ojos llenos de sabiduría y continuó—: Creen que el ataque ha sido de los nuestros —dijo y tomó un trago de té, como si tomara coraje para contarnos lo que veía—. Hay algo más en todo esto..., pero no es sobre un oscuro..., el ataque. —Dora dejó vagar sus ojos por el lugar como si viera más allá del presente—. El primer ataque ocurrió hace dos semanas —afirmó y comprendí por qué no podía percibirla con claridad. Era más joven de lo que creía. Seguramente había experimentado el cambio una o dos veces, pues, inconscientemente, su cuerpo intentaba asimilar el cambio—. El segundo ataque... no fue de un oscuro, intentaron con todas sus fuerzas hacerlo ver así; pero no lo fue, aunque los ángeles no sabían del primer ataque.

—¿Ángeles?... —pregunté confundido y me acomodé más cerca del borde del sillón.

—Sí, seres alados. —La voz de Dora flotó en el aire unos segundos—. Ellos cayeron —respondió mirando a Zander un momento antes de fijarse nuevamente en mí—. Caídos al mando de ya sabes quién. —No hacía falta que lo dijera, sabía la respuesta: *mi padre*.

—Creyeron atacar a una humana al azar, pero no era simplemente eso... No lo notaron, como tampoco lograron hacerlo ustedes con claridad —musitó Dora con un tono sabio, típico de una abuela, aunque sabía que era mucho más que una anciana indefensa.

Ella era descendiente de mayas. Sus conocimientos traspasaban generaciones completas, desde los tiempos de las colonias hasta hoy. Yo la había conocido de niña, la había salvado de un ataque, una de las tantas veces que mi madre me envió a experimentar el mundo. Había ido en búsqueda de un demonio llamado Huehucó yotl. Según la historia, el demonio tomaba la forma de un coyote que no era realmente malvado. Pero Dora era joven y él era un dios bromista y complaciente, pero, sobre todo, era el señor de la promiscuidad. Deseaba rodear a la hermosa joven Dora con sus encantos y llevarla por esos caminos. Mi madre me había enviado a persuadirlo y lo había logrado, ganándome así la adoración incondicional de la mujer. Ella confiaba en mí. Después de eso, Dora se volvió poderosa y sus habilidades se habían incrementado con la edad, por lo que la había cuidado en todo sentido; incluso

había un precio por la cabeza de cualquiera que osara tocarla.

—¿Crees que haya una mínima esperanza de que nos digas qué buscar? —Indague, sabiendo que no me gustaría lo que tenía para decirme.

—Podría decirte qué hacer, pero sé que no te gustará —dijo y me estudió por encima de la taza mientras tomaba otro trago.

—Eso se relaciona con la chica, ¿no? —Indagó Zander. Él no podía leer la mente, pero me conocía mejor que muchos, por lo que pudo adivinar que se trataba de eso. Me moví hacia delante dejando descansar la cabeza en las manos. *No, no quiero, pero ¿debo?*

—Por un bien mayor..., sí —respondió ella.

—Entonces dilo —susurró Zander, palmeándome la espalda mientras yo escondía el rostro entre las manos, vencido.

—Deberás cuidarla, todos tendrán que hacerlo..., si ellos conocen la verdad, la matarán y los mostrarán como bestias frente a los humanos —explicó Dora con seriedad.

—¿Ellos? ¿Quiénes? Los humanos, ¿cierto? —Indagué.

—No, los ángeles que se han llevado al nefilim que buscas —respondió sombría.

—¿Por qué cuernos buscas a un nefilim? —Preguntó confundido mi amigo—. ¿Estás loco? —Y yo no sabía qué responder.

—Lo conozco y mi madre lo respeta —respondí dando una verdad a medias. Después de eso, no hablamos mucho más.

Nos habíamos marchado de lo de Dora unos veinte minutos antes de que el recital comenzara y el teléfono de Zander no paraba de sonar.

No tardamos mucho en llegar a la entrada del bar donde las mujeres nos esperaban. Me arrepentí en el mismo momento en que Zander encaró la entrada, pero ya no tenía opciones. La muchedumbre se arremolinaba a mi alrededor como abejas. Me quité el saco y me lo colgué por encima del hombro atrayendo las miradas de muchas mujeres. Nos internamos en el lugar hasta estar casi en el centro de la pista, frente a la tarima, donde unos instrumentos ya estaban colocados a la espera de sus músicos.

—¡Te tardaste! —Le reprochó una mujer bajita que llevaba unos pantalones de cuero con tachas y una remera holgada con calaveras. Tenía pulseras de cuero negro y muchos aretes; su pelo color azabache atado en una coleta, y maquillaje como para cubrir una pared completa. Zander la tomó por las caderas y la besó. Cuando se separaron, ella me echó una mirada rápida. Sabía muy bien que parecía un pez fuera del agua y si seguía así empezaría a boquear como uno—. ¿Este es tu amigo? —Preguntó, señalándome.

—Sí, el mismo. —Zander me jaló del hombro para acercarme, al tiempo que yo intentaba sonreír e ignorar a las personas que me chocaban constantemente.

—¿Cómo estás? Soy Alex. —Me tendió la mano y la estreché sonriendo. Así que esta era la mujer que había hecho que Zander se pusiera pantalones de cuero.

—Nicolás —dije, y asentí. Ya no tenía dudas de por qué lo había hecho, ya que ella estaba casi enfundada en cuero, como la mitad de la muchedumbre.

—¡Uh!, tienes un acento raro. —No logré responderle ya que ella reparó en otra mujer que se acercaba abriéndose paso entre el gentío—. ¡Eh, Vívika! ¡Aquí! —Gritó agitando la mano.

La mujer lucía tan perdida como yo. Llevaba una falda larga hasta las rodillas, color crema, y una camisa floreada en tonos rosas y lilas. Cargaba una diminuta cartera que me hizo preguntarme qué podía haber ahí. Sabía que mis protegidas nunca habían tenido una tan pequeña, pero mirándola pensé que hacía juego con la persona que la cargaba. Pequeñas pecas se desplegaban por su rostro ovalado y sobre su nariz, en un tono que casi coincidía con su piel color crema. Sus labios eran finos, y cuando ella levantó la mirada, noté que sus ojos eran una mezcla entre azules y grises. *Hermosos*, pensé. Llevaba el cabello recogido en un moño color rojo que combinaba con el color de su cabello. Esquivó a otra persona y nos miró a los tres sonriendo tímidamente mientras luchaba por caminar entre la multitud.

—Lamento haber llegado tarde —se excusó.

—¡Tranquila, chica! ¿Estás bien? —Preguntó Alex mientras le daba un abrazo.

—Sí —respondió dubitativa mientras sonreía—. Creo...

—¿No me digas que ese idiota estuvo molestándote otra vez? —Protestó Alex, y la muchacha levantó los hombros, quitándole importancia, aunque no sonaba segura—. ¡Oh, cielo! Juro que le daré una patada en cuanto lo vea. Hoy no te molestará —exclamó Alex y la giró por los hombros para enfrentarla a nosotros. Le sonreí de lado, agradeciéndole a Vatur por el consuelo al saber que no era el único que se sentía fuera de mi ambiente—. Este es Zander, de quien te he hablado... —Alex notó los pantalones de Zander en ese momento—. ¡Oh, cielo! ¡No había notado tus pantalones! ¡Te ves tan lindo! —Ronroneó y le dio un besó largamente incómodo.

—¡Hola! Soy Nicolás —dije acercándome a la mujer—. Nicolás Ikkar.

—Vívika Saur. —Me tendió la mano y la estreché con cuidado, ella parecía tan frágil. Mi instinto me decía que algo no andaba bien—. Pero puedes, puedes... —se arregló el cabello y acomodó la cartera— llamarme Vivi, o Viki, muchos lo hacen.

—Me gusta tu nombre —le respondí y ella sonrió—. Dime, Vívika, ¿cómo lograron traerte aquí? No luces como si esto fuera lo tuyo. —Ella bufó y se aferró a la correa de su cartera.

—¡Ni que lo digas!... Para nada. —La atraje hacia mí cuando un tipo grandote y barbudo pasaba cerca de ella. Sin saber por qué, sentía que debía cuidarla, lo sentía en lo profundo de mi ser... y, por un momento, hasta mi alma crepitó al percibir el calor de su cuerpo. Ella no era igual a todos los demás, y, recién ahora, en la cercanía

de su cuerpo, podía sentirlo.

Vívika se estremeció cuando Nicolás la acercó a su cuerpo y un calor extraño hizo vibrar sus células de una forma que nunca lo había sentido. De pronto, se sentía segura, como no lo había hecho durante mucho tiempo. Era irónico, se encontraba totalmente fuera de su ambiente, pero el ver a Nicolás en su traje de marca, su cabello arreglado, la hizo sentir mejor y no sabía por qué, pero la hacía sentir protegida.

El idiota de su ex había aparecido en su casa hoy; estaba borracho y apestaba a tabaco, ¡como siempre! Aquella tarde había aporreado su puerta al tiempo que la maldecía a gritos, a sabiendas de que todos lo oirían. Vivía en unos departamentos un poco alejados del centro. Eran lindos y cálidos, tenían un patio interior y los edificios no sobrepasaban los tres niveles, por lo que su departamento en planta baja recibía el sol todo el día, cosa que ella amaba. Ahora no sabía qué dirían los vecinos, ¿la echarían del único lugar en el que era feliz? Había conseguido ese lugar después de romper con él y se había decidido a vivir sola. Alejada de su familia, que le rogaba volver a casa, se negaba a irse sin un por qué, fuera lo que fuera, y allí se quedaría hasta que la echaran. Lo que tal vez podría ocurrir hoy, después de todo. Lo había dejado gritar todo lo que quisiera, y, por suerte, lo único que tendría marcas sería la puerta y no su cara. Estaba cansada y había llorado por horas hasta que Alex la había llamado. Se había arreglado lo más pronto que pudo, pues no sabía si él volvería. Se maquilló rápido para cubrir su cara enrojecida por el llanto, y había salido aterrada de su casa, esperando pasar desapercibida y que no la siguiera. Por eso había venido, temía más a quedarse sola que a estar rodeada de gente sudada. Pensó un momento en qué haría su ex si la viera con él, joven, rubio, que parecía salido de un póster de promoción de playa. Lo único que no encajaba con eso era el traje, lucía formal y atlético, aunque si lo viera con una tabla de surf no estaría mal tampoco. Los músculos se le marcaban a través de la costosa tela y su pecho era tan duro como una roca, casi sugería tener un cartel sobre su cabeza que decía: «surfeando encontrarás hombres tan buenos como yo».

—¡Oh! Lo siento —se excusó su amiga que estaba a los besos con Zander. Vívika pensó que, en otro momento, se habría molestado con Alex, pero ahora, con la calidez que irradiaba el hombre que la mantenía apoyada sobre su pecho, no quería salir de allí, de su seguridad—. Es que ya saben, los hombres con pantalones de cuero me ponen ¡ufff! —Zander le dirigió una sonrisa a su amigo que decía claramente «te-lo-dije», pero este lo ignoró por completo, separándose un poco de ella. Zander, del cual había escuchado mucho, pero que nunca había visto, hasta hoy, pareció notar su presencia y le tendió la mano.

—Zander —dijo él. Ella sonrió y estiró su mano hacia él, sintiendo cómo los dedos de Nicolás dejaban rastros de calor sobre su piel.

—Vívika... —respondió ella. Zander le echó una mirada a Nicolás, que Vívika captó al vuelo. La recorrió con una mirada sorprendida, que ella no sabía qué significaba, y luego volvió su atención al frente. La banda comenzó a tocar y el ambiente se llenó de sonidos agudos de guitarra, solos de batería y un hombre gritando. Vívika no podía decir que cantara... ¿Cómo es que su amiga podía desear venir a un lugar así? Estaba dicho que eran amigas por ser totalmente opuestas. Cuando la segunda canción terminó, el supuesto cantante se detuvo para alentar a los suyos.

—Aún no me dijiste cómo es que te metiste en esto —le preguntó Nicolás, agachándose un poco para hablarle al oído. Ella ladeó la cabeza para que la oyera y sus ojos conectaron con los de él en un segundo. Notó algo raro que no podía especificar; su loba también lo sintió y, sin embargo, no se alejó.

—No quería quedarme en casa —respondió. Cuando él no habló, le dio un vistazo rápido. Tenía esa mirada de saber algo más que el resto y se preguntó si habría visto algún moretón en su cuello del que ella no se hubiera percatado. Tembló en sus brazos cuando Nicolás la agarró—. Y... y... y Alex dijo que vendría, que su... que Zander traería a alguien y que era lo mejor que podía hacer antes que quedarme en casa encerrada. —Vívika se giró para dejar de verle a los ojos. ¿Qué sabía él de ella? ¡Mierda! Sabía que no se había tragado su historia. Tembló nuevamente y suspiró cuando él le acarició las manos hasta los hombros.

—¿Y tú? —Ella rompió el silencio e intentó hablar sin que se notara la duda en su voz—. ¿Qué hace alguien como tú aquí?

—Podría decir lo mismo —respondió al cabo de dos latidos. Se inclinó un poco para hablarle al oído y los labios de Nicolás acariciaron su lóbulo haciendo que temblara de pies a cabeza—. ¿Ella lo sabe? —Vívika se movió de modo que pudiera verlo. Nicolás la observó y después a Alex, que respondía a gritos las preguntas del cantante mientras Zander la abrazaba desde atrás.

—Sí, lo sabe —murmuró incómoda. No sabía qué más decir. No podía culparse por ser lo que era; aun así él no apartó sus manos de ella. Vívika estaba orgullosa de lo que era y la loba se alumbró en sus ojos dejando que él lo notara.

—¿Qué eres? —Preguntó desconfiada y volviendo su vista al frente.

—Un centinela —murmuró él, nuevamente demasiado cerca de su cuello.

—¿Viniste a matarme? —Indagó lista para enfrentarse a él si hacía falta.

—No, solo a escuchar una banda rara y ver quién era la mujer que tolera a Zander con esos pantalones de mierda. —Vívika creyó oír la risa colándose después de sus palabras, pero no se atrevió a mirarlo.

—Imagino que él también lo es —dijo cayendo en la cuenta de que ambos lucían

casi igual, salvo por los pantalones de cuero—. Aunque creo que Alex no sabe lo que es tu amigo.

—¿Y cómo lo sabes tú? —Inquirió Nicolás con la voz calmada.

—No sé, eres un centinela, no sería raro que él lo fuera también. Creo haberte visto antes. Tengo como una capacidad de sentir a los otros, ya sabes... —le respondió girándose para verlo a la cara, tomando todo el coraje que le quedaba, y lo vio fruncir la nariz. El «intento» de cantante gritó atrayendo su atención. Siguieron escuchando la maldita banda, aunque Vívika se preguntaba: *¿Quién cuerno le ha dicho que podía cantar? Definitivamente, alguien que no lo apreciaba o tenía sordera, porque ¡demonios!, cantaba como la mierda.* Vívika seguía tan tensa como cuando llegó. Sabía que estaba segura, pero, aun así, no podía sacarse de la cabeza los gritos de Gus. Le había dicho que era una maldita, que lo había vuelto adicto a ella, que era una enferma, una maldita anormal, y muchas cosas más. Ella ya había olvidado la cantidad de insultos que le había propinado, cuando sus ojos se llenaron de lágrimas y se acurrucó envolviendo sus piernas con los brazos junto al pecho, en un rincón de su casa. Gus la había golpeado más de una vez al enterarse de lo que era, y todavía llevaba un par de moretones de recuerdo. ¡Maldito idiota! Pensar que lo había amado.

Había pasado más de media hora cuando Alex le tocó la mano. Ella había dejado que el calor del centinela la invadiera y la música amortiguara sus pensamientos, dejándola sentir un poco de paz, hasta ahora.

—Tal vez deberíamos irnos —dijo su amiga y Vívika la estudió sin comprender de qué hablaba. Sabía que no tenía buena cara, pero no quería quedarse sola ni separarse del hombre que estaba a su espalda. Era un centinela y algo de aquello la tranquilizaba, aunque comprendía muy bien que ellos no se metían en las disputas humanos-oscuros, por la simple razón de que nadie se lo pedía. Podrían matarla por interactuar con un humano, pero ¿quién demonios iba a saber que en su veintiún cumpleaños algo en ella renacería dejándola como loba? No lo sabía, no tenía la menor idea de por qué había sucedido hasta que habló con sus padres. Ellos no le comentaron nada antes, por la simple razón de que podía ser una humana normal como su hermana, quien había pasado los veintiocho y sin ningún cambio. Ahora sabía que podía correr en cuatro patas y, créase o no, se sentía bien sabiendo que no era una joven indefensa. Era una loba y eso le daba un poco de confianza. Había corrido por los campos de sus padres, el aire colándose en su pelaje, sus oídos percibiendo hasta el mínimo ruido, sus patas golpeando contra el suelo, y la libertad golpeándole la cara. Amaba ser lo que era.

—Estoy bien —dijo y apoyó su mano sobre la de Alex—. Tranquila.

—No. —La desesperación se filtró en la voz de su amiga—. Escucha. —Alex tuvo que acercarse para hablarle, la banda sonaba muy, muy mal—. Tal vez

deberíamos irnos —dijo acentuando cada palabra y Vívika olisqueó su temor—. ¿Entiendes? —Ella la estudió y rápidamente sus ojos viajaron por el lugar. Algo estaba mal. Debía sentirlo. ¿Qué era?

—¿Qué ocurre, cariño? —Preguntó Zander, pero Alex no desvió la mirada de Vívika. Un segundo después se movió girando sobre sí misma para abrazar a Zander.

—Tal vez deberíamos irnos —la escuchó decir mientras los ojos de ella buscaban el por qué de este cambio de humor de su amiga, pero no encontraban nada.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó Nicolás mientras apretaba las manos en sus hombros. Ella tembló, pero no habló. Seguía buscando la fuente del temor de Alex... y sus ojos barrieron el lugar hasta que lo vio. Tambaleante, a unos metros de ellos, vio a Gustav, ebrio y buscando pelea. Como si la percibiera, él miró justo hacia donde ella estaba y Vívika desvió la mirada para que no la viera. Al parecer, Nicolás sintió ese mínimo temblor y observó el trayecto de su mirada, pero antes de que él dijera algo, Vívika se volteó y lo encaró.

—Debo irme... —Echó una mirada a Alex y pasó junto a Nicolás. Debía salir de allí. Ser humillada en su casa era una cosa, pero ser humillada frente al único hombre que le había dado protección, era una muy diferente que no deseaba vivir. Gus era su problema..., tal vez le daría un puñetazo y se marcharía. No lo sabía, pero debía lidiar con eso ella sola.

Algo no andaba bien. Vívika sudaba temor y no planeaba dejarla ir así. No sabía qué ocurría, pero, definitivamente, algo sucedía. La tomé de la muñeca antes de que se perdiera en el gentío. Ella se estremeció y me miró atemorizada. Aquella mirada me atenazó las tripas, pues no podía imaginar quién le había hecho tanto daño como para que huyera de ese modo. Estreché los ojos y la solté, pero no pensaba dejarla sola. Comencé a caminar tras ella. Echó una mirada sobre su hombro y vio que la seguía y antes de pisar la acera se frenó en seco y me encaró.

—¡No me sigas! ¡No, no me sigas! —Sus mejillas estaban coloradas y sus ojos ligeramente asustados—. No te conviene —gimió agitada y me empujó el pecho con las manos sin lograr que retrocediera.

—Vamos Vi, Zander insiste en que nos llevarán a casa —le dijo Alex cuando llegó a su lado. Di un vistazo rápido a Zander y supe que mi amigo debió de percibir lo mismo que yo y le había dado a Alex la única opción a la que ella no se podía negar: llevarlas a casa. No podíamos dejarlas solas. Percibía a la loba asustada allí adentro y aún no sabía por qué. ¿Quién era el hombre que le causaba ese miedo incontrolable? Porque estaba seguro de que era por un macho.

—No, no, no creo que sea bueno. —Se estremeció una vez más y tragó con fuerza—. No quiero más problemas con él, lo agradezco, pero tal vez deberías ir con ellos, Alex, este es mi problema...

—Sí ¡Y que te den...! ¡Ni loca...! ¡Tú no te vas sola! —Su amiga casi escupió las palabras haciéndose eco de mis pensamientos. Zander le pasó un brazo por encima de los hombros de Alex para reconfortarla, y a mí me picaban las manos por hacer lo mismo, pero me contuve. Crucé una mirada rápida con Zander; la calle estaba atestada de tránsito y humedad y, aun así, ambos estábamos alertas.

—Estoy de acuerdo —gruñí entre dientes, sin dejar de mirarla.

—Mira... —dijo Vívika, decidida, aunque había un temblequeo en su voz—. Gracias. —Ella apoyó sus manos en mi pecho y me miró a los ojos—. Pero no te conviene, no quiero que tengas problemas...

—Creo que soy lo bastante grandecito como para poder decidir solo... ¿No crees? —Me burlé con sorna.

—Estoy de acuerdo con el surfista —señaló Alex, y Vívika miró a su amiga como si deseara desgarrarle el cuello.

—No sabes cómo es..., por favor —susurró suplicante.

—No —respondí autoritariamente. La tomé por los hombros y la giré—. Mi auto está allí —añadí, dándole un empujoncito. Podía sentir que Vívika no estaba

tranquila, era claro que no deseaba a un centinela en sus asuntos.

—Ok, chicas —dijo Zander cuando todos estábamos dentro del coche—. Deben decirnos de qué va esto. —Observé por el retrovisor cómo entrecruzaban miradas mientras Vívika negaba con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas. Arranqué el coche sin dejar de prestar atención al debate que ocurría en el asiento de atrás.

—Mira cariño, nos conocemos hace ¿cuánto?... ¿Una semana? —Dijo Alex, tirándose hacia delante para hablarle a Zander y mirarlo a los ojos—. Creo que tenemos futuro, pero ella es mi amiga y yo...

—Son centinelas —dijo Vívika en un tono plano y apagado, dejándonos sumidos en el silencio por varios minutos.

—¿Cómo lo sabes? —Zander se giró en su asiento para observarla.

—Es una loba de nacimiento. ¿No lo sientes? —Pregunté, echándole un vistazo a mi amigo. Zander me estudió un momento inhalando una gran bocanada de aire y cerró los ojos, para luego asentir con la cabeza.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso? —Alex estaba agitada—. ¡No! ¡No permitiré que la toquen! ¿Van a matarla? —Gritó. Entonces frené el coche violentamente.

—¿Por qué demonios la mataríamos? —Gruñí. De un momento a otro el auto parecía tremendamente pequeño. Alex se colocó enfrentándonos y cubriendo a Vívika, y ese solo gesto me conmovió de un modo que no sentía hacía mucho. Los humanos huían de los oscuros, les gritaban cosas o, simplemente, los evitaban, casi nunca los protegían.

—¡Ese hijo de puta! Él la denunció, ¿cierto? —Gritó Alex sin poder contener los nervios—. Voy a comprar un arma y le volaré los sesos. Él los llamó, ¿verdad? ¿Él la denunció y vienen a matarla? ¿Es que acaso no piensan que ella...?

—¡SILENCIO! —Grité sin poder contenerme. Alex quedó pasmada, pero, aun así, no se movió—. Nosotros no matamos a los nuestros.

—¿No? ¿Y por qué mierda se llaman a sí mismos sociedad de asesinos, eh? —Era una buena pregunta. Incluso yo mismo me la había hecho siglos atrás.

—Es solo un nombre, Alex. Nosotros no matamos a los nuestros. Nuestro deber es protegerlos y castigarlos cuando infringen la ley, pero nada es porque sí... —Zander se movió para observar a la humana y calmarla.

—¿Quién es? ¿Dime qué pasó? —Exigí molesto por toda la situación.

—¡Vívika, no! —se quejó su amiga cuando esta comenzó a apartarla para enfrentarnos. Levantó la barbilla que le temblaba y las lágrimas se derramaron en su rostro al mirarnos a ambos.

—Soy lo que soy desde los veintiuno, hace tres años que he cambiado. Mi familia tiene algunos nacidos que no son como yo, un lobo... —Lucía hermosa y orgullosa. Quise consolarla y secar sus lágrimas, pero necesitaba saber qué había ocurrido.

—Sigue —pedí.

—Gus había sido mi novio de los dieciocho, novio de juventud y estábamos juntos cuando se dio el cambio..., solo que se lo confesé. —Apartó los ojos y miró hacia afuera—. Creía que era mi amor eterno..., como mis padres: mi madre no es una licántropa, es solo humana y creí que él... —Sus sentimientos se colaron dentro de mí y me atraganté con su dolor. Sabía lo que era desear el cariño de alguien y ser rechazado.

—¿Él estaba allí, cierto? —Pregunté. Ella asintió sin mirarme.

—Oye —dijo Zander buscando distender el aire tenso—. Entiendo que los asuntos con los ex son un dolor en el culo, pero...

—¡Le ha pegado! —Susurró enérgica Alex mientras Vívika la fulminaba con la mirada.

—¿Qué? —Preguntamos a dúo, conmocionados. Estas cosas tenían su castigo. ¿Cómo podía ser cierto que aquel humano siguiera acosándola sin sufrir ninguna pena?

—¡Olvídenlo! ¡Olvídenlo, esto es absurdo! —Vívika abrió la puerta del coche y bajó. Un segundo más tarde yo también baje y la seguí—. No debí haber venido.

—¿Dónde te ha pegado? —Gruñí con los dientes apretados conteniendo la ira. Nadie tocaba a los nuestros y salía impune.

—¡Por favor! Tan solo olvídale... —Intentó pasar a mi lado, pero no la dejé.

—Hay un castigo para los humanos también —susurré.

—¿Realmente crees que me creerán?... —preguntó incrédula mientras una lágrima se derramaba por su mejilla.

—La diosa protege a los suyos... —afirmé.

—Lo sé... —admitió ella, aunque no sabía si eso la ayudaría en algo.

—Métete en el coche..., hablaremos de esto en tu casa —exigí imprimiéndole a cada palabra la energía que lograba doblegar incluso a los más desquiciados. Vívika bajó la cabeza, tragó con fuerza y obedeció. No volvió a hablar en todo el trayecto hasta su casa, mientras Alex la abrazaba y la consolaba. Los cuatro bajamos del coche y caminamos por una pequeña entrada hacia un jardín. No necesité que me señalara cuál era su casa pues la puerta colgaba de las bisagras. Vívika se paralizó al instante. Me detuve en silencio cuando noté la pintada en la pared de su casa.

Aquí vive una puta loba.

Morirás bastarda de la diosa.

—¿Todavía crees que no es nada? —Preguntó Zander con ironía.

—Debemos sacarla de aquí —murmuré mientras tomaba el teléfono—. Ve por las cosas más importantes, vendremos por lo demás luego. Tengo un par de amigos de confianza que se encargarán de todo lo demás y te lo llevarán. —Vívika vaciló un instante hasta que Alex la jaló hacia la puerta. Me alejé de ellos mientras los veía entrar a la casa. Llamé a alguien en quien confiaba: *Hero*.

—¿Nick? —Él respondió al primer timbrazo. No sabía cómo lo hacía, pero Hero había desarrollado la facilidad para reconocer cuando lo llamaba.

—¿Estas cerca de Sal? —Pregunté. Hero guardó silencio y lo oí caminar.

—Ahora no lo estoy. ¿Qué ocurre? —Indagó el asesino.

—Necesito pedirte un favor —susurré.

—Sé cuánto odias hacer eso —admitió Hero—. Así que tan solo lárgalo. —Sonreí en silencio admirando cuánto me conocía en tan poco tiempo.

—¿Aún tienes ese galpón lejos de la ciudad? —Pregunté.

—Imagino que galpón le dices a mi casa, ¿no? —Hero sonaba divertido.

—Sabes a lo que me refiero, Hero —respondí sacudiendo la cabeza.

—Puedes usarlo... —accedió sin más, dejándome helado. No hizo preguntas ni siquiera indagó por cuánto tiempo. Nada.

—Gracias... —Debía pensar como se lo compensaría.

—Hay unas llaves en la puerta de un coche abandonado, cerca de la puerta, aunque imagino que no las necesitas. —Solté una carcajada. El maldito me conocía mejor de lo que imaginaba.

—Correcto..., gracias —respondí y cerré el teléfono al momento que Zander y las chicas volvían.

—Vamos —les dije, y comencé a caminar hacia el coche nuevamente. Noté cómo varias cortinas se movían, estaba seguro de que los humanos habían visto lo sucedido, por lo que alejar a Vívika de aquel lugar sería lo mejor.

—¿Puedo saber a dónde la llevan? —Interrogó Alex y la observé entornando los ojos, tan solo para ponerla nerviosa—. O... ¿deberás matarme si me lo dices? —Zander soltó una risita por lo bajo y yo sonreí.

—La llevaré un sitio que es de un amigo, tú puedes quedarte con ella si lo deseas —le respondí aún sonriendo. Nos metimos en el coche en silencio.

—No quiero molestar a nadie..., sabes, no quiero. —Observé a Vívika por el retrovisor.

—Él no está allí y, créeme, no le molestará —afirmé. Sal había obligado a Hero a abandonar aquel lugar. Y, por lo visto, Sal había ganado.

—Odio esto, yo nunca... —Vívika había dejado de llorar, pero se sentía muy triste; podía notarlo en su voz.

—Tranquila, cariño —le dijo Alex y Vívika escondió su cabeza en el hombro de su amiga—. Todo se pondrá bien. Imagínate si hubieras venido sola... —Alex palmeó mi hombro y le habló a Zander—. Nunca podré agradecerte que lo trajeras Zander, lo digo en serio.

—Se me ocurren un par de cosas que podrías hacer para agradecerme —respondió mi amigo, quien ahora lucía más relajado. Su comentario se llevó varios reproches de las chicas, disolviendo la tensión del ambiente.

—Sabes, eso es demasiada información para mí —declaré.

—Y para mí —respondió Vívika, limpiándose los ojos.

—Y, ¿sabes qué es lo mejor?, Alex —preguntó Zander mientras me observaba—. Todo se resume a la historia de mis pantalones —bufé y puse los ojos en blanco.

—Que te quedan hermosos —expresó ella, que parecía no saber nada de modas.

—¡Ves, Nicolás! —Exclamó Zander, dándome un empujoncito en el hombro—. ¿Cuándo lo entenderás?

—Sabes, prefiero no saberlo... —admití.

—A mí me gusta como vistes —dijo tímidamente Vívika y se lo agradecí. Al menos ella no amaba los pantalones de cuero.

Las chicas se sorprendieron cuando llegamos. Procuré que se acomodaran lo mejor que pudieran en la «casa» de Hero, que constaba de un galpón alejado de la ciudad, algo parecido más a una fábrica que a un hogar. Había un par de motos apiñadas cerca de la puerta y, del otro lado, se podía ver una gran cama con sábanas de seda. Antes de conocerlo, nunca hubiera imaginado a Hero como alguien que usara sábanas de seda. Casi no había divisiones: tenía una cocina al fondo y un baño, que era el único espacio delimitado del lugar. Todo lo demás era una sola cosa y las distintas áreas de la casa se dividían por el mobiliario. Al menos tenía todo lo que ellas necesitaban.

—Imagino que tu amigo no es de recibir muchas visitas, ¿no? —Murmuró Alex mientras inspeccionaba el lugar y no pude reprimir la sonrisa.

—Estarán bien por ahora —declaré—. Y, créeme, que estés aquí representa una gran cuota de confianza de su parte.

—Debe ser un buen amigo... —dijo Vívika dejando un bolso sobre una silla.

—Lo es —admití, aunque nunca había pensado antes en Hero como «un amigo».

Saludamos a las chicas y salí para hablar con Zander. Al echar un vistazo a los alrededores entendí por qué a Hero le gustaba este sitio. No importaba dónde miraras, si se planeaba un ataque, podías ver rápidamente de dónde venían los atacantes. Había una cerca alta de alambre y nada más. Observé el cielo y pensé en mi madre, en Dora y la gata que había dejado en el hospital.

—¿Crees que estarán bien aquí? —Preguntó mi amigo.

—Estarán a salvo, al menos hasta que le encontremos un sitio —confesé.

—Podrías llevarla contigo —sugirió Zander, y le di una patada al suelo.

—Claro y enfrentarme a tres elementales con las hormonas alteradas —gruñí. De solo pensarlo me ponía nervioso—. No, gracias.

—Ella te gusta. ¿Por qué no lo admites?

—¿Será porque tengo bastantes problemas como para pensar en mujeres? —Manifesté mientras me hacía sonar el cuello—. Dime una cosa: ¿dónde están tus protegidos ahora?

—Seguramente en un bar, enfiestándose con algunas muchachas —admitió Zander sin preocupación. Y yo gruñí—. Sí, lo sé, tener tres hembras a tu cuidado apesta y lo sabes.

—¿Te quedarás con ellas? —Eché un vistazo al galpón.

—Sí, seré su «niñero» hoy, pero créeme... —dijo apelando a toda la seriedad que podía tener su voz—. Realmente sí tengo cosas a cargo... y, para que sepas, igual creo que hicimos mal en dejar a la joven cambiante en ese lugar.

—Hablaré contigo en unas horas, ¿está bien? —Respondí evitando tocar el tema de la gata. Me subí al coche y me dirigí a casa. Estaba agotado.

Sal caminaba de un lado al otro desde el momento en que Nicolás llamó.

—¿Estás seguro de que estará bien? —Sal observó a Hero ofuscada—. ¿Habló contigo? —Él no quería responder a eso ni mentirle, así que se fue por la tangente.

—Por Dios, Sal, Nicolás es mayorcito y no creo que le haya pasado nada.

—No lo entiendes... ¡Debería estar aquí! —La apartó de la ventana y la atrajo hasta sus brazos para besarle el cuello.

—Lo entiendo, tan solo ven a la cama, ¿sí? —Sal obedeció, aunque Hero sabía que pensaba en Nicolás. Él no lograba entender por qué le había pedido su casa, pero, aun así, sabía que Nicolás tenía una buena razón. El centinela nunca hacía algo porque sí. Cuando ella frunció el ceño, le acarició la mejilla—. Si sigues así, comenzaré a ponerme celoso. —Ella lo estudió y puso sus ojos en blanco.

—No, no es eso, solo que él nunca se va así porque sí.

—Bésame... o comenzaré a ponerme..., tú sabes. —Ella estrechó la mirada sabiendo lo que vendría: «cosquillas». Hero empezó a hacerle cosquillas en el estómago, pasando por sus pies y cualquier lugar sensible mientras Sal gritaba y se retorció ante su roce. Ella terminó el juego colocándose encima de él.

—Adoro cuando estás arriba... —murmuró Hero, acariciándole la mejilla y observándola.

—¿De verdad? —Sal se mordió los labios provocadoramente, tan solo para tomarle el pelo.

—Sí, puedo ver tus pechos saltando mientras bajas y subes...

—¿Sabes? —Dijo ella bajando una mano hasta la entrepierna de Hero—. Me estás poniendo caliente.

—Y tú a... —Las palabras se le atragantaron en la garganta cuando ella tomó su erección, sacándola del bóxer. Hero contempló su rostro satisfecho mientras lo tocaba. Sal bajaba y subía su mano haciéndolo estremecer—. ¡Oh, por la diosa, nena! —Hero cerró los ojos y la dejó hacer.

Sal había averiguado más sobre las marcas y ser marcado, las parejas y todo eso. Existía un ritual que debían seguir: ambos amantes debían intercambiar sangre mientras lo hacían. Sal sabía que habían intercambiado sangre antes, pero para terminarlo tenían que hacerlo con él detrás suyo, beber la sangre cuando estaban más expuestos, cuando el orgasmo los llamaba para llegar al orgasmo y, finalmente, él debía dejar su semilla en ella. Pero hacer todo eso de la forma correcta implicaba que Hero cooperara y, como Sal imaginaba que no lo haría, urdió otro plan. Hoy no había tiempo para juegos previos ni nada de eso, debía hacerlo sin que Hero se enterara o se

negaría como tantas otras veces. Se giró sobre sí misma y se sentó sobre su falo erecto, dándole la espalda.

—Quiero verte la cara. ¡Vamos, Sal! —Protestó Hero, con la voz ronca por la pasión, mientras ella se movía a un ritmo acompasado.

—Creo que tienes una gran vista desde allí —le respondió agitada, mientras se colocaba de rodillas para hacer más fácil el trabajo. Hero la tomó por la cintura y trató de jalarla encima de él, pero no lo logró, por lo que se arrastró con ella encima hasta el borde de la cama, donde se sentó pegando su pecho a la espalda de ella y apresando sus pechos, la dejó hacer—. Quiero hacerlo, Hero... —gimió ella cuando sentía la agitación del orgasmo formándose en su vientre—. Quiero ser tu pareja.

—¡Sal! —Gruñó en advertencia, mientras se apretaba aún más a su cuerpo y depositaba una hilera de besos desde su cuello hasta su hombro.

—Lo quiero —le exigió—. Y si no me lo das, voy a atarte y hacer que lo hagas. No es lo que una chica sueña todo esto del emparejamiento, pero ¡a la mierda con todo eso Hero! —Gimoteó sintiendo la cresta del orgasmo llegar—. Eres mío y quiero hacerlo. —Intentó detenerla, pero ella aumentó el ritmo al tiempo que sus dientes asomaban de su boca—. Vas a hacerlo o es la última vez que duermes conmigo.

—¡Sal, detente! —Suplicó, pero ella no lo escuchó.

—Sabes que cumplo mis promesas —le advirtió.

Ella sabía que él aún veía y sentía cosas, que eso lo asustaba. Podía palparlo por el lazo que habían formado, pero, aun así, deseaba estar junto a él. Lo necesitaba como nunca antes había necesitado a alguien. Él lo era todo, pero necesitaba que él entendiera que prefería morir unida a él que vivir toda la eternidad en soledad.

—Eres mi pareja, viviré y moriré a tu lado. Con emparejamiento o sin él, Hero, moriré cuando tú mueras. —Una lágrima se derramó por su mejilla cuando lo miró—. Después de tenerte, no soportaría la eternidad sin ti a mi lado —dijo Sal mientras confesaba a corazón abierto todo lo que él significaba para ella. Al mismo tiempo que las palabras abandonaron su boca, sintió los dientes de él clavándose en su cuello y rápidamente tomó su mano y la guio hasta su boca. La sangre de Hero brotó en sus labios justo en el momento en que el orgasmo la tomaba.

Nicolás tenía razón. Ella era todo para él y la necesitaba cerca, la necesitaba a su lado y por eso dejó que su ser más primitivo tomara el control y se aferrara del coraje para marcarla. Sal aún sostenía su mano cuando sintió la semilla volcándose dentro de ella y todo lo demás fue mágico... Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando percibió el amor que él le profesaba y incluso sintió el miedo contenido. Cada dolor, cada herida..., así como cada momento en que la había observado desde la primera vez que la vio. Incluso en las ocasiones en que creyó que la odiaba, él la había mirado con otros ojos. Lo vio allí, como si su vida fuera vista desde sus ojos: desde el día que

las siguió al bar donde jugaban billar y, maldiciendo, observó cómo aquellos hombres le coqueteaban sin que él pudiera hacer nada, hasta las sonrisas que le sacaba cuando lo miraba enfurecida, aquel rubor en sus mejillas que tanto le gustaba cuando lograba irritarla. Las fantasías que había sentido antes de tocarla la noche en que la vio en aquella esquina y temió por ella y quiso consolarla y ella no lo había dejado; la discusión con Nicolás en su casa, que no conocía; el desagrado hacia Mikela; su aroma, su piel, el miedo y la posesión de la noche en que se encontraron en aquel callejón; el dolor que le causó cuando estuvo con Phill y la furia contenida; el miedo de que lo dejara; el sufrimiento, el amor, todo vertido en ella como si sus almas se fundieran y, al final de todo, su entrega. Sal no podía respirar cuando alejó su mano. Cayó desplomada por las sensaciones que repercutían en su cuerpo. Hero cayó a su lado y giró la cabeza para verlo.

—Te veo —le dijo, acariciándole la mejilla.

—Y yo a ti, cariño, ahora eres mía. —Lo que pasó después de eso, ninguno de los dos pudo precisarlo. Parecían haber sido embestidos por un camión con toneladas de concreto. Muchas emociones que los derribaron y el sueño los consumió en un sentimiento de paz y de unión que paladeaban hasta sus células más mínimas. Estaban juntos y ahora nadie podía separarlos, nadie. En lo profundo de su ser, sentían la unión como un lazo mágico que nunca desaparecía. Se amaban con cada célula, con cada centímetro de piel, como si jamás hubieran estado separados. Se quedaron dormidos, agotados por todo lo que habían vivido en unos instantes, en toda su vida. Ninguno de los dos pudo decirlo a ciencia cierta. Sal se despertó horas después y sacudió a Hero.

—¿Qué? —Respondió medio dormido y medio molesto.

—¡Ha llegado! —Hero se cubrió la cabeza con una almohada al tiempo que ella se bajaba de la cama—. ¿Hero? ¡HEROOO!

—Por la diosa santa, Sal, déjame dormir. —Ella lo maldijo, salió del cuarto y chocó con Carim.

—*Iuuu* —le dijo la gata, olisqueándole el hombro. Arrugó la nariz como si ella oliera muy mal.

—¿Qué? —Preguntó con desdén.

—Hueles mal —le respondió Eva del otro lado. Sal se olió a sí misma y no notó nada raro. La apartó de un empujón y se dirigió hacia abajo. Escuchó ruido en la cocina y fue hacia allí, y lo primero que vio fueron las hermosas alas de Irizadiel.

—Hola, Irizadiel. *Wow!*, creo que nunca me acostumbraré a verte por aquí. Es raro, no sé, verte en la Tierra... —Rodeándola pasó a su lado y encaró a Nicolás que tomaba una rebanada de pizza de una caja, él estaba apoyando en la encimera, observándola descuidadamente—. ¿Dónde estabas? —Lo increpó. Nicolás levantó una ceja sin poder tragar el pedazo a medio masticar.

—¿Ves a lo que me refiero? —Dijo él mirando a Irizadiel, que sonreía, y tomó otro mordisco de su pizza.

—Creo que es fantástico, Nicolás. No lo negaré. —Molesta, Sal miró al ángel, pero no podía mantenerse enojada cerca de ella. Irizadiel era distinta, tenía el alma pura y había algo más que las unía: Phill. Aún pensaba en encontrarlo, pues había rastreado cada una de las fuentes, pero parecía que el Cielo mismo cubría lo que había sucedido. Además, Nicolás no parecía querer responder ninguna pregunta. Ella también comía un trozo de pizza, parecía tan humana que era imposible no sonreír—. No sé, verlas así, preocupadas por ti, es lindo.

—¿Ves?, alguien lo valora. ¡Gracias, Irizadiel! —Añadió Sal, hastiada.

—¿Cómo no hacerlo? —Respondió irónicamente Nicolás, poniendo los ojos en blanco—. Y aquí viene el resto del tropel. —Carim y Eva le gruñeron, pero se centraron en Sal.

—¡Eh, Irizadiel! ¿Cómo estás? —La saludaron en cuanto entraron y ella respondió con un movimiento de cabeza mientras las dos olían a Sal.

—¿Qué? ¿Ha usado el perfume de alguna sin permiso o solo quieren saber cómo huele un macho a ver si recuerdan cómo es? —Nicolás no pudo contener las palabras y las dos le gruñeron en advertencia, mientras Sal comenzaba a tomarse el estómago riendo a coro con Irizadiel.

—¡Escúchame tú! ¿Desde cuándo te metes en nuestras vidas? —Le gritó Eva.

—No, solo planteo algo que podría, no sé, bajar su... o levantar su... ¡olvídenlo!

—Nicolás, cariño, dime una cosa —dijo Carim apartando a las otras y acercándosele.

—¿Cómo se llama? —Nicolás frunció el ceño y se atragantó.

—¿Quién? —Preguntó, una vez que recuperó la voz.

—La loba que dejó el olor en ti, ¿lo huelen? —Dijo ella, volviéndose hacia sus hermanas.

—¿Una loba, eh? —Inquirió Eva en un tono sarcástico.

—Creo que nuestro niño se ha vuelto hombre —se burló Carim, mientras le palmeaba el pecho—. Y ha buscado una gran loba feroz para que se lo devore. —Todas rieron.

—Mira, te estás pasando. ¿Nicolás y una loba? Demonios tendría que haberlo pensado antes, vuelves tarde —añadió Eva caminando para colocarse a su lado—. Hueles a tabaco, alcohol y mujer y, ¿quién es ella?

—No es nadie..., Irizadiel, tal vez... —la miró suplicante.

—¡Oh, no hermano!, son todas tuyas... —Irizadiel levantó las manos negándose a defenderlo y se rio; casi parecía que una sinfonía invadiendo el lugar.

—Sal..., ¿te has emparejado?... —dijo en cambio, desviando la atención hacia Sal. Ambas se alejaron de él para mirarla detenidamente.

—Estamos aquí por él, ¿recuerdan? —Salomé estaba roja como un tomate, aún más cuando señaló a Nicolás tratando de desviar el tema.

—¡Oh, no!, eso es interesante, yo también quiero saberlo —agregó él, cruzándose de brazos. Sal lo miró fulminándolo, pero no logró nada.

—Yo, hoy...

—¡Oh, por la diosa, Nicolás!, ¡nuestra niña ya es una mujer! —Carim saltó sobre Sal, apretándola y abrazándola. Nicolás e Irizadiel no podían parar de reír, aunque él realmente agradecía el hecho de no ser el foco de las miradas.

—¿Está bien si les pincho la alegría? —Preguntó Eva. Carim soltó a Sal, que la maldijo, y ambas la miraron—. ¿Dónde va a vivir?

—¿Qué? —Preguntó Sal.

—¿Quién? —Indagó Carim.

—¡Herooooo! ¿Dónde va a vivir? —Carim y Sal se miraron, para luego mirar a Nicolás.

—¡Ah, no, a mí no me miren! Estoy bastante ocupado con lo mío como para saber eso. —Sacudió la cabeza—. Además, lo hubieran pensado antes...

—¡Todo es por tu culpa! Si hubieras vuelto temprano, no habría estado despierta; y si no hubiera estado despierta, yo no...

—Sabes, Nicolás..., realmente las adoro. —Irizadiel las observaba. Las tres suspiraron y sonrieron.

—Irizadiel, ¿cómo te encuentras? —La hermosa ángel se cubrió la boca con el dorso de la mano mientras tragaba.

—Bien, sanando, Nicolás me está ayudando.

—¡Eh!, volveré a la cama un rato más, pero sepan una cosa... —dijo Carim—. No me he olvidado del tema, lo dejo porque no quiero arruinarle el día a Irizadiel. —Saludó con la mano y se marchó.

—Volveré con Hero. —Sal tomó un trozo de pizza y desapareció también. Eva se colocó justo al lado de Irizadiel y le pidió un pedazo.

—¿Te sientes bien?, digo, a pesar de estas cosas... —Eva señaló a Nicolás, que se estiró y limpió sus manos.

—Creo que iré a la cama —anunció él.

—Que descanses, Nick.

—Ve con Vatur... —saludó a ambas, e Irizadiel volvió su atención a Eva.

—Se siente bien, esto, la normalidad con la que hablan con mi hermano, la fluidez con la que interactúan. Es lindo.

—¿Tú...? —Eva guardó silencio—. Lo siento, no debería preguntar estas cosas.

—¿Por qué no? —Inquirió Irizadiel.

—Ya sabes, no sé, Nicolás no habla mucho de sus cosas y creo que preguntártelo a ti es casi como dejarlo mal parado o traicionarlo —dijo Eva mientras se estudiaba

las uñas.

—Nunca lo traicionarían. Lo veo en sus ojos, incluso en los de Salomé. Ella ama a Hero, pero, aun así, Nicolás es tan importante en su vida como pasa contigo. Admiro eso, el amor y lo incondicionales que son.

—Hablas como si no lo hubieras vivido —afirmó Eva, estirándose para tomar el vaso que Nicolás había abandonado.

—Tal vez con Phill. Él era algo así, aunque nunca estuve rodeada de personas que se sintieran cómodas conmigo.

—Bueno, estás en el lugar correcto, por momentos podemos ser un fastidio en el trasero, pero... hay momentos buenos.

—Sí —dijo Carim entrando en la cocina nuevamente. Irizadiel miró a Eva, que levantó los hombros en respuesta—. Como cuando una bella gata, o sea yo... —exclamó parándose frente a ambas— camina hasta el refrigerador, toma un tesoro escondido de chocolate y crema de más de dos litros, del que nadie sabía de su existencia, toma tres cucharas... —Sacó las cucharas y las blandió frente a ellas.

—Que sean cuatro, Hero se ha levantado. Irá al centro, así que cuenten conmigo —dijo Sal mientras cerraba las cortinas.

—¡Déjame terminar! —Protestó Carim.

—Lo siento, continúa.

—¡Hummm! Y lleva en su mano un DVD de chicas... —Carim le mostró el disco que tenía guardado en el bolsillo.

—¡Genial! —Exclamaron Sal y Eva.

—Yo quiero una cuchara, ¿cómo demonios escondes cosas y no me entero? —Protestó Eva.

—Por eso se llama esconder... —Carim notó que Irizadiel las observaba—. Ven, Irizadiel..., la pasarás bien.

—No sé ni qué sabor tiene el chocolate... y no sé nada de eso —dijo señalando el DVD.

—¡Oh, chica! —Eva la abrazó por encima de los hombros sin tocar sus alas—. No sabes lo que es el Cielo hasta que comes chocolate.

—Ven, te enseñaremos qué hacemos cuando no tenemos ningún trabajo por delante. —La jalieron hasta la sala con sillones y, lo más importante..., un televisor pantalla plana del tamaño de la pared.

—Iré por el kit de manicura, creo que te verías bien con tus uñas pintadas. —Irizadiel no podía hablar, aquello la dejaba atónita. La dejaron sentarse primero. Se sentó en el borde del sillón, acomodando sus alas. Carim y Sal se sentaron a su lado y Eva a sus pies. Abrieron un envase enorme de algo que ella no conocía, y cuando Carim tomó un poco de chocolate se lo tendió y todas la miraron. Irizadiel se llevó la cuchara a la boca y paladeó el sabor con los ojos cerrados.

—¿Y? ¿Qué opinas? —Preguntaron ansiosas. Cuando abrió los ojos, las tres la miraban esperando una respuesta.

—Creo que es lo mejor que he probado en años... —confesó con el sabor en su boca.

—Bueno, ahora te haremos ver una de esas pelis que te hacen soñar con los príncipes azules..., se llama *Cartas para Julieta* y es... romántica.

—Aunque te diré —Eva le acercó el pote con lo que Irizadiel describía como el sabor más exquisito que había probado y tomó un poco—, yo ya espero príncipes violetas, verdes, rosas, hasta te diría que flúor...

—¿Por qué? —Preguntó insegura.

—¡Porque los príncipes azules no existen! —Todas rieron—. ¡Oh, mierda, me helé la cabeza...! ¡Auch! ¡Auch! —Eva comenzó a frotarse la cabeza cuando la película comenzó.

—Guarda silencio, loba revoltosa..., calla, calla. —Carim le aventó un almohadón. Sal le dio un empujoncito e Irizadiel se sintió bien. No sabía por qué, pero intuía que su madre no se había equivocado con Nicolás, le había enviado un regalo y ahora ella era parte de eso. Y lo adoraba.

Llegué a mi cuarto con una idea en la mente: la próxima vez que viera a Vívika debería bañarme. Tal vez bañarme en algún ácido o algo parecido. ¡Mierda!, ¿ahora estaba planeando volver a verla? ¿Y por qué no? Aún debía encontrar un sitio donde ella pudiera vivir sin correr riesgo. Me quité la chaqueta y la tiré en un sillón pequeño, de color amarillo, que databa de la época bizantina. Clif había cambiado las sábanas de la cama, ahora eran de un color azul marino, que había traído de un viaje a la India. Observé la cama y los postes que sostenían el dosel, los cuales eran torneados como las curvas de una mujer. Tragué con fuerza cuando aquel pensamiento me llevó a pensar en una mujer en especial, una gata que tan solo me había dado dolores de cabeza.

No. No debería pensar en ella. Me enfoqué en la imagen de Vívika, recordé su aroma y, de pie frente a la amplia cama, la imaginé tendida allí, con las sábanas azules cubriendo su cuerpo; con su piel cremosa; su cabello; su perfume; sus hermosos ojos color gris observándome, atravesando mi alma. Tragué con fuerza nuevamente, sin apartar los ojos de mi fantasía, y me quité la camisa. El recuerdo de la gata acudió a mi memoria como si buscara apartar a Vívika de mis pensamientos, pero me negué a abandonar a la loba que había sido tan amable y cálida, por la gata que estaba furiosa por haberse convertido en uno de nosotros. La soledad me atenazó el pecho y me rogaba que siguiera pensando en Vívika... y, de pronto, me sentí muy solo. Me quité el resto de la ropa y rodeé la cama hasta quedar parado a su lado. Desde abajo, me llegaron los sonidos de la televisión y por un momento escuché con atención. Sacudí la cabeza cuando oí a Irizadiel riendo junto a las chicas. Sabía qué película era, las chicas me habían obligado a verla, aunque no creía que Irizadiel estuviera siendo forzada. Suspiré y me recosté sobre la cama en la que nunca dormiría, mientras me enfocaba en Vívika y sus ojos grises, su cuerpo delicado. Pero, aunque me esforzaba en pensar en ella, unos ojos color café me observaban y el recuerdo de la gata me asaltaba.

—Tengo que apartarte de mi mente —gruñí a la imagen de los ojos color café y me concentré en Vívika—. ¿Por qué no? —Me dije cuando comencé a sentir la excitación y cerré los ojos para incrementar la fantasía. Quería consolarla y protegerla, no volvería a dejarla sola con sus problemas, nunca permitiría que nadie llenara de lágrimas esos ojos tempestuosos. Aquel pensamiento me pareció egoísta, incluso tortuoso, pero ¿qué pasaba si la lucha no llegaba? ¿Qué ocurriría si el fin del mundo era mañana y me encontraba solo, como alguna vez lo estuve en Lemuria? Los ojos color café, que me negaba a aceptar, se colaron en mi fantasía nuevamente,

preguntándome si acaso sería feliz con esa mujer. Otra vez me resistí a pensar en la gata, y volví a Vívika buscando consuelo y la imaginé desnuda encima de mí. Percibí cómo me ponía duro, mi pene agarrotado buscando un cuerpo que no estaba allí para aliviarme. Cerré mi puño sobre mi erección y la imaginé dándome placer, y casi podía sentir su respiración agitada, el cabello cayendo sin control mientras ella susurraba mi nombre. Me lamí los labios y mi mano se movió más rápido cuando la imagen de ella aumentó el ritmo... Vi aquella piel color crema brillando por el sudor; su cuerpo uniéndose al mío, apretándome y tomándome por completo...; un gemido escapó de mis labios y sentí cómo el alivio llegaba mientras me retorcía de placer. Me quedé allí, con los ojos cerrados, mi mano aún envolviendo mi dureza por unos minutos. Cuando mi respiración se normalizó, hice lo que tanto temía. Abrí los ojos para encontrarme solo, otra vez, como tantas veces.

Lentamente me levanté suspirándole al vacío de la habitación, caminé hasta el baño temblando. Sin poder contenerme, me tomé de la mesada del lavatorio con ambas manos, como si mi corazón se desangrara y buscara detenerlo. *Solo*. Nadie mejor que yo conocía el dolor de la soledad y ahora anhelaba la compañía de una mujer. No podía entender el por qué de ese sentimiento. ¿Por qué ahora? ¿Por qué los destinos jugaban conmigo ahora? Había pasado años negándome a caer en lo que llaman *amor*, y ahora estaba totalmente vapuleado por la idea de querer a alguien cerca. ¿Qué se sentiría tener a alguien para siempre? Derrotado, sabiendo que eso era imposible, dejé caer la cabeza entre los brazos permitiendo que el dolor me agarrotara en la oscuridad del baño. ¿Cómo podían los destinos castigarme así?

Devastado, abrí la ducha mientras me limpiaba la mano y me observaba al espejo. Este me devolvió un reflejo de alguien que deseaba más de lo que podía tener. ¿*Qué pasaría si la tomara, si me quedara con Vívika? ¿Qué haría mi padre si se enterara?* Tragué con fuerza y suspiré. Me metí en la ducha, movido por el dolor que todo esto me causaba, porque no importaba cuánto lo pensara, una y otra vez, yo no podría tenerla. Necesitaba alejarme de Vívika antes de que mi padre le hiciera daño. Los destinos eran crueles y parecía que me jugaban una mala pasada deseando algo que no podía tener. Si mi padre supiera de su existencia, estaba seguro de que podría matarla, podría incluso hacer peores cosas que eso, podría usarla y dejarla tirada como basura. Habían arrancado a Phill de la faz de la Tierra y, aun siendo un poderoso caído, no había rastros de él. No quise ni imaginar lo que podría hacerle a ella. Phill era poderoso y fuerte, mientras que ella simplemente era una loba. No.

—Nunca podré tenerte —dije y estampé el puño contra la pared. Salí de la ducha poco después y me paseé por la habitación, sin saber qué hacer, pero lo bastante cansado y dolido como para bajar y enfrentar a las chicas. La unión de las elementales tenía un lazo mágico con su centinela y podía imaginarlas preocupadas en cuanto me vieran. No quería que nadie me notara aniquilado. Me senté en la cama,

abrí la computadora y comprobé los mails de las reuniones que tendría esta semana. Un mail de Ben exigiéndome algo, lo pasé por alto..., y, sin saber por qué, entré a la base de la S.A. y busqué un nombre en particular. Vívika Saur. Los datos tardaron en llegar. Había información de su familia.

Tres generaciones de licántropos puros, nacidos de padre o madre. Abuelo y abuela garou, sin signos de violencia.

Luego hablaba de la familia de ella.

Padre: licántropo con ascendencia de garou; de personalidad tranquila, no presenta desórdenes de personalidad; cuerpos y seres balanceados.

Madre: humana, de padres humanos, sin presencia de signos de cambio ni genes oscuros que lo respalden. Dos hijos y dos hijas.

Zarik: 30 años, cambio pasados los 18 años. No infección, solo natural descendencia de padre. Personalidad tranquila, sin signos de violencia. Lobo y humano en balance natural.

Zeta: 25 años, cambio pasado los 18, sin signos de violencia; ser responsable y afable, presenta una capacidad innata para tratar con lobos inestables.

Vanesa: 28 años, sin cambio aparente. No presenta cambios pasados los 18; seguimiento hasta los 21 años: sigue sin cambios; análisis de sangre por voluntad de la familia indican que sus genes son netamente humanos en un 90% y licántropo en un 10%; mejoras en su visión y agilidad física.

Vívika: 23 años. Estudio realizado a los 18 años, sin cambios; monitoreo constante hasta los 21 años. 21 años, realiza el cambio, se la nota tranquila; su loba parece no presentar dificultades, convivencia buena, actitud tranquila y carácter fuerte; no presenta signos de violencia; convivencia con humanos, no presenta riesgos.

Nota: se sugiere control constante. Posibles problemas con un humano. Humano presenta fuertes reproches a su raza. No hay denuncias, se presumen golpes y castigo a la licántropa, aunque esta no presenta signos de defensa.

Control. La loba no presenta ataques a otros o a su propia raza.

Sacudí la cabeza, enojado. ¿Cómo podía ser que la S.A. supiera todo esto y no lo hubiera detenido? Tomé el teléfono y llamé a Zander. Tal vez yo no fuera digno para ella, pero tampoco la dejaría en manos de alguien que la lastimara. Apreté el teléfono a mi oreja cuando Zander respondió del otro lado.

—¿Sabes, que tú no duermas no significa que los demás no lo hagamos? —
Rezongó mi amigo, pero no estaba de ánimo para responder, por lo que lo dejé pasar —. ¿Qué ocurre?

—Estuve hurgando en los archivos de la S.A. y hay reportes de maltrato físico —
respondí con los dientes apretados.

—¿Qué? —Preguntó Zander que parecía confundido—. ¡Espera! —La línea se mantuvo en silencio unos segundos hasta que volvió a hablar—. ¿Y nunca hicieron

nada?

—Parece que esperaban que ella presentara una denuncia o algo así —declaré con desagrado.

—¡Malditos...! —Respondió escupiendo las palabras—. ¿Qué vas a hacer? —Me preguntó y dudé un momento. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—Aún no lo sé —confesé molesto.

—Vamos Nick, la chica te gusta y te diré que es muy buena en la cocina y sabes que soy quisquilloso para eso, pero ella tiene manos mágicas para la comida —dijo Zander, como si necesitara algo más para pensar en ella como una posible compañera.

—Sabes lo que ocurrirá, Z —declaré disgustado.

—Hablas de tu padre, ¿cierto? —El silencio fue la respuesta—. Mira, creo, personalmente, que es hora de que hagas algo por ti, puede acercársele, pero estoy seguro de que las chicas la protegerán si se lo pides, y sabes que cuentas conmigo. Habla con tu madre, Nicolás, no tomes decisiones apuradas...

—¿Me lo dice el tío que lleva pantalones de cuero? —Pregunté sonriendo. Zander podía ser muchas cosas, pero, sobre todo, tenía el talento de decir lo justo en los momentos en que perdía la cordura.

—¡El mismo chico! ¡Orgullosamente, el mismo! Y te diré... —bajó la voz unos octavos— cuando pueda iré a cobrarme eso que Alex me prometió.

—¿Cómo haces para meterme en estos problemas? —Murmuré frotándome la frente.

—¿Yo? —Se mofó. Incluso podía imaginarlo con la expresión de pobre desgraciado que ponía Zander—. Yo solo te invité a un concierto y tú, ¡bang!, disparaste a una loba que no hace más que idolatrarte. —Me dijo y bufé con fuerza—. No me sorprendería que tuvieras un club de fans en la web en unos días...

—¿Hablas de mí? —Pregunté, inconscientemente, mientras sonreía. No debía haber dicho eso, lo sabía. Zander guardó silencio por un rato y supe que me torturaría en cuanto me viera.

—¿Cuándo vendrás? —Indagó.

—En unas horas, primero debo hablar con Ben sobre la otra —añadí escupiendo las palabras al recordar a la gata que odiaba a los hijos de mi madre.

—Sí, ese es otro problema —dijo Zander—. Y para que conste, yo no te metí en ese.

—Hablaré contigo en cuando sepa algo —respondí cerrando la conversación, y, sin esperar respuesta, me dirigí hasta el guardarropa. Tomé un elegante pantalón negro con pequeñas líneas blancas de Armani, uno de los tantos en mi colección. Saqué una camisa blanca Gucci y decidí que no usaría corbata. Me eché un vistazo rápido en el espejo y pensé en Zander diciéndome que siempre me veía remilgado.

Tal vez tuviera razón. ¡Mierda! Estaba evaluando qué ponerme en lugar del traje cuando alguien tocó a la puerta.

—Adelante —dije sin darme cuenta. La puerta se abrió y me encontré a Hero parado en el umbral. Molesto, me giré para encararlo—. ¿Me veo remilgado? —Pregunté sin más. Hero frunció los labios y sacudió la cabeza; sus cejas casi se juntaron cuando frunció el ceño—. Entra, necesito tu ayuda.

—¿Desde cuándo te preocupas por eso? —Hero cerró la puerta y echó un vistazo a la habitación.

—Desde que Zander me lo dijo... —admití muy a mi pesar.

—Creo que te ves demasiado serio la mayor parte de las veces. No creo que remilgado sea la palabra, solo demasiado «serio». —Hero soltó la última palabra como si fuera un insulto, por lo que puse los ojos en blanco. Eso era lo mismo que decirme que no le gustaba cómo vestía.

—Eso es peor que decirme que me veo ñoño o quisquilloso, ¿sabes? —Manifesté y él soltó un risa por lo bajo—. ¿Y tu sugerencia es? —Pregunté, logrando que Hero se rascara la frente con el pulgar, evaluándome.

—Imagino que tendrás algunos *jeans*, ¿verdad? —Saqué uno y se lo mostré. Era de diseñador, pero no importaba—. Bueno, unos *jeans* y la camisa te harán ver más relajado. —Sonreí de lado. Miré a Hero que parecía diferente del hombre que había visto el día de ayer.

—La has marcado —dije. Cerré la puerta del guardarropa y le eché un vistazo rápido.

—Sí —admitió—. Sal... —Hero se rascó la cabeza mientras buscaba el modo de decírmelo—. Sal insistió en que era el momento y creo que tenía razón, poder sentirlo desde su punto de vista es como si te dieran una bofetada en el rostro, créeme. Ella está feliz.

—¿Y tú? —Pregunté evaluando su aura que parecía más sana. Los colores vivos apagaban la oscuridad que antes lo envolvían.

—¿Qué crees? —Añadió con una sonrisa en los labios—. Me enamoré de ella, Nicolás, no puedo, no sé cómo explicarlo, es raro, da miedo, mucho miedo en realidad. —Sabía que el asesino nunca demostraba sus sentimientos. En un tiempo eso era lo que me había hecho dudar sobre sus intenciones con Sal, pero verlo allí, susurrando sus sentimientos, me golpeó en el pecho y sonreí.

—Creo que es un miedo justo, la tienes para ti —dije mientras me quitaba los pantalones, los tiraba sobre la cama y me colocaba los *jeans*.

—Pero da miedo igual... —admitió Hero medio avergonzado. Asentí.

—¿Cómo me veo ahora? —Me giré hacia él y abrí los brazos.

—¡Mucho más relajado! —Respondió Hero y ambos nos reímos.

—Sal dijo que saldrías —comenté.

—Sí, pensé en ir al centro. Ben me llamó hace unas horas diciendo que debo investigar a un vampiro que parece estar frecuentando a una humana.

—Bien, yo voy para allí también, debo arreglar el asunto de una gata en un centro de humanos. Y, además, debo encontrar un sitio para una loba, la que está en tu casa en este momento —dije alzando las cejas y Hero sonrió—. A propósito, gracias por eso.

—Sé que no te gusta depender de los demás..., si me lo has pedido es por algo importante —añadió sabiamente el asesino.

—Y te lo agradezco, aunque me imagino que Sal ya te fue con el cuento —murmuré.

—Sí, lo ha hecho, y está como loca. La convencí de que fuera con las chicas, no quiero meterme en esos problemas. —Sonreí al ver su expresión, ahora él sabía lo que era estar en medio de tantas féminas—. Debo irme.

—Hero... —El asesino se detuvo antes de tocar el picaporte—. ¿Qué harías tú si supieras que..., no sé, quieres conocer a alguien, pero temes por la seguridad de ella? —Él se giró pensativo y se quedó quieto un instante.

—Primero, y principal, evaluaría si la mujer en cuestión vale la pena —dijo, y levanté una ceja ante esas palabras—. Ya sabes, si es para ti, o solo te gusta. Puede que si es algo como lo mío con Sal... —sacudió la cabeza y sonrió; su aura se tiñó de colores rojos y lilas—. Bajaría al infierno para enfrentarme con los dioses con tal de tenerla —confesó. Hero hablaba de dioses. Lo pensé un momento y sonreí. ¿Qué haría Hero si supiera que era un semidiós y que un mensajero de los dioses, llamado Hermes, me había concebido y haría cualquier cosa por tenerme?

—Me parece que es sabio —asentí en un gesto solemne—. Vamos. Creo que te hará bien rodearte de hormonas masculinas por un rato. —Caminé hasta su lado y le palmeé el hombro—. Iré hasta tu casa a ver qué podemos hacer. Zander estará allí, así que lo recogeremos e iremos por el vampiro y la humana —dije. Bajamos juntos las escaleras e hicimos el menor ruido posible al salir mientras escuchábamos a las chicas riendo en la sala con la televisión a todo volumen.

—¿Por qué algo en mi instinto me dice que me estás usando para que ellas no sepan que has salido? —Preguntó Hero en un murmullo que me hizo reír.

—Tu instinto nunca falla —me burlé, empujándolo un poco. Nos metimos en el coche rumbo a la ciudad. Aún no sabía por qué, tal vez por el ataque de soledad que me había golpeado, pero hoy quería tener cerca a las personas en las que confiaba.

Minutos antes de que llegáramos al galpón que Hero llamaba hogar, recibí una llamada de Ben. Me dijo algo que había esperado no escuchar.

—*La gata ha escapado Nicolás. No sé cómo resolveremos esto, pero creo que los humanos están difundiendo la noticia de una humana raptada por los nuestros.* — Maldije en silencio sabiendo que esto solo empeoraba las cosas—. *Las visiones dicen que habrá otro ataque; aunque primero creo que debemos encontrar a la gata; sería lo correcto.* —Ben había cerrado la comunicación segundos después. Podía imaginármelo nervioso, caminando de un lado al otro, atendiendo miles de llamadas. Bajamos del coche al mismo tiempo y vi a Hero observando el lugar.

—Sabes, nunca imaginé a Sal viviendo en un lugar así —dije y suspiré. Observé las estrellas que comenzaban a aparecer, recordando el vestido que llevaba mi madre días atrás. ¿Ella habría visto a Vívika en mi camino? Confiar..., es lo único que me había recalcado.

—Sabes —murmuró Hero, apoyándose en la parte delantera del coche mientras se rascaba la cabeza en una pose relajada que lo distinguía—, yo tampoco me la imaginaba viviendo aquí. —Lo observé sonriendo de lado y sacudiendo la cabeza.

—¿Qué harás? —Pregunté.

—Aún no lo sé. —Hero me miró y se rascó la barbilla mientras fruncía el ceño afirmando que aquello verdaderamente lo molestaba o, al menos, lograba inquietarlo. Aquel era un punto en el que ambos tendríamos problemas.

—Su apartamento estará listo en unos días y estoy seguro de que las chicas desearan volver allí. Mandé ampliar la habitación de Sal, así no tendrán que dormir en la cama de una plaza... —dije conteniendo la risa. Hero realmente parecía derrotado. No quería ni pensar lo que sería vivir con ellas tres.

—¿A esto te referías con pensarlo bien, no? —Soltó en un tono apagado, y no pude contenerme más. Comencé a carcajearme sin control. Hero me dedicó una mirada poco divertida, y reí aún más.

—Sí, bueno... —dije cuando logré recuperar el aliento—. Era, en parte, de lo que hablaba.

—Sé que ella está preguntándose lo mismo, pero no sé qué es lo mejor que podría hacer. ¿Crees que me volverán loco? —Preguntó. Y asentí con énfasis.

—No lo dudo Hero. —Me paré frente a él, sacudiendo la cabeza—. Creo que entre tú y yo hacemos un gran dúo. —Nos reímos, dejando que los ecos reverberaran en la noche.

—¿Nicolás? —Una voz suave y melódica llegó desde el galpón. Ambos

recompusimos la postura cuando vimos a la loba caminando hacia nosotros. De una cosa estaba seguro: mi imaginación no había hecho justicia con ella, era más hermosa de lo que había imaginado—. Hola —dijo levantando la mano hacia Hero, que la saludó con un movimiento de cabeza—. Soy Vívika. —Le tendió la mano, no sin antes echarme un vistazo.

—Soy Hero... —respondió él—. Lamento que tuvieras que venir, bueno, ya sabes..., a este sitio —dijo Hero e hizo una mueca señalando el galpón que estaba detrás de ella. Vívika se acomodó el pelo detrás de la oreja y sonrió.

—Está bien, al menos es un sitio seguro en el que no me lincharán por la mañana —dijo ella quitándole importancia—. Eres un gran amigo... —Volvió sus ojos hacia mí. Yo no me había movido ni un ápice, tan solo la observaba como un depredador, como si fuera a saltarle en cualquier momento—. Bien, iré adentro a buscar a los demás. —Ella se giró y volvió a perderse detrás de la gran puerta con un paso apresurado y nervioso.

—¿Quién le ha hecho esos moretones? —Preguntó Hero, perdiendo la sonrisa cuando ella se alejó. Sentía la necesidad de tocar su piel cremosa, aunque aquello me quemara. Cuando ella se marchó, logré retomar un poco de cordura. Lo que importaba ahora era mantenerla segura. Incluso de mi padre.

—Un humano... —siseé.

—¿Le has dado una advertencia? Creo que se merece más que unos moretones por eso. —Eché un vistazo a Hero que hablaba con los dientes apretados—. Nadie debe lastimar a una mujer —dijo casi en un gruñido—. No importa si es humana u oscura, nadie debe tocar a las mujeres...

—No aún, pero lo tengo en mis planes, se merece un buen susto —observé a Hero, que sonrió.

—Cuentas conmigo para eso. —Me palmeó el hombro, colocándose derecho, y comenzamos a caminar hacia la casa—. ¿Por qué teme que la linchen?

—Hizo una pintada en su casa ayer —murmuré.

—¿La puso en evidencia? —Preguntó Hero con el rostro descompuesto.

—Sí..., y con todo este lío de la gata y los humanos señalándonos como posibles culpables, estoy seguro de que algo habría pasado si no la sacaba de allí —admití.

—Hiciste lo correcto Nick. Creo que ese humano merece un pequeño susto, no soy un lobo, pero te diré... —Hero se detuvo y me observó antes de ingresar—. Ella despliega un aura diferente, es como si cerca de ella sintieras ganas de sonreír. —Miré al asesino sin comprender de qué hablaba, pues estaba enigmático como siempre—. ¿Sabes algo de los omega?

—En una manada, la omega mantiene el orden... —respondí, estudiándolo.

—... Y calma a los machos. Sin una omega en la manada los machos lucharían y se matarían entre sí solo por una mirada o un trozo de carne. La omega funciona

como comodín, no sigue ninguna norma, ella está allí para mantener el orden, para que el macho no abuse de los más débiles y, te diré, ella es algo de eso. —Volvimos a caminar y nos metimos en el galpón. Alex estaba sentada a la mesa junto a Vívika y Zander.

—Buenas noches... —saludamos ambos.

—Hola, chicos...

—¿Lo trajiste para matarla? —Chilló Alex, poniéndose de pie y apretando los puños y percibí cómo Hero se tensaba.

—¡Alex! —Gritó Vívika avergonzada—. Él es Hero, el dueño de este lugar. —Alex volvió a sentarse, con un leve rubor en las mejillas.

—¡Ups! ¡Lo lamento! ¡Lo lamento! —Se disculpó mientras nos acercábamos—. Por cierto, lindo lugar. Soy Alex e imagino que conoces a Zander.

—Sí, gracias —murmuró Hero—. Un gusto conocerte, Alex.

—¿Qué eres? —Le preguntó ella, sin dudar, cuando llegamos a su lado. Hero me observó antes de responder, asentí en silencio dándole el permiso para que le contara, vaya uno a saber qué le iba a decir.

—Soy un vampiro... —confesó.

—Wow! Eso es *cool*..., ¿no creen? —Exclamó ella mirando a los demás, mientras Hero fruncía el ceño. ¡Sí! Definitivamente le faltaba un tornillo.

—Sabes, Hero... —Zander sonrió abiertamente— siempre escuché muchas cosas sobre ti, muchas cosas, todas menos que eras *cool*.

—Créeme, yo tampoco —admitió él levantando las cejas.

—¿Me muestras los colmillos? —Preguntó Alex curiosa y con los ojos expectantes.

—¡Alex! —Volvió a gritar Vívika consternada.

—¿Qué? —Respondió esta—. Nunca vi uno, por qué no preguntar. Te vi en tu forma lobuna, pero nunca vi «un colmillos».

—¿Un colmillos? —Pregunté consciente de que sabía de qué hablaba.

—¿Tan bajo hemos caído? —Soltó Hero, y echó un vistazo hacia mí. Tan solo pude levantar los hombros como respuesta, dejando que él hiciera lo que le viniera en gana, pues no iba a forzarlo ni mucho menos.

—Claro —concedió Hero, con un cansado suspiro y abrió la boca dejando que sus colmillos se extendieran. Alex se levantó de un salto. Sin apartar la mirada, se acercó para inspeccionarlo de cerca. Realmente había imaginado que gritaría o algo así, sin embargo, solo dijo:

—Wow!, ¡*supercool*!... —Hero puso mala cara—. Lo digo en serio, es ¡*superhipercool*!

—Sabes, Alex, cariño... —dijo Zander, parándose a su lado—, tu sentido de lo *cool* es un poco... raro.

—¿Ves por qué te decía lo de los pantalones? —Murmuré por lo bajo.

—Acerca de eso —dijo Hero mientras sus colmillos volvían a la normalidad y echaba un vistazo a Zander— ¿por qué llevas esos pantalones de los 60? ¿Acaso había fiesta de disfraces, o solo un sentido nostálgico por la época?

—¡No son de los 60! —Se quejó Alex.

—Lo que digas... —Estaba claro que él había entendido que discutir con la humana no lo llevaría a ningún lado—. Bien, ¿qué haremos? —Preguntó Hero, cambiando de tema, y evitando entrar en una discusión con Alex.

—Quiero que las llesves a un lugar seguro —le dije, entregándole una gran cuota de confianza—. Hay un departamento por aquí cerca, cerca del centro. Nadie conoce el lugar más que nosotros, por lo que estarán seguras. Y luego necesito que vengas conmigo.

—Recogeré mis cosas, aunque no tengo mucho. —Vívika comenzó a juntar sus pertenencias. Me aparté al rincón donde estaban las motos, y tanto Zander como Hero entendieron el mensaje y se unieron a mí.

—He hablado con Ben —murmuré por lo bajo, sabiendo que ambos podían oírme—. La gata ha escapado y se difunde que la hemos secuestrado para ocultar nuestro ataque.

—¿Qué gata? —Preguntó Hero confundido. Bien, aquí viene el segundo voto de confianza, pensé.

—Encontramos una gata en un hospital humano y se nos acusa de haberla atacado —señalé.

—¿Por qué atacaríamos a una de las nuestras? —Indagó el asesino mientras me observaba.

—Porque los humanos no sabían que era una de las nuestras —completó Zander.

—Ahora ella ha escapado. Imagino que es porque no deseó cambiar frente a los humanos..., pero esto es lo más jugoso, lo que la atacó, no era humano ni oscuro. —Hero me estudió como si no comprendiera lo que hablaba—. Tenía alas. Por lo que sabemos, los humanos han escondido esa información, aunque no sabemos por qué, pero Ben me comunicó que se vislumbró un nuevo ataque.

—Eso es una mierda —gruñó Hero y no pude estar más de acuerdo.

—Sí, pero tenemos ventaja —dije tomándolo del hombro—. Ben puede predecir en un radio muy amplio, lo que no es de mucha ayuda, mientras que las pitonisas puedan ver algo más, aunque tampoco será de ayuda, pero tú... —Y lo miré a los ojos.

—Soy tu radar de ángeles —respondió sonriendo.

—¿Puedes sentirlos? —Ahora era el momento en que Zander quedaba sorprendido.

—Sí, al menos la diosa me ha dotado con eso en los últimos tiempos —dijo Hero,

y sentí un alivio enorme al oírlo hablar de aquello como una bendición y no un castigo.

—¿Qué? —Pregunté, medio molesto por la mirada acusatoria de Hero.

—Que nunca voy a terminar de entender cómo sabes estas cosas y, mucho menos, qué eres.

—Tú encárgate de llevar a Vívika y a Alex a un lugar seguro, y prometo contarte más de mí. —Hero me echó un vistazo de esos que dicen claramente que sabe que hay cosas que nunca le diré, y desvió la mirada.

—Sabes que no es necesario —dijo el asesino—. Las llevaré, confío en ti, Nick, así que dime, ¿cómo lo haremos? —Minutos después había dispuesto un auto para Hero y las mujeres. Había hablado con las chicas y eso incluía a mi hermana, a quien le pedí que hablara con Vatur. Las había puesto en alerta porque nadie sabía de dónde podía venir el ataque.

—¿Se lo dirás? —Preguntó Zander mientras el coche se alejaba.

—¿Crees que debería confiar en él?

—Te seré sincero... —dijo Zander, poniendo aire de catedrático—. Ser tu amigo es genial, pero te diré que a veces estaría bueno saber qué opina alguien más, y creo que ese tipo confía en ti, es buena onda, no sé cómo explicarlo. —Yo también me sentía igual. Había descubierto más cosas de Hero en menos de dos semanas que lo que sabía de él en años.

—¿Buena onda? —Me mofé—. Ahora sé qué los atrae de él a Alex y a ti. Ella cree que él es *cool* y tú, buena onda. ¡Por la diosa!

—Sí, ya sabes —respondió molesto por mi burla—. Es honesto, al fin de cuentas no creo que yo hiciera algo por alguien sin saber de qué va la cosa. Pero, sin embargo, allí va él, confiando en que no lo mandas a matar ni nada por el estilo, ¿no?

—¿No hubiera sido más fácil que me dijeras solo que sí? —Pregunté, mirándolo por el rabillo del ojo.

—Sí, bueno, sí, creo que deberías confiar más en él —confesó Zander.

—Bien, gracias. Vamos. —Sacudí la cabeza y comencé a caminar hacia mi coche, con Zander siguiéndome el paso. Tomé el teléfono y llamé a Ben. Mi corazón inmortal palpitaba por la mujer que se alejaba con Hero. No sabía por qué, pero tenía miedo por ella, aunque más lo sentía por mí mismo.

—Benjamín, iré en búsqueda de la gata. Estoy con el centinela Unripe y con el asesino Hero. Confío en que tendrás una localización más cercana en unas horas, ¿verdad?

—Las pitonisas están trabajando, Nicolás —respondió de forma tajante—. Te daré algo cuando lo sepa. Estate atento.

—Claro —susurré, como si pudiera hacer otra cosa. Aunque tenía una ventaja: Ben no sabía nada de los nuevos talentos de Hero.

—Nicolás... —Ben vaciló, y yo apreté inconscientemente los dientes—. La loba, podemos protegerla, sabes que...

—¡Está protegida! —Gruñí. Sabía que Ben era poderoso, incluso que podría haber prevenido aquel encuentro, pero ya era tarde, ya la había conocido y aquellos ojos aún me perseguirían hasta la eternidad—. Se la confié a alguien más, tranquilo.

—Bien, en cuanto sepa algo te llamaré, aunque imagino que rastrearán la zona cerca del hospital. Mandaré algunos otros a su casa y a sus lugares conocidos.

—Me parece bien. Empezaré por el hospital y llegaremos hasta su casa cerrando un perímetro circular. Zander tiene a sus protegidos rastreando otra zona más alejada en un radio de veinte cuadras, así que sabremos de ella en pocas horas —dije sabiendo que debíamos encontrarla si no deseábamos que la sexta guerra mundial se desatara.

—¿Tus protegidas? —Indagó Ben.

—Están saliendo en su búsqueda, como todos los demás —mascullé molesto.

—Ten cuidado. Por ahora los humanos no creen que el ataque a la muchacha sea tan importante como para dejar sus hogares en horario de las telenovelas de la noche ni para que les interrumpan las horas de sueño. Pero, si no logramos aclarar esto, tomarán represalias, por lo que sería bueno detener esto ahora. —*¡Ni que lo digas!*, pensé. Como si no supiera eso.

—Bien, mantenme al tanto —dije inquieto. Cualquiera que estuviera detrás de esto estaba buscando una guerra.

—Lo haré —respondió Ben, y cerré el teléfono.

Nos mantuvimos en silencio el resto del camino, pues no tenía ni el humor ni las ganas de hablar. Agradecí el silencio de Zander, que pocas veces se quedaba callado como ahora y era realmente valioso para mí. Necesitaba pensar, pero hacerlo me llevaba a pensar en Vívika, en lo fácil que sería la vida si yo no fuera quien era. Pero sabía que por más que aceptara la ayuda que Ben me ofrecía, incluso si no llegaba a verla mañana, no importaba lo que ocurriera. Aun así, aquellos fosos grises en los que me había mojado, siempre salpicarían mi alma... para toda la eternidad. Porque ella me había llevado a replantearme algo que por mucho tiempo no había sentido...: la necesidad de un amor.

Veinte minutos después llegamos a los lindes del hospital. Bajé del coche y oteé el aire, me sacudí mentalmente de cualquier pensamiento y me dediqué a hacer lo que sabía hacer: cuidar de los míos. Debíamos encontrar a la gata y pronto. Por el bien de todos. Quedaban unas horas para la mañana y teníamos el tiempo limitado.

—Iré por los chicos. Me informan que encontraron un rastro probable. Te veré en unas horas y te llamaré si sé algo. —Zander rodeó el coche.

—Bien, esperaré a Hero y luego seguiré el rastro desde aquí. —Nos estrechamos las manos y, de un momento al otro, Zander se había ido. El teletransportarse era bueno en ocasiones como esta; si lo necesitara, Zander estaría aquí en un parpadeo.

Hero llegó quince minutos después. Me había informado que las mujeres estaban seguras, ya que había hecho sus propios *abra kadabra* y había protegido el departamento con energía; cualquier cosa que lo atravesara, él lo sentiría. Él era *más* poderoso que otros que había conocido y eso me intrigaba, aunque podía sentir algo diferente en el asesino. No sabía por qué, pero tener a mi lado un ser tan poderoso quitaba un poco de peso a mi propia carga. Hero podía defenderse solo y estaba seguro de que había cosas que aún desconocía, como el último don que mi madre le había entregado. Había hablado con ella momentos antes y Vatur tan solo me había dicho: *confía en él. Solo podrás salvarte si confías, hijo mío.* Así que seguí su consejo mientras me preparaba mentalmente para sincerarme con el hombre que estaba ahora a mi lado. Dejamos los coches estacionados allí y caminamos hasta la valla próxima, al lugar donde había estado la gata. Ocultos en la oscuridad, noté cómo Hero expandía su campo de energía, ya que podía sentirlo picando en mis manos, en la piel, como si fueran millones de hormigas y eso me fascinaba. Hero no conocía el alcance de sus poderes, o tal vez sí, pero había seguido el camino del servicio, el camino de la fe a Vatur y aquello me hacía apreciarlo aún más. Muchos oscuros, inmersos en tanto poder, llegaban a caer en la locura propia de creer que podían controlar el mundo y lucrar con los suyos. Yo había visto varios de ellos y había ejecutado a otro par, que habían pensado poder dominar los sentimientos de los oscuros o de los humanos, convocándolos en grandes sectas que habían terminado con masacres en los años'90. Pero Hero no era igual a ellos; podía percibir la bondad y la preocupación, cada uno de sus sentimientos. Por un momento me pregunté qué diría Hero si supiera que podía leer sus estados de ánimo a través de su energía. No creía que el asesino fuera feliz con ello. Intrigado, me atreví a preguntar por su don.

—¿Cómo adquiriste el don para hacer eso? —Indagué. Él me echó un vistazo por encima del hombro mientras escogía cuidadosamente dónde pisar. Caminaba unos

pasos delante de mí, vestido totalmente de negro, con ropa que le permitiría luchar, y ni por un instante había dudado que debajo de aquel abrigo llevaba armas.

—¿Hacer qué? —Preguntó Hero.

—La energía, no muchos saben usarla. No naciste con ella, fue un don, ¿cierto?

—En eso te equivocas, centinela, sí nací con el don. El cambio tan solo lo potenció: es como si tan solo me hubieran dado mayor capacidad, pero siempre pude percibirla. De niño lograba saber cuándo alguien era bueno o malo, cosas así, curar dolores simples, no sé, jaquecas, dolores estomacales. —Esquivó una rama mientras hablaba. Nos internamos en el descampado que rodeaba el predio del hospital—. Soy originario de Inglaterra, pero mi familia era celta. Mi madre era una bruja de segunda generación, era una poderosa sanadora, ¿sabes? La gente recorría grandes distancias para verla y yo, desde chico, podía ver cosas. —Fruñí el ceño y le presté aún más atención. Hero había adquirido la capacidad de ver seres que se habían ido, como su examigo, al que mi hermana había tenido que matar, pero yo no había escuchado sobre cómo había sido antes de convertirse en lo que era—. Lo recordé la otra noche: mi madre decía que no debía temerles, que debía oírlos. Creo que Irizadiel, bueno, ella tan solo me ayudó a potenciar eso con lo que había nacido. Además de eso, está la historia... —Hero rio—. Incluso se dice que los celtas como mi familia eran...

—Son descendientes de los atlantes —afirmé. Hero enmudeció un segundo y continuó caminando. La noche era silenciosa, pero sabía que el asesino tenía un tercer ojo, que no necesitaba de pisadas y cosas así para seguir a la gata. Podía sentirla.

—Sí, eso al menos es lo que se decía en tiempos en que se investigaban las ruinas marinas, y el mar era azul y no negro como hoy en día. Bueno, la cosa es que creo que tengo parte de eso, ya sabes, mis antepasados tal vez fueron atlantes.

—Yo no lo creo —murmuré sacudiendo la cabeza mientras esquivaba un pozo de barro. Hero cambió de dirección.

—¿No crees en la teoría? —Preguntó Hero segundos después.

—No, digo que no creo que seas como ellos —dije. Él se detuvo y se giró para mirarme—. No creo que seas descendiente de atlantes, tal vez hijo de alguno de los esclavos o los rehenes que tenían, pero no atlante. Ellos eran diferentes, ellos no... —me detuve un momento y recordé las palabras de mi madre—. Ellos no tenían alma, ya sabes, solo cerebro... —Hero sonrió, se dio la vuelta y siguió caminando.

—Esa una gran teoría —asintió.

—Es una verdad —confesé y continué caminando, sobrepasando al asesino. En mi cabeza comenzaba a hilar los pensamientos con los recuerdos. ¿Podía ser cierto? Hero, un descendiente de atlantes, ¿el pueblo que había arrasado al mío? Observé el cielo y casi sentí a mi madre sonriéndome desde el manto de estrellas. En Lemuria no se hablaba de karmas, ya que nadie retenía nada para ellos y todo era un ida y vuelta. Todo lo que se enseñaba estaba fundado en el amor, no había hijos ni padres, porque

todos cuidaban de todos, no había límites para el amor, y cuanto más daban más recibían. ¿Podía ser que Hero sea la herramienta para quemar mi karma? Resoplé ante la ironía de todo esto y meforcé a seguir caminando mientras nos alejábamos del hospital. Cuando Hero no dijo nada, continué:

”No creo que seas como ellos, pero sí entiendo que tu madre ha sido buena bruja. Hacer lo que haces es más difícil de lo que crees, mi pueblo... —murmuré y me atraganté, pero meforcé a seguir, deteniendo mi andar tan solo para centrarme en Hero. Lo enfrenté y suspiré antes de continuar—. Mi pueblo creía en cosas como esas, trabajaban la energía, creía en el hecho de que un cuerpo tan solo era un contenedor de esta energía que se alimentaba de los sentimientos, que podía ser destructiva o constructiva, pero mi gente hablaba de la energía creciente, del amor al prójimo, y, bueno, el amor lo era todo.

—¿Tu pueblo? —Hero frunció las cejas que se unieron en su frente, y casi podía imaginar los engranajes de su mente corriendo—. ¿Lemuria? ¡Oh, ya lo recuerdo! —Se pasó la mano por la boca y desvió la mirada—. En lo que me mostraste, hablaba de la rivalidad de lemurianos y atlantes; tú crees que yo...

—Hero —dije atrayendo su atención— confío en ti, y créeme, no eres como ellos. Definitivamente, si eres descendiente de atlantes, bueno, ellos han aprendido cosas también, aunque no tengo la certeza sobre si tus antepasados eran atlantes, y yo..., yo no soy el mismo que vio caer Lemuria de niño; aunque no lo parezca, soy tan viejo como intuyes. Créeme, sé que no eres un atlante, puede que alguien en las tierras remotas de Atlántida haya huido y haya formado luego tus antepasados, pero tú no eres uno de ellos, y yo no soy el mismo que era. Tal vez esto sea una prueba —concluí y le di la espalda. Volvimos a caminar. Hero no dijo nada por unos minutos, hasta que volvió a hablar.

—Aquí hay un rastro. —Él siguió hacia la izquierda y lo dejé ir adelante. Nos aproximábamos cada vez más a la ciudad—. ¿Prueba de qué? —Preguntó momentos después...

—De que debemos cuidar nuestros karmas. Más de una vez, la vida nos pone frente a algo para ayudarnos a limpiarlo. Sabes el símbolo de esto, ¿no? —Hero negó con la cabeza y siguió caminando—. Lo simbolizan con una balanza. El lado derecho es lo bueno que hemos hecho y se le llama dharma, así como el izquierdo corresponde a lo malo y se lo llama karma.

—Y ¿cuál es tu karma para no poder estar con ella? —Hero me estudió por encima de su hombro, y noté que los músculos se me tensaban.

—Creo que haber nacido —confesé y sonreí como respuesta.

—No creo que eso sea malo, Nicolás. Pienso que hay muchos aquí que creen lo contrario, incluso ella. ¿Por qué crees que debes sufrir? Te he visto, Nicolás, la vi a ella responder a ti. ¿Por qué negar algo tan bello? —Preguntó Hero, y quise rogarle

que no siguiera hablando, pero no era justo.

—Creo que la diosa nos dio libre albedrío y eso marcó mi destino.

—¿Por qué? —Volvió a preguntar.

—Nunca debí haber bajado, era necio. —Hero se detuvo nuevamente—. Pero necesitaba bajar —sacudí la cabeza, consternado y miré al cielo—, conocer las emociones humanas, entender por qué mi madre los amaba tanto, por qué..., por qué ella... —Mi mirada lo atravesó cuando volví mis ojos hacia él—. Quería saber qué se sentía y acabé viendo morir a mi pueblo. —Mis dientes estaban tan apretados que chirreaban—. Los vi morir... —gruñí—. Yo... creo que si no hubiera bajado... Cuando uno viene al mundo trae consigo su propio destino, creo que nunca debí haber pisado la Tierra, mi madre lo había dicho... Ella me lo dijo: no bajes Nicolás, no bajes ahí, ámalos desde aquí, pero no escuché..., quería saber qué se sentía. —Estaba agitado soltando todo aquello de lo que no había hablado con nadie, tratando de contener la furia acumulada con el paso de los años.

—Nicolás, ¿de qué hablas? —Hero tragó con fuerza sin entender.

—Mi madre, Hero —aseguré señalando el cielo. Cuando él siguió sin comprender, lo tomé del hombro señalando las estrellas—. Mi madre, que es tu madre también..., mi madre, Hero... —lo solté. Los nervios me asaltaron y no pude decírselo de frente. Me giré y dije lo que casi nadie sabía—: Vatur... es mi madre.

—¡Espera...! ¡Espera, espera..., wow! —Hero me rodeó hasta colocarse frente a mí—. Vatur..., ¿Vatur la diosa? ¿La diosa Vatur es tu madre?, ¿o es solo, no sé, es solo una forma de decir? —Hice una mueca, coloqué las manos en la cintura, y bajé mis ojos para enfrentarlo.

—Ella es mi madre —murmuré, sonriendo de lado, ante la incredulidad de Hero, que dio dos pasos hacia atrás como cuando se desea apreciar un gran cuadro—. Soy el hijo de la diosa, quien me enseñó que el karma es una ley de compensación y no de venganza. —Mis ojos volvieron a vagar en la lejanía—. Mi madre me dijo que no tomara venganza contra los atlantes, que el destino había sido modificado, que encontraría la solución, pero ¿por qué debo ser castigado?, ¿por qué debo vivir solo?

—No es justo..., creo que cada uno sella su propio destino. —Lo observé, sintiendo la gran sabiduría de sus palabras. Eran casi como una cachetada—. ¿Sabes lo que vi cuando tu hermana mató a Zell? —Hero desvió la mirada hacia las tenues luces de la ciudad, que se divisaban a lo lejos—. Vi la pregunta en sus ojos. ¿Por qué lo había enviado allí? ¿Por qué? Pero, aun así, él, o lo que fuera, no me odiaba...

—Tomaron caminos diferentes, te volviste un guardián de los oscuros, y él tan solo un asesino a sangre fría —respondí tajante.

—¿Acaso no somos lo mismo? —Preguntó con amargura—. Yo soy un asesino también, pues he matado y creo que él fue mi primer muerto ¿No cargo yo también con sangre en mis manos? —Me preguntó, mostrándome las palmas de sus manos.

—Mi madre no cree lo mismo, ella confía en ti —le aseguré.

—Eso es un gran voto de confianza. Aunque te diré que no creo que tu madre quiera verte sufrir.

—No es mi madre el problema, Hero. —Retomé el camino—. No conoces a mi padre. —Seguimos caminando atentos a cualquier cambio. Era extraño, pero, definitivamente, me sentía mucho mejor, ya que no tener que ocultarle todo era un cambio que agradecía. Había esperado que Hero me despreciara, me rechazara e, incluso, que se riera en mi cara y me pidiera una prueba, pero no lo hizo.

—Mira, si tu madre es la diosa —una nota de gracia se coló en las palabras de Hero— no puedo imaginar quién es tu padre, y menos por qué tu hermana tiene alas... ¡Gran ensalada de familia tienes amigo! —Hero me palmeó el hombro haciéndome reír. Una vez más estaba en lo cierto.

—Mi padre es Hermes... —confesé entre dientes. Hero se giró, frunció el ceño y me sonrió ampliamente—. ¿Qué? —Pregunté, y algo en mi interior se tensó. ¿Acaso conocía a Hermes?

—¿Hermes? —Repitió con tono sarcástico y torció la boca—. Yo, nada... —Movié la mano desestimando lo que iba a decir—. Olvídalo, tan solo recordaba la imagen de Hermes con alitas en sus zapatos, y no te imagino con alitas en tus zapatos de diseñador, que, por cierto, vienes destrozando en este lodazal. No sé por qué los humanos se empeñan en poner hospitales en sitios de mierda como este. —La tensión se disipó de un momento al otro y largué una carcajada ante la ocurrencia. Alitas en los zapatos.

—Yo tampoco me imagino con alas. Irizadiel es mi media hermana..., y si crees que esto es una mierda, deberías ver las instalaciones por dentro —dije, recordando las habitaciones.

—No quiero ni imaginarlo. Qué bueno saber que es tu medio hermana, ya iba a pensar que Hermes le había cambiado la posición de sus zapatitos alados a su espalda —soltó Hero de forma maliciosa.

—*Nah*, ella es hija de un ángel. —Hero me detuvo con un movimiento de la mano, me frené en seco y presté atención a lo que nos rodeaba. Guardamos silencio hasta que él comenzó a correr sin previo aviso—. ¿Qué pasa? —Exclamé.

—Está cerca, la gata, puedo sentirla —gruñó, imprimiendo en cada paso toda su fuerza. Corrimos más de doscientos metros cuando vimos algo moviéndose a lo lejos. Pero no fue solo eso lo que llamó mi atención. Hero siguió corriendo y se tomó la cabeza con su mano izquierda y maldijo. Yo no necesité que me dijera qué sentía, podía verlos.

Vi dos ángeles blandiendo espadas doradas, acechando desde lo alto como dos aves de rapiña. Se oyó un rugido sordo a la lejanía, y no me hizo falta ver qué era lo que perseguían. Corrí delante y Hero me siguió. Las alas hacían un sonido ahogado en la noche, no eran totalmente blancas, lo que me indicó que no eran ángeles. Eran caídos atacando a la gata, los mismos que tal vez la habían atacado días atrás. El terreno era desparejo, un campo abandonado donde crecían matorrales de hierbas altas que me azotaban los brazos y el rostro. Me obligué a mantener el paso, esquivando todo lo que se interponía en mi camino. Cuando llegamos, la gata estaba acorralada en una saliente de tierra, un montículo se alzaba a su espalda. Maullaba feroz y mostraba los dientes, sin poder escapar. Los que la tenían cercada no podían atraparla a la carrera, pero un movimiento, un salto, la pondría en la mira de sus armas.

Moví la mano en dirección al ángel que iba por ella con su espada extendida hacia delante para apuñalarla. Una ráfaga de viento lo desvió, haciendo que perdiera estabilidad y se fuera en picada unos metros. Por el rabillo del ojo noté cómo Hero sacaba uno de los cuchillos que colgaba en la cintura de su pantalón y le estampaba tanta energía que hacía que el arma brillara. Lo lanzó en dirección al otro caído, que tenía la vista fija en mí, aleteando a unos dos metros del suelo. El cuchillo dio en el blanco y quise felicitarlo; definitivamente, eso era un punto para él. El ángel no lo había visto venir tras el manto de energía, y el cuchillo se había clavado cerca del hombro, rasgando parte de sus alas a su paso. Eso lo hizo caer con su arma en mano. Se levantó tambaleante. Hero cubrió el camino hacia la gata, tomó otro cuchillo y lo lanzó, pero esta vez el alado lo esquivó. Mentalmente, informé a Ben del ataque, vi al caído correr hacia Hero, pero cuando llegó a dos metros de él, chocó contra su campo de energía, y agradecí a la diosa de haberlo dotado con ese don. Estaba seguro de que Hero no sabía cómo matar a un caído, pero, al menos, podía evitar que lo lastimara. Vi al primer caído levantarse y fui por él. Cuando me vio, intentó levantar vuelo. Corrí hacia él y lo tomé del pie, tirándolo al suelo, boca arriba; abrí la mano, imprimiéndole todo el poder de mi madre, y se la estampé en su pecho. El caído gritó y se retorció mientras su vida se extinguía. Corrí de vuelta adonde había dejado a Hero. El otro caído se distrajo con mi llegada y Hero aprovechó la distracción para saltar sobre él y le clavó el cuchillo en su cuello. La expresión del rostro del caído fue de horror y lo tomó del cuello, pero Hero resistió mientras luchaba por quitárselo de encima. Luego, el caído se quedó quieto y el asesino me miró.

—Dudo que lo haya matado, es imposible que yo lo pudiera hacer —sentenció.

Me acerqué a él para terminar el trabajo. Mi mano volvió a brillar con una luz

dorada y atravesé el cuerpo dando por terminada su existencia. De un momento a otro, este se cubrió de luz y se desintegró como en pequeñas partículas de aserrín. Nos miramos para corroborar que ninguno de los dos estuviera lastimado. Por un instante, nos detuvimos a recuperar el aire, hasta que la gata gruñó atrayendo nuestra atención. Su cuerpo se encorvó como si fuera a atacar, por lo que aparté a Hero y me coloqué delante de ella.

—¿Me recuerdas? —Pregunté mirándola a los ojos. En respuesta, ella me mostró sus largos dientes preparados para desgarrarme. Rugió nuevamente como advertencia. Puse los ojos en blanco y la apunté con el dedo—. ¡Me conoces! Te vi en el hospital, ahora cálmate, no sabemos quién más puede estar por aquí y podría oírte. Hero, ¿sientes algo más? —Él se acercó a mi lado y le eché un vistazo. Los ojos del asesino estaban perdidos en la negrura de la noche, sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos parecían totalmente negros.

—No, no siento ninguno más, por ahora —dijo haciendo una pausa—. Pero no están lejos.

—Escúchame —apunté volviendo mi atención a la gata—. Quiero que corras con nosotros, ¿oíste? —Ordené, pero no obtuve respuesta.

—Creo que el instinto la ha tomado —sentenció Hero—. Puedo intentar inducirla..., pero... —la gata se quejó tan fuerte que lo hizo enmudecer— si no lo quieres —añadió Hero, apuntándola con el dedo también— más te vale cambiar la actitud. No dejaré que me maten por ti, y si tengo que llevarte a patadas en tu culo felino, ¡lo haré! —Gruñó Hero.

—¡Lo mismo pienso! —Susurré de acuerdo, cuando la gata posó sus ojos en mí—. ¡No te dejaremos aquí!, no sabemos qué puede ocurrirte, así que lo haremos por las buenas o por las malas. Pero recuerda cada vez que muestres los dientes, que aún recuerdo tus palabras. —En mi voz se filtraba la poca tolerancia que tendría con ella, y parecía intuirlo porque dejó de maullar y bajó la cabeza.

Siguió a Hero que iba marcando el camino mientras yo la escoltaba desde atrás. No me fiaba de ella. Ninguno de los dos dijo nada cuando llegamos al coche. La gata se subió en la parte trasera, sin mirarnos.

Confiando en que mi mirada transmitiera todo lo que pensaba, observé a Hero con insistencia antes de meterme en el coche. Una vez dentro, la gata maulló y cayó desplomada. Él había usado parte de su poder para inducirla al sueño. Al igual que yo, Hero no le daría la espalda a una gata descontrolada. No sabía bien por qué, pero algo en mi alma estaba en paz. Recosté la espalda en el asiento, descansando la cabeza sobre la palma de mi mano mientras apoyaba el codo en el vidrio, con los ojos en el frente. Hero hablaba con Ben por el móvil.

—Dicen que prepararán algo para ella —dijo Hero, y asentí.

—Por cierto, Hero, gracias...

—¿Por qué? —Preguntó con esa calma tan suya—. No he hecho más que mi trabajo.

—No por eso —dije frotándome la sien—. Por estar aquí... —No me atrevía a decirle que le agradecía por mirarme como a un tipo normal y no juzgarme. Por no acusarme, como lo habían hecho otros, siglos atrás, por las decisiones de mi madre, por mi destino.

—Nicolás, antes de saber lo que eres, confiaba en ti —murmuró—, siempre sabiendo que conocías algo más que el resto... Ahora, tan solo sé cómo lo sabes, pero mi confianza no ha cambiado. —Eché un vistazo rápido a Hero, sabiendo que nadie se ganaba la confianza del asesino de una forma simple. Era un hueso duro de roer, era de las personas que no confían en cualquiera, y eso me hizo sonreír—. Confío en ti... —repitió—. Gracias por contármelo y, tranquilo, no diré nada. Creo que tú sabrás contarle al mundo cuando sea preciso. Además, me parece que nos faltan unas horas de sueño, eso vendría genial para ambos.

—No duermo —susurré.

—¿Qué? —Preguntó sorprendido.

—Que no duermo. No, yo no descanso como ustedes. —Lo observé por el rabillo del ojo y noté la mirada extraña de Hero—. ¿Qué? —Pregunté, sintiéndome incómodo.

—¡Que eso es una maldita mierda! ¿Cómo cuernos no duermes? ¡Por la diosa! —Dijo ofuscado, como si aquello lo enojara.

—¿Disculpa? —No pude evitar mirarlo esta vez—. Te he contado qué soy... —susurré y recordé que llevaba una gata en el asiento trasero, por lo que simplifiqué el asunto—, quién es mi madre y he logrado tu comprensión, pero ¿te digo que no duermo y me maldices?

—Es que eso... —añadió acentuando las palabras—. Realmente es una mierda, creo que todo lo demás, bueno, es raro, pero ¡mira el mundo en que vivimos! —Dijo señalando hacia el exterior, que comenzaba a teñirse con colores rojos y amarillos por la llegada del amanecer—. ¡Eso es una mierda...! —Protestó indignado.

—¿Qué? —Pregunté—. ¿Lo que soy, o no dormir?

—No, lo que eres, bueno, está bien para mí —murmuró gesticulando—. Al menos, conoces a tu madre. Pero no dormir..., eso es una mierda. —Se acomodó ruidosamente en el asiento y lo observé sin poder creerlo—. ¡10 000 años sin dormir!, ¿estás loco? ¡Eso es lo peor! Peor incluso que los zapatos con alitas. —Me largué a reír a carcajadas; después de todo lo que le había dicho, aquello lo sorprendía. Hero nunca dejaría de sorprenderme.

—Sabes, eres un tipo raro —admití.

—¿Yo? ¿Disculpa?... —inquirió—. Al menos yo sé lo que es despertarme y dormirme... —Nos miramos un momento mientras estacionaba el coche en una parte

despejada del estacionamiento abandonado, cerca de la S.A. Zander apareció de la nada y golpeó el vidrio llamándonos la atención.

—¡Oye...! ¿Debería ponerme celoso? —La voz de Zander llegó amortiguada por la música y los vidrios. Maldije por lo bajo. Odiaba que fuera tan efusivo, achiqué los ojos hasta que casi fueron solo una rendija y lo fulminé con la mirada. Hero tan solo bufó, sacudiendo la cabeza y soltó una risita—. Eso se veía muy gay, quiero que lo sepan, m-u-y-g-a-y.

—¿Estás celoso? —Preguntó Hero, levantando una ceja mientras hacía una mueca, y sacudí la cabeza y abrí la puerta.

—¡No! ¡No! Mientras no te permita palmearle el trasero. —Zander se giró riendo, dejando a Hero con la boca abierta. Solté una carcajada al verlo, pues lucía tan extraño.

—¿Te palmea el trasero? —Me preguntó. Había quedado con la quijada descolocada. Puse los ojos en blanco y lo negué mientras me acomodaba la ropa.

—No creas todo lo que dice... —farfullé mirándolo, mientras él abría la puerta para sacar a la gata—. ¿Qué pasó con tus pantalones? —Le pregunté a Zander, que se encontraba a unos metros.

—¡Me apretaban las bolas...! —Respondió, acomodándose la entrepierna de forma deliberada.

—Debiste pensarlo antes —dije. Hero movió el asiento y se cargó a la gata sobre el hombro; ya no tenía pelo y su cuerpo desnudo caía flácido mientras la cargaba. ¡Ya no tenía pelos!

—¡Upss! ¡Alguien tendrá problemas hoy! —Susurró Zander, entonando una cancioncita, y me hizo una mueca mirando a Hero. Maldije en silencio mientras me quitaba la chaqueta para cubrirla. Ella iba a matarnos si se enteraba alguna vez de que la habíamos visto desnuda.

—¿Qué? —Preguntó este y nos miró a ambos sin entender, mientras Z se dedicaba a estudiar, con detenimiento, el trasero de la gata, totalmente al aire.

—Si yo fuera tú, y si no quieres que te arranquen tus bolas, más te vale bañarte después de eso —añadió señalando a la gata. ¡Mierda! Hero no había pensado en eso y yo tampoco. Sal lo mataría. Estaba seguro de que le arrancaría más que sus pelotas si se enteraba de que había cargado a una hembra totalmente desnuda.

—¿Me defenderás?, ¿verdad, Nick? —Preguntó poniendo mala cara. La cubrí lo mejor que pude mientras me maldecía por no haberlo pensado antes: estaba claro que cuando Hero la indujo al sueño ella había cambiado. Caminamos hacia una puerta de servicio, que nos salvaría de tener que ir por los lugares públicos. Hero seguía maldiciendo por lo que podría llegar a hacerle Sal si se enteraba, y no estaba seguro de si un buen baño quitaría el olor. Conocía de energías, pero calculaba que los olores debían seguir el mismo patrón.

—No creo que nadie pueda defenderte de Salomé enojada —se burló Zander, y solté una carcajada ante la cara de Hero. Definitivamente iba a tener que defenderlo... ni yo quería enfrentar a Sal cabreada, mucho menos ahora que estaban ligados. Las mujeres podían reaccionar irracionalmente. Si me habían increpado a mí por el olor de la loba, no quería imaginarme lo que le harían a Hero si no lo defendía. Abrí la puerta dejándolo pasar primero y entramos. Caminamos por los pasillos de servicio hasta llegar al área de cuartos. Acomodaríamos a la gata en un lugar seguro, y podía aseverar que no estaría feliz cuando despertara. Después enfrentaríamos el problema con Sal. Una parte de mi mente aún temía por la seguridad de Vívika; no obstante, no tenía razones para hacerlo. Estaba segura. Pronto tendría que decidir *qué mierda haría con ella*.

La acomodamos en un cuarto de la zona a la que llamaban *Casa*. Había muchos oscuros que vivían en las instalaciones. Así como no todos los humanos admitían a los oscuros en su mundo, había muchos oscuros que no querían a los humanos en su vida, y pasaban su tiempo en las instalaciones de la S.A., refugiados de los problemas y a espaldas del mundo que los rodeaba. El lugar era agradable y, con el tiempo, casi parecía una ciudadela. Había lugares para descansar, ir de compras y recrearse, todo bajo tierra. Muchas de estas cosas habían sido creadas para seres que no deseaban la luz, pero también estaban aquellos a los que la S.A. reclutaba para mantener un control estricto sobre ellos. La habitación era agradable, estaba ubicada en el tercer subsuelo y tenía las instalaciones de un monoambiente pequeño. Encontraría todo lo que necesitara en cuanto despertara. Ella estaría bien aquí.

—¿Cuánto tardará en despertarse? —Pregunté mientras Hero la dejaba en la cama. Podía admitir abiertamente que la gata tenía su belleza, aunque era arisca, desconfiada y, por sobre todo, odiaba ser lo que era. Zander estaba completando unos papeles para ingresarla al sistema mientras la acomodábamos en la habitación.

—Tan solo unos minutos. —Hero se colocó a mi lado y sentí la energía como una corriente eléctrica—. Debes quedarte tranquilo, ella estará bien.

—No es ella quien me preocupa ahora —admití.

—Y no es de ella de quien hablo —murmuró él, soltando una risita, y lo observé estrechando los ojos—. Estará bien, aunque creo que esta protección es excesiva. Necesitarás darle explicaciones, no creo que ellas se mantengan allí como si nada. Digamos que tiene una vida allí fuera y lo sabes. Trabajo... y gente que, tal vez, no crea que ser loba sea tan malo. Así que deberás pensar qué harás... —La gata gruñó y ambos nos giramos.

—¿Dónde mierda estoy? ¿Qué mierda me hiciste? —Moví a Hero a un lado y la detuve al momento en que estaba por saltar sobre él. La tomé por las muñecas y le gruñí sin contenerme, casi tan alto como ella—. ¡Suéltame!

—¡Bien! —Dije, y la empujé tan fuerte que la gata cayó sentada en la cama, con la espalda pegada a al muro—. ¡Me estas alterando! —Grité.

—Y créeme, eso es algo que no es normal en él, así que muévete con cuidado —graznó Hero, que la observaba con cautela.

—¡Cierto! —Asentí, sin una gota de humor—. Esto es lo que haremos: intentarás calmartelo...

—¿O qué? —Me desafió, y ambos gruñimos.

—¡O te liquido! —Musité con tranquilidad, como si tan solo hubiera dicho «te

llevo de vuelta» o algo tan normal como eso. La gata abrió sus ojos ante la firmeza de mis palabras. Sinceramente, el mundo no necesitaba seres como ella—. El mundo no necesita de ti...

—Tengo una familia... —protestó.

—Sí, una familia humana. Humana, cosa que ya no eres, así que piénsalo bien, porque tengo a muchos a los cuales cuidar. O cambias de actitud, o serás una baja. —Dicho esto, giré y salí del cuarto. Hero ya estaba en el pasillo cuando la puerta se cerró; sus expresiones eran duras, pero sabía que estaba desconcertado. Esperé a que nos alejáramos de la puerta para hablar.

—¿Lo dices en serio? —Preguntó. Apreté los dientes y los puños a la vez, mientras seguíamos alejándonos del cuarto de la gata—. Nicolás. —Me frenó, tomándome del brazo.

—Ella es un problema —respondí con un dedo apuntando a la habitación que habíamos dejado—. No podemos lidiar con ella ahora. —Unos niños pasaron corriendo en forma lobuna y ambos los observamos jugar hasta que su madre apareció horrorizada detrás de nosotros. Se detuvo un momento para disculparse con nosotros y siguió su camino—. La verdad es que ella no quiere ser lo que es; por lo tanto, ¿qué nos importa? Ahora tenemos ángeles rondando la ciudad, los humanos a punto de levantarse, y mi puto trasero en juego. ¿Por qué debería estar cuidando de ella si nos odia? En cambio, hay una loba allí afuera, que está orgullosa de lo que es y, aun así, no intenta matar a nadie —terminé con un gruñido. Los pasillos me devolvieron ecos de mis bramidos desquiciados justo cuando llegaba Zander.

—¡Cálmate! —Masculló el recién llegado. Seguramente todos me habían oído. Nadie en este lugar tenía secretos, era público, y aquí nadie escondía nada, menos con tantos seres con la capacidad de oír hasta la caída de un alfiler.

—Creo que tendrías que ir a ver cómo están las chicas —susurró Zander y entrecerré los ojos—. Vívika y Alex —aclaró, como si no supiera de qué hablaba.

—¿Y hacer qué? —Pregunté.

—Lo que te dé en gana, Nicolás —añadió Hero, forzándose a murmurar por lo bajo—. Pero de una cosa estoy seguro, no soy feliz teniendo a Sal allí fuera, pero tampoco puedo atarla a una cama, y eso mismo corre para ti —dijo acusadoramente—. No puedes retenerla.

—¿De qué va esto? —Preguntó Zander, que no entendía el problema.

—De mujeres, de eso va —grazné.

—Mira, sé lo que es sentirse vulnerable, sé lo que se siente... —Hero bajó la voz una octava—. O lo resuelves, o lo dejas. Esto te está sacando de las casillas. Sé que es complicado, pero debes hacerlo o dejarla. —Mi respuesta fue un rugido desde el centro de mi pecho. Nunca me había sentido tan fuera de control.

—¿Por qué no hacemos algo mejor? ¡Mira..., vamos a mi casa! —Dijo Zander,

tomándome por el hombro—. Hero tendrá tiempo para tomar una ducha, así Sal no le arranca la cabeza. Tomamos algo y vemos qué podemos hacer —asentí de mala gana mientras comenzábamos a caminar. Aún tenía las manos agarrotadas en puños y nada más lejos de estar relajado. Sabía que Hero tenía razón, pero eso no quería decir que me gustara.

La casa de Zander no era grande; sin embargo, tenía todo lo que necesitaba. Era un sitio moderno, con ladrillos de hormigón a la vista; muebles de color gris; piso de madera oscura, interrumpida en algunos sectores por alfombras; con luces sectorizando cada lugar. Caminé hasta el sillón rojo y me dejé caer. Me recosté y apoyé las piernas en la mesilla de café, crucé las manos tras la cabeza e intenté pensar en *qué debía hacer*. No era común salirme de control y, sin embargo, aquí estaba.

—El baño esta por ahí. —Escuché cómo Zander le indicaba a Hero el camino.

—Lindo sitio..., muy...

—Femenino —completé, abriendo tan solo un ojo para captar la bulla de Zander—. ¡Dilo!, es un sitio de nena. —Nunca sabía por qué, pero fastidiar a Zander me ponía de buen humor.

—Yo no hubiera dicho eso —añadió Hero.

—Tú no eres nadie para criticarme, Hero, con todo mi respeto, pero aquel lugar al que llamas hogar, ¡vamos!...

—¿No dijiste que beberíamos algo? —Me quejé, tratando de fastidiar aún más a mi amigo.

—Ve a bañarte, que yo trataré con la reina aquí presente —Hero rio y desapareció por el pasillo—. ¡Su majestad!, ¿qué desea tomar?

—¿Qué tienes?

—Todo lo que una niñata como tú nunca ha bebido —se mofó Zander, con una sonrisa en los labios.

—Bien —dije, preguntándome qué sería lo que tenía para beber—. Dame algo fuerte...

—¡Uh!, bien, ¡suenas casi como un hombre de verdad! —Hero rompió en risas desde el baño, mientras Zander desaparecía de mi vista en un parpadeo.

—¡Que le den a ambos! —Grité y mi respuesta tan solo logró que volvieran a reír.

—Dime una cosa, Hero —gritó Zander para que él lo oyera—. ¿Eso es una palabrota para ti?

—¡No! —Respondió el asesino desde el baño. Sus palabras sonaban apagadas por el ruido del agua y la puerta que nos separaba. Era una mierda estar en un sitio donde hubiera tantas personas con buen oído.

—En cambio, podría haber dicho... —Zander se acercó con un vaso corto que contenía un líquido amarillento—. ¡Qué te jodan, hijo de puta!

—¡Oh! ¡Cierra el culo, grandísimo idiota! —Agregó Hero, volviendo a la sala.

—Sin embargo, nuestro refinado amigo aquí —Zander me señaló mientras bufaba — tan solo sabe decir recórcholis, pamplinas, santos tomates... —Ambos se largaron a reír y no pude contener la sonrisa mientras sacudía la cabeza. Zander se dejó caer en un sillón pequeño frente a mí, entretanto Hero se cubría con una toalla y me observaba. Z se carcajeaba tomándose el estómago y, definitivamente, yo era el único que no era feliz e intentaba demostrarlo, pero la sonrisa me traicionaba.

—Les diré una cosa, son un dolor en el culo, ¡ambos! —Dije, enfatizándolo al mirarlos. Eso hizo que guardaran silencio un instante, para luego largarse a reír aún peor. Maldije en silencio y tomé un trago que me quemó la garganta. Pensé en preguntarle a Zander qué era lo que me había dado, pero eso los haría reír más, así que lo tragué a la fuerza—. Y espero... —continué, cubriéndome la boca y haciendo una mueca de asco— que Zander tenga solo pantalones de cuero para ti —añadí burlándome de Hero, que puso mala cara al instante.

—No, no, tranquilo, tengo otro que te quedará. —Zander se levantó de un salto y le alcanzó unos pantalones—. Toma —dijo, y sacó los pantalones de una pila de ropa que había en una esquina, en un cesto color naranja. Cuando ambos lo observamos extrañados, agregó—: Hay una muchacha que lava y plancha mi ropa. —Levantó los hombros, quitándole importancia—. A ella le gusta.

—Sabes, no quiero saber cómo le pagas —soltó Hero.

—Ni yo... —añadí, haciéndome eco de sus pensamientos. Zander carcajeó y levantó una ceja repetidamente haciendo una mueca muy lujuriosa. Caminó hasta pararse junto a Hero mientras le entregaba una camiseta también.

—Ahora dime, ¿cuál es tu veneno? —Le preguntó.

—¿Tienes cerveza?

—Claro. —Zander se escapó hacia la cocina mientras el otro se colocaba la ropa sin cubrirse.

—¡Oye! ¡No es necesario que me quemes las pupilas! —Dije, cubriéndome los ojos como si me escocieran.

—Mira, lo único que te puede pasar al verme desnudo es que te mueras de envidia —murmuró y me palmeó el pie. Se acomodó en otro sillón, que seguramente era de diseñador, pues todo en la casa de Z era de marca, de algún diseñador, o de alguna colección específica. Me sentía relajado, no sabía bien por qué, pero, de un momento a otro, casi no podía recordar por qué estábamos aquí, pero se sentía bien.

—Tienes los ojos vidriosos —señaló Hero, arrugando la frente, cuando Zander llegó a su lado y le entregó la cerveza—. ¿Alguna vez has bebido? —Eché una mirada rápida a Z, que lo negó y luego ambos me miraron. Observé mi bebida sin entender qué era. ¿Podría acaso...? Tomé una bocanada de aire, permitiendo que mi cuerpo se relajara aún más. La paz antes de la tormenta, pensé y cerré los ojos.

Me zampé el resto de mi bebida de un saque y los observé.

—No sé de qué hablan, pero les diré... —estiré la mano e intenté enfocarme. Tenía la visión borrosa y, sin pensarlo mucho, pedí otro poco de lo que había bebido. Comencé a reír cuando la imagen de Hero y Zander se distorsionó ante mis ojos; era muy gracioso. Noté que todo el lugar se movía, lucía raro y chistoso a la vez.

—Soy yo o... —hipé, intentando que las palabras salieran claras.

—Está borracho —aventuraron ambos. ¿Borracho? No podía estar borracho, ¿o sí? Hero me miraba como si no pudiera creerlo, pero Zander era aún más gracioso, parado, observándome con la boca abierta de incredulidad. ¡Nunca me había emborrachado! ¿Podía ser posible?

—¿Borracho? ¿Qué es estar borracho?... —pregunté—. ¡Quiero otro poco! —Repetí, golpeando con fuerza el vaso en la mesilla de café.

—¡Claro que no! —Gritó Hero de forma rotunda—. ¡No pienso llevarte borracho! ¿Quieres que tu madre nos patee el culo por emborracharte?

—¡Bien! Bueno, veo que han avanzado en algo, te ha contado de su madre. —Zander suspiró mientras intentaba concentrar mi atención en él.

—Sí, lo ha hecho, y no estaba borracho cuando me lo contó —añadió el asesino, y asentí.

—Eso es doblemente bueno —dijo Zander—. Siento que una carga disminuye en mis hombros... —continuó ignorándome, y volví a golpear el vaso como había visto en tantas películas.

—No eres mi jefe —siseé y, por un momento, me quedé pensativo ante el sonido de las palabras. Era como si tuviera la boca pastosa y pesada. Miré a Zander con insistencia, pero él no sabía bien qué hacer. Echó un vistazo a Hero en búsqueda de respuestas, pero ninguno de los dos sabía muy bien cómo actuar—. ¡Quiero más! —Repetí con énfasis, o eso creí—. O me traes o iré por ella. —Me senté lo más erguido que pude, ya que el mundo parecía dar vueltas.

—Nick, tal vez tendrías que tomar otra cosa —sugirió Zander.

—¿Puedes creerlo? ¿Un semidiós borracho? —Dijo Hero, y le sonreí.

—Es un flojo —bufó Z.

—Quiero otra. —Me levanté de improviso y trastabillé. *Gracias a Vatur por los buenos reflejos de Hero*, me sostuvo antes de que diera de cara al piso.

—¡Tráele más! —Gruñó el asesino mientras peleaba por soltarme—. Creo que es inevitable, así que ¿qué más da? Al menos está feliz.

—Edes un gran amigo, Jero —balbuceé y él comenzó a reírse mientras me

sentaba nuevamente. Palmeó mi mano y me miró a los ojos.

—Tú también lo eres..., tranquilo, resolveremos todo.

—¡Aquí tienes, campeón! Tómallo con calma —dijo Zander cuando le pegué el primer trago—. Bueno, brindo por ti y por mi amigo Hero. —Los vi levantar las copas y lo intenté. Ellos chocaron sus copas. Yo dejé de intentarlo a la tercera vez y me largué a reír. Ellos hablaban de ángeles y caídos, cambiantes y vampiros, pero yo no quería pensar en eso en este momento. Cerré los ojos mientras escuchaba su charla.

—La cuestión es... ¿por qué nos atacan ahora? —Preguntó Zander.

—¿Por qué no? —Respondió Hero con seriedad—. Los humanos, luego del último problema, nos han culpado de todo. Ahora que no tienen a su perrito de pelea afuera, imagino que han decidido que tendrían que hacerlo ellos.

—¿Aún no saben nada de Phill? —Indagó Zander.

—No. Sal lo ha buscado día y noche, pero no hay nada. Nicolás dice que ni su madre puede encontrarlo —murmuró Hero.

—Imagino quien puede estar detrás de todo esto.

—Hermes —sentenció Hero.

—¿Esto es elixir de los dioses? —Pregunté abriendo un ojo.

—Algunos pueden decirlo así..., pero no creo que tu madre lo apruebe. Hablando de tu madre... —dijo Z sentándose derecho—. ¿No crees que ella no querría que bebieras?

—Mi madre es castradora..., y mírame ahora..., zi tan zolo Vívika estuviera aquí... —tartamudeé.

—Creo que a ella no le gustaría verte así, te lo juro —susurró Hero, y Zander asintió.

—Bueno, a mí me gustaría verla desnuda —añadí. Zander se echó un largo trago mientras que Hero suspiraba—. Me gustaría tenerla encima de mí y besarla y...

—Sabes, amigo, bebe un poco más, porque la verdad, no quiero tener esa imagen en mi cabeza —se carcajeó Hero al tiempo que me daba otro trago.

—Es bella —dije, y me desplomé nuevamente en el sillón.

—Sí, lo es —respondió Hero—. Pero creo que no queremos imaginarla desnuda.

—¡No quiedo que la imaginen desnuda! —Exclamé logrando que ellos volvieran a reír con más fuerza. Nada de esto podía estar pasando. Mi teléfono sonó y, antes de que alguno de los dos pudiera impedírmelo, atendí—. ¿Qué te pasa Sal? ¿Y ahora qué? ¿Acaso no puedo llegar tarde? —Me quedé en silencio un instante y observé el teléfono—. ¡Zi, Jero está aquí...! ¡Eres una castradora..., como mi madre! —Declaré y Hero contuvo la risa.

—Escucha campeón, ¿por qué no me dejas hablar con ella? —Él tendió la mano para tomar el teléfono, pero lo evité.

—No, porque ella lo único que hace es... castrarte..., eso, y no es bueno ser castrado. —Desvié la atención al teléfono nuevamente—. ¿Qué? ¡Deja de gritarme! ¡No soy un niño! —Al cabo de unos segundos y muchos gritos de su parte, le tendí el teléfono a Hero—. Quiere habla... habla... hablar... contigo. —Él tomó el teléfono haciendo una mueca sin saber qué esperar.

—Sal... —dijo y puso mala cara. Supe que le estaba gritando y me largué a reír—. Te juro que no, él solo ha bebido una copa, no sé qué le pasó... ¿y cómo demonios iba a saber eso?

—No dejes que te domine, Hero, las mujeres son una mierda. Mírame, para qué, para qué vino Vívika, ¿por qué me llevaste a ese maldito concierto, Zander?, para cagarme... —Hero se levantó y se alejó.

—Mira, estamos bien, estamos en lo de Zander, así que hagan lo que deban hacer, y dile a todas que está bien, solo un poco tomado... —lo escuché decir. ¡Genial! Ahora todo el mundo lo sabría—. Él tan solo está un poco...

—¡SOY UN SEMIDIÓS! —Grité tan fuerte que sabía que Salomé me había oído.

—Estaremos ahí cuando podamos, ¿está bien? —Susurró Hero y enmudeció. Zander pudo escuchar las palabras «ataque» y «peligro» que llegaron desde el otro lado de la línea, junto con ruidos de cosas rompiéndose y un par de gritos. Notó que el asesino enmudecía y comenzaba a respirar con dificultad cuando la línea quedó muda. Nicolás reía a carcajadas, pero los ojos de Zander se encontraron con los de Hero en un microsegundo. Ambos comprendieron que algo estaba realmente jodido cuando sus teléfonos sonaron al unísono. Tanto Z como Hero sabían lo que significaba antes de atender, pues conocían mejor que nadie el timbre que identificaba a la sociedad.

—No puede ser —murmuró, al tiempo que el teléfono de Nicolás vibraba en su mano.

—Hero, ¿qué pasa? —Zander farfulló las palabras antes de coger el teléfono y atender. No era quién esperaba del otro lado de la línea. En vez de escuchar el tono mezquino de Ben, oyó la agitada voz de una anciana.

—Soy Dora, ¿me recuerdas Zander? ¿Me recuerdas? Están en peligro, las chicas están en peligro, no los veo a ustedes, ellas, el fuego... —Zander tragó con fuerza—. Dos ángeles, otros más, acechando la casa, Nicolás... ¿Dónde está Nicolás?

—Está bien. Dora, escúchame —murmuró con serenidad—, ¿qué más viste?

—Llévalo con la mujer, la mujer lo protegerá, el hombre... El vampiro puede oler a los ángeles, están cerca. ¡No confíen en nadie, Zander! ¡Escúchame, por Vatur, no confíen en los humanos! Ellos los traicionarán, humanos, Zander, ellos no son como

nosotros. —Los pensamientos de Z fueron directamente hacia Alex, pero ella no era así, no podía ser, no debía ser así—. Se pondrá bien, Nicolás, él se pondrá bien, encuentren al nefilim..., Zander.

—Dora, debo irme, ponte al resguardo —le indicó—. Ve a la Sociedad, les diré que irás.

—¡No puedo! ¡Soy humana! —Lloriqueó y Z sintió un nudo en su garganta al recordar el altar que ella tenía en su casa, la devoción por la diosa.

—No lo eres, eres de las nuestras. Avisaré que vas, ellos te cuidarán, Dora..., o arrancaré una por una las cabezas de esos que te tocaron..., si es que Nicolás no los liquida antes..., ¿Dora?

—Sí.

—¿Me lo prometes? —Preguntó.

—Sí.

—Bien, llámame por cualquier cosa que sepas. —Cortó la comunicación y echó un vistazo rápido a Hero y Nicolás. El rostro del asesino le indicaba que sabía lo que estaba ocurriendo.

—Han incendiado la casa de Nick. Sal y Carim están magulladas; Eva luchó junto a Irizadiel contra un ángel que parecía superarlas en estatura. —Hero tomó las llaves del coche y se dirigió a la puerta. Zander dudó. Nicolás estaba desprotegido ahora y no sabía qué tan bien podía confiar en la suerte en estos momentos. Así que lo tomó en brazos como a un niño grande, se lo cargó por encima del hombro y se desvaneció para aparecer junto a la puerta del auto cuando Hero accionaba el arranque.

—Lo llevaré con Alex y Vívika. Puede que ellos no logren encontrarlo ahí. ¿Aún mantienes el campo de poder sobre el lugar?

—Sí —masculló Hero con el poco humor que le quedaba.

—Te veré en la casa. Ten cuidado y cualquier cosa que ocurra me llamas. —Él apretó los dientes y, antes de que pudiera arrancar, Zander tomó la muñeca del asesino y presionó su pulgar y su índice. Hero siseó, sabía la sensación que producía su toque—. Cualquier cosa que hagas, recuerda que no estás solo, tan solo presiona ahí —dijo, señalando la marca en su muñeca—. Y no importa qué esté haciendo o dónde esté, vendré en un abrir y cerrar de ojos. Dora dijo que no confíes en nadie, no lo hagas..., vete. —Z se desvaneció y Hero hizo chirriar los neumáticos.

Zander centelleó en la puerta del apartamento donde Hero había dejado a Alex y Vívika. Lamentablemente para él, los cálculos habían salido mal y se hallaba dentro y no fuera del departamento como deseaba. Maldijo al momento en que oyó el sonido del televisor. Él necesitaba conocer el lugar para aparecer allí sin problemas. Sabía del departamento, pero no conocía sus dimensiones a la perfección, lo que hizo que, básicamente, apareciera en cualquier sitio. Gracias a Vatur no había aparecido dentro de un muro o una tubería de desechos, porque eso podía ser jodidamente incómodo. Los ojos de ambas mujeres se clavaron en él como dagas, pero apreció que no gritaran ni le aventaran con nada.

—¿Qué carajos...? —Dijeron a dúo.

—¡Chicas! Necesito que hagan algo por mí —colocó a Nicolás sobre el sofá cercano.

—Pero has aparecido de la nada —exclamó Alex, que se levantó y lo tocó, comprobando que fuera cierto que estaba allí. La cara de asombro le robó una sonrisa. Vívika permanecía sentada en el taburete con las manos aferradas a la mesada y con los ojos muy abiertos. Ella conocía el mundo de los oscuros, pero nunca antes había visto algo así.

—¿Cómo? —Preguntó Vívika. Las palabras se le atragantaron cuando vio cómo recostaba a Nicolás en el sofá, que parecía demasiado pequeño para él, pues tenía la cabeza apoyada en el apoyabrazos y su cuerpo inerte despatarrado cayendo por todos lados. Tragó y se aclaró la garganta—. ¿Qué le pasó? —Nicolás se levantó concentrándose en que sus piernas no fallaran e intentó caminar hacia ellos.

—Está un poco ebrio y, la verdad, chicas, les agradecería si logran mantenerlo aquí unas horas...

—¿Qué ocurrió? —Ella sabía que no dejarían a Nicolás allí si no estuviera ocurriendo algo lo bastante grave como para dejarlo con una humana y una loba. *Mierda. Mierda. Mierda.* Justo cuando creía que su vida no podía estar peor, aquí estaba la fuente de todas sus confusiones, tirado en el sillón en el que ella se había acurrucado unos minutos antes.

—Hubo un ataque. —Zander intentó moverse, pero Alex permanecía toqueteándolo, como si no terminara de creer que estuviera allí.

—¿Por mi culpa? Esto... ¿ha sido por mi culpa? —Se atragantó con las palabras.

—No, ¡ni una mierda que no! —Señaló a Nicolás que se movía—. Él, bueno, tan solo se ha emborrachado y, bueno..., lo del ataque nos tomó por sorpresa. ¡Debo irme!

—¿Por qué? ¿Cómo? —Preguntó Alex, y Vívika notó el fastidio en los ojos del centinela. Aunque sabía que la adoraba, meterla en estas cosas estaba más allá de las reglas. Mezclar a los humanos con los oscuros era un dolor en el culo, pues nunca terminarían de entender del todo qué poderes tenían y cómo eran.

—Volveré... —dijo Zander de forma tajante.

—Vamos, Alex. —Vívika tocó el hombro de su amiga para apartarla y recibió una mirada de aprobación de él.

—Volveré pronto. —Ambas asintieron y, de un momento a otro, volvían a ser ellas dos y el rubio con pinta de surfista en el sillón.

—Iré por agua o algo... —Vívika no se movió mientras Alex corría a la cocina—. ¿Crees que el café le hará mal?

—Tal vez solo necesita dormir —dijo, y pensó en dejarlo allí un momento, descansando, pero cuando quiso alejarse la enorme mano de Nicolás se cerró sobre su muñeca. Vívika soltó un gritito ahogado y se odió al instante. *Cobarde, cobarde*, se reprendió.

—¿Dónde estoy? —Preguntó Nicolás, confundido.

—Estás en el departamento al que nos *trajeron*, ¿quieres que traiga algo de comer o, a lo mejor, algo para...?

—Tan solo quédate conmigo —le susurró sin abrir los ojos. Lucía mal, condenadamente mal. La primera vez que lo había visto parecía desconcertado, pero allí, estaba totalmente fuera de sitio y con una borrachera para cinco. Luego tendría que preguntar qué había bebido.

—Bien. —Vívika buscó un sitio cercano donde sentarse y pensó en una silla, pero él no la soltó, así que hizo sitio en el sillón. Nicolás se movió de lado sin soltarla. Suspirando, se sentó allí. Tomó una bocanada de aire y se odió en el momento en que el perfume de él la golpeó de lleno—. Tal vez solo necesitas descansar —le dijo y, sin saber por qué, su mano llegó hasta su cabello y comenzó a acariciarlo, metiendo sus dedos entre su sedoso pelo. Él suspiró y ella se tensó por completo.

—No. Estoy bien. Estaré bien en unas horas —balbuceó. *¿Horas? ¿Había dicho horas? Mierda. ¿Qué carajo era un centinela?* Había visto hombres con resaca, tenía hermanos y nunca se recuperaban en unas horas.

—¿Por qué no duermes un poco? —Sugirió.

—Eso es lo que más desearía en el mundo. —Nicolás movió la cabeza, logrando que la palma de la mano de Vívika quedara sobre sus labios. Le dio un beso tierno y volvió a moverse como estaba. El corazón de ella se desbocó y sintió el temblor llegar a sus manos. Era hermoso, aunque no entendía qué hacía allí. Se sentía bien saber que ellos confiaban en ella, nadie dejaría a un centinela desvalido y fuera de la Sociedad de Asesinos, aunque tal vez él tuviera más poder del que ella creía.

—Perdona —murmuró y alejó la mano de su pelo—. Es costumbre, solía

acariciar el cabello de mis hermanos cuando estaban enfermos. —Eso era otra cosa que había aprendido con el cambio, aparentemente tenía un don. Algunos lo llamaban el don de la omega. Ella había tenido poco tiempo para asimilar eso y estaba claro que no tuvo el mismo efecto con su ex, pero parecía que Nicolás reaccionaba a su don. Su padre le había contado que en una manada, el omega ocupaba un cargo muy importante, y si el alfa hostigaba a uno de menor rango o era injusto, era allí donde su rol entraba en juego. Estaba claro que ella nunca se había imaginado enfrentando a un alfa, pero de una cosa estaba segura: odiaba las injusticias, pero, por sobre todo, odiaba que lastimaran a los más débiles. Por eso había estudiado enfermería, para ayudar a los otros a sanar.

—Se siente bien. No te disculpes por eso..., yo tendría que estar disculpándome contigo.

—¿Por qué? —Preguntó sin entender.

—Por meterte en esto, nunca debí meterme en tu vida y la he fregado —sentenció.

—Me has salvado del idiota de Gus —susurró retomando el ritmo de sus caricias—. No creo que nadie piense que me has jodido la vida. —Él sonrió de lado y asintió sin abrir los ojos.

—¿Por qué nunca lo denunciaste? —Vívika contuvo el aliento al escucharlo y no se atrevió a mirarlo cuando sus ojos amenazaron con largar las lágrimas saladas que se habían formado en ellos—. He visto tus moretones, pero no hay nada de quejas ni denuncias... ¿Por qué? —*Por idiota, pensó. Por no tener el valor.*

—Porque lo amaba —murmuró tan suave como si no quisiera admitirlo. Nicolás abrió los ojos taladrándola con la mirada.

—¿Aún lo amas? —Indagó el centinela, y ella se sintió más estúpida.

—No —apartó la mirada—. Ya no. —Nicolás suspiró justo cuando Alex volvía de la cocina trayendo dos tazas.

—No sabía qué necesitaría, así que..., bueno, traje café y agua —dijo levantando y mostrándoselas de a una.

—Nicolás ¿puedes sentarte?

—Sí. Te lo agradezco, Alex, no era necesario. —Se enderezó de modo de seguir teniendo sujeta la mano de Vívika y poder tomar la taza con la otra. A su amiga no se le pasó por alto la mano de Nicolás alrededor de la muñeca de Vívika—. ¿Dónde está Zander? —Preguntó Nicolás y ellas compartieron una fugaz mirada.

—Creo que..., mejor, por qué no... —Recordaba lo que el otro centinela había dicho: *Mantenlo aquí*. Eso había dicho, pero *cómo mierda pensaba que lo lograría* era un tema diferente. Sabía que el lugar estaba sitiado por algo mágico que les impedía salir, pero no sabía si eso lograría mantenerlo allí a él también.

—¿Qué? —Nicolás gruñó, haciendo que ambas temblaran.

—¡Déjalo! Por qué mejor no vas y te... —Nicolás la jaló hacia él de un modo que quedaron nariz con nariz. Los ojos de Vívika centellaron un momento, demostrándole que la loba no amaba ser jalada ni sujeta, y que si le permitía aquello era porque tan solo..., bueno, ni ella misma sabía por qué se lo permitía.

—Hubo un problema, te emborrachaste —señaló.

—Nunca me emborracho...

—Bien, bueno, esta vez sí, campeón —añadió burlándose de él—. Y resulta que a Zander se le presentó una urgencia y tuvo que marcharse.

—¿Qué urgencia? —Preguntó como si el centinela le hubiera contado todo.

—Tan solo habló de un ataque... —dijo.

—¿¡Qué!?! —Medio alarmado y medio confundido, Nicolás intentó ponerse de pie, pero lo único que logró fue un mareo que lo hizo replantearse la idea—. ¿Dónde está mi teléfono? —Protestó sin soltarla. ¿Quién se creía? ¡Bien!, hasta ahí llegaba su paciencia. La mano de él parecía anclada a la suya y no estaba sujetándola de una forma cariñosa. El instinto la hizo tironear de él para soltarse, pero no pudo. Así que dejó que el animal en ella le mostrara tan solo un poco del cabreo que tenía ahora. Solo un poco. En sus ojos, pequeñas motas amarillas tiñeron sus iris, el amarillo de sus ojos lobunos; podía percibir cómo sus pupilas se achicaban al percibir los colores de las cosas de un modo muy distinto al de la humana, pero eso no fue todo, también lo demostró a través de su cuerpo, que tembló. Y no de miedo. *Al menos esta vez.* Aquel tono autoritario la estaba fastidiando.

—¿Y cómo cuernos voy a saberlo? —Le gritó, dejándolo atónito—. ¡Estábamos solas!, cenando y, ¡zaz!, de un momento a otro aparece Zander aquí, de la nada, contigo en brazos. ¿Cómo carajos piensas que voy a saber? ¿Por qué no empiezas por explicarme cómo cuernos llegaron aquí?

—Mejor me iré a ver... la TV. —Oyó la suave voz de Alex, y la vio desaparecer. *Gallina.* Nicolás soltó su agarre, y ella se cruzó de brazos y lo encaró.

—No me importa quién eres, tan solo te diré que no permitiré que ningún hombre vuelva a gritarme sin retrucarle —le gruñó.

—¿No crees que deberías haberlo intentado antes? —Replicó Nicolás con un tono odioso, y se tomó la cabeza.

—¿Me estás llamando cobarde?

—Para que conste, yo no lo dije, esa has sido tú —señaló burlonamente.

—¿Y quién es el cobarde ahora? —Vívika no había notado cuán cerca estaba de él. Los pechos estaban casi apretados contra su musculoso cuerpo, tan solo los separaban unos centímetros—. Ahora, por qué no hacemos esto más placentero para ambos y comienzas por quedarte quietecito.

—¿Tanto te molesto? —Indagó mientras ella lo observaba luchar contra el mareo. Inspirando, añadió—. Bien, me iré.

—No puedes...

—¿Por qué no? ¿Quién lo impedirá? ¿Tú? —Susurró Nicolás y la observó de forma arrogante. ¡Ahí estaba otra vez esa mueca de soberbia de los niños a los cuales nunca les dicen que no!

—Eres arrogante. —Vívika se alejó tan solo para que él pudiera caminar—. ¡Ve, inténtalo! Pero para que lo sepas, ya he intentado marcharme de aquí y no pude, pero puedes probar. ¡Ah!, y, por cierto, buena suerte con eso de mantenerte en pie solo. — Nicolás estrechó los ojos y le gruñó mientras ella se alejaba otro paso.

—¿Por qué mierda querías marcharte? —Preguntó molesto.

—Eso no te importa —dijo orgullosa.

—Sí..., importa. —Nicolás tomó su muñeca y la jaló para tenerla cerca nuevamente—. ¿Por qué?

—¿Por qué no? —Replicó haciéndole frente.

—Porque te dije que...

—Sí, sí, me dijiste, te dije, y bueno. ¿Qué va? Quería salir, ya sabes. A los lobos no nos va bien en eso de que nos tengan enjaulados y, por lo visto, a ti tampoco. Así que ¿por qué no me dices qué puedo hacer por su majestad para que esté mejor? ¿Algo que pueda hacer para entretenerte?

—¡Sí! ¿Por qué no te desnudas? Eso me entretendría. —Vívika palideció cuando las palabras salieron de la boca de Nicolás, aunque por su expresión, él también parecía impresionado.

—¿Perdona? —Exigió molesta. Más que molesta—. ¿Qué?

—Nada, olvídalo. —Nicolás se cruzó de brazos e hizo una mueca.

—¿Cómo que nada? ¿Qué has dicho? —Volvió a exigir.

—No he dicho nada... —retrucó, y a Vívika le recordó a sus hermanos—. Olvídalo.

—¡Pervertido!, vas a comerte cada una de las palabras ¿Y tú me dices gallina? ¡Jódete! No sé quién te crees, pero buscaré la forma de sacarte de aquí, ¿oíste?

—Tú me preguntaste —respondió, quitándole importancia, y eso la hizo enojar aún más.

—Sí, pero pensaba que alguien como tú podría haber pedido otra cosa. — Enfrascada en su bronca y gritándole a Nicolás, Vívika no oyó el grito de Alex.

—¡Oigan! —Ambos cerraron la boca al mismo tiempo y miraron a la mujer bajita—. Zander llamó y dijo que todo está bien. Vendrá por ti en unos momentos, aunque me comentó que no te gustará ver el estado de tu casa.

—¡Genial! ¿Ves? ¡Todos felices! Ya todos podemos irnos en paz y tú puedes olvidarte de mí..., y tu cabreo, y recuperar el resto de tu puta compostura en otro lado...

—No quise... —balbuceó, y ella no esperó que le contestara. Soltó las palabras y

se dirigió al baño cerrando la puerta tras ella. Esperó que Nicolás gritara algo, pero no lo hizo y lo agradeció.

Debía saber *qué cuernos haría con su vida*. Volver a su casa era imposible; tal vez instalarse en un hotel unos días le vendría bien. Ya no quería estar en este departamento. Odiaba saber que Nicolás se molestaba con ella y, por sobre todo, odiaba depender de él. *¿Qué mierda me pasa?*, se preguntó y se sentó bajando la tapa del inodoro. Algo definitivamente iba mal en ella, pues siempre terminaba junto a tipos latosos, maleducados y gruñones, por no decir demandantes. Esta vez no sería igual. No lo sería.

Alex vio a Nicolás reaccionando de a poco, lo escuchó resoplar y ponerse de pie. Parecía que el alcohol había dejado de surtirle efecto, y estaba bien para ella, ya que tenía varias cosas que decirle. Ahora podía moverse con normalidad.

Se sintió mal por él, no daba la impresión de que fuera alguien que hiciera ese tipo de cosas. Él apretó los puños contra su cara, y ella esperó a que se recompusiera para decirle lo que pensaba. Lo observó desde el otro lado de la sala, sin hacer ni un ruido. Él juntó las palmas de sus manos y se las llevó al pecho como si rezara. Alex suspiró y caminó hacia él envalentonada.

—¿Qué le dijiste? —Le exigió. Nicolás abrió los ojos y echó un vistazo. La encontró parada allí, disgustada y con los brazos en posición de jarra.

—¿Yo? —Masculló molesto.

—¡Sí, tú! No me importa quién seas, o qué seas, pero no puedes dejarla llorando de ese modo —exigió mientras apretaba los dientes, y levantaba las cejas, imprimiéndole a sus palabras todo el enojo.

—Ella no está... —musitó él, y lo pensó un momento. Se cruzó de brazos—. Yo no tengo que...

—¡Mira, tú...! —Rugió ella, con el dedo índice presionando el pecho de Nicolás—. ¡Ve y arréglalo! ¿Oíste? Ella ya tiene un idiota de qué preocuparse, no necesita otro.

—¿Me llamaste idiota? —Le preguntó y ella soltó una carcajada.

—¡Ve-te! —Indicó, señalando en dirección al pasillo. Nicolás frunció el ceño malhumorado.

—Humana... tú no... —bramó, pero ella no pensaba dejarlo hablar.

—¡Cierra la boca cabrón, y ve, y arréglalo...! ¡A-H-O-R-A! —Nicolás maldijo y ella se limitó a caminar hasta estar ante la televisión. La encendió y se sentó. Él apretó los puños y se dirigió hacia el baño. Alex se levantó, silenciosa y se colocó cerca del pasillo para escuchar.

—¿Vívika? —Susurró él.

—¡Vete!... —le gritó su amiga en respuesta.

—No me iré.

—¡Lo sé! —Respondió Vívika y abrió de improviso la puerta. Quedaron parados

frente a frente. Ella sabía que tenía los ojos hinchados y sorbía su nariz—. Esta es tu..., por lo tanto tus reglas, ¿no?, ¡bueno, eso se acabó! —Lo empujó a un lado, haciéndolo retroceder y entró en su habitación para juntar sus cosas.

—¡Maldición!, puedes escucharme...

—No, ¿para qué...? —Comenzó a recoger las cosas—. ¿Por qué debería? —Se burló.

—Escúchame Vívika... —Cuando ella siguió guardado las cosas como una posesa, Nicolás se acercó exasperado—. ¿Podrías parar? —La tomó de la muñeca y la giró para que lo mirara.

—¿O qué? ¿Vas a pegarme? —Eso lo paralizó por completo y la soltó—. ¿Qué vas a hacer, centinela? ¿Hacer que me recluyan o algo así?

—Yo nunca quise... —musitó, y ella se sintió bien haciéndole frente—. Nunca lastimé a ninguna mujer.

—¿De verdad? —Él apretó los dientes con fuerza y ella sabía que quería gritarle, pero se contuvo. La loba de ella estaba molesta. El hecho de que no se hubiera transformado allí mismo debería indicarle a él cuánto dolor y odio podía controlar, o lo que era peor, al que estaba acostumbrada—. ¡Vamos! Golpéame, es lo que quieres ¿no? Vamos hazlo grandulón, golpéame... —Ella se acercó a unos centímetros de él, mirándolo a los ojos. Vívika lo observó mientras él buscaba recomponer la poca cordura que le quedaba, escondiendo los ojos de ella. Se pasó la mano por el cabello, como si pudiera empujar todos los pensamientos que Vívika hacía nacer en él. Se enderezó y salió del cuarto.

Zander supo que algo andaba mal en cuanto llegó. Sintió la presencia de Nicolás, más bien su energía manando a raudales, y eso era algo peligroso. Sabía que su amigo estaba perdiendo el control. Había pasado antes por algo así, y sabía que el resultado no era bueno. Nicolás escondía su dolor en lo más profundo de su alma para no distraerse con nimiedades, y lo confirmó en cuanto lo vio salir. Le dio una mirada rápida de disgusto y siguió.

—Nicoo... —dijo, pero él no se detuvo y salió sin mirar atrás. Z lo siguió de cerca, y recién se detuvo cuando llegaron a la vereda y tomó una bocanada de aire.

—¡Oye, amigo! —Exclamó mientras sentía la energía de Nicolás como si fuera una bomba nuclear—. ¿Qué pasó?

—¿Dónde está el coche? —Preguntó, y Zander supo que el Nicolás, con el que había bebido anoche, se había ido.

—¡Maldición, Nicolás!... —rezongó.

—¡Escúchame! —Gruñó su amigo—. No es el momento, ¿está bien? Tan solo dime dónde está el coche.

—En la esquina, las chicas están bien, Hero las ayudó... —Zander maldijo cuando Nicolás se alejó sin mirar atrás. Se giró antes de perderse de su vista.

—Estás a cargo de ellas... —le gritó y se metió en el coche. Z sabía que se refería a Alex y Vívika. Pensó que simplemente podía aparecer adentro del coche y acompañarlo, pero no se molestó en hacerlo. Sabía muy bien cuando su amigo se cerraba en sí mismo, y eso era exactamente lo que estaba haciendo, aunque bien no sabía por qué. Subió lentamente las escaleras y halló la puerta abierta.

—¿Alex?

—¿Qué mierda le pasa a tu amigo? —Exigió ella.

—No sabes lo que es... —dijo Zander. ¿Cómo mierda podía explicárselo?—. No lo entenderás... Es muy largo.

—¡Vamos! ¿Qué? ¿Acaso no puede ser solo decente? —Z puso los ojos en blanco. Por qué siempre pasaba lo mismo. Todo el mundo recurría a él para saber de Nicolás.

—No sabes por lo que está pasando ahora —le espetó en su defensa, sin poder decir realmente lo que le ocurría a su amigo—. Él no quiso...

—¿Lo estás defendiendo? —No necesitó responder, ella lo hizo por sí sola—. ¡Claro que lo defiendes! ¿Cómo no ibas a hacerlo?

—¡Maldición Alex...!, nunca había visto a Nicolás atraído hacia alguien por más de unas horas. No lo he visto salir con nadie ni preocuparse tanto por alguien que no sean sus protegidas ¡Por la diosa santa! Se estaba abriendo y, simplemente, ahora... —Fastidioso, se rascó la cabeza y apretó las manos—. ¡Olvídalo! —No se detuvo ni a pensar, simplemente se desmaterializó lejos de allí. Justo a la entrada de la mansión de Nicolás, un grupo de emergencia había sido enviado y se movían como hormigas laboriosas, limpiando y quitando cosas.

—¿Dónde está Nicolás? —La voz de Hero llegó del otro lado. Lucía un poco sucio, con hollín. Debía de haberse metido en la casa a buscar a las chicas, estaba despeinado y fatigado.

—Viene en camino —respondió de forma seca.

—¿Qué pasó? —Preguntó Hero, sacudiéndose la ropa.

—Tuvo una discusión de borracho con Vívika, y no sé lo que ocurrió, pero él está, bueno, como antes... —dijo sin saber cómo explicárselo—. No sé qué pasó, tan solo lo dejé unas horas, ¡solo unas horas Hero!

—¡Maldición! Eso es malo.

—Sí, se volvió el Nicolás: Tú-haces-lo-que-yo-digo-sin-chistar. —Ambos pusieron mala cara, sabían qué significaba. Desviaron su atención hacia la casa que todavía humeaba un poco; tras las paredes se oían las muchedumbres preguntándose

qué pasaba dentro de aquellos muros, de los cuales nunca habían querido saber nada. Las llamas habían ennegrecido parte de la hermosa fachada de la casa, que estaba abarrotada de gente. Había vampiros y seres de la Sociedad arreglando y juntando cosas. Zander se preguntó qué pensarían lo humanos si supieran que esto había sido ocasionado por ángeles. Lo más seguro es que les agradecieran a los alados y les prendieran velas. ¿Es que acaso estaban ciegos? Perdidos en sus pensamientos, no vieron a Sal llegar hasta ellos, seguida por Carim y Eva.

—¿Dónde está Nicolás? —Reclamó ella, y Zander miró a Hero, fastidiado. Esa misma pregunta otra vez.

—Tendría que hacerme un cartel en la frente que diga: «no tengo ni la más puta idea de dónde está Nicolás». —Ella se detuvo un momento y frunció la boca. Hero sacudió la cabeza al verla poner mala cara.

—Oye, ¿y a ti qué te ocurrió? —Eva se paró junto a Sal y Carim no tardó en llegar. Las tres los observaban sin comprender nada.

—Sí, ¿qué te pasó a ti? Además de tú sabes qué... —preguntó Hero. Z se pasó la mano por el pelo y pateó el suelo—. ¿Peleaste con Alex? —Adivinó y él bufó.

—Ella está paranoica... —gruñó en respuesta.

—Bien, esperen. ¿Quién es Alex? —Preguntó Carim, frunciendo el ceño.

—La amiga de Vívika —respondieron a dúo.

—¿Y ella es...? —Eva hizo una mueca de fastidio.

—Ella es... —empezó a decir.

—Nadie..., está bien, N-A-D-I-E. —Ninguno escuchó llegar a Nicolás. Su voz sonaba sombría y aterradora. Todos quedaron pasmados. Caminó hacia ellos como si fuera una tromba, a una velocidad no humana, como si el maldito infierno viniera tras él. Se veía desencajado, su rostro endurecido, su postura recta, y sus ojos de un azul tan profundo que casi podían creerse negros.

—¿Qué pasó aquí Salomé? —Exigió.

—¿Eh? Nunca me llamas por el nombre commm... —Sal guardó silencio al instante que Nicolás le dio una mirada odiosa. Esta vez, ni Carim ni Eva hablaron. Ella se enderezó de modo automático, algo muy propio de los asesinos—. Fueron cuatro ángeles, dos vinieron primero..., atacaron la casa por arriba, abrieron un hueco en el techo, y entraron. Había fuego azul por todos lados, nadie lo previno, y luego llegaron otros dos que incendiaron el ala norte. Era como si buscaran algo, aunque no pudimos saber qué, creo que el fuego no llegó al ala este.

—¿Quién está herido?

—Nadie, bien, solo un poco, Eva y, bueno, tu hermana y yo...

—¿Cómo los echaron? —Preguntó, observándola a las tres.

—Creo que fue tu hermana, ella dijo algo que no entendimos, pero ellos se alejaron como si les hubieran retirado la orden de ataque. Creemos que no se llevaron

nada, aunque no estamos seguros. No conocemos la casa tan bien, por lo que esperábamos que llegaras y se disipara el humo.

—¿Las han curado? —Les preguntó con su tono duro.

—Sí, Irizadiel, ella nos curó también —respondió Carim.

—¿Dónde está Irizadiel?

—Dijo que debía hablar con la diosa... o algo así, no lo sé. ¿Te encuentras bien?

—Sal intentó buscar al Nicolás que conocía, pronunciando sus últimas palabras muy suavemente.

—¡Perfecto! —Mintió, aunque todos sabían que no era cierto—. Vamos adentro, hablaré con Ben. Creo que esta noche ya pueden mudarse a su antiguo departamento; enviaré seguridad. Estarán bien —y se giró.

—Nicolás, ¡espera! —Carim lucía inquieta. Tanto Zander como Hero sabían que ellas compartían el sentimiento.

—¿Nicolás? Espera un momento —pidió Eva.

—¿Acaso no saben cumplir una orden? —Rugió de forma desmedida, girándose siniestramente hacia ellas. Carim abrió los ojos y su boca dibujó una «O». Hero quiso consolarla, pero Sal y Eva ya estaban a su lado. Se dieron una mirada rápida con Zander y ambos compartieron el malestar.

—Hablé con Dora —dijo Zander, intentando que la mirada asesina de Nicolás se apartara de las chicas. Cuando sus ojos fueron hacia él, apretó los dientes. Había una cosa que lo irritaba sobremanera, y era Nicolás en su posición: «soy el jefe, así que te callas»—. Está en la Sociedad.

—Los quiero a ambos en mi habitación..., necesitamos hablar. —Nicolás se giró nuevamente y comenzó a caminar. Hero dio un paso, cuando Zander lo detuvo.

—Para que conste, no eres mi jefe —gruñó. Nicolás dio media vuelta para observarlo. Z había metido las manos en los bolsillos y lo miraba de mala gana. Hero estaba más atónito que enojado—. Si quieres que vayamos... —dijo señalándose a él y a Hero— debes pedirlo bien, una cosa es que les grites a ellas, y muy distinta es...

—Los «necesito» a ambos en mi habitación —levantó una ceja en un gesto burlón—. ¿Mejor?

—Algo mejor, algo mejor —concedió Zander. Nicolás se metió en la casa mientras Zander arrastraba los pies hacia adentro. Sabía lo que vendría. Vívika sería un nombre prohibido y bla, bla, bla.

—Volveré pronto —dijo Hero y le dio un beso rápido a su compañera, pero transmitiéndole todo el cariño y comprensión.

Vatur se paseaba inquieta por las tierras bajas de su reino, donde abundaban las plantas, en especial los lirios azules y blancos. Una alfombra verde cubría el suelo como un manto que se extendía por todo el reino, y frondosos árboles con troncos oscuros dejaban caer sus hermosas ramas, repletas de vivaces hojas color caramelo, que danzaban con la brisa. Entre la primera y la tercera estrella de la constelación de Orión, casi nunca amanecía por completo. El lugar siempre estaba bañado por una extraña luz clara, la que anuncia la noche, la que se cuela entre la penumbra y la mañana.

La diosa llevaba un amplio vestido color turquesa, sin mangas, que se ceñía a su figura solo en la parte superior, con una falda amplia, que jugaba con la brisa, y del mismo tono con que se teñía el cielo al llegar la noche. Tenía el cabello suelto y una pequeña flor que colgaba de su mano. Amaba aquellas estrellas: eran su creación y, a su vez, una historia tan triste como la creación de su raza. Oscura, maldecida... y, por sobre todo, desdichada. Había habitado en ella, casi desde su creación. Era la vista más bella desde la Tierra y sus estrellas podían distinguirse claramente. Ella lo imaginaba como un gran faro para sus hijos. Era visible a lo largo de toda la noche durante el invierno en el hemisferio norte, y el verano en hemisferio sur. La galaxia estaba compuesta por tres estrellas y Vatur vivía justo en la estrella del medio, como el centro del cuerpo, el centro para que sus hijos no perdieran el norte. Un punto de luz al cual ellos siempre podrían mirar.

Ella era justa y firme y debía serlo si no quería que el mundo cayera en una época *sombría* otra vez. Los años más peligrosos para los oscuros habían sido antes del año 2100. Vatur debió forjar a mano dura la paz en la que ahora vivían. Había tenido que ser severa por el bien de todos. Y en esos años creó el mito de su maldad, aunque nunca había lastimado a uno de los suyos porque sí. El caos reinaba en la Tierra: humanos y oscuros peleaban sin tregua; los dioses estaban aterrados; las Moiras no podían predecir lo que sucedería, logrando que los seres de la oscuridad con los seres de la luz se enfrentaran sin tregua, hasta que ella logró el armisticio. Esto les había dado sosiego a todos por un tiempo, pero pronto vinieron los ángeles. Bajaron y arrasaron con la humanidad y, ahora, siglos después, ella no había previsto que volverían. En su primera venida habían destruido el mundo y tanto humanos como oscuros sufrieron por igual. Unos siglos más tarde volvían a la carga y nadie sabía por qué. Había consultado a los oráculos, pero ellos parecían tan confundidos como ella.

La diosa caminaba recordando el comienzo... y, tomándose la cabeza, suspiró.

Vatur había odiado el nombre que los humanos le habían puesto a sus hijos, *los malditos*. Le dolía el alma cuando los llamaban así. Cada uno de ellos era la creación más pura de su alma y, aun así, lo había soportado estoicamente, sin tomar represalias. Muchos dioses habían lastimado a su propia gente, incluso habían permitido grandes matanzas en su nombre, pero Vatur nunca habría aceptado algo así. Nadie mataría a otro igual en su nombre, nunca por las causas que los humanos promulgaban. Había dictado reglas, sí, pero jamás había actuado sin pensar. Una de las únicas reglas importantes era que nunca debían mezclarse. Eso pondría en riesgo a los humanos, pero, sobre todo, pondría en riesgo a sus nacidos. Era la única ley que firmemente se había mantenido por siglos y cualquiera que no la cumpliera era culpable de perversión. No podía permitir que los humanos los acusaran por algo más y se levantaran en su contra, otra vez. Por eso, cualquiera que incumpliera esa regla en especial moriría, sin vuelta atrás. No podía permitirlo.

Vatur debía mantener ese balance y por eso creó la Sociedad. Había discutido con Ben decenas de veces por el nombre que le darían, pero al final él tenía razón: era mejor que le temieran. Si los amedrentaban, nunca se acercarían. Los humanos solían inmiscuirse en todo aquello que les causaba curiosidad, pero no se metían con aquello a lo que temían. Y así fue cómo la Sociedad tomó ese nombre.

Aunque ella no podía controlar a todos los oscuros que había en la tierra, tenía a seres como sus hijos, Irizadiel y Nicolás y otros, que le eran fieles para velar por ella. Incluso había humanos a los que protegía. La diosa no era injusta y cuidaba de todos aquellos que así lo querían. Muchos humanos se unieron a su causa luego de ser acusados de brujería, perversión o posesión. La diosa había encontrado muchos aliados en la época de *la caza de brujas*, en la que alquimistas y hechiceros eran comúnmente acusados y ejecutados por la Iglesia. Vatur los había cubierto bajo sus alas, como si fueran sus hijos, protegiéndolos de la Inquisición. Los había cuidado y defendido como suyos y generaciones de humanos la veneraban. Se decía que ella podía detectar el cambio mínimo en un oscuro, incluso algo tan pequeño e insignificante como la alteración en el color de un aura. Eso hacía que ella los condenara, aunque realmente no pudiera percibirlo. Para eso estaban sus hijos y sus aliados más cercanos.

Vatur no podía controlarlos a todos. Tanto Nicolás como Ben, y muchos más, eran los encargados de detectar a los perversos, aquellos que ponían en riesgo la vida de todos, aun sin saberlo. Se restregó los ojos y suspiró cansadamente.

Ella sabía que Nicolás sufría por eso. Muchas veces había recurrido a ella preguntándole por el futuro. ¿Qué pensaría si Sal supiera que era él quien levantaba o bajaba el pulgar? ¿Qué pensarían? Ahora eso era más evidente. Nicolás había creado lazos, pero aun así no había contado todo y Vatur se encontraba inquieta. La Tierra se veía ínfima ante sus ojos estrellados. Alguien carraspeó a su espalda y la bella diosa

se giró para encontrar allí a su eterno amante. Ben siempre sería su amante. Hacer de él algo más implicaría ponerlo en riesgo, pero le había otorgado inmortalidad. Aunque esta no funcionara con seres de alto rango, Ben no moriría como un simple oscuro. Sonrió y caminó hacia él sintiendo el reconfortante cariño que le brindaba. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, Ben torció la boca haciendo una mueca de preocupación.

—¿Qué es lo que apena a mi bella diosa? —Susurró él junto a su oreja cuando ella lo abrazó.

—Creo que lo sabes mejor que yo.

—¿Hermes ha hablado contigo?

—Más que eso... —se alejó un poco para estudiar su rostro y sonrió con tristeza—. Me informó que Phillipe no está bajo su «custodia», que está en un lugar «guardado» y que la única forma de que el nefilim vuelva será si se entrega a Nicolás.

—Y eso no sucederá, nunca —dijo Ben, apretando los dientes. Nicolás no tenía relación de sangre con él, y, por más que al semidiós le molestara, Ben lo trataba como a un hijo. Había conocido a Vatur hace mucho tiempo atrás y su amor por su obra lo había llevado a estar cerca de ella, hasta el punto de que terminó enredado amorosamente con la diosa. Ni siquiera había pensado en aquello, pero aquí estaba, y no importaba qué ocurriera, él estaría al lado de la dama de los oscuros. Había pasado mucho tiempo. Otros le habían advertido a la diosa sobre el peligro que él representaba, pero, como siempre, Ben había roto los patrones y había defendido a la diosa contra Hermes una vez. Como era de imaginar, el mensajero de los dioses lo mató, dejándolo desangrarse en los brazos de ella. Vatur lo miró y comenzó a disculparse cuando le dijo: «moriría por ti cien veces». Y fue en ese momento que ella entendió que no había nada que ella no haría por él. Lo trajo de las sombras hasta la vida nuevamente, y él nunca se alejó de su lado.

—Los ángeles se pusieron en pie de guerra. Dicen que nadie manda en el Cielo ahora, por lo que ellos han tomado el mando.

—No importa lo que digan. Aún luchamos. —Ben acarició el rostro de Vatur como solo un amante sabía. Besó sus suaves labios y se regocijó cuando las manos de ella envolvieron su cuello. Separó su boca para susurrarle al oído—: Encontré dónde está Mikela. —Vatur lo alejó para verle los ojos. Sus ojos nunca mentían. En su mundo, él no llevaba gafas y su cabello estaba despeinado. Lucía unos pantalones livianos y una camiseta en tonos azules, perfectos para el eterno verano de su reino.

—¿Se lo has dicho?

—Primero a ti, mi diosa, primero siempre a ti. —Ella sonrió—. El ataque de los ángeles fue en búsqueda de algo...

—Ven conmigo —extendió su mano para que la tomara. Comenzaron a caminar en silencio hasta el templo de la diosa. Los jardines lo invadían y lo ocultaban. Las

historias decían que cuando el templo fue forjado era brillante como la constelación que habitaba; pero tiempo después de la desaparición de Lemuria, la diosa estaba tan triste que se había opacado. Todo allí se había tornado gris oscuro, casi marchito. Sus hijos, conmovidos por el dolor de su madre, le trajeron restos de lo que había quedado de la tierra sagrada: semillas y flores, que fueron creciendo por todo el lugar. Entraron en un amplio atrio con una fuente en el centro y Vatur se sentó a un lado y comenzó a mojar la punta de sus dedos. Ben se sentó junto a ella, sin decir nada hasta que la diosa volvió a mirarlo.

—Buscan *la chispa de la vida*.

—¿La chispa... —tartamudeó Ben— de la vida? —Vatur bajó su mirada nuevamente hacia el agua que danzaba entre sus largos dedos.

—Hace eones, cuando la Tierra era solo una imagen en la mente de los dioses, cuando solo existía el caos, fue creada la materia, una tan pura que irradiaba luz y vida. Los dioses la dividieron para así poder, cada uno de ellos, crear a sus semejantes. Aquella materia fue dividida tras una lucha por el poder de poseerla. La llamaron la chispa de la vida. De ella se dice que fue creada Gea o Gaïa. Se dice que la creación de Gea surgió de las temibles profundidades del Tártaro, y que Eros surgió de Erebos, que se extendía por debajo de Gaïa. Se dice que en ese momento fue cuando Erebos y Vatur originaron el éter y a Hemera, llamada luz del día. En esos tiempos, el día y la noche eran eternos, por lo que la creación de esta luz mortecina provocó que Gaïa comenzara a engendrar sus propios hijos. Y así surgió el cielo estrellado llamado Urano. Levantó altas montañas desde donde contemplar a su madre Gaïa, le envió también una lluvia fértil para alimentarla y de allí crecieron las plantas, las flores, los ríos, los lagos y los océanos, pero no estaba todo completo, pues había algo que faltaba. Cuando el dios de la creación, el que no tiene nombre, vio a Gaïa tan bella y exuberante decidió crear al hombre y los surematu, seres inmortales. Los hombres tendrían una corta vida y podrían vivir tanto a la luz del sol como a la de la luna, podrían engendrar generaciones que amaran a Gaïa, y permanecerían en la tierra tanto tiempo como las Moiras lo decidieran; mientras que, los surematu vivirían sin riesgo una vida larga y, aunque no podrían engendrar hijos, podrían ser más fuertes y recolectar así las enseñanzas para pasarlas a los humanos de generaciones futuras. Fue en ese momento en que dioses y diosas pelearon, se dividieron entre los que amaban la luz sobre Gaïa y los que amaban el cielo y las estrellas. Se decía que la inmortalidad de los surematu los llevaría a crearse dioses, mientras que los humanos vivirían en peligro constante. Las razas se dividieron y así decidieron que los humanos podrían habitar el día, mientras que los surematu habitarían las tinieblas.

Los pueblos se separaron y los surematu fueron encerrados y les fue negada la luz. Se dijo que Urano y Gaïa habían creado tres cíclopes primitivos: ARGES,

ASTÉROPES y BRONTES, quienes tenían un solo ojo redondo; eran inmortales y representaban, respectivamente, el rayo, el relámpago y el trueno. Ellos servirían para custodiar y dar sentencia. Así fue como Vatur finalmente engendró a los hecatónquiros o centimanos, tres hermanos con cincuenta cabezas y cien brazos cada uno, que se llamaron: COTO, BRIAREO y GIGES. Ellos custodiarían a los oscuros. Vatur fue precavida, pues sabía que vendrían por sus hijos debido a la envidia hacia su raza, por lo que una noche engendró a TÁNATOS, la muerte; a HIPNO, el sueño; y a otras divinidades como las HESPÉRIDES que eran celosas guardianas del atardecer, cuando las tinieblas empiezan a ganar la batalla de la luz diurna. Y a NÉMISES, la justicia divina, perseguidora de los desmesurados y protectora del equilibrio. Cuando los ángeles cayeron en la primera venida, se aventuraron contra todos aquellos que creían que poseían parte de la chispa. Por eso fue escondida por siglos de los ojos de los avaros ángeles rebeldes que buscaban el caos.

Vatur levantó la cabeza y observó a Ben, que tenía la mirada perdida.

—La chispa que me concedieron era tan poderosa como el resto y, cuando los ángeles no lograron doblegar a los otros dioses, vinieron por mí. Buscaron y buscaron, destrozando todo a su paso; por eso, cuando llegó a mí la visión de ellos acechándome nuevamente en la segunda venida, decidí colocarla en un sitio donde nunca la verían, donde nunca la buscarían. —Ben la observó y ella sonrió—. Allí, frente a sus ojos, ellos vigilaban a los humanos día a día durante la eternidad, sin saber que ahí radicaba la fuerza, el poder y la dicha. La chispa aún vive, late, inerte, esperando, siempre esperando...

—Nicolás ¿lo sabe? —Ella negó con la cabeza y tomó la mano de su amado.

—No, pero creo que eso es lo que buscaban...

—Entonces están más cerca de lo que pensábamos.

—Mucho más cerca.

—¿Qué pasaría? ¿Dónde?

—Forjé la casa con roca y magia, escondí la chispa de vida bajo la casa. Y allí ha habitado, inerte, a la espera de nuevos dueños.

—¿Qué riesgos corremos?

—Permitiría crear cualquier tipo de ser y otorgarle vida o inmortalidad. Quien la posea podrá crear una nueva raza.

—¿Qué ocurre? —Me preguntó Zander ni bien entraron al despacho. Noté la inquietud en su postura y sabía que me veía tan desencajado como me sentía. Apoyé los nudillos sobre el escritorio y los observé a ambos. Desde afuera, se filtraba el murmullo de los que apaciguaban aún las llamas, pero dentro de la habitación el silencio parecía devorarnos a los tres.

—Quiero que se encarguen de ella —dije sombrío, ocultando la mirada. Hero estaba inquieto, podía sentirlo, y sabía que se debía a mí. Estaba desestabilizándolo.

—Te refieres a... —dijo Zander cuando lo miré, y se pasó el pulgar por la garganta como si se degollara— que me encargue de ella o...

—No, tan solo encárgate de todo, yo... —gruñí, tragando y suspirando con fuerza y sin saber que decir—. Debes encargarte de ellas.

—Nicolás, tal vez... —aventuró Z, pero lo detuve levantando la mano.

—Detente... ¡Deténlo ahora! —Respondí cortante—. ¡No más distracciones! Hubo un ataque, somos profesionales y llevaremos la defensa adelante. La ciudad está en peligro, lo han visto con sus propios ojos —dije señalando la ventana desde donde se podían ver los daños—. Aún no sabemos si la gata sabe por qué intentaron matarla. No hay tiempo para juegos, ¡simplemente no hay tiempo! —Gruñí, golpeando los puños en el escritorio—. ¡No me importa ni cómo ni dónde! Tan solo hazlo, Zander —susurré con cansancio—. Sé que Alex te preocupa y por eso creo que lo mejor sería que tú lo manejes.

—¿Y tú qué harás? —Me preguntó, y paladeé la amargura de su pregunta.

—Mi trabajo —balbuceé—. Por lo que estoy aquí, como debí hacer desde un principio. Hablaré con Ben y les daré la información en cuanto lo sepa.

—Iniciaré el traslado de las chicas al apartamento —dijo Hero, y asentí agradecido.

—Bien... —afirmé. Observé la preocupación en sus rostros—. No voy a hablar más de este asunto, quiero que lo sepan. Hay mucho por hacer. Tengo que encargarme de esto y espero que comprendan que aprecio su ayuda y su amistad. Hero, quiero que me avises si presientes algo, no sabemos cuántos de ellos hay ahí afuera.

—Bien —repitió el asesino y dio un paso hacia la puerta.

Zander lo siguió con desagrado. Cuando la puerta se cerró, me deshice en el sillón mientras me tomaba la cabeza; en una parte muy íntima de mi ser todo esto me dolía. Otra vez las Moiras estaban jugando con mi destino. Pero ahora no tenía tiempo para ello. Si las Moiras se empeñaban en cagarme la vida, ¡que así fuera!

Tomé el teléfono y llamé al directo de la Sociedad. En silencio, me levanté y caminé hasta la ventana; desde allí podía ver a todos corriendo de un lado para otro. Vi a Eva cargando unas maletas hasta el coche de Z. Hero seguramente le había avisado de su cambio de casa. Estar juntos lo único que provocaría sería que los ángeles tuvieran un blanco fácil.

—Nicolás —Ben respondió un poco más lento que de costumbre. En otro momento me habría burlado o le habría hecho una broma, pero no estaba de humor.

—Sabes del ataque, ¿cierto? —Pregunté mientras me frotaba los ojos.

—Sí, sí... Necesito que vengas a la Sociedad.

—¿Los atacaron? —Pregunté y cerré los ojos con fuerza. El ataque había sido más atrevido de lo que pensaba.

—Sí, sí —respondió cansado, y casi podía imaginarlo arreglándose los lentes—. Pero los que vinieron no tenían alas.

—No tenían... ¿Qué significa?

—Significa que eran humanos, como en la caza de brujas. Eran humanos con garrotes y palos —murmuró, y apreté los puños en respuesta, imaginando la escena—. Y no te imaginas quién fue la responsable de alertarnos de ellos... y machacar a unos cuantos. —Me froté la cabeza y recordé que Dora estaba en la Sociedad por órdenes de Zander. Debía de ser ella.

—No me lo digas —respondí con un suspiro.

Diez minutos más tarde estacioné el coche cerca de la entrada y bajé. Vi las pintadas en las puertas y en las paredes. Rojo, como la sangre que sería derramada si no detenían esto. Sin pensarlo más, entré y encontré sillas caídas y cosas revueltas en la sala de espera. El mostrador de Caroline estaba desordenado, con pintadas. Ella estaba agachada, juntando unos papeles y gimoteaba detrás del mueble. Me acerqué despacio para no asustarla.

—Hola, Caroline... —musité por lo bajo. Ella lucía realmente abatida, su ropa estaba rota, su cabello despeinado.

—Hola, Nicolás —balbuceó. Cuando me miró, noté un golpe en su ojo y las lágrimas que corrían por sus mejillas, desarreglando su maquillaje.

—¿Qué ocurrió aquí? —Pregunté. Lentamente se puso de pie y me miró. Caroline es humana, ella no debería haber sido el blanco de los ataques. ¿Qué mierda había pasado?

—No lo sé, fue todo muy rápido —dijo con voz entrecortada—. Un grupo de humanos llegaron, decían que querían hablar, que estaban siendo acosados. ¡No sé!, se mostraban temerosos y decían que necesitaban refugio, ¿sabes? —Farfulló atropelladamente—. Esperaron aquí hasta que Monik, la encargada, viniera, y, bueno, se abalanzaron sobre ella e intentaron entrar a la fuerza; era como si estuvieran poseídos... Traté de ayudarla, pero me tiraron, me... me dijeron que era una amante

de los oscuros y que merecía... —Ella volvió a gimotear. Rodeé el mostrador y la abracé—. ¡Fue horrible!, ellos golpearon a varios más que aparecieron cuando escucharon los gritos y fue... —sorbió su nariz—. Cuando apareció Nina, ella reconoció a uno de ellos y le saltó encima al tipo que me golpeaba. Lo quitó de un golpe y fue por otros, dándonos tiempo a pedir ayuda. Tendrías que haberla visto, Nicolás, con sus dos piernas derribó a más de tres tipos altos y grandes... Me refugié tras el mostrador mientras otros tiraban hacia adentro a Monik y a los demás, cuando algunos más llegaron a controlar la situación. Bueno..., cuando los demás llegaron, Nina había noqueado a la mayoría y se peleaba con otro tipo musculoso. ¡Tendrías que haberla visto, Nicolás! ¡Fue genial! —Exclamó agitada, y sonreí al escuchar el entusiasmo en sus palabras—. Ella nos defendió, ella... ¡fue genial! —Caroline suspiró como si aquello la consolara. Seguramente la tal «Nina» se había hecho una fiel amiga después de hoy.

—Caroline..., ¿quién es Nina? —Hice un esfuerzo por recordarla, pero había mucha población aquí últimamente. Ella se apartó un poco y me miró sorprendida.

—La gata, ¡oh! ¡No sabías su nombre! La gata que trajiste la otra noche, Nina. ¿No sabías cómo se llamaba? —Comencé a unir las partes del rompecabezas. Nina, la misma gata que nos había dicho *malditos*. Sacudí la cabeza y sonreí de lado.

—No, la verdad que no... —admití—. Tranquila, todo estará bien, me alegro de que llegara a tiempo —dije mientras le acariciaba el pómulo enrojecido.

—Ben mandó reforzar la seguridad. Dicen que también atacaron tu casa, ¿cierto? —Me preguntó.

—Sí, pero esos tenían alas. —Sus ojos se ampliaron ante mis palabras—. Me alegro de que Nina llegara a tiempo. Debes colocarte una compresa fría en ese ojo. —Asintió en silencio.

—No la sancionarán, ¿no? —Dijo asustada—. Ella los atacó, pero los humanos fueron los primeros, no le harán daño, ¿cierto?... ¿Ayudarás a que Ben no la castigue? No quiero que la castiguen, ella nos defendió... —Percibí la desesperación en su voz y una sonrisa se forjó en mi rostro. Hace días había peleado con Nina por odiarnos, nunca podría castigarla por defendernos.

—La ayudaré en todo lo que pueda —confesé. Eso la relajó, haciéndola sonreír torpemente.

—Gracias. Le avisaré a Ben que estás aquí. —Ella se soltó y corrió a su escritorio y comenzó a revolver con impaciencia, buscando el intercomunicador.

—Tranquila, sé el camino; además, primero debo agradecer a Nina. —Ella asintió y me alejé dejándola tranquila. Pasé la primera puerta y encontré a dos guardianes armados, los saludé al pasar y seguí hacia el ala donde la gata estaba instalada. Aún no podía creerlo. Si algún adivino me hubiera dicho que ella defendería a alguien en nombre de la S.A., no le habría creído. Llegué a la puerta y golpeé.

—¿Quién es? —Preguntó en un grito desde adentro.

—Soy Nicolás... —Ella abrió la puerta de golpe y me fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres? ¿Viniste a castigar mi comportamiento? —Se giró dándome la espalda, caminó hasta la cocina y se perdió dentro. Esperé en la puerta sin moverme un centímetro. Ella se había ganado mi respeto o, al menos, un poco. Había defendido a Caroline y a Monik, no podía ni imaginar lo que habrían hecho con ellas si nadie las hubiera ayudado. Estaba seguro de que estaríamos limpiando sangre en la puerta de entrada. Pasaron unos segundos hasta que ella estiró la cabeza para verme y me observó, parado allí—. ¿Qué? —Preguntó frunciendo el ceño.

—¿Puedo pasar? —Dije, y ella lució confundida. Dio unos pasos afuera y me enfrentó.

—¿Puedo decirte que no? —Hizo una mueca, y levanté los hombros, asintiendo.

—Claro..., sí, puedes. —Ella me estudió un segundo, como si sopesara si le mentía o no. Al ver que no me movía, bufó y sacudió la mano.

—Entonces entra, ¡sí, entra! —Di un paso adelante, aún con ella observándome. Reparé en que había colocado cosas nuevas en la habitación. Había un par de cuadros sin colgar apoyados contra el muro, y una televisión de pantalla plana en una esquina, que emitía un sonido suave. Había una alfombra grande y mullida, casi podía imaginarla amasándola en forma de gata, y la cama ya no tenía las sábanas grises de la Sociedad.

—¿Te has adaptado?

—¿Adaptado? —Preguntó incrédula mientras seguía mirando sus cosas.

—Sí —dije señalando los cuadros—. Veo que has hecho unos cambios.

—Sí, bueno, si voy a quedarme aquí, ¿qué más da?

—Me gusta —admití. Ella volvió a la cocina—. Me gustó lo que hiciste allá afuera, aunque no entiendo bien por qué lo has hecho, pero...

—¿Por qué los defendí? —Me preguntó.

—Sí. ¿Por qué lo hiciste? —Admití. Ella salió de la cocina y se acercó con dos tazas y me ofreció una.

—Hablé con mi madre —continuó. Acepté la taza y me senté en la cama mientras ella se cruzaba de piernas en el piso, sobre la alfombra—. Le conté lo que me ocurrió, ¿sabes? Esperaba que me ayudara y me sacara de aquí —susurró y se mordió los labios mientras observaba su taza—. Antes de que llegaras... —me echó un vistazo rápido— a decirme que no podía marcharme, pero no lo hizo, ni siquiera se molestó por mí. Recordé lo que me dijiste. —Sus dedos se enroscaron en un hilo de la alfombra distraídamente, mientras hablaba sin mirarme—. Ellos... —masculló—, unos amigos me enviaron algunas cosas de estas, estas cosas —dijo señalando los cuadros—. Pero... yo, ahora, no... —Tragó con fuerza y se aclaró la garganta, intentando seguir, pero no necesitaba que me dijera nada más. Simplemente le habían

dado la espalda.

—Lo lamento. —Ella levantó los ojos—. De verdad, lo lamento mucho. Encontraron al que te convirtió.

—¿En serio? —Sus ojos vidriosos brillaron.

—Sí, lo tienen en custodia, pues quieren averiguar algo más de él, pero tiene una condena sobre su cabeza y nunca más...

—Gracias —susurró, haciendo un gesto parecido a una sonrisa—. Imagino que te preguntarás qué hacía allí, ¿no?

—Eso no me interesa. Lo que importa es que salvaste a Caroline —dije, y ella asintió.

—Eran como seis... y se le lanzaron encima. Tendrías que haber visto cómo la golpeaban. ¡Esos malditos! Caroline nunca lastimaría a nadie, ni siquiera creo que pueda matar una araña sin llorar, y ellos, la golpeaban muy duro.

—Ella me pidió que hablara contigo. Estaba muy agradecida. —Nina me observó con calma y le dio un sorbo a su bebida—. Nina —dije sonriendo—, me gusta el nombre que tomaste.

—Ya sabes. Es ridículo —murmuró y sus mejillas se enrojecieron, haciéndola lucir más joven—. Pero pensé: ahora soy una gata, ¿no? Mi hermana solía tener una gata a la que no le había puesto nombre y yo la llamaba minina, y pensé que ahora soy como ella. Una gata sin nombre y pensé, ¿por qué no?

—Nina —dije pensando en su historia—. Me gusta. —Me relajé un poco al verla parlotear. Definitivamente, no era nada comparada a la que conocí en el hospital. No estaba totalmente relajada, aún era cautelosa, pero tenía fuerzas y ganas de vivir, y eso la mantendría viva.

—Estaba por pedir que me enseñaran a pelear. —Le dio un sorbo al café mientras la observaba—. Por eso estaba en las oficinas. Quería que me permitieran hacer algo, no sé, usar el gimnasio, cuando los oí. Escuché a Caroline gritar y me fui sobre ellos —gruñó apretando los dientes—. ¡Malditos! —Me echó un vistazo rápido—. Ya sabes, ¡malditos humanos! —Solté una carcajada que la sonrojó—. Unos hombres golpeaban a Caroline y a...

—Monik —dije.

—Sí, a ella, a Monik y odio que los tipos golpeen a las mujeres, no importa quién o qué raza sea, está mal, no pueden.

—Estoy de acuerdo —añadí y pensé en Vívika, soportando los golpes. Definitivamente, la gata nunca los hubiera soportado.

—¡Oye!... —dijo, y llamó mi atención sacándome de mis cavilaciones, y agradecí la distracción. No necesitaba pensar en Vívika ahora—. No lo envenené. —Fruñí el ceño sin comprender. Ella señaló la taza que tenía en las manos—. No lo envenené —repitió. Sonreí, y ella me imitó—. Creo que los humanos me habrían

matado si no hubieras ido por mí —admitió. Bebí un sorbo y sonreí.

—Está bueno —le dije, levantando la taza. El café me dio un respiro, estaba delicioso.

—Bueno, básicamente me salvaste de los alados también —añadió, torciendo la boca.

—Sí, alados..., ni me hables de ellos —murmuré con desagrado.

—¿Qué hay con ellos? Nunca había visto algo así. ¿Qué pasa con ellos? —Ahora parecía curiosa.

—Atacaron mi casa —confesé, sin saber muy bien por qué le contaba todo eso.

—¿Hay alguien herido? —Preguntó, y lo pensó un instante—. ¿Fue en venganza por salvarme?

—No creo. Tan solo está pasando algo muy grande. —Bebí el resto del café y me levanté. Nina me imitó—. Notificaré que te permitan entrar al gimnasio.

—Gracias.

—Y creo que deberías ir a que te vean eso en la enfermería —completé. No se me había pasado por alto su mano magullada. Le entregué la taza—. Te enseñaré a pelear si es que lo deseas; también hay otros muy buenos por aquí y...

—No, no, —dijo, interrumpiéndome—. Tú, bien... —La miré sin comprender—. Tú, puedes entrenarme, ¿sí? —Suspiró cuando levanté una ceja, preguntándome si algún día hablaría de forma pausada o no—. De un extraño a la vez...

—Entiendo. Me parece correcto.

Me marché de su cuarto con la promesa de que volvería más tarde. Tal vez entrenarla lograría que pensara menos en mis propios problemas. Necesitaba eso. En parte me consolaba saber que podría entrenar a Nina y sentirme productivo al mismo tiempo. Admiraba a la gata, no todos se adaptaban tan rápido al cambio y menos sabiendo que su familia no los quería. En cambio, ella parecía dolida, pero no derrotada y eso me gustaba. Entrenarla afianzaría su lazo con la S.A. Seguí pensando en Sal mientras recorría los pasillos. Estar cerca de la Sociedad me ayudaría a crear un plan para el futuro. Iba divagando cuando algo cruzó por mi mente. Dora. Ella estaba aquí. Debía buscarla.

Dora estaba sentada junto a una fuente ubicada en un sector del parque cubierto. El techo estaba protegido por enormes cristales tintados que filtraban la luz. Había creado aquel lugar hace mucho tiempo atrás, cuando noté la necesidad de Carim y Eva de estar al sol. Modifiqué este espacio y creé un jardín cubierto. Había plantas y flores, y asientos donde cualquiera podía disfrutar del día, protegido de cualquier ataque. Entré esquivando a una pareja de cambiantes en su forma felina. Me saludaron con un asentimiento de cabeza y siguieron su camino. Dora estaba absorta en el agua que se derramaba de una hermosa nereida.

—Has llegado —dijo sin girarse y con acento mexicano.

—¿Me has extrañado? —Pregunté sonriendo. Ella se dio vuelta y me sonrió.

—Siempre —murmuró. Me senté frente a ella y le tomé las manos.

—¿Has tenido algún problema? —Ella comenzó a negar, dándome palmaditas en la mano.

—No, ninguno. Deben de temerle mucho a Zander —susurró y soltó una risita. Unos hoyuelos se formaron en sus mejillas.

—¿Por qué lo dices? —Recordaba que Zander me había comunicado que ella estaba aquí, pero no me había dado más detalles. ¡Mierda! Con todo lo ocurrido, ni siquiera le había preguntado por qué la había enviado aquí ni mucho menos a darle las gracias.

—Ya sabes, prometió que me tratarían bien, o le arrancarían la cabeza a cada uno que me tocara. —Soltó con una risita, y sonreí también—. Él no parece ser malo, al menos que se convierta en algo más, pero nadie cuestionó su orden —ella volvió a reír.

—Es buen tipo —admití agradecido con mi amigo.

—Sí que lo es —señaló, acariciándome la mejilla—. ¿Cómo te encuentras?

—Perfecto, un poco alterado por los ataques..., ya sabes, solo eso —expliqué intentando disimular, aun sabiendo que ella sabía que no era todo.

—¡Ajá!..., ¿y lo demás? —Preguntó de forma pícaro. Sacudí la cabeza, derrotado. No podía ocultarle nada.

—¿Por qué lo dices? —Interrogué, intentando sonar inocente.

—Tú nunca bebes... ¿Por qué ahora? —Bufé y me tomé la cabeza, avergonzado. Zander y su bocota, pensé.

—¡No puedo creer que te haya contado eso! —Dije ofuscado. Ella me acarició el cabello mientras escondía el rostro entre las manos.

—Si te alivia, él no lo hizo —respondió, palmeándome la rodilla.

—¡Ahora lo defiendes! —Le reproché entrecerrando los ojos, y Dora rio.

—No, tan solo digo las cosas como son..., y creo que debes hablar con tu madre ahora. —Levanté la vista y seguí su mirada. Allí, entre las hiedras que colgaban en un lugar a la sombra, estaba mi madre. ¡Lo que me faltaba! Me apresuré a mirar hacia todos lados, pero el área estaba inusualmente desierta—. ¡Tranquilo! No hay nadie, ni nadie vendrá tampoco.

—Es hermoso lo que has hecho aquí —dijo la diosa saliendo de las sombras, y sonreí. Mi madre reparó en Dora, quien se había puesto de pie—. Hola, Dora. —Vatur sonrió con agrado hacia ella, transmitiéndole el amor que sentía por la humana, lo cual hizo que la temperatura subiera de inmediato.

—¡Mi diosa! —Susurró la anciana, intentando hincar la rodilla en el suelo, pero sin lograrlo. Su cuerpo era débil. Como no pudo arrodillarse, agachó la cabeza, refunfuñando por sus huesos. La tomé del codo para sostenerla.

—No creo que sea necesario, Dora —murmuré observando a mi madre, la que me respondió negando con la cabeza.

—Claro que no es necesario. De todos, tú nunca debes arrodillarte ante mí —dijo con aquella voz tan sabia y profunda. La diosa llegó hasta ella y tomó su rostro con la mano para que la mirara a los ojos.

—Lo haría si no fuera por estas piernas —se quejó la anciana. Vatur apoyó su mano en el hombro de la mujer con una expresión comprensiva—. Estas piernas están viejas, ya no sé cuánto puedan aguantar este cuerpo. —Un momento después suspiró aliviada y sus ojos se abrieron deteniéndose en la diosa.

—¿Aún duelen? —Le preguntó esta, sonriendo.

—¡Diosa bendita! —Murmuró Dora. No necesitaba preguntarle qué ocurría, sabía que sus piernas ya no dolían. Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas y las sorbió para no llorar. La diosa era generosa, mucho más que cualquier otra. Casi ningún humano u oscuro conocía su rostro, pero Dora no era como los demás.

—No llores..., no quiero verte llorar, cuidas de mi hijo. —Vatur la abrazó y en su lengua natal, la que solo pocos conocían, pidió protección para ella y pidió que calmaran sus dolores. Yo sabía que mi madre le habría otorgado la vida eterna si tan solo Dora así se lo pidiera, pero había aprendido que lo que no se pide, no puede ser dado. Si Dora deseaba vivir como un humano, así lo aceptaría, aunque en el fondo sabía que eso la desolaría al igual que a mí—. Tu madre del Cielo —dijo Vatur, señalándose—. Y tu madre en la Tierra —siguió, señalando a Dora.

—Soy bendecido —musité.

—Y antes de que lo preguntes... —añadió mi madre— sé que te emborrachaste, pero no fue por Zander. —Puse los ojos en blanco y me tomé la cabeza. Dora largó una carcajada y Vatur la siguió, cuando me sonrojé.

—¡Ustedes dos van a matarme! —Dije en un suspiro.

—Bueno, eso si no tomas en cuenta que tal vez Sal, Eva y Carim no lo hagan antes, por no contar a... ¿cómo se llamaba la chica?

—¿Cuál de las dos? —Preguntó Dora, frunciendo el ceño. Honestamente, sentía que hoy iba a morir de vergüenza. Podía controlar a los demás, pero nadie podía controlar a estas mujeres, e incluso me era imposible acallarlas.

—¡No hay dos! ¡No hay ninguna chica! —Me apresuré a decir con énfasis, pero ninguna de las dos me prestó atención.

—Vívika es la loba por la que bebió —continuó Dora, y rezongué de forma audible para demostrar mi fastidio—. Aunque estoy confundida con la gata que salvó.

—¡Escuchen..., escuchen..., suenan como dos viejas chismosas... y no, no hay gata ni loba! —Exclamé con vehemencia—. Bueno, tal vez Nina —balbuceé y me pasé la mano por el cabello con fastidio. ¡Mierda!

—¡Oh! ¿Ahora tiene nombre? —Preguntó mi madre, sonriéndole de forma cómplice a Dora.

—¡Mamá! —Gruñí.

—¿Qué le prometiste? —Me preguntó.

—Bueno, prometí entrenarla —tartamudeé y me odie aún más—, pero es solo eso —mascullé.

—No es lo que yo vi —agregó Dora estudiándome, y entrecerré los ojos taladrándola con la mirada.

—Me aventuraría a decir, hijo, que Dora es muy poderosa.

—¡Mamá..., no digas eso! Dora, ¿qué es lo que viste? —Indagué cruzándome de brazos.

—¿Ahora te interesa? —Preguntó la anciana, y maldije en silencio.

—No, bueno, yo... —Mierda, ahora tartamudeaba. Frustrado, me pasé una mano por la cara.

—Vamos a sentarnos. —Caminamos hasta una pérgola y se sentaron juntas. Vatur no dejó de abrazar a la humana ni un minuto y transmitirle toda la energía vital que necesitaba la anciana. Yo permanecí de pie. Esta pequeña charla me había puesto nervioso: primero había sido mi madre, hablando de compartir mi jardín; ahora las palabras enigmáticas de Dora. Hice un mohín y volví a maldecir, podía sentir las miradas cómplices de las dos y por esto nunca las juntaba. ¡Nunca!—. Como decía, ya que no te importa lo que ocurra con la gata, creo que deberíamos hablar de otra cosa.

—Claro, total ya se han reído de mí —protesté.

—¡Nicolás! No seas insolente con tu madre —me recriminó Dora, y volví a poner los ojos en blanco.

—¿De qué quieres hablar, mamá? —Pregunté de mala gana.

—Los ángeles buscan algo —dijo Vatur.

—Lo sé, destrozaron mi casa. Imagino que creían que «eso» que buscaban estaría ahí, aunque no tengo ni idea de qué buscan. ¡No sé cómo se les ocurrió que estaría en mi casa! —Protesté al recordar el destrozo que habían hecho.

—Porque está en tu casa —afirmó Vatur. La estudié confundido.

—¿Qué?

—Que está en tu casa Nicolás —repitió reafirmando sus palabras.

—Pero, no, espera, ¿qué buscaban? —Pregunté fijo a los ojos.

—¿Recuerdas la historia de la creación?

—Sí, la recuerdo —admití entre dientes, pensando que lo que fuera que buscaban, había vuelto a poner en peligro a mis asesinas.

—Bueno, lo que buscan es una parte de esa «chispa» —anunció, y retrocedí un paso.

—Aguarda. ¿Qué? No. Espera, ¿qué? —Balbuceé, intentando tomar aire—. ¿Aún existe eso de la chispa? ¿Cómo? ¿Cómo es posible?

—Porque existe la vida —afirmó Dora, y la miré extrañado. Eso era una historia, solo una fábula que les contaban a los niños.

—Pero ¿por qué la han guardado allí, en mi casa?

—¿Por qué no? —Preguntó mi madre con el rostro serio.

—¡Mamá! —Gruñí, sopesando lo que podría haber ocurrido si la encontraban—. No respondas con una pregunta a mis preguntas ¡Por la diosa!

—Mientras exista vida, existirá la chispa de la creación. Y en tiempos en que la venida de los ángeles se acercaba, la coloqué en un sitio donde ninguno la buscaría.

—La Tierra —completó Dora, y sentí la ira creciendo de a poco. ¿Acaso mi madre no sabía lo que había ocasionado? ¿No sabía que mis... Sal, Eva y Carim estarían en peligro? Incluso mi hermana.

—Mi casa... —mascullé apretando los dientes con furia—. ¡¿Y tenía que ser mi casa?!

—¡Oh, Nicolás! No te ofusques —murmuró Dora, quitándole importancia, mientras yo comenzaba a caminar de un lado al otro.

—¿Sabes lo que eso significa? —Antes de que pudieran responder continué hablando—. Significa que estoy en el ojo de la tormenta. ¡Significa que si han atacado la casa como lo han hecho hoy, seguramente es porque saben que está allí! ¿Cómo piensas sacarla? ¿Cómo la quitaremos sin que nos ataquen nuevamente? ¿Cómo? —Pregunté frotándome la cara, intentando encontrar una solución, cuando una idea cruzó por mi mente y me detuve para mirarlas—. ¡Aguarden! Si saben que está allí, es porque alguien avisó, ¿cierto? —Vatur asintió.

—Encontramos a Mikela —dijo mi madre. Hizo silencio por un minuto, observando mi expresión, que cambiaba del enojo al asombro, y de nuevo a la rabia—. ¡No irás solo! —Anunció.

—No puedo sacar a las chicas de aquí ni a Zander ni a Hero —dije enfrentándola—. ¿Cómo crees que lo haré? Quieres que cargue a Ben conmigo, ¿cierto? ¿Sería algo así como una salida de *hijo y padrastro*? ¿Eso es lo que quieres?

—¡Por la diosa, Nicolás! Estás siendo insolente —me cortó Dora y, apreté los dientes para no responder.

—Nunca te haría algo así —respondió mi madre.

—Bien. Bueno, no me importa, puedo hacerlo solo —ladré.

—¡Que seas un semidiós no te da derecho, Nicolás! —Gruñó Vatur—. Te he dicho que no irás solo y no lo harás, o te imposibilitaré y te llevaré a Orión conmigo y enviaré a otro en tu lugar.

—Y dime, ¿se te ocurre alguna...? —Hubiera dicho *maldita idea*, pero me contuve, pues sabía que el tema de mi madre y Ben era delicado—. ¿Idea de con quién debería ir?

—Sí —dijo con esa mirada enigmática que tanto la caracterizaba—. Hay una gata revoltosa que está causando estragos, creo que le vendría bien un tiempo a solas contigo. —Quise protestar, pero me detuvo levantando la mano—. Dominaste a Sal, creo que podrás con esta.

—¡No hables de ella así! —Me quejé—. Tiene un nombre, se llama Nina y ¿sabes el tiempo que tomará enseñarle las tácticas de lucha? ¿Las técnicas de combate? Y ¿sabes lo que tomará domesticarla?

—¿Y me dices que yo no la trato como corresponde y tú la tratas como a un animal?

—¡No me gusta verlos discutir! —Murmuró Dora, mientras sus manos artríticas se aferraban al banco, con los ojos vidriosos. Mascando rabia suspiré con fuerza e intenté calmarme.

—Lo lamento, Dora —me disculpé un poco más tranquilo—. Lo siento madre, pero es que...

—Te diré lo que sé, Nicolás. El único modo que encuentres a Mikela es cuando el ocaso del día ocho de este mes toque el horizonte. Lo que significa que hay tiempo.

—Me han visto yendo con la... con Nina —musité. Deberían decirme al menos eso.

—Creo que todo puede pasar. Si yo fuera tú, me apuraría y, por sobre todo, la entrenaría muy bien. Vas a necesitarla. —Vatur se levantó del asiento, se agachó y besó a Dora en la mejilla. Me dio un beso fugaz y se alejó, perdiéndose entre las sombras.

Después del encuentro con mi madre, me encontraba bastante ofuscado, pero aun así, acompañé a Dora hasta el comedor general, que se parecía mucho a un restaurante francés. Tenía pesadas cortinas sobre vidrios totalizados, una alfombra con rombos en rojo y negro, y mesas redondas. Todo gracias a Ben. Personalmente,

pensaba que era anticuado y oscuro, pero a muchos les gustaba comer allí, ya que compartían el lugar con muchas familias. La única norma del comedor era estar en forma humana. Solo los niños pequeños podían andar en cuatro patas. Ni bien entramos, nos envolvió el bullicio que se extendía por casi todo el lugar. Dora me tomó de la mano como a un niño y me arrastro con ella.

—Por aquí estará bien —me dijo. La había seguido sin prestar atención hacia dónde nos dirigíamos. La charla con mi madre había sido tremendamente perturbadora, por lo que no noté dónde estábamos hasta que nos detuvimos y me encontré parado frente a la mesa en la que Nina comía sola. Ella levantó la cabeza sin saber qué decir, y su tenedor se detuvo entre el plato y la boca. Estaba sorprendida.

—¡Eh, Nicolás! —Me saludó y su mirada paseó desde la mujer hasta mí. Quise poner los ojos en blanco en dirección a Dora en cuanto me di cuenta lo que tramaba la anciana. ¡Tramposa!—. ¿Cómo...? ¿Cómo estás?

—Lamentamos interrumpir tu comida, cariño —se excusó la anciana, mirándome de reojo mientras me asestaba un codazo en las costillas, que logré disimular—. Soy Dora, veo que conoces a mi sobrino. —Nina levantó los ojos hasta mí y sonrió.

—No es molestia señora, soy Nina. ¿Quieren... quieren sentarse conmigo? —Preguntó señalando las sillas vacías. Yo quería protestar, buscar una excusa, pedir que me tragara la tierra ¡cualquier cosa!, pero Dora se sentó, dejándome de pie de forma incómoda. Así que reuniendo la poca paciencia que me quedaba, dije: Disfruta de la velada.

Nina me observó extrañada mientras yo buscaba algo en lo que prestar atención más allá de sus ojos color chocolate, hasta que Dora comenzó a parlotearle sobre la comida, la vida en la S.A., y lo bella que era. No era común para mí sentirme incómodo, pero todo esto realmente me molestaba y no sabía cómo actuar, así que intenté poner mi mejor cara. Y allí estaban de nuevo las jodidas Moiras, riéndose de mí, justo cuando creía que los ángeles eran lo peor que podía pasarme. Dora se dirigió al baño y Nina se atrevió a hablarme.

—¿Te encuentras bien? —Me preguntó, mientras yo masticaba un bocado de algo que había pedido al azar. No quería imaginarme lo que me diría Dora si le contaba que, por el momento, no podía comer, así que pedí lo primero que vi.

—Sí... ¿Por qué? —Respondí intentando parecer natural.

—No sé, luces... extraño. Como si estuvieras incómodo.

—¿Incómodo? —Dije tosiendo cuando me atraganté.

—Sí, ya sabes, con mala cara, como si estuvieras constipado o algo así —añadió ella, haciendo un gesto extraño.

—¿Constipado? —Ella levantó una ceja, haciendo una mueca rara que me hizo sonreír—. ¿Cómo luce una persona constipada?

—Ya sabes. —Ella hizo un mohín—. Ya sabes, como si hubieras chupado

limones o cosas así —dijo y soltó una carcajada. Era lo mismo que solía decirme Eva algunas veces.

—Estoy bien —afirmé cuando logré dejar de reír—. A partir de mañana empezaremos el entrenamiento. Por ahora será aquí, luego veremos, ¿está bien? —Ella asintió—. Necesito compañía para una misión y creo que te vendría bien.

—¿Crees que alguna vez lograré ser como...? ¿Cómo es que llaman a los...?

—Asesinos, sí, tal vez algún día. Pero, por ahora, trataremos de que aprendas todo lo posible para sobrevivir a la misión. Pero estoy seguro de que lo lograrás. —Eso pareció alentarla. Se acodó en la mesa, mirándome directamente a los ojos.

—Creo que está bien para mí. Soy rápida aprendiendo y, últimamente, he aprendido un par de cosas.

—Eso ayudará —confesé. No teníamos mucho tiempo, por lo que no iba a ser un entrenamiento normal. Debía forzarla a aprender.

—¡Genial! Al menos podremos darnos unos golpes antes de salir...

—¿Golpes? ¿Quién te dará golpes? —La interrumpió Dora con seriedad al regresar del baño. Nina levantó primero sus ojos hasta la anciana y luego hacia mí—. ¡Nicolás! —Exclamó dándome un golpe en el brazo. Un golpe que honestamente no merecía—. ¡Tú no puedes golpearla! Los hombres no pueden golpear a las mujeres y lo sabes bien.

—¡Solo me entrenará! —Exclamó Nina en mi defensa, cosa que agradecí—. Y créeme, Dora, es del único del que los soportaré. —Nina sonrió con suficiencia—. Si me enseñas... —continuó mirándome— soportaré los golpes.

—Es un trato —afirmé.

Me marché un poco después, y me metí en el coche rumbo a casa, aunque primero iría a ver a las chicas en el apartamento.

—Mañana será un largo día —susurré en el vacío del coche. Un día muy, muy, muy largo.

Llegué al edificio y subí y en cuanto puse un pie adentro sentí un *déjà vu*. Poco tiempo atrás había estado en este mismo departamento, había encontrado a Hero herido y Sal estaba desaparecida. Y lo que era aún peor, había llevado a Mikela conmigo. Pensé en ella y un gruñido se formó en mi pecho. El dolor y el pánico que me había causado con la desaparición de Sal no habían amainado. Y ahora, sabiendo que la maldita bruja estaba viva, pensaba sacarle la verdad sobre quién la había enviado, aunque tuviera que cortarla en dados. Imaginé por un instante cómo sería, y sentí la ira recorriéndome la piel como una onda eléctrica, y la increíble sensación de satisfacción al verla muerta.

—¡Nick! —Eva me tomó por sorpresa. Como ocurría desde hace un tiempo, mi cara debió transmitirle algo, ya que hizo una mueca—. ¡Eh, chicas, Nicolás está aquí! —Gritó sin apartar sus ojos de mi rostro. Tomó una bocanada de aire y sonrió. Caminó hacia mí con la preocupación invadiendo su mirada—. ¿Estás bien? —Preguntó con cautela. La jalé hacia mí y la abracé. Odiaba que ellas se preocuparan por mí. *Ojalá pudiera decirte quién soy*, pensé y acaricié su cabello.

—¡Nicolás! —Carim parecía entusiasmada, vestía unos pantalones de gimnasia y una remera holgada, y llevaba un pañuelo que le cubría parte del cabello.

—¿Es la hora de los abrazos? —Se burló Sal apareciendo por el pasillo y me dedicó una sonrisa.

—Estoy bien —contesté, soltando a Eva—. ¿Cómo quedó el departamento?

—Como si nunca hubiera ocurrido nada —señaló Carim mientras aferraba un plumero en la mano.

—Eso es bueno —susurré, pero un momento después noté cómo el ambiente se cargaba de preocupación que provenía de Sal.

—¡Oye..., Nicolás! —Dijo Sal mirando el suelo—. ¿Crees que lo encontremos? Ya sabes..., a Phill.

—Lo encontraré, Sal, prometo que lo seguiré buscando. —Me hubiera gustado decirle que incluso mi madre estaba buscándolo, pero comenzarían a preguntar por ella y nunca se detendrían. Observé cómo el lugar había sufrido una drástica transformación, pero lucía bien. Hero llegó al rato con cajas de comida, lo cual agradecí, pues lo que había comido en la Sociedad no me había saciado el hambre. Nos sentamos a la mesa como lo habíamos hecho muchas veces. Como amigos, hermanos de lucha.

Las chicas estaban relajadas, el único que parecía un poco alterado era Hero. Nunca terminaría de conocer los alcances de sus poderes, pero presentía que eran más

de lo que me había dicho. Después de cenar, las chicas volvieron a las tareas mientras Hero se encargaba de ordenar los muebles de la sala. Me acerqué a él y me dedicó una mirada dudosa.

—Quiero que sepas —dije mientras lo ayudaba a mover un sillón— que nunca podré agradecerte lo que hiciste por mí. —Él me miró y no pude descifrar sus pensamientos.

—No tienes que hacerlo —murmuró por lo bajo.

—Creo que debo, a veces pierdo la cabeza —intenté explicarme, mientras echaba un vistazo en dirección hacia donde estaban las chicas.

—No debes disculparte —volvió a decir con calma—. Todos nos *confundimos* y cometemos errores.

—Sí, pero yo no puedo cometerlos —confesé con pesar.

—Creo que debes darte un respiro —contestó, y se detuvo frente a mí con un almohadón entre las manos—. Creo que tienes que aprender que, a veces, hasta los dioses se equivocan. —Sus palabras repercutieron en lo más profundo de mi ser. Tragué con fuerza al notar la sinceridad en su declaración—. Debemos aprender de nuestros errores, no huir de ellos.

—Es más complicado que eso... —respondí, ganándome una sonrisa ladeada y una mueca que claramente decía que no me creía.

—No, no lo es. La dejaste allí, no sé qué pasó, no lo entiendo, pero te diré, por lo que sé, ella podría ser la mujer de tu vida, y aun así la dejaste —susurró para que las chicas no oyeran—. Una vez me preguntaste qué haría por Sal. Bueno..., creo que la pregunta sería qué no haría por ella. Dime, Nicolás, ¿qué harás ahora que sabes que ella existe en este mundo?

—Hay cosas más importantes que mi estado amoroso Hero —dije, y él no respondió—. La encontraron —afirmé, observándolo. Él frunció el ceño y se acercó—. A Mikela, la encontraron. —En sus ojos brilló el animal que lo habitaba, y vi su necesidad de venganza—. Iré por ella, pero necesito que estén aquí —añadí colocando una mano en su hombro—. Confío en ustedes, sé que harán lo correcto. Las chicas son emocionales y no las critico, pero pueden perder la cabeza.

—No puedes ir solo —siseó con los dientes apretados.

—Iré con la gata que rescatamos... —confesé, y me tomé un segundo para ver las emociones que cruzaban por sus rostros.

—¿Confías en ella? —Me preguntó sopesando mis palabras.

—Los necesito aquí... —repetí—. No importa si confío o no. Mi madre lo hace. —Recordé que Hero no sabía cómo Nina había defendido a Caroline—. Ella estuvo en el ataque a la Sociedad, evitó que entraran. Encontraron bombas caseras entre las cosas que los humanos tenían, armas blancas y todo tipo de cosas. Si no los hubiera detenido, no puedo imaginar lo que habría ocurrido. —Él estaba sorprendido.

—Escuché que alguien los había enfrentado y evitó que entraran, pero no sabía que era ella.

—Fue ella y te repito... —puse énfasis en cada una de mis palabras—. Los necesito a ustedes aquí, confío ciegamente en que sabrán qué hacer.

—Bien... —gruñó aún dudoso—. ¿La traerás viva? —Indagó, y fue mi turno para sonreírle.

—Imaginé que querías un tiempo a solas con ella.

—Digamos que sí —dijo haciendo una mueca y una sonrisa malévolamente curvó sus labios—. Pero si Sal lo oye, me matará.

—Tranquilo, te prometo que haré lo que pueda.

Dos horas más tarde entré en mi casa y encontré a Irizadiel al pie de la escalera. Me quedé un momento estudiando su hermosura. Era total e irrevocablemente hermosa.

—Te marchas, ¿cierto? —Ella levantó la cabeza, revelando sus ojos llenos de lágrimas.

—Debemos saber cuánto saben —balbuceó—. Me necesitan.

—Lo sé. —Me acerqué a ella y me senté a su lado. Mi hermana se dejó caer en el escalón y le pasé una mano sobre su hombro, atrayéndola contra mi pecho—. ¿Por qué lloras?

—Por dejarte, por esto —dijo, levantando las manos al aire—. Las chicas, yo...

—Estaremos aquí, esperando —prometí—. Te estaré esperando por eones, si es necesario. —Ella giró la cabeza y me sonrió.

—Gracias, nunca me había sentido tan... *humana* —agachó la cabeza antes de seguir—. Ya sabes, ser parte de algo.

—Eres parte de ellas también —añadí, sabiendo que las elementales la querían tanto como yo.

—No se los he dicho —gimoteó—. No tuve el valor.

—Estarán tristes, y muy, muy cabreadas porque no pudieron despedirse, pero creo que has cambiado sus vidas, incluso la de Hero.

—Es atlante —susurró y me miró—. ¿Lo sabes, verdad?

—Quería creer que no lo era —admití—. Pensé por un momento que no podía ser cierto.

—Lo es —afirmó mi hermana—. Es fuerte y tiene capacidades extraordinarias —asentí en respuesta.

—¿Quién diría que alguna vez llamaría amigo a un atlante? —Confesé riendo.

—No somos lo que nacemos, algunos no tuvieron elección —la miré sabiendo de lo que hablaba. Hero podrá ser descendiente de atlantes, pero más allá de todo, es mi amigo—. Te es fiel hasta la médula y confía en Vatur.

—Él es una caja de sorpresas —declaré en un suspiro.

—Hero es la prueba viva de que somos lo que queremos ser. —Asentí de acuerdo—. No es algo que se lleva en la sangre y nada más. Somos lo que nos creamos. Él creó su vida a base de tozudez y veneración hacia Vatur. La sangre no es nada..., somos nosotros los que tejemos nuestro destino, Nicolás. Como tú, con las chicas —sonreí y la observé—. Esas elementales son lo mejor que pudo pasarte —bufé poniendo los ojos en blanco—. Aunque no lo creas, hermano, te veo... —dijo colocando una mano sobre mi corazón.

—Ve con cuidado —supliqué.

—Lo haré, lo mismo para ti, hermano. —Le di un beso en la coronilla e Irizadiel se levantó y desplegó las alas—. Diles a las chicas que si no vuelvo...

—No te atrevas —imploré en un susurro y tomé su mano.

—Tan solo diles que siempre habrá un ángel velando por ellas.

—Les diré que volverás y podrán ver todas las películas *cursis* que quieran, y comer mucho helado de chocolate —respondí sin siquiera pensar en la posibilidad de perderla. Irizadiel sonrió y asintió.

—*Nomine Vatur, perducat nos ad aeternitatem.* [En el nombre de Vatur, guíanos hasta la eternidad.] —murmuró ella, y respondí poniéndome de pie, apoyando el puño en el corazón.

—*Nomine Vatur* —repetimos, sabiendo que no importaba lo que viniera, siempre estaríamos luchando por la diosa. Ambos nacimos como guerreros y moriríamos del mismo modo. Cerré los ojos para no verla partir y elevé una plegaria a mi madre para que la protegiera, fuera donde fuese.

Caminé vencido hasta la cocina y me dejé caer en uno de los taburetes. Clif debía de estar durmiendo y la casa estaba silenciosa. Ahora, sin las chicas ni Hero ni mi hermana, la casa parecía desierta. El silencio era atronador y no pude más que agarrarme la cabeza. Mi teléfono sonó, tomándome por sorpresa y rompiendo la mudez, lo que casi me hace caer de la silla. *Casi.* Miré la pantalla y vi el número de Zander.

—Zander... —dije agotado. Estas son las horas en las que adoraría dormir.

—¡Eh, Nick!, sueñas cansado.

—Lo estoy —admití—. Hero tiene razón, lo peor de esto es no poder dormir.

—¡Realmente eso es una mierda! —Convino mi amigo.

—Él opina igual.

—Dejé a las chicas en la casa de un amigo —indicó e hizo una pausa—. Pero Vívika insiste en querer hablar contigo. Se siente bastante mal.

—No es el momento adecuado —me froté la frente.

—¡Oh, vamos, Nick! ¡No me salgas...! —Comenzó a protestar Zander, pero lo corté.

—Si no estás haciendo nada importante, mueve tu culo hasta aquí y te lo

explicaré. —Escuché a Zander despidiéndose de un hombre, y un momento después gritar desde la entrada.

—Wow! ¡Esto sí que se ve abandonado! Ahora realmente parecerás esos viejos que habitan en casas enormes...

—Estoy en la cocina —grité maldiciéndolo.

—... Me corregiré, de esos viejos amargados que pinchan las pelotas a los niños cuando caen en su patio —lo oí entrar y lo estudié de reajo—. ¡Te ves como la mierda!

—¡Gracias! Me alegra escuchar tus palabras de aliento.

—¿Qué ocurre? —Preguntó levantando una ceja de forma interrogativa—. No respondes a mi sarcasmo, que es genial por supuesto, y no te inmutas por nada. ¿Es que sufres el síndrome del nido vacío o qué?

—Sufro el síndrome M-I-K-E-L-A —dije deletreando—. ¿Lo conoces? —Expresé sin humor, la amargura transmitiéndose en cada una de mis facciones. Zander se tensó y su rostro se endureció.

—¿La encontraste? —Indagó serio, ya no había chistes ni bromas. Zander había cambiado a su modo centinela, y sus ojos brillaron ante la expectativa.

—Sí, la hallaron —concedí.

—¿Y por qué estamos sentados aquí? —Interrogó tomándose de la mesada—. ¿Qué esperas?

—Iré con la gata que encontramos en el hospital —musité, y aquello pareció un baldazo de agua fría, pues se estremeció y retrocedió unos pasos.

—¿Qué? —Gritó molesto cuando se le paso el estupor—. ¿Por qué? ¡No! ¡No puedes ir con ella!

—Mi madre me lo ha pedido —susurré mientras me hacía sonar el cuello.

—No, no —dijo rodeando la mesada para sentarse a mi lado—. Confío en tu madre, pero con esa maldita... no puedes.

—¡No es una perra, defendió a la Sociedad! —Gruñí.

—¡No! ¡Ella no! Bueno, tal vez ella también. Pero hablo de la otra perra..., de Mikela. Es peligrosa, Nicolás.

—Necesito que te quedes aquí —afirmé—. Y sabes bien que no puedo llevarme a las chicas conmigo.

—¡Nicolás! —Chilló.

—La entrenaré —dije intentando calmarlo—. Estará lista —ambos teléfonos sonaron a la vez, por lo que nos tensamos de inmediato.

—¡Oh, no! —Murmuró Zander con fastidio—. La última vez que pasó algo así, estaba con Hero, y tú borracho...

—Aún debemos hablar de eso... —susurré.

—... Y luego atacaron la casa, la Sociedad, peleaste con Vívika, y todo se volvió

un pandemónium... —Abrí el teléfono para evitar que Zander siguiera con su perorata.

—¿Sí?

—Nicolás, soy Nahima, ¿tienes a mano un televisor? Porque querrás ver esto — ella era la operadora de rescate de la S.A. Una humana que se encargaba de las conexiones de la red y las comunicaciones. Me levanté de un salto y caminé hacia el estudio, con Zander siguiéndome de cerca. Tomé el control y apunté a la pared falsa de madera que se movió a un lado, dándole paso a un costoso plasma de más de un metro y medio de altura y casi dos de largo.

—¿Dónde? —Dije al tiempo que lo encendía.

—¡En cualquier lado! Puedes ver la noticia en cualquier lado. —Nahima sonaba alterada. Eché un vistazo a Zander, hasta que algo volvió a llamarme la atención.

—... *¿qué ocurrió, puede decirnos algo?* —Una rubia llevaba el micrófono y la cámara apuntaba a un hombre que estaba golpeado en el rostro.

—... *sí, ese maldito entró aquí y atacó a mi mujer...* —masculló el hombre, paseando sus ojos de la periodista a la cámara.

—... *¿Él le dijo algo cuando lo inmovilizó?*

—... *dijo que los humanos estamos perdidos, que no hay cura para nosotros.*

—*Pero le dijo algo más... ¿Quién era? ¿Qué hacía?*

—*Dijo que era un hijo de la diosa, que no importaba qué hiciera, la S.A. lo protegería, y que él, bueno, él saldría libre y vendría por mí..., tuvo la arrogancia de decirme su nombre.*

—*¿Su nombre?*

—*Sí, Benjamín, Benjamín Stork.* —El tipo tembló y volvió la vista a la periodista, que ponía cara de terror y miraba a la cámara.

—*¿Benjamín Stork, el director de la S.A.?* —Palidecí y se me secó la garganta.

—*¿Sabe algo más?*

—*Sí, que yo tengo cámaras, cámaras en la casa, por seguridad...*

—*¿Tiene una imagen del que lo atacó...?*

—*No, se movía muy rápido, con total impunidad...* —Unos médicos alejaron al tipo y lo subieron a una ambulancia. En la habitación la temperatura bajó en picada. Por un instante el tiempo parecía haberse detenido.

—*Y aquí lo vemos, señores, la S.A. quien presume de tener a sus agentes y población bajo las reglas y ser un ente de paz y tranquilidad, hoy no lo parece tanto. En un momento mostraremos la imagen de la cámara...*

—*¿Tamara?* —Dijo el tipo que hablaba con la periodista.

—*¿Sí, Tom...?*

—*Se están armando disturbios en ese lugar, tenemos entendido que varios barrios se han armado y esperan un ataque..., este es el segundo ataque a humanos*

en solo dos semanas.

—Aquí todo es confuso, hay muchos curiosos con los que hemos hablado que piensan que lo mejor sería arremeter contra la S.A., de la misma forma en que ellos lo están haciendo, Tom...

—¿Te refieres a armas?

—Se refieren a atacar directamente a la población de oscuros que habitan en la ciudad... —Apreté los dientes y miré a Z.

—¿Nahima estás ahí? —Pregunté sabiendo que ella aguardaba en línea.

—Sí, Nicolás.

—Quiero las imágenes de esa cámara, y quiero saber si se están enfrentando en las calles. —Esto no podía estar pasando. ¡Maldita sea!

—Entendido —respondió automáticamente.

—Nahima... —volví a decir, quería decirle que no era cierto, pero aún no lo sabía.

—Lo sé, esto es una burrada, no creo ni por un segundo lo que dicen... —Ella era humana, incluso podía dudar de nosotros si quería, pero me calmó oír sus palabras.

—¿Dónde está Ben?

—En su despacho —dijo mientras se escuchaba el sonido de varios teléfonos sonando a la vez—. Él fue quien me pidió que alertara a todos los centinelas y agentes fuera de la S.A. Si esto se descontrola deberán traer a todos aquí.

—Envía a los equipos de rescate, que evacúen las zonas donde haya disturbios —ordené.

—Entendido.

Por un minuto fui cambiando los canales uno a uno. Algunos volvían a hablar con el tipo, otros colocaban la imagen de Ben. Muchos canales explicaban el peligro que representábamos para la raza humana y encontré otros mostrando cómo la gente se armaba. Pero lo que más me sorprendió fueron las imágenes de los enfrentamientos. Había un humano con un arma en su mano pisando un cuerpo: el que estaba en el suelo tenía colmillos. Luego otra, el interior de una casa: dos lobeznos y dos adultos, madre y padre, dentro había un hombre tomando del cuello el cadáver del lobo. Se me revolvió el estómago.

—¿Qué haremos? —Preguntó mi amigo, y me giré para enfrentarlo. La verdad es que no sabía cómo proceder, lo único que tenía claro era que debíamos movernos.

—Pon en alerta a los tuyos, y llamaré a las chicas —dije y él asintió.

—¿Hablarás con Ben? —Me preguntó con una mirada sombría.

—Primero hablaré con mi madre.

Zander entró en su casa y encontró a Alex recostada en su sillón favorito, leyendo un libro. Le dedicó una sonrisa cuando lo vio. Aunque no habían arreglado los problemas entre ellos, se alegraba de que al menos estuviera segura, solo le importaba que sobreviviera. Vívika asomó la cabeza desde la cocina.

—No ha venido —gruñó batiendo el contenido de un cuenco.

—No, digamos que la cosa es mucho más complicada.

—Siempre son complicadas, ¿no?, siempre son confusas o peor aún, imposibles de contar —susurró Alex con fastidio.

—¿Prendiste la TV? —Vívika negó con la cabeza y Zander se estiró para tomar el control remoto—. Si lo hubieras hecho, sabrías que todos, salvo los humanos... —dijo mirando a Alex—. Tenemos un gran, gran problema. —La voz del televisor rompió el silencio. Notó cómo la loba se paralizaba y comenzaba a escuchar lo que él había oído todo el camino.

—¿Cómo pudo pasar? —Susurró Vívika, cubriéndose la boca.

—Lo más seguro es que no pueda decírtelo, cariño —masculló Alex con cinismo.

—Sabes, esta actitud me tiene cansado. Puedo entender muchas cosas de este mundo, pero estoy aquí, estás en mi casa, y estoy cuidándole el culo a ambas. Creo que, al menos, podrías dejar el cinismo para después.

—Zander tiene razón, Alex. Hay muchas cosas que no se pueden contar. Mira a mi familia, pasaron casi más de dieciocho años para que me contaran lo que soy.

—Hay cosas que es mejor no saberlas —estuvo de acuerdo Zander.

—O querrás decir que es mejor que yo no sepa —susurró. Zander estaba hastiado. ¿Dónde había quedado la mujer que le había gustado? ¡Por la diosa! De no conocerla, pensaría que ella podía convertirse en una víbora frente a sus ojos.

—Quieres la verdad —dijo cruzándose de brazos—. Hace más de un mes, una humana como tú nos dio por culo a todos. Por su culpa murieron muchos de los nuestros y, no, no confiamos. Ella estaba allí, era cuidada y se encaprichó con Hero y casi mata a Sal... Así que antes de pedir algo, al menos intenta pensar cómo te sentirías si un día alguien que conocieras te traicionara.

—¿Quién es Sal? —Pregunto Alex con interés, ignorando todo lo que él le había dicho.

—Una de las chicas de Nicolás.

—¿Chicas?

—Sí —dijo Vívika al notar que Z podría romperse las muelas si seguía apretando tanto los dientes—. Son algo así como su grupo: él es el jefe, al igual que tú, ¿cierto?

—Dijo mirando a Zander, que asintió.

—¿También tienes otras mujeres?

—¿Te tranquilizaría si te digo que no? Son hombres, o más bien machos, porque no son hombres, en realidad...

—La que los traicionó... ¿causó la muerte de esos humanos? —Preguntó Vívika.

—Sí, y créeme, aún no nos recuperamos del golpe. El ataque que sufrió la casa de Nicolás y la S.A. no nos deja mejor parados.

—¿Eso quiere decir que nos trajiste aquí para protegernos? —Preguntó la humana, y él sintió unas inmensas ganas de matarla.

—Sí. ¿Qué creías? ¿Que quería mudarme contigo y Vívika solo para saber qué se siente ser polígamo? —Alex no le contestó y miró a su amiga.

—Eso quiere decir que Nicolás no nos echó de allí.

—¡Claro que Nicolás no las echó de allí! Sería estúpido y si hay algo que Nick no es, es ser estúpido —dijo defendiendo a su amigo—. Así que si no les molesta ni tienen ningún otro comentario de mierda que hacerme, me retiro.

Se deslizó hasta su habitación y decidió que lo mejor era darse una ducha rápida. No podía hacer mucho por ahora, pero en su mente aún rondaba la imagen de Nicolás con la gata y no le gustaba. Por un momento, quiso reír por la idea de que si Hero lo oyera, lo creería más gay que de costumbre. Abrió la ducha y se desvistió. Dejó que el baño se llenara de vapor y se metió dentro. El agua recorría su cuerpo como caricias, pero no lograba relajarlo. *Las cosas estaban jodidas*. ¿Qué ocurriría si los ángeles se decidían a atacar? ¿De qué lado se pondrían los humanos? Esto sería una guerra de guerrillas. Creyó que solo Vatur podía entender el alcance si llegaba a suceder. Estuvo allí más de quince minutos dejando que su mente se calmara y dedicó unos minutos a corroborar el estado de sus elementales. Zander poseía una unión con los suyos tan fuerte que podía escucharlos en su mente, pero no era solo de ida, pues en caso de riesgos había encontrado el modo de que ellos lo localizaran. Los chicos estaban ayudando en la evacuación, no muy lejos de su casa. Habló mentalmente con ellos unos minutos y, rápidamente, le pasaron el estado de situación. Las cosas no estaban tranquilas, pero, al menos, la ciudad no ardía en llamas. Estaba despidiéndose cuando llegó Alex gritando.

—¡Zander! —Tocó la puerta de la habitación, luego escuchó un portazo y a Alex golpeando la puerta del baño.

—¿Qué? ¿Qué se quema?

—Se ha ido... —chilló ella, abriendo la puerta y asomando la cabeza. Él hizo lo mismo mientras cerraba la ducha y la observó sin comprender. Alex pareció comerlo con la mirada, por un segundo, hasta que logró apartar las imágenes de su cabeza y se enfocó—. Vívika... Estaba decidida a que si Nicolás no la venía a ver, ella iría por su cuenta. Dijo que necesitaba hablar con él, que necesitaba hacerlo y no pude..., no

pude detenerla ¡Maldición!

—¡Mierda! —Z no se molestó en cubrirse. Tomó la toalla a la carrera y empujó a la mujer para llegar hasta su armario mientras se secaba apresurado. Se apuró a cambiarse y salió del cuarto con el cabello chorreándole agua—. ¿Cómo pudo marcharse? No sabe donde vive él, no tiene coche, maldición Alex... —Ella se tomó la cabeza y maldijo—. ¿Qué? ¿Qué no me estás diciendo? —Gritó.

—Ella habló con alguien... —Zander se le acercó peligrosamente. Después de lo que había pasado con Mikela no confiaban en nadie, ni siquiera en ella—. Llamó a su hermano, habló con su familia..., solo su familia. —Él salió de allí pitando. Agarró a Alex de la mano y salió a la calle. La noche estaba instalada. Se metió en su coche, que usaba muy poco, y chequeó que encendiera. Pasaba semanas sin usarlo. Tomó el teléfono y volvió sus ojos hacia la mujer a su lado, que estaba quieta y callada, con la mirada clavada al frente. Bien, al menos algo lograba callarla, pensó con ironía.

—¡Contesta, Nicolás, contesta! —El teléfono sonaba sin parar, pero Nicolás no atendía. Comenzó a dirigirse al centro, colocó el altavoz y deseó poder conectarse con él como lo hacía con sus elementales. La última vez que lo había visto estaba en su casa y había dicho que hablaría con su madre. ¿Qué podría haber ido mal para que no atendiera? Sin saber qué hacer, se imaginó que podría encontrarlo ahí. El teléfono siguió sonando hasta que entró el buzón de voz—. ¡Por la diosa Vatur, Nicolás, responde el maldito teléfono!

—¡Oh, por dios! ¿Qué? ¿Qué es...? —Alex se cubrió la boca, y Zander vio lo que le causaba tanto asco y detuvo el coche de golpe. Sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando vio el tumulto y el humo. Se bajó de un salto y le ordenó a Alex que siguiera llamando; debía hacerlo, pues tenían que encontrar a Nicolás. Corrió hacia la muchedumbre hasta que lo vio: un humano estaba amarrado de brazos y pies y una mujer gritaba y lloraba pidiendo que lo soltaran.

El pánico lo recorrió cuando vio a otra mujer en el piso, cuya espalda estaba surcada por lo que parecían ser latigazos. No era humana. ¡Mierda, esto se estaba yendo de las manos! Llamó mentalmente a sus asesinos: un licántropo, un íncubo, y un cambiaformas. Estaban cerca, pero Zander no podía dejar que siguieran golpeando al hombre. Cuando el tipo con el cable que oficiaba de látigo levantó el brazo, alguien gritó.

—¡Es uno de ellos! —El que había gritado era un chico de no más de quince años, pensó Z, y todas las miradas se volvieron hacia él. Él se desintegró ante sus ojos y reapareció junto al hombre con un cuchillo en las manos, sabiendo que sus asesinos corrían en su ayuda.

—¡Serán acusados por esto! —Rugió, sabiendo que a estas personas no les importaba lo que estaba diciendo, pero debía ganar tiempo.

—¡Malditos sean! —Gritó un anciano levantando una cruz.

—No soy vampiro, viejo, puedes guardártelo —graznó.

—¡Vamos por él! —Gritó alguien, y Zander pensó que si venían por él, aplastarían y pisotearían a la mujer que estaba en el suelo. En un momento fugaz, que pudo durar lo que un parpadeo, un lobo saltó empujando con su cuerpo a los humanos hacia atrás. Se plantó frente a la masa de personas que gruñían, y los humanos se alejaron un poco más, gritando. Otro de sus elementales apareció: el íncubo se detuvo junto al lobo apuntando a los humanos con dos grandes armas. Z cortó las amarras del hombre y, cuando fue por la de los pies, el cambiaformas estaba a su lado.

—Lo tengo —murmuró Furcht, dejando caer el peso del hombre sobre él.

—Llévatelo de aquí. —El lobo era Leiden, y el incubo, Hass. Ellos hicieron retroceder un poco más a la muchedumbre, cuando una mujer, la misma que habían estado sosteniendo, se unió a ellos con un palo en llamas y lo blandió contra los humanos.

—¡Malditos ustedes! Son más animales que los mismos animales, son abominaciones... Miren lo que han hecho. —Los gritos ahogados de la mujer los dejó paralizados. Incluso Leiden dejó de gruñir. Ella seguía gritándoles cosas mientras Zander tomaba a la mujer del suelo. Se escucharon unos bocinazos seguidos de unas frenadas bruscas.

—Llamamos por ayuda —le comunicó Furcht. Los humanos se alejaron un poco más, abriendo paso a los recién llegados: un vampiro y un licántropo en su forma humana, que caminaban apuntando a la muchedumbre con armas paralizantes. Detrás de ellos, otros más. Guardianes entrenados.

—¡Mire lo que le han hecho! —La mujer se acercó a la joven que Z ahora tenía en los brazos. Se giró enojada y gritó—: ¡Sean malditos todos! ¡Malditos por su crueldad..., la maldad habita en sus corazones, habita en sus corazones y serán castigados! —Los humanos parecieron avergonzados por un momento cuando la mujer volvió a levantar el tronco en llamas. Comenzaron a marcharse, perdiéndose entre las casas como si algo los llamara y se escondieron como animales mientras la mujer seguía sollozando—. ¿Qué te han hecho? —Lloriqueó acariciando el rostro de la joven.

—La llevarán a un centro de la S.A. y al hombre también, si es lo que usted desea. —Ella lo observó y soltó el palo para depositar suavemente la mano en la cara de él, sonriéndole entre lágrimas.

—Eres bueno... Ella estará mejor donde la llevan, pero no sé si deberíamos ir, somos...

—Humanos, personas que necesitan ayuda. Si desean ir con ella, pueden hacerlo, los cuidarán. —Ella dudó—. Nuestra promesa ante la diosa nos prohíbe lastimar a los humanos, pues somos guardianes. —La mujer asintió sin apartar los ojos de él—. Está dicho... No la lastimarán ni tampoco a él.

—¿Y quién cuida de que no los lastimen a ustedes? —Susurró casi como si fuera su madre. Cerró los ojos y una lágrima rodó por su mejilla. Un paramédico tomó a la joven y la llevó hasta la ambulancia.

—La diosa lo hace, la diosa Vatur.

—Bendita sea entonces. Iré con ustedes. —La mujer se marchó con la promesa de volver a ver a Zander. Él volvió al auto y vio a Alex parada junto a la puerta del acompañante.

—Vamos, debemos encontrar a Nicolás y a Vívika antes de que intenten matarla. —No lo notó hasta entrar en el coche, pero Alex lloraba—. Estará bien, estoy seguro. —Ella lo observó con los ojos acuosos y sonrió.

Entré en mi habitación momentos después de que mi amigo se marchó. Esta vez no necesité llegar hasta el jardín, ya que mi madre estaba de pie junto a la cama, con la mirada perdida. En su rostro se traslucía su preocupación mientras enroscaba en sus dedos un mechón de su cabello negro, de forma nerviosa. Caminé hasta ella y tomé sus manos.

—¡Dime que no es él y lo creeré! —Musité. Vatur levantó la mirada y se mordió el labio.

—¿Aún lo dudas? —Quise poner los ojos en blanco, pero no pude y tan solo suspiré. Mi madre estaba nerviosa—. No lo ha hecho Nicolás. No fue él.

—¿Entonces quién? —Pregunté soltando sus manos.

—Algo raro está ocurriendo —susurró estrechando los ojos—. No logro descifrar aún qué, pues los designios me son ocultados, la forma no me es revelada...

—... En la forma en que solo mi padre sabe hacerlo, ¿cierto? —Completé, y ella asintió, apartando la mirada.

—Debí buscar un buen padre para ti, debí encontrar... —Su voz se quebró y la tomé por la barbilla y la miré.

—Tal vez Hero tenga más razón de lo que cree. Te diré algo que él me dijo a mí, hace unas horas. *«Creo que tienes que aprender que, a veces, hasta los dioses se equivocan. Debemos aprender de nuestros errores, no huir de ellos»*. —Vatur me observó, y una sonrisa tironeó de la comisura de sus labios.

—Es más sabio de lo que cree.

—Sí, lo es —concedí.

—Los ángeles han vuelto —indicó mirando hacia la ventana—. Están aquí y quieren luchar.

—Nosotros también lucharemos, madre, ahora no estás sola.

—Lo sé —afirmó y sonrió nuevamente.

—¿Qué haremos con Benjamín? —Murmuré, preguntando lo inevitable.

—Por ahora, lo llevaré conmigo —dijo, y supe que en otras circunstancias habría protestado, pero esta vez tan solo asentí, sabiendo que si algo le ocurría a Benjamín, mi madre estaría destrozada—. Se quedará conmigo el tiempo necesario —exclamó levantando la barbilla.

—¿Sabes que es peligroso, verdad? —Pregunté.

—Sí, lo sé..., pero debo hacerlo, al menos el tiempo que su alma humana aguante —y se retorció las manos, nerviosa.

—Bien —afirmé e iba a marcharme cuando ella me detuvo, sosteniéndome la mano.

—Quiero que envíes a Hero a la Sociedad —expresó con una mirada extraña.

—¿A Hero? ¿Por qué?

—Porque confías en él. Si vas tras Mikela, no podrás estar en ambos lados a la vez. —Sabía que tenía razón, pero ¿podía pedirle eso a Hero? ¿Podría ponerlo al frente de cualquier cosa que pudiera ocurrir?—. Él es fuerte, es poderoso.

—No lo sé, madre —murmuré pensativo—. ¿Qué pasa si vuelven a atacar la Sociedad?

—¿Crees que no podrá defenderla, o tomar las riendas?

—Dame unas horas... —supliqué—. No sé...

—Tú te irás, pero yo estaré con él. Necesito un rostro para la Sociedad, no puedo presentarme ante los humanos, ¿sabes lo que eso crearía?

—¿Y usarás a Hero? —Recriminé con un gruñido. No necesitaba mirarla para saber que mi voz había salido con tanto odio, que me era imposible creer que fuera mía.

—¡Nicolás!... —me reprendió. Pero aun así no podía dejar de pensar. Lo usaría, lo pondría en riesgo, lo usaría para que fuera su rostro sin importar qué le pudiera ocurrir. La amargura subió por mi garganta y un nudo se instaló en mi pecho.

—Hablaré con él —dijo ella, y levanté la cabeza y la estudié—. Tráelo aquí, déjame explicarle los peligros que correrá, déjame explicarle por qué él.

—Creo que puedo hacerlo solo, madre —añadí con amargura—. Además, ¿en qué cambiará? Lo dice la gran diosa Vatur, él no podrá negarse sin que caiga sobre él el peso de la traición por desafiarte.

—¡No lo obligare! —Chilló, y quise reír. Claro que no; pero, si no lo hacía, tendría un gran peso sobre sus hombros y, si lo hacía, en este momento podían cortarle la cabeza—. Si es de eso de lo que me estás acusando, yo haré algo más —asintió sin humor.

—¿Qué harás? ¡Dime! —La frustración me asaltó por completo—. ¡Maldición, madre! ¡No puedo hacer eso! No puedo mandarlo así. ¡Es mi amigo, madre!, no

permitiré una locura... —No pude seguir hablando. Vatur me dio una bofetada que me giró la cara.

—¿Crees que podría mandarlo a matar? ¿Crees que no sé qué significa para ti? ¡Pues estás equivocado! El único lugar seguro al que todos correrán es a la S.A. y quiero a Hero, Sal, Carim, Eva, Zander e incluso al vampiro que tienes de mayordomo allí. ¡Nunca permitiría que ocurriera de nuevo, primero prefiero morir a verte sufrir en soledad, Nicolás!

—Espero —dije, mirándola a los ojos de una forma en la que nunca la había enfrentado— que así sea madre. *Espero que así sea* y que las Moiras no me jueguen una mala pasada esta vez. Tan solo eso pido.

Cuando ella se marchó me tiré en la cama, maldiciendo por no poder dormir, y una hora después me levanté aún más molesto. Me coloqué un conjunto de ropa deportiva y me puse en marcha en dirección a la S.A. Tal vez lograra hablar con Ben antes de que mi madre lo llevara con ella. Además, aún quedaba el asunto de Hero en la Sociedad.

Puse la música de siempre y me concentré en la carretera. La autopista estaba bastante concurrida, me detuve en un semáforo y levanté el volumen hasta que el sonido de los acordes y la gruesa voz de Chad Kroeger ocuparon el vacío del interior del coche. Comencé a tararear la canción de Nickelback, *Gotta Be Somebody* y me encontré cantando una canción que conocía hace mucho, pero hasta hace poco no era más que una melancólica canción. Tarareé las últimas estrofas, afligido y sin saber qué hacer. Me dirigí por el camino a la Sociedad y mi mente dejó de lado la música cuando vi unas lenguas de fuego elevándose hacia el cielo. Mi eterno corazón palpité con fuerza y pisé el acelerador. Me calmé cuando noté que las llamas se encontraban en el linde exterior de la S.A.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Y más silencio. Y luego, nuevamente, oía esa voz exasperante.

—¡Alitas, alitas, alitas!, no amas las alitas, Phillipe. —Levantó la cabeza solo para verla pavonearse frente a él—. Yo amo mis alitas, ¿tú no? —Está loca, pensó Phill cuando la vio bailar frente a sus ojos.

—Hermes dice que tal vez tú y yo podríamos dominar al mundo un día... ¿Te lo imaginas? ¿Te lo imaginas, Phill? Sería hermoso..., muy, muy hermoso... ¡Ah! Alitas, alitas, alitas...

Hermes, el maldito, lo había visitado un par de veces, lo había torturado hasta el cansancio. Él quería saber cuál era el elemento que hacía a Salomé tan especial. Estaba claro que sabía que su sangre curaba, su sangre podía sanar a muchos; pero, aun así, no sabía qué era lo que lograba que ella fuera especial. Su hijo, Nicolás, no le permitiría llegar a ella y lo odiaba por eso... Había aprendido que Nicolás era más poderoso de lo que creía... Incluso en la fiebre había hablado con la diosa y había preguntado aquello que, en otro momento, no se habría atrevido a preguntar.

—¿Escuchaste lo que dije? —Mikela se acercó hasta él, con sus pasos danzarines y achicó los ojos sonriendo. Aquella sonrisa era hermosa, pero escondía un veneno mortal para todo el que la tocara. Parecía cálida y, aun así, él había visto el odio y el rencor; todas las emociones más perversas. No lo había torturado físicamente, pero había descrito para él, una a una, las cosas y las formas que haría para matar a Salomé. *Salomé*. Todavía pensaba en ella, había valido la pena. Era algo especial en este mundo caótico. Ella no lo había condenado a esto, había sido él; pero, al menos, la había conocido. Por momentos se preguntaba qué habría pasado con Irizadiel. Deseaba que alguien le dijera algo de ella, una mínima pista de que el ángel que había amado estaba vivo. Pero nadie lo hacía. Mikela reía cuando le preguntaba, y Hermes la descartaba como una charla sin importancia.

—¿Me oíste Phill? —Repitió Mikela. ¡Maldición! Desearía no hacerlo, pensó—. Tan solo debes intentarlo, deja todo eso de salvarlos, ¿de qué te sirvió? ¿Han venido a buscarte? —Mikela negó—. No, no lo han hecho, sin embargo, aquí estas.

Le hubiera gustado decirle que Vatur sabía de él. Había hablado con ella, la había

visto. Hermosa como siempre, la diosa acudió a sus plegarias y le demostró que no se habían olvidado de él. Todos lo buscaban, incluso Hero... y Salomé. Pero nunca le contaría eso a ella.

Cerró los ojos y se dejó caer. Sus manos estaban atadas, con los brazos extendidos; y sus piernas, del mismo modo, amarrados al piso, formando una cruz, como la imagen del Cristo crucificado que los humanos veneraban. Lo tenían así hacía semanas, por lo que sus muñecas y tobillos ya no dolían. Los primeros días había luchado y luego se había resignado a morir torturado por Hermes, pero todo cambió cuando la diosa vino en sus sueños. Había acudido a él unos días atrás y le dijo que estaban cerca. Que esperara. Y eso hacía.

—Odio cuando me ignoras, al menos dime qué opinas.

—Opino que estás loca, Mikela. —Levantó nuevamente el rostro para enfrentarse a ella—. ¿Qué pretendes?

—Tan solo... mírame —murmuró, acercándose hasta pegar su cuerpo contra el suyo y sus labios a su oído—. ¿No soy bella? —Él no respondió y ella se alejó unos pasos y, sin apartar la mirada, se desvistió, dejó caer sus ropas y quedó parada frente a él—. ¿Acaso no soy bella? —Repitió. Phill la estudió un momento. Su cabello rubio caía sobre sus hombros. Estaba más delgada que antes, con aquellas alas horrorosas y deformadas, como si hubieran sacado antes de tiempo a una mariposa de su capullo, totalmente grotescas. En su rostro, los pómulos sobresalían demasiado. Su boca, que ahora tenía colmillos, era una fina línea descolorida; pero eran sus ojos lo que más lo impresionaban. Aquellos ojos sin vida, brillosos de poder y de odio.

—Eres un lobo disfrazado de cordero... —respondió y apartó la mirada. Ella sonrió, y se giró dándole la espalda.

—Los lobos no tienen alas, Phill... —Retrocedió hasta que las membranas grotescas que colgaban de su espalda se apoyaron en su pecho—. Tan solo tienes que intentarlo..., tan solo si me tocas, Phill, si me besaras, juntos tendríamos la eternidad.

—Tus alas son inertes..., no son alas...

—Al menos tengo unas..., no como tú, a quien se las han cortado y..., déjame pensar —dijo al tiempo que se giraba y se golpeaba la barbilla con el dedo—. Ah, sí, te las cortaron por Salomé y caíste..., pero ¿qué hizo ella por ti? —Pasó los brazos por encima de los hombros de él, y frotó sus pechos desnudos contra su pecho mientras le besaba el cuello y le susurraba al oído—. ¿Qué hizo ella por ti? Vamos cariño..., hazme tuya, tómame, tómame con todo ese odio que le tienes y hazme el amor.

—Yo no la odio, no hay odio dentro de mí —gruñó. Nunca lo habría. Había esperado mucho tiempo para conocerla, para estar cerca de ella. Claro que no la odiaba. Vatur le había advertido de esto hace siglos y, sin embargo, él adoraba a Sal

inconscientemente. Ahora debía vivir con ello—. Y nunca te amaría.

—Me harás obligarte. ¿Cierto? ¿Te gustaría? —Él tragó con fuerza. No podía lastimarla. Incluso si quería morderle la oreja, que era el máximo movimiento que lograría, el golpe le sería devuelto por el encantamiento que Hermes había puesto sobre ella. Ahora tan solo le quedaban días..., cuando sus alas estuvieran listas, el conjuro moriría y podría atacarla, pero, por ahora, lo único que podía hacer era soportarla.

—Tú y yo, generando un nuevo mundo... Sabes lo que ha dicho Hermes..., prometió que te devolvería tus alas si tú tan solo... —Se frotó con fuerza contra él y se colgó de su cuello, enrollando las piernas en su cintura. Sus ataduras tiraron haciendo que gruñera—. Te librarías del dolor..., vamos... —Ella ronroneaba en su oído cuando Hermes entró. Mikela ni se molestó en bajarse, tan solo giró el rostro para verlo.

—¿Están reconciliándose? —Curioseó jocoso.

—Phill me está evitando nuevamente —lloriqueó ella.

—Dejará de hacerlo en un tiempo, tan solo dale tiempo, mi querida, haremos los tres un mundo nuevo. El hijo de un caído y un ser totalmente nuevo.

—Tomaré venganza... por ti —dijo ella, y Phill sintió que se le helaba la sangre—. La mataré por lo que te hizo y recobrarás tus alas cariño.

—¿Qué le has prometido esta vez, Hermes? ¿Con qué mentiras le has ido ahora?

—¿Yo? —Preguntó indignado, con cara de incredulidad—. Le he dado lo que nadie le dio y, a ti, por ti, haré lo mismo...

—No crees que te detendrán, ¿cierto? —Dijo, esbozando una sonrisa para luego mirar a Mikela—. ¿Le pediste que te cuente el resto?

—¡Oh, cariño! ¿Te preocupas por mí? —Mikela le dio un beso en los labios antes de que pudiera esquivarla—. ¿No es lindo, Hermes? —Las rodillas de Phill fallaron y casi cayó. Mikela se bajó y observó a Hermes—. Deberíamos ayudarlo, míralo. ¡Oh, cariño!

—Hazlo, no me importa —dijo el otro con desdén. Mikela soltó las amarras de los pies y lo liberó. Lo libró primero de un brazo y luego del otro, pero Phill sentía la coacción del hombre. Fue arrastrado hasta una cama donde lo acostaron y volvieron a amarrarlo, ya casi sin tanta fuerza. Mikela se sentó a su lado. Esquivó su mirada y miró el muro hasta que se marchó. Por un rato clavó su vista en el techo, sin pensar en nada, hasta que una mano cálida tocó su cuerpo. Pensó que Mikela había vuelto sin que la oyera, pero cuando giró el rostro para ahuyentarla, allí estaba Vatur. Quiso hablar con desesperación, pero la diosa levantó su mano y lo detuvo y, sin saber cómo, se quedó sin habla. En su mente le pidió que hiciera silencio.

—Calma, ya todo estará bien —susurró con una voz dulce y melódica. Una sonrisa se formó en la cara de la diosa y sus ojos destellaron una ternura que hizo que

el corazón de Phill latiera a mil. Una sensación de alivio lo recorrió y su cuerpo se relajó. Paz, pensó. Tal vez la diosa había venido a sellar su muerte, tal vez venía a sacarlo de esta agonía. Pero ella se veía diferente, muy distinta a la forma inmaterial que había visto antes.

Suspiró y el cansancio se desvaneció, como si no hubiera dolor, como si nunca lo hubiera sentido. Aquella calidez de energía lo invadió, dejándolo limpio y puro, como si el daño que le habían hecho no hubiera dejado marcas. Notó que podía mover la cabeza, observó a la diosa y tras ella apareció una doxy. La pequeña mujercita no debía medir más que un medio metro; aun así, sus ojos vibraban de astucia y de poder. Vatur seguía sonriéndole, por lo que no necesitó más que eso para relajarse por completo. La mujercita tomó su pie y lo hizo estremecer por el choque de energía, como una cosquilla que le transmitía de los pies a la cabeza.

Las doxys eran una especie hermana de las hadas, y él nunca había visto una, hasta ahora. Como las hadas, tienen una figura humana, solo que estas poseen un pelaje oscuro, además de contar con un par extra de manos y piernas que las hacen ver espeluznantes. Pero allí, junto a Vatur, tan solo parecía una niña curiosa; sus alas eran similares a las de los escarabajos: gruesas, de color oscuro como el pelaje y con vivaces ojos amarillos que parecían llamear con fuerza. La mujercita posó sus cuatro manos sobre sus piernas, transmitiéndole una sensación de exquisita energía.

—Todo estará bien, Phill —murmuró Vatur.

—¿Es la hora de mi muerte, cierto? —Preguntó aliviado de que la diosa hubiera venido por él.

—No, no lo es..., es la hora de tu vida... —dijo, y Phill la miró sin comprender. ¿Su vida? ¿Qué quería decir con eso?

Las amarras que lo sostenían se soltaron poco a poco y fue la diosa quien, como a un hijo, lo ayudó a moverse. Cuando logró sentarse en la cama, la doxy lo soltó para posar una mano en su brazo. Él le sonrió al sentir nuevamente cómo lo llenaba de energía; mirándola a los ojos, parecía una niña. Echó una mirada al cuarto y vio un enorme cíclope junto a la puerta. Estaba seguro de que ni en sus sueños había visto uno, pero estaba convencido de que si Vatur los había llamado no había nadie mejor para custodiar la puerta, ya que el cíclope medía más de dos metros, por lo que debía permanecer con su cabeza reclinada para no chocar con el techo. Su ojo, ubicado en el centro de su cara, lo observó un instante. Era tan fuerte, tan grande y tan hostil que Phill pensó que, tal vez, esto tan solo era un sueño.

—Muévete despacio —le indicó Vatur al oído y él lo hizo. Si era un sueño, era uno muy hermoso.

—Hermes esta aquí —alcanzó a decir cuando su cuerpo respondió. Aún sin fuerzas, debía alertarlos, debía decirles que quien lo capturó se encontraba cerca. Podría lastimar a Vatur, podría lastimarlos a todos, incluso a la doxy con ojos de niña

traviesa. La diosa pareció entenderlo y con una mirada tierna le dijo:

—Sí, lo sé, tranquilo. —Le acarició la frente y, ayudada por un golem a quien no había visto aparecer, lo pusieron de pie—. Pero él no es el único en el arte del engaño —dijo la diosa y apuntó sus ojos a una mujer ubicada junto a las cadenas con las que lo habían atado durante días.

—¡Pobre de ellos! ¡Eres generosa, Vatur..., muy generosa! En mis tierras, esto se pagaría con sangre, ríos de sangre —susurró la mujer y aquellos ojos violetas se posaron un segundo sobre Phill.

—No me creas tan generosa, Maya, podría sorprenderte. —La mujer sonrió con complicidad a Vatur y desvió su mirada hacia él.

—Hermes es un embustero, nefilim, pero yo soy Maya, la diosa del engaño —sonrió y lo hizo estremecer. Había oído sobre la diosa Māiā que, según la literatura puránica, es hija de Ánrita y su madre es Nikriti.

Phill había escuchado por siglos de ella, pero nunca la había visto. Sabía por varias religiones hindúes que Maya es la deidad principal que manifiesta, perpetúa y gobierna la «ilusión» y el sueño de la dualidad en el universo de los fenómenos.

—Ni siquiera él es tan bueno..., todo será un gran sueño —volvió a sonreír, pero esta vez parecía compadecerse de él. Phill se miró y suspiró. Las marcas se habían ido. Volvió sus ojos a la doxy.

—No más, no más daño..., ¿ves? —Dijo ella sonriendo y exponiendo dos hileras de dientes filosos.

—Te lo agradezco... —Ella se sonrojó, o algo parecido a eso.

—Vamos —susurró el golem.

Lo sostuvo con todo su cuerpo y lo arrastró hasta una pared. Los golem son figuras del folclore medieval, y fueron creados por personas creyentes y cercanas a Dios, aunque no terminaba de descifrar a qué dios pertenecían. Phill nunca habría pensado que la bella Vatur pudiera crearlo. Como Adán para los humanos, el golem es creado a partir del barro, insuflándole después una chispa divina que le da vida. Solo los dioses poseían esa chispa divina, solo aquellos que tenían el poder de un dios podían controlar la creación. Se decía que los golem eran seres carentes de alma, pero Phill comenzaba a dudar de esas afirmaciones cuando, con cariño y cuidado, lo tomó en brazos como a un niño pequeño y le sonrió.

—¿Cómo saldremos de aquí? —Murmuró, intentando encontrar con la vista a Vatur.

—No lo olvides, Phill, *«todo es mente, el universo es una creación mental, como un sueño»*. —Acarició su cabello rubio—. *«Los pensamientos pueden convertirse en sueños»*. —Él lo sabía. Todo lo que crees, creas, si piensas cosas buenas, ocurrirán, y si crees cosas malas, también ocurrirán—. Y *«como es arriba es abajo, como es abajo es arriba»* —dijo Vatur, repitiendo uno de los principios del hermetismo.

Terminó de decir esas palabras y colocó una mano sobre la masa de piedra frente a ellos. Phill vio cómo un hueco comenzaba a formarse y las partículas se separaban, apretándose en los extremos del hueco para dar paso a una luz cálida.

—«*Nada permanece inmóvil; todo se mueve; todo vibra*» —dijo recitando el principio de *Vibración*, y dio un paso al frente, al vacío que no esperaba encontrar. Como ella, el golem la siguió sin miedo, sin siquiera mirar una vez hacia abajo. Estaban en algún lugar alto y, aun así, cuando el golem salió, no cayó, sino que flotó con él en brazos, sin problemas. Detrás de ellos vio salir volando a la doxy que lo había curado; sus alas de escarabajo se movían tan rápido que casi no las podía ver. Luego, la diosa Maya se paró junto a Vatur y, moviéndose, todos observaron cómo el muro volvía a constituirse en una masa cerrada ante sus ojos..., y en ese momento notó que sus ojos se cerraban.

—Duerme, nefilim, duerme. —Phill no pudo distinguir si era la voz de Maya o de Vatur, pero la calidez y el cansancio se hicieron de su cuerpo y se sintió caer en un sueño profundo—. Duerme, nefilim..., todo estará bien... Morfeo... te cuidará..., duerme y ve con Morfeo. —Una sonrisa se formó en su rostro antes de que los brazos de Morfeo lo tomaran.

En algún lugar del Olimpo

¡NOOOO! ¿Cómo? MALDICIONES...

Los gritos se escucharon en todas las direcciones, pero nadie dijo nada, ningún ser levantó la voz. Nadie corría hacia la fuente de aquel horrible grito. El sonido de objetos temblando se esparcía en las cuatro direcciones, y no había ningún ser que se atreviera a contrariar al dueño de los gritos en aquel páramo alejado del Olimpo. La furia de Hermes se propagó espantando a todos, menos a la mujer rubia que tenía frente a él.

—¿Cómo pudo escaparse? —Ella se acurrucó, escondiendo su mirada de la de Hermes—. ¿Cómo? —Volvió a gritar él, caminando de lado a lado, en aquel lugar que ahora parecía más un infierno que un rincón del Olimpo.

—No lo sé..., simplemente... —sus palabras eran un tintineo histérico.

—¿Qué? —Le dijo, levantándola del brazo como si fuera una muñeca—. ¿Tú qué? —Preguntó de forma brusca.

—Ya no estaba allí, él no estaba allí, es como si se hubiera desvanecido. —Hermes contuvo el aliento como esperando que dijera algo más, pero Mikela parecía haber perdido la capacidad de hablar. Las alas se arrastraban por el suelo y su cuerpo era una gelatina temblorosa.

—Señor —susurró un enano que entró, bajando la cabeza y temblando. Hermes se giró apuntándolo con el dedo, como si fuera una varita mágica que podría destrozarlo en mil pedazos. El enano hizo lo mismo que Mikela, se agachó hasta estar de rodillas frente a él, solo que pegó su frente al piso y no volvió a mirarlo—. Señor..., señor, por favor —suplicó.

—¡Habla! ¡Habla, maldición! —Lo pateó al costado, haciendo que el enano soltara el aire de golpe. Mikela no se atrevió a mirarlo nuevamente, pues estaba tan débil, tan frágil como una mariposa y lo sabía, tanto que no se atrevía a retar al semidiós que tenía frente a ella. Se decía que Hermes era hijo del dios Zeus. Guiaba a las almas de los muertos hacia el submundo y se creía que poseía poderes mágicos sobre el sueño. Pero también sabía que era un peligroso enemigo, embaucador y ladrón. Se decía que el día de su nacimiento había robado el rebaño de su hermano Apolo.

—Fue ella, Vatur. Vatur estuvo aquí, mi señor. —Hermes contuvo el aliento. La diosa de los malditos no podía entrar así como así a sus aposentos, menos sin que nadie lo supiera. Alguien le había dado acceso. Alguien que pertenecía al panteón del Olimpo.

Eso era malo. Muy malo.

Si los dioses se enteraran de lo que él estaba haciendo, esta vez no tendrían clemencia con él. Si Apolo se enteraba, ¿qué haría con él el dios de la profecía, si conociera sus planes? ¿Lo dejaría vivir? ¿Tendría clemencia como la vez que vio, de casualidad, el futuro de una mujer humana, Dora, que sería crucial en la vida de su hijo? Apolo había alertado a Artemio y ella la había protegido, enviando un mensaje a la misma Vatur para que enviara a alguien a salvarla, y así había sucedido. El maldito le había dado a Dora el don de la vista. Hermes no había creído aquello hasta que lo vio. Se decía que solía otorgar el don de la profecía a aquellos mortales a los que amaba, como a la princesa troyana Casandra o como a la humana. Apolo le había dicho: «Esto es un regalo para ella y un castigo para ti. Siempre podrás saber más que tú».

Esta vez lo matarían..., esta vez... no habría piedad.

Vatur podía ser muy persuasiva, y si alguien se enterara de sus planes, si alguien averiguara que era él quien estaba tras la rebelión de los ángeles del Cielo, estaría muerto. Debía encontrar otro sitio y llevar a Mikela a la Tierra tal vez sería un error, pero era algo que debía hacerse. Observó a la mujer a la que le había regalado unas bellas alas negras como su corazón, y recordó el rostro de Vatur y, por primera vez, después de mucho tiempo, Hermes tembló.

Entré en la S.A. evitando el tumulto de la entrada, ya que había gente con pancartas que reclamaban por justicia. Me metí tras las rejas maldiciendo la situación. Si había una cosa que la S.A. odiara más que los oscuros rebelándose, era que los ojos de la ciudad cayeran sobre nosotros. El aire fresco me recibió en cuanto traspasé la puerta de ingreso. Era tarde, la Sociedad parecía quieta, inmóvil, pero siempre esperando el próximo golpe.

Porque siempre los había. Tal vez no hoy, no esta noche. Pero llegaría. De eso estaba seguro.

Detrás del mostrador de entrada, una rara ghoul me sonrió. Era un tipo de demonio parecido al súcubo, que recibía a los visitantes nocturnos, que no eran muchos; pero, aun así, siempre había alguien vigilando. La saludé con la mano y continué caminando hasta internarme en el laberíntico edificio. Me dirigí hacia la zona de oficinas e ingresé en un recibidor muy pomposo, como todo lo que Ben hacía. Nunca superaría su aire burgués. Noté que la secretaria de Ben se levantaba al verme. Lucía demacrada, pero igual sonrió.

—¡Eh, Shad! Te ves como el demonio —bromeé.

—Gracioso, gracioso. ¿Qué? ¿Has comido un payaso hoy?

—Eso es raro, algunas veces desayuno limones... —Ella soltó una risita.

—Déjame adivinar —tamborileó los dedos en su barbilla—. ¿Esa es Eva? Sí, es un comentario típico de Eva. Esa lobita se las trae.

—¡Sí! Has adivinado —admití y le sonreí—. Necesito hablar con Ben.

—Imposible... —respondió tajante.

—¿Qué?

—Que no puedes —afirmó—. Está en una reunión.

—¡No me importa! Necesito hablar con él ahora.

—Pero no puedes. —Noté que ella se ponía nerviosa—. Está hablando con *tú sabes quién* —dijo sin atreverse a nombrarla—. No puedo decirlo y lo sabes, Nicolás Ikkar. —Lo miró estrechando los ojos de una forma muy graciosa, que la hacía ver aniñada.

—¿Hace cuánto tiempo está en reunión con la diosa?

—Me dijo... —miró su reloj—. Hace dos horas pidió que nada ni nadie los interrumpiera. Que si alguien quería hacerlo, lo detuviera o llamara a seguridad y lo redujeran. ¡Me puso al mando, Nicolás! —Casi sonó horrorizada—. Bueno, él me dijo que debía estar a cargo —asentí con preocupación al ver cómo ella se sofocaba.

—Tranquila, Shadow, todo se solucionará —dije apoyándole una mano en el

hombro—. Estaré en el gimnasio, ¿me llamas cuando termine? —Ella asintió.

—Claro, Nicolás..., es bueno tenerte aquí; es, ya sabes, como los viejos tiempos. —Ella tenía razón. Cuando Sal era joven, yo había vivido allí por años y ni siquiera me atrevía a admitir que, a veces, extrañaba ese mundo especial que envolvía a la S.A. Era un mundo diferente. Estar allí significaba estar rodeados de los míos, no había problemas ni miradas desconfiadas.

—Tranquila... —repetí.

—¿Has visto a los que están allí afuera? —Me preguntó.

—Sí, pero por ahora todo está bien. Mientras no crucen esa barrera, estaremos bien y si entran, estaré aquí y tomaré las riendas. —Ella lucía aliviada.

—Gracias..., de verdad, o sea, tú sabes que no permitiría que ocurriera nada, pero al final de cuentas, soy una simple... humana.

—No eres solo una humana, Shad, hay muchos aquí que harían cualquier cosa por ti —dije, y era completamente cierto. Incluso creo que Ben pondría las manos en el fuego por ella.

—Lo sé, pero bueno, al final, moriré primero si atacan... —masculló con tristeza.

—Eso no pasará. —Le acaricié la mejilla como a una niña.

Mirándola, pensé que si sobrevivíamos a este caos, tal vez, algún día hablara con mi madre en nombre de Shad, una humana que no tenía un lugar en el mundo, como Dora, como Caroline. No era aceptada por los humanos y no era un oscuro, y eso dejaba una brecha peligrosa. Aquellos humanos valían tanto como los oscuros que allí habitaban, pero ella tenía razón, había muchos que sobrevivirían al ataque de los humanos, pero ella corría con desventaja. Tal vez algún día hablara con mi madre por ella.

—¿Entrenarás? —Preguntó, sacándome de mis cavilaciones.

—Sí, creo que me vendrá bien aceitarme un poco. —Ella sonrió cuando moví los brazos como molinetes y me sonaron los huesos.

Shadow era una de esas mujeres a las que adoraba. Nunca se me había insinuado, lo que la hacía adorable, ya que no tenía que cuidarme de que me tocara el trasero; y, además, siempre actuaba como si fuera su hermano mayor. Cuando había comenzado aquí, corría en mi búsqueda cuando no entendía algo. Como muchos, había sido rechazada por la sociedad humana por tener relación con los oscuros; sin embargo, ella no los odiaba, respetaba a ambas razas y eso la ponía en una situación difícil.

—Cualquier cosa me llamas, ¿de acuerdo? —Le dije.

—Sí, tranquilo. ¡Ufff...!, es relajante saber que estas aquí. —Se desplomó en su silla como si un vagón le hubiera pasado por encima. Sonreí y salí de allí saludándola con la mano.

Me dirigí al gimnasio, una de las zonas aisladas del ruido. Las familias, en su mayoría, dormían, menos los nocturnos que tenían un ala en la que podían hacer todo

el ruido y, aun así, mantener la paz con los que eran diurnos, como los lobos, los gatos y las otras especies. Llegué y me metí en los vestidores. Tomé un par de guantes de boxeo y fui hacia la zona de entrenamiento. Moví el cuello y noté que sonaba. Debía serenarme. En estos momentos desearía poder leer la mente y saber de qué hablaban mi madre y Ben. Me coloqué los auriculares para intentar erradicar esa sensación de molestia que tenía y traté de enfocarme en entrenar, en pensar en otra cosa, como las personas que se agolpaban en las afueras del alambrado. En mi mente rondaban las palabras de Vatur con respecto a Hero. Aún no se lo había dicho. Me sentía un poco traicionado por mi madre y, a la vez, un embustero. Hero es mi amigo, lo había conocido hace poco y no podía pensar en colocarlo al frente de la Sociedad, no porque no pudiera, sino porque no quería ponerlo en ese riesgo. Esquivé rotundamente las canciones tranquilas...

En la pantalla digital se leyó: Artista: Evanescence / Canción: *Bring Me to Life*.

Cuando la música comenzó a sonar, empecé a golpear la bolsa sin parar, buscando dar un buen golpe mientras los acordes y la voz de Amy Lee se colaban en mis oídos como un elixir. Aquella canción marcaba el ritmo de mis movimientos. Empecé a moverme al compás de la música y, con la respiración agitada, me esforzaba en buscar la mejor postura, colocando el cuerpo de la forma correcta, estimulando que mis pies se movieran, manteniendo la técnica. Pasó ese tema y, a continuación, otro, hasta que noté que alguien me observaba. Nina estaba sentada en la escalera. Me quité los aparatos y me sequé el sudor que corría por mi frente.

—¿No puedes dormir? —Preguntó ella, observando el lugar.

—No, ¿y tú?

—Nada, es la adrenalina, creo. Ben dijo que podía tratarse de los cambios que está sufriendo mi cuerpo y la adaptación a ellos. Dice que, bueno, los gatos no son completamente nocturnos..., yo solo...

—Nina, nunca me dijiste cómo ocurrió —dije mientras me acercaba un poco más a ella.

—¿Tiene importancia? Esto es lo que soy ahora. ¿Qué importa lo que ocurrió?

—Importa —dije con énfasis, y ella se mofó—. A mí me importa —expresé, pero esta vez lo dejaría pasar. Esta vez.

—¿Por qué? Sé que... —enmudeció de golpe y sus ojos se clavaron en el piso de goma—. No importa.

—Vamos a ver... —Ella levantó aquellos ojos curiosos y me observó—. Te enseñaré primero lo que debes saber.

—Golpes, ¿no?

—Después, unos golpes —concedí.

—Genial, ¿comenzamos nuestros entrenamientos? —Eché un vistazo alrededor y levanté los hombros.

—¿Por qué no? Tú no puedes dormir y yo tampoco. Creo que me vendría bien.

—Bien —dijo, y se levantó.

—Hay cosas que debes saber... La mayor parte de nosotros muere si se le arranca la cabeza, ¡simple! Cortas la cabeza y, salvo que tenga algún modo de ponerla en su lugar, no importa qué sea, no se unirá.

—¿Y los alados? Como esos ángeles que me atacaron...

—Bueno, ellos son más complicados —dije haciendo una mueca.

—¿Complicados como... mejor corre y luego pregunta?

—Exacto —dije sonriendo.

—Pero tú puedes matarlos —afirmó.

—Es distinto.

—Ah, es un superpoder de ser centinela de la S.A., ¿cierto? Como una superfuerza o algo así. —Aquel simple comentario logró que comenzara a reír a mandíbula batiente—. ¡¿De qué te ríes?!, Nicolás... —me dio un empujoncito en el brazo, queriendo parecer ofendida.

—Lo siento —me disculpé, intentando volver a lo que decía.

—No, no lo haces. —Nina se cruzó de brazos.

—La cosa es... si ves un ángel, corre.

—Bien. ¿Qué más? —Exigió curiosa, y lo pensé un momento.

—Tenemos un juramento: una vez que entras a la S.A. está prohibido matar humanos. —Ella quiso acotar algo, pero la detuve—. Salvo que pongan en riesgo tu vida, si no, no puedes.

—¿Las reglas son no matar humanos?

—Las reglas son: a) serás fiel a Vatur; b) hagas lo que hagas, la vida de los humanos es valiosa; no importa cuán inmortales seamos, ellos son lo primero.

—¿Por qué? —Preguntó irritada.

—Porque es la ley impuesta por Vatur —respondí.

—Y ¿eso le ocurrirá al que me atacó? —Preguntó, y miró sus manos.

—El que te atacó no era humano, Nina. Esa es nuestra ley. Incluso puedes ser tú la que le corte la cabeza. —La miré intrigado, aquellos ojos marrones me atraían de una forma hipnótica, como si pudiera hundirme y nadar en su mar de chocolate.

—Creo que está bien con que, bueno, que otro lo haga —añadió insegura.

—Es tu decisión. ¿Cómo están tus heridas? —Ella me mostró la mano casi sana y le restó importancia.

—¿Qué pasó con los ángeles que atacaron tu casa? ¿Hubo heridos?

—Por suerte, no. Las elementales se encargaron de ellos.

—¿Elementales? —Comencé a explicarle sobre el mundo en el que vivía ahora. Todo era nuevo para ella y encontró en eso algo de paz. Nina era como un bebé que quería aprender todo..., probar todo.

—Quieres decir que cada una de ellas sabe cuándo la otra... —Algún pensamiento se cruzó por su mente, pero no me lo dijo—. Dios, eso es peor...

—Sabes, me recuerdas mucho a alguien —dije recordando un comentario parecido de Hero. ¡Maldición, Hero! Aún no había hablado con él. Después de un rato, Nina parecía mareada. Comenzamos a entrenar con movimientos básicos, sin mucha complejidad, dándole tiempo para que se adaptara a sus nuevas habilidades y velocidad.

—Golpea aquí. —Ella lo hizo con tal fuerza que me hizo expulsar todo el aire de los pulmones, dejándome sin habla.

—Lo lamento, lo lamento... —Me dejé caer al suelo, tratando de que mis pulmones recibieran el aire que pedían, aunque no moriría por eso. La sensación de no tener aire era espantosa. Mierda, golpeaba duro, pensé.

—Estoy bien... —mascullé e intenté pararme torpemente.

—Porque creo que no estás seguro. —Ella se agachó a mi lado y me observó mientras recuperaba el aire. ¡Bochornoso! Me sentía como un idiota, pero no había previsto su fuerza. ¡Qué idiota! Nina me tomó del brazo y me ayudó a levantarme.

—¡Oiga, usted no puede estar aquí! —Ambos miraron en dirección a la entrada. Vívika estaba parada allí. Ambos nos quedamos atónitos al ver a una mujer rubia, flaca, temblorosa y completamente...

—¿Soy yo, o está..., ... está...? —Tartamudeó Nina.

—Desnuda... —completé sin poder creérmelo. Pero había acertado en algo, su cara no era el único lugar donde ella tenía pecas.

Por un momento, creí estar en alguna dimensión desconocida o algo parecido porque lo que estaba ocurriendo podía ser de alguna serie de ciencia ficción.

—¡No puede estar aquí! —Repitió el guardián con dureza. Vívika seguía con los ojos clavados en los míos y, realmente, no podía dejar de mirarla. ¿Qué hacía aquí? Me puse las manos en la cintura, levanté la mirada al cielo. Esto no podía estar pasándome.

—¿Sabes que estás desnuda, cierto? —Preguntó Nina, que estaba parada junto a mí. Se notaba que deseaba hacer algo por Vívika, pero no sabía qué.

—Lo siento, yo... —tartamudeó.

—Vívika, ¿qué haces aquí? —Pregunté incrédulo.

—¿La conoces? —Preguntó Nina, y le eché un vistazo confuso. Luego, asentí.

—Sí... —dije, y ella se mordió los labios.

—Dime que no es una de tus elementales —susurró Nina, consternada, y lo suficientemente bajo como para que solo yo la escuchara.

—Yo... —Vívika observó a Nina y gruñó—. ¿Quién es ella? —Preguntó de forma desdeñosa.

—Perdona, soy Nina —se presentó, intentando dar un paso hacia ella, pero la detuve. Había percibido el rencor en la voz de Viv—. ¿Qué? Solo voy a... —Negué con la cabeza. Parecía que Nina no se uniría a la locura de responderle tan mal como la otra había preguntado.

—Vívika... —dije atrayendo su atención—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería hablar contigo... —gruñó sin apartar los ojos de la gata.

—¿Y siempre intentas hablar desnuda? —Preguntó Nina—. Eso sí es tenerse confianza, chica —siseó la gata a mi lado, con cierto humor en la voz. Era una interesante forma de llamar la atención.

—¿Sabes? —Ladró Vívika—. ¡Por qué no te vas a la mierda!

—Guau..., la mujer tiene agallas. Yo no quería...

—Nina, por favor... —murmuré mientras intentaba calmarme y comprender qué estaba haciendo ella aquí. ¿Dónde mierda estaba Zander? Debía ocuparse de ella—. Entrégale tu chaqueta para que se cubra.

—¿Qué? —Chilló Nina.

—Nina... —suspiré.

—¿Qué? —Volvió a chillar—. No quiero su olor en mis ropas... —se quejó.

—¡Ni yo nada tuyo! —Siseó Vívika. Genial, lo que me faltaba, pelea de chicas. Al menos podríamos colocar un poco de barro, un par de sillas y verlas pelear

desnudas. Vívika ya estaba lista.

—Centinela Ikkar, ella debe cubrirse —dijo el guardián, y asentí mientras intentaba que el dolor de cabeza no me taladrara—. O transformarse.

—Lo hará —asentí, ya irritado.

—Oh..., ahora entiendo —murmuró Nina, que caminó hasta los vestuarios perdiéndose dentro. No sabía qué iba a hacer, pero me pareció extraño. Intenté no pensar en Nina buscando cuchillos y cosas por el estilo.

—¿Por qué no fuiste? —Me giré echándole una mirada a Vívika—. Te pedí que vinieras.

—No fui porque tú me echaste —respondí arqueando una ceja.

—Y tú te comportaste como un idiota —me gritó.

—Wow!, chicos —dijo Nina mientras se acercaba a Vívika con una bata en su mano—. Toma, cúbrete, no sabes quién anda por aquí..., ya sabes —le dijo de forma relajada, extendiendo su mano hacia Vívika.

Observé a ambas y noté que Vívika despreciaba a la mujer que le entregaba la bata y, aun así, debía reconocer que Nina había sido diplomática, a pesar de que la loba la había tentado. Cuando esta no la tomó, Nina me miró por encima del hombro, sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—De verdad —dijo Nina—. Lo lamento... —continuó amablemente—. A veces hablo sin pensar, pero...

—¡No quiero nada tuyo! Maldita gata —gritó, y eso hizo que Nina diera un paso atrás, casi como si le hubiera dado un golpe en el hocico.

—¿Qué te pasa? Yo solo quería que te cubrieras... —se quejó.

—¿Por qué? ¿Te doy vergüenza o solo es envidia? —La gata intentó buscar mi ayuda. Pensando como un centinela, observé cada movimiento de ella; tal vez todos tuvieran razón, sería una buena compañera. Muchos otros ya le hubieran saltado al cuello por los improperios; en cambio, ella parecía confundida. Aunque notaba la inquietud de su gato, Nina lograba tenerlo a raya. Y eso era fundamental para el trabajo.

—Wow!, chica —dijo Nina—. ¿Estás drogada o algo? —Volvió a mirarme cuando Vívika le mostró sus blancos dientes. Increíble era la mejor manera de describir la expresión en su rostro—. ¿Es una gata esquizofrénica?

—No soy una gata... —gritó Vívika.

—Nina —supliqué, tomando una bocanada de aire—. Déjanos a solas.

—Bien —dijo y levantó las manos como rendición. Estaba claro que aún estaba estupefacta, pero mantenía a su gata oculta sin tentar a la suerte.

—Centinela —gruñó nuevamente el guardián. Caminé hasta Nina, que me observó ceñuda, gesticulé un *gracias*, y, dándole un punto a la gata por su auto control, tomé suavemente la bata y, sin cuidado, se la arrojé a Vívika.

—Toma la bata y cúbrete, o tan solo vete —gruñí.

—Me marcho de aquí —señaló Nina, que me sonrió confusa.

—Sí, márchate..., antes de que te parta en pedazos —gruñó Vívika. La otra se frenó en seco.

—¡Nina, no respondas! —Mascullé rogando que me oyera. Ella se detuvo, me dio un largo vistazo y asintió—. Vívika, detén esto ahora.

—¿Qué? ¿Estoy molestando a tu gatita?

—¡No soy su gatita! —Respondió Nina, pero no se movió ni un ápice.

—Déjame pensarlo —dijo Vívika moviendo los brazos—. Estoy segura de que te desnudas cuando él te lo pide ¿cierto? —Sentí la furia subiendo, el dolor de cabeza incrementándose. Sulfurado, le dediqué un sonoro gruñido.

—Wow! Wow! ¡Espera! —Siseó Nina, apretando los dientes—. ¿Qué mierda te hice para que me trates así?

—Es verdad. —Vívika fijó su mirada en mí, y sacudí la cabeza con odio—. Eso te gusta de ella, ¿verdad? ¡Maldita gata alzada! —Di un vistazo a Nina, que aún se mantenía en su sitio—. Seguro que te mueres por acostarte con él.

—¿Y a esta qué mierda le pasa, Nicolás? —Nina no alcanzó a observarlo todo, pero cuando llegué junto a Vívika, ya la tenía tomada del brazo.

—¡Cierra la boca ahora! Estás tentando a una gata joven, y si logra que yo me doble con un golpe, estoy seguro de que no querrías saber lo qué haría con sus garras.

—Yo también puedo usarlas —gruño la loba. La sacudí hasta que me miró. El guardián retrocedió cuándo gruñí. Vívika abrió ampliamente los ojos, y la solté haciéndola retroceder unos pasos. La loba bajó la mirada y se colocó la bata de mala gana.

—Espérame aquí, Nina. Practica los golpes. —Volví mi atención a la otra y la tironéé nuevamente hasta que caminó junto a mí—. ¿Estás loca?

—¿Por qué? Pensé que no te molestaría que viniera, dado que dices que te eché, al menos pensé en venir a hacer las paces.

—¿Dónde está Zander? —Murmuré.

—En casa con Alex..., no puedes pretender que me quede allí todo este tiempo —siseó, me miró a los ojos, y volvió a estudiarse los pies.

—¡Demonios, Vívika! No tengo tiempo para esto —protesté, mientras me atusaba el cabello.

—¿Y tienes tiempo para ella? —Preguntó, y la estudié. Había algo en su voz, pero no podía aventurar qué era.

—¿A qué viniste? —Inquirí, endureciendo la voz.

—Vine... —dijo tragando con fuerza—. Solo para saber si estabas bien, pensé que hablar sería lo mejor.

—¿Mejor? ¿Mejor para qué? —Dije sacudiendo la cabeza.

—No importa..., olvídalo.

—Lo que hiciste con Nina no es justo —le recriminé, y ella alzó la mirada desafiante.

—¡Ja! Tan débil... —se burló y me acerqué un paso a ella.

—No, te equivocas. Deberías decir, tan fuerte. Hace dos semanas atrás era humana, tenía una vida de mierda, su familia la había rechazado, todo el mundo la odia, y ahora es uno de los nuestros. Fue atacada por ángeles y se repuso, no creas que es débil..., estoy seguro de que notó algo en ti.

—¿Qué? —Preguntó a la defensiva—. ¿Que soy débil? —Siseó. La observé a los ojos, y no podía encontrar ni un ápice de la joven que había conocido. Vívika estaba desenfocada.

—Tal vez —dije, y ella gruñó—. Nina odia a los tipos que golpean a las mujeres, defendió a varias del último ataque. Créeme, odia a los golpeadores. —Automáticamente, Vívika se abrazó a sí misma. Había notado los golpes en las costillas, unos que no había visto antes, y por lo que deducía, Nina también lo había hecho. Sabía que aquello era un golpe bajo e injusto, pero ella tampoco había sido justa.

—Lo siento Nicolás... —murmuró y pestañeó como si saliera de una ensoñación—. Estoy confundida, todo esto me está volviendo loca. Primero apareces tú, me salvas y después de lo que pasó, Alex está paranoica, me mira con desdén. Me siento sola y, si no fuera por Zander, me habría volado la cabeza. —Me miró a los ojos un instante—. Realmente, lo lamento.

—No importa. —Nos quedamos callados, sin saber bien qué decir.

—Creo que lo mejor sería que tú y yo seamos amigos —sonreí de lado, y asentí—. Lo siento, estoy mal, no sé qué me ocurre. Hablé con mis padres y las cosas están mal allí también, tengo miedo. —Sus ojos se humedecieron y vi un destello de la Vívika sensata, la mujer a la que alguna vez había mirado como algo más—. Estoy nerviosa. Lo lamento, creo que me las tomé contigo ya que, no sé, por un momento pensé que tú resolverías todo. Soy una tonta y lo lamento. —Una lágrima corrió por su mejilla—. No sé, lo siento tanto.

—Deja de disculparte —musité.

—¿Amigos?

—Creo que sería lo mejor —respondí y suspiré.

—Estaba enfurecida..., no viniste y me porté como una perra la otra noche, confiaste en mí y la cagué.

—Todos lo hicimos —confesé pasándome una mano por el pelo. Escuché el ruido de unos zapatos golpeando contra el suelo y vi aparecer a Shadow con el rostro desenfocado.

—¿Qué ocurre? —Pregunté alarmado.

—¡Nicolás!, Zander está en la línea —soltó un bufido poco femenino y continuó —: Me ha dicho que quiere hablar contigo. ¡Es urgente! —Y volvió a correr por donde había venido.

—¡Debe de estar cabreado conmigo! —Vívika se tomó la cabeza. La miré, imaginando a Z arrancándose los pelos después de que Vívika desapareciera.

—¿No le dijiste que venías?

—No —susurró y puso mala cara—. No me dejaría..., ya sabes cómo es de sobreprotector.

—Sí, lo sé, suele pasarse con eso —respondí mientras trataba de encontrar mi teléfono. Tanteé en el bolsillo de mi pantalón y lo observé. La pantalla tenía un mensaje: «Fuera de servicio»—. ¡Maldita sea! —¿Qué había pasado con mi teléfono? Me había olvidado de él cuando entré a la S.A. Debía de ser por mi madre..., el campo de energía de la diosa se extendía evitando cualquier infiltración, por más mínima que fuera.

—Va a matarme —susurró Vívika, apretando las manos.

—Yo, si fuera tú, me cuidaría de lo que te hará Alex en cuanto te encuentre —dije, recordando la vehemencia con que la había defendido.

—Ella está molesta conmigo. Creo que ella y Zander no durarán, piensa que él y yo nos ponemos en su contra, que congeniamos por lo que somos —comentó Vívika, y el sonido de unas ambulancias llegó desde afuera.

—Molesta, ¿cómo? —Pregunté distrayéndola, y, al mismo tiempo, tratando de enfocar la atención en lo que ocurría afuera—. Ven, acompáñame. —Y señalé hacia gimnasio.

—Alex, ella no está feliz, su familia está enojada por sus amistades y creo que eso la está afectando. Su padre pertenece a la Iglesia y parece que ha montado un grupito para alzarse en contra de los oscuros —murmuró, y pude imaginarme por qué.

—¿Su familia está molesta con ella? —Pregunté, intuyendo lo que podría pasarle si alguien se enterara quién era Zander.

—Sí, por estar conmigo. —Me giré un poco para verla, lucía abatida—. Esto de escondernos la ha vuelto un poco demente. Anoche durmió conmigo. Temía que alguno de nosotros entrara y la convirtiera.

—¿Qué? —Dije, poniendo mala cara.

—Lo mismo pensé y luego amaneció en el sillón y dijo que no se sentía cómoda —murmuró en un susurro—. Me dijo que debía pensar qué haría. Su familia la necesitaba, y ella no sabía cuál era su lugar en el mundo.

—Eso está mal —respondí sombrío. No quería ni pensar en cómo estaría Zander si Alex lo dejara. Ella había logrado alentarle un poco y animarlo de su cotidianeidad. Si rompía con él, debería estar ahí, también..., como si ya no tuviera nada más de qué ocuparme. ¡Malditas Moiras! Me asomé al gimnasio y escuché el ruido sordo de los

golpes y vi a Nina buscando darle una buena patada a una bolsa.

—Nina, ven. —Ella se detuvo de golpe y estuvo a mi lado sin chistar.

—¿Estás seguro de que quieres que vaya contigo? —Preguntó desconfiada cuando vio a Vívika. Le di un vistazo rápido.

—Serás mi compañera por un tiempo, así que creo que deberías ponerte al tanto.

—Es buen maestro —afirmó Shadow, que había vuelto sin que la notara. Últimamente me ocurría a diario y era una mierda—. La llevaré a un lugar seguro... —y señaló a Vívika.

—Estaré bien —afirmó y miró a Nina—. Lamento lo de antes, creo que estoy perdiendo la cabeza.

—Me imagino por qué —respondió ella tocándose el ojo—. Ese hijo de puta debería pagarlas, sabes..., ¡no es justo!

—Lo mismo pienso —susurré, y una idea se formó en mi mente—. Tal vez un día de estos podrías ir a hacerle una visita a su ex —añadí mirando a Nina mientras sonreí de forma maliciosa.

—¡Encantada! —Dijo la gata con una sonrisa.

—Sería un dolor en el trasero para él que una mujer lo golpeará —soltó Vívika riendo y suavizando su rostro.

—Rufián... —masculló la gata.

—Lo siento chicos, no es por interrumpir su charla... —Shadow parecía impaciente—. Pero tengo dos ambulancias con heridos, y dos de ellos humanos.

—¿Qué? —Pregunté mientras Shadow se alejaba con Vívika.

—Zander te contará... —gritó, y la vi desaparecer por el corredor.

—¡Búscales algo de ropa! —Grité, aunque no sabía si la humana me había escuchado—. Vamos... —dije y comencé a desandar el camino hacia la zona de urgencias. Estaba seguro de que se debería a algún ataque en la ciudad.

—¿Humanos y oscuros? —Preguntó la gata mientras me seguía el paso—. No sabía que los traían a la S.A.

—Regla número cuatro, *creo*... —dije intentando recordar la numeración de las reglas que le había dado—. Si un humano se ve atacado por uno de su propia raza y es fiel a nuestra Diosa o, al menos, amigo de uno de los nuestros, como Shadow, reciben protección y cuentan como nuestros.

—Como Caroline —aventuró Nina, y asentí.

—Exacto. —La guie por los pasillos sabiendo muy bien adónde debíamos ir. Encontré a Zander hablando con un médico. Cuando me vio despidió al doctor y se acercó a nosotros—. Z, ¿qué ocurrió?

—Vívika escapó —gruñó él mientras no perdía detalle de la gata.

—Lo sé, está aquí.

—¡Voy a matarla! —Ladró—. ¡Eh!, tú eres la gata del hospital —dijo señalando a

Nina, y ella levantó la mano en forma de saludo.

—La misma.

—Te ves mejor —exclamó Z, echándole un largo vistazo que me molestó.

—Gracias...

—¿Zander? —Dije atrayendo su atención y acercándome un paso a Nina.

—¡Lo lamento! Salí en su búsqueda con Alex y nos encontramos con una revuelta. Ellos estaban golpeando a un tipo.

—¿De los nuestros? —Pregunté.

—Humano. Una mujer gritaba, era su esposa, también humana, y la han traído también —añadió apretando los labios.

—¿Por qué atacarían a dos humanos? —Preguntó Nina tratando de entender el cuadro.

—Había un oscuro con ellos —dijo Zander—. Por lo visto, es su hija, que vivía con ellos, y, bueno, cuando atacaron... sus padres intentaron defenderla.

—¿Cómo está ella?

—Estable, herida, pero estable —gruño Z—. Le están dando grandes cantidades de sangre. No morirá, pero su padre recibió una gran paliza y está muy grave.

—Ojalá mis padres me hubieran defendido así —dijo Nina en un suspiro. Ambos la miramos y pusimos mala cara.

Sabía que los padres de Nina le habían dado la espalda y, aunque quisiera ocultar el dolor, había momentos como estos en que el mismo se colaba hasta la superficie de aquella mujer, aparentemente calma. Me había contado que habló con al menos su madre y le había explicado todo, y, aun así, no le había importado. Había averiguado que habían librado una orden contra ella de no acercarse a su familia ni su casa.

—¿Qué le ocurrió a quien venía contigo? —Preguntó Nina, y la miramos desconcertados. Bufó y agregó—: Venías con alguien. —Debería hablar más tarde sobre sus padres, pues estaba seguro de que le dolía más de lo que decía.

—¿Qué? —Preguntó Zander.

—Tú dijiste venía con... no recuerdo el nombre —añadió ella.

—Alex —completé, ganándome un gruñido de Zander.

—¿También fue atacada? —Indagó la gata. Yo no había notado que Z decía haber venido con Alex, pero nada pasaba desapercibido para Nina. Buen punto para una compañera.

—No, Alex, ella se marchó —susurró mi amigo con amargura. ¡Lo que me faltaba!—. Dijo que era una locura, se bajó del coche en pleno centro y no dijo adiós.

—Lo lamento tanto —murmuró Nina y le ofreció una sonrisa cálida—. Por ahí lo pensará mejor. ¿Ella era importante para ti?

—¡Lo era como para ponerse pantalones de cuero! —Solté intentando no reírme, y mi amigo puso mala cara y me gané un golpe de parte de Nina.

—Tal vez lo piense, ya sabes... —siseó mirándome como si quisiera golpearme—. A veces decimos cosas sin pensar, tal vez lo pensará y volverá.

—Es humana —me mofé y la observé haciendo una mueca.

—¿Y qué? Eso no tiene nada que ver —se defendió apretando los dientes y dándome una mirada severa que decía claramente: «no estás ayudando». Puse los ojos en blanco y volví a intentarlo—. A veces, nos equivocamos, ¿está bien? —Escuché esa declaración y sonreí sabiendo que ella había pensado mucho sobre nuestro primer encuentro.

—Vívika estaba preocupada por ti —solté intentando una técnica mucho más directa que la de Nina, y resultó porque los ojos de Zander conectaron con los míos y vi el brillo en sus ojos. Él no tenía cura.

—¿Dónde está? Voy a estrujar su cuello, lamento que te guste..., pero me hizo cagar del susto. —Eché un vistazo a Nina—. Lo siento, no debí decirlo frente a una dama.

—¿Desde cuándo eres tan cortés? —Me burlé.

—Nicolás —me reprendió Nina—. No ves que está mal...

—Sí, mal de la cabeza. Ni siquiera lo defiendas, Nina, es una pérdida de tiempo —grazné.

—¡Ves, tú no tienes corazón!... —se mofó mi amigo.

—Lo tengo —dije tocándome el pecho—. Y, para que conste, no hay nada entre Vívika y yo..., solo amigos. Está bien, además —agregué—, ella me ha dicho que si no fuera por ti, se sentiría muy sola —dije alargando las palabras. Z me estudió y asintió con aire catedrático.

—Que sería de ella sin mí...

—¿Amigos? —Preguntó Nina y se echó a reír—. ¿Ella aparece desnuda frente a ti y son solo amigos?

—Debió correr como lobo hasta aquí —respondí restándole importancia al asunto.

—¿Desnuda? —Preguntó Zander frotándose la barbilla—. Hummm..., eso es muy interesante. Por eso no la encontré en el camino. ¿Desnuda se veía bien? ¿Cómo es, pechos grandes, chicos? Imagino que son grandes, ¿tiene pecas en...? ¡Auch! —Sus palabras sonaban tan desagradablemente lascivas que ambos bufamos y Nina lo golpeó.

—¿Por qué me sueñas a esos tipos que no le cuesta nada conseguir pareja? —Preguntó Nina con el ceño fruncido.

—Hasta recién lo defendías —dije.

—¿Me estás diciendo que soy fácil? —Preguntó Zander fingiendo estar ofendido. Nina levantó los hombros y asintió.

—Eres buena Nina, pero hazme caso, no lo defiendas cuando se trata de mujeres

—le dije y le palmeé el brazo. Eché un vistazo a Z, que ponía los ojos en blanco—. Te ha visto dos veces, Z, solo dos veces y ya sabe cómo eres. —Le palmeé el hombro a mi amigo—. Iremos a ver los heridos.

—Bien, pero para que conste... —expuso señalándonos—. Solo hablaré con ella.

—Está bastante inestable, por lo que no me sorprendería que te diera unos golpes, así que vete con cuidado —indicó Nina con una sonrisa.

—Descuida —dije, empujándola un poco—. Olvidará todo lo que tiene para decirle en cuanto la vea en bata.

—¿Está en bata? —Preguntó Zander mientras abría la puerta—. ¿Solo en bata?

—¡Eres asqueroso! —Le gritó ella—. ¡Por dios, dime que no es siempre así! —Masculló.

—¡Oh, cállate! Eres amargada como él.

—Te dije que no lo defendieras —la reté nuevamente.

—Prefiero eso a andar meneándome frente a todos —gritó ella en dirección a Zander.

—Vamos Nina, deja que él haga..., bueno, lo que deba hacer. —Lo saludé con la mano y comenzábamos a alejarnos cuando Zander me llamó.

—¡Nicolás! —Me detuve un momento mientras la gata seguía caminando—. ¿Crees que era de ella de quien hablaba Dora? —Lo observé sin entender. Luego le preguntaría—. ¿Solo amigos, verdad? —Gritó.

—Solo amigos —le respondí y seguí a Nina que caminaba delante sin perder detalle de nada. Llegamos a la zona de mayor agitación. Muchos oscuros corrían de un lado al otro. Una mujer estaba sentada junto a un ícubo que la consolaba tiernamente. ¿Quién lo creería?

—Debe ser la madre —dijo ella tristemente. El dolor se coló dentro de mí sin saber por qué. Ella no hablaba de cómo fue transformada, no hablaba de nada personal. Lo único que sabía era que había hablado con su madre, y que era fuerte, estoica. Quería consolarla, pero no sabía cómo. Descarté la idea al verla recobrar la compostura, como de costumbre, ocultando sus sentimientos.

—Lamento que tu madre no lo tomara bien —añadí cuando nos detuvieron frente al vidrio de la habitación del hombre. Estaba magullado, y varios médicos y enfermeros revoloteaban sobre él con instrumental y gasas.

—Yo también lo siento —respondió ella tristemente.

Sal no podía dormir. Recostada en la cama junto a Hero, tenía los ojos clavados en el techo y podía sentir aquella extraña sensación que la llevaba al extremo. El hambre que podía transportarla a la locura. Si eso ocurría, estaba muerta. *Tengo que luchar*, se dijo y giró el rostro para observar a Hero. Él tenía una pierna sobre ella y su brazo descansaba en su pecho. Parecía casi como si estuviera protegiéndola de algo que ella no podía ver. Sus ojos aleteaban con fuerza y deseó poder saber con qué soñaba él.

Observó sus duros rasgos: la barba de un día que raspaba su mejilla cuando la besaba, sus labios tiernos, hábiles para los besos. La sensación de protección la llenó cuando él se movió y escondió su cara entre su cabello, haciendo que su nariz tocara la base de su cuello y enviara una fugaz ráfaga de energía a su cuerpo. No sabía cómo, pero podía sentirlo. Era como si fuera una extensión de su cuerpo y creía que nunca podría acostumbrarse a eso. Lo amaba, estaba segura y, aun así, se sentía sucia. La noche anterior había soñado con Phill y hasta creyó decir su nombre en voz alta. De lo que estaba segura era de que no había sido un sueño agradable.

En su sueño, Mikela lo tenía atado en una habitación oscura. Estaba colgando de la pared y ella lo martirizaba prometiéndole cosas que él no aceptaba. Se bamboleaba frente a él, pero Phill la ignoraba. Después, su sueño mutaba, cambiaba, y se veía de niña escondida detrás de la roca; la mirada de su madre mientras era asesinada; la sangre ensuciando su cara y, justo cuando iba a gritar por el horror, allí aparecía Phill, cubriéndola con su cuerpo, con sus alas; pero cuando iba a tocar su mejilla, el sueño volvía a cambiar y regresaba para verlo en aquella celda. Él tenía marcas en sus muñecas y en sus pies y parecía exhausto, como si hubiera pasado días en esa posición. Sal quería acercarse a él, pero en su sueño había algo que la mantenía fuera, lejos, solo permitiéndole ver. Por un momento, creyó que estaba allí cuando Phill levantó la cabeza y la miró, directo a los ojos.

—Lucha —le había dicho—. No importa lo que pase. ¡Lucha! —Luego de eso se había despertado agitada.

Se encontró sola en la cama. Escudriñó la habitación y vio a Hero parado junto a una ventana. Se levantó tambaleando, con la piel en llamas y lo abrazó desde atrás. Él tomó con fuerza sus manos por un buen rato y ninguno se atrevió a decir nada. Le prometió que nada ocurriría, aunque ella sabía que algo pasaba al verlo a los ojos, pero su preocupación desapareció cuando la llevó a la cama y le hizo el amor, para luego darle de beber su sangre.

Sangre.

El hambre le atenazó las entrañas y tragó.

Escuchándolo roncar se maldijo por ser débil y salió de la cama apartándolo de ella. Hero pareció consternado al principio, pero volvió a acomodarse y siguió durmiendo. Lo observó un poco más, absorbiendo la paz que él le transmitía. *Su guerrero*. Aquel que la había acechado cuando aún no la conocía, y la había salvado. Hero era todo para ella, no importaba qué sintiera. Phill podía ser algo diferente, podía quererlo, pero nunca lo amaría como a Hero. Su héroe.

Se calzó unos *jeans* ajustados y una camiseta negra y se puso unas botas del mismo color, tipo motociclista. Se ajustó un par de dagas en la cintura del pantalón y escondió un arma pequeña en la parte baja de su espalda. Quería salir. La caza que se había dado más temprano no había agotado su necesidad. Se colocó una campera de cuero y abandonó el cuarto. Caminó hasta la habitación que compartían sus hermanas. Estar en aquel departamento le traía muchos recuerdos encontrados, pero dormir separada de ellas era lo más extraño de todo. Había buscado la forma de que Hero no se viera intimidado por estar metido allí, y por largo rato discutieron el «temilla» de la tapa del inodoro, pero todo iba bien: amaba la forma en que su hombre se adaptaba a todo. Eso lo hacía único.

Golpeó suavemente la puerta. Eva abrió antes de que ella pudiera insistir. Vio la ansiedad en los ojos de Sal y se hizo a un lado para dejarla pasar. Para su sorpresa, encontró a Carim husmeando en su computadora.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Eva cuando se metió en el cuarto.

—Ha vuelto —confesó con tristeza y se sentó en la punta de la cama donde estaba Carim.

—¿Quién?

—La sensación, la siento.

—Sal... ¿Qué ocurre? —Eva apoyó una mano en su hombro, con temor, cuando Carim volvió a preguntar.

—El hambre..., es eso —dijo Carim observándola.

—No solo el hambre, bueno, eso también, pero bebo de Hero ahora. Él lo maneja mejor que yo..., aunque creo que lo siente.

—¿Ha empeorado?

—Solo un poco, a veces..., sé que debería hablarlo con Nicolás, pero él está un poco ausente ahora... Siento la necesidad de correr, ¿saben? Las cosas están empeorando. Además soñé con Phill.

—¿Hero lo sabe?

—No lo sé, tal vez... —murmuró Sal mordiéndose las uñas.

—¿Te ha dicho algo? —Preguntó Carim.

—No, él solo no dice nada, pero creo que lo sabe, sabe que me estoy volviendo loca.

—¡No te estás volviendo loca! —Gritaron ambas y se taparon la boca.

—¿Cómo lo saben? ¿Qué pasaría si un día despierto y descubro que he matado a alguna de ustedes?

—Él no lo permitiría... —afirmó Eva.

—¡No lo sabes! ¡Yo no lo sé! ¿Cómo ocurre el cambio? ¿El paso a la locura? —Eva y Sal observaron a Carim.

—Nadie lo sabe, tan solo se da, no está documentado en ningún sitio —dijo Carim aprestando los labios.

—¿Ni en la Sociedad? —Preguntó.

—No que yo sepa, pero seguiré buscando. Tranquila, encontraremos un modo, y si la sangre de Hero no es suficiente, te daremos la nuestra.

—Hero nos odiaría —susurró Eva.

—Pero no podría impedirlo —gruñó Carim con una furia rara para todas.

—Lo siento —se disculpó Eva.

—Las cosas están un poco revueltas ahora, con los humanos levantándose y todo eso. La verdad, es un desastre ahí afuera —murmuró Sal.

—Lo sé. Lo siento —dijo Carim acercándose a ella. Se quedaron allí observando a Sal.

—Tengo una sensación rara —musitó Sal.

—¿Cómo qué? —Preguntó Eva.

—Como cuando iba tras Phill. —Volvió a observarlas—. Me habló en sueños.

—¿Qué dijo? —Preguntaron al mismo tiempo.

—Que luchara, pero no sé contra quién...

—Aún no sabemos nada de él —dijo Eva y le palmeó la pierna.

—Lo sé, lo sé... —gruñó Sal—. Pero igual tengo esa extraña sensación. Es raro.

—Sal, cálmate...

—Hablaré con Nicolás —dijo.

—¿Irás a la S.A.?

—¿Qué más piensan que puedo hacer? Necesito hablarlo con él. Con todo este lío, apuesto a que está allí. —Se levantó y sonrió a sus hermanas—. Volveré, lo prometo.

—¿Cómo? ¿Nos dejarás aquí? —Sal abrió la puerta sin responder y vio a Hero parado del otro lado del umbral y jadeó. Estaba parado allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, con esa expresión de que sabía que algo estaba ocurriendo, y estaba completamente cabreado.

—Vamos —le dijo él, sin siquiera decirle cómo sabía que estaba allí y qué planeaba. Carim le habló mentalmente cuando Sal les echó un vistazo confundida.

—*Es el lazo, lo investigué* —murmuró la gata.

—¿Puede oírnos? —Preguntó Eva.

—No creo... —susurró Sal.

—Yo no estaría tan segura si fuera ustedes —volvió a decir Carim.

—Ni yo..., pongamos nuestros bellos traseros en marcha antes de que nos meta a patadas en el coche —chicaneó Eva.

—¡Hero no haría eso, Eva!

—¿Segura? —Preguntó la loba, y cuando Hero gruñó, Sal tragó con fuerza.

—¡Vamos ya! Dejen los juegos para después —rugió observándolas—. Nicolás ha llamado. Nos necesita allí. Todos los guardianes están siendo convocados y con ellos todos los asesinos.

—¡Mierda! —Eva estuvo de un salto junto a ellos—. Vamos. —Pasó junto a Hero, que no apartaba los ojos de Sal. Carim se levantó y tomó un bolso y pasó junto a ellos sin siquiera mirarlos.

—¿Cómo lo supiste? —Le preguntó cruzándose de brazos.

—La próxima vez quiero que sepas que así como has elegido ser mi compañera, has elegido estar ligada a mí, y no solo sentimentalmente. Sal, te siento aquí —dijo tocándose el pecho—. Debes saber lo que siento, y que debes avisarme cuando decidas hacer cosas por ti sola.

—Quería hablar con él. ¿Eso está mal?

—Has visto lo que ha ocurrido hoy por la mañana. ¿Has chequeado los noticieros, Sal? Porque eso ocurre allí afuera y sigue aún ahora. Cada vez son más los trasladados a la S.A., pues muchos están marchándose de sus casas. Hay enfrentamientos entre humanos. Han matado más de quince oscuros y, pese a los castigos y arrestos, siguen haciéndolo. ¿Sabes? Las cosas han empeorado, se han doblado las guardias, y hay muchos asesinos allí afuera, ya que muchos han venido de otros lados, y los centinelas fortifican las fuerzas. No sería agradable saber que estás allí afuera sola.

—Lo lamento, es que...

—Estás peor, siento tu necesidad y creo que tal vez Nicolás sepa la respuesta, pero debes saber que es peligroso y te necesito Sal. —La jaló del brazo y le dio un dulce beso en los labios—. No me uní a ti para pasar solo los malditos siglos que me queden. Me uní a ti para estar a tu lado, así que, por favor, no me hagas atarte ni colocarte un dispositivo de rastreo en el trasero, porque créeme, puedo hacerlo. —Ella puso sus ojos en blanco y él se rascó la cabeza frustrado—. El hambre es mayor que antes, ¿cierto?

—No quiero enloquecer —gimoteó y se apretó contra él buscando que le diera un poco de cordura y permitiendo que apartara todos sus miedos.

—Y no lo harás. —Le acarició la mejilla y la obligó a mirarlo a los ojos—. No pasarás por eso, encontraremos un modo.

—Hero... —susurró sosteniéndolo del antebrazo—. Es Phill, tengo esa sensación de saber que está ahí...

—Lo sé, últimamente los ángeles están más cerca de lo que pensamos. —Sal suspiró aliviada al confesarle lo del nefilim.

—Vamos... —dijo ella tomando el valor que le quedaba y salió con él de la mano. La calidez de ese roce la reconfortó. Se metieron en el coche y partieron a la S.A. Algo iba mal, podían sentirlo sin decir más en cuanto se montaron en el coche.

Hero estaba incómodo, pero no por las chicas, sino por todo en general.

—¿Qué es ese olor? —Preguntó Eva, e instantáneamente Hero se miró la ropa que llevaba. ¡Mierda!

—¡Con un demonio! —Gruñó él cuando Sal olisqueó el aire. Hasta ese momento no se había percatado de qué ropa se había puesto, ya que estaba tan enojado porque Sal no le había contado qué haría, que no pensó cuando tomó la chaqueta.

—¿Huelo...? ¿Eso es? —Sal acercó la nariz a la manga de su chaqueta frunciendo las cejas.

—Alcohol —contestó antes de que ella pudiera decir otra cosa y soltó el volante y tomó la palanca de cambios con tanta fuerza que pensó que podría romperla. Tal vez tendría suerte y el olor a alcohol las despistara un poco, o tal vez el coche chocaría y Sal olvidaría el tema.

—No, no, no es eso. —Eva se acercó desde atrás y, de pronto, el coche parecía pequeño. Hero abrió rápidamente la ventanilla para dejar que el aire se colara dentro, pero lo que no había previsto era que la corriente le diera de lleno a Carim, que estaba detrás de él. La gata habló sin pensar.

—A gato..., él huele a gato. ¿Por qué hueles a gato? —Sintió los tres pares de ojos taladrándolo.

—¿Qué? ¡No!

—¿Una gata? Hueles a uno de los míos, pero es raro.

—¡Vamos, confiesa, Hero, estás rodeado! —Se tomó un minuto para mirar a Sal por el rabillo del ojo, y vio que no estaba feliz. Había olvidado que no le había contado eso.

—¿Cuándo ocurrió? —Las palabras parecían dardos.

—La noche del ataque.

—¿Dónde la encontraste? —Murmuró Carim, y Hero hizo una mueca por el espejo retrovisor.

—¿Cómo sabes que estaba perdida, Carim? —Cuando las otras dos la fulminaron con la mirada, Carim se achicó.

—Lo siento.

—Nicolás la encontró en un sitio horrendo. Fue transformada en los últimos días. ¿Ustedes no estuvieron patrullando? ¿Cómo no se enteraron de nada? —Contestó con rapidez.

—Nicolás dijo que un oscuro había sido atacado, pero no sabíamos que era una

gata.

—Bien... —admitió tomando coraje—. La gata fue atacada por ángeles y, pongámoslo de este modo, a ella no le gusta ser lo que es, o al menos no le gustaba —respondió rápidamente—. No lo sé, la cosa es que tuvimos que dormirla y cargarla. De allí el olor. La dejamos en la S.A. ¿Está bien?

—¡Espera, espera, espera! —Él tragó con fuerza y apretó el acelerador. ¿Dónde estaba Nicolás cuando lo necesitaba? Sopesó sus palabras y esperó que ellas no decidieran indagar más—. Un ángel no te convierte en cambiante.

—No, pero ellos no sabían que ella había sido atacada semanas antes. Cuando la atacaron, creyeron atacar a una humana. —Eva lo estudió y asintió.

—He oído algo similar —murmuró Carim, y él agradeció eso en silencio.

—Tiene sentido. Están buscando el modo de cabrear a todos y, por lo visto, lo han logrado, ya que media ciudad está en llamas.

—Ponernos en contra —dijo Carim arrugando la frente mientras se pasaba el pulgar por los labios.

—¿Y cómo terminaste cargándola? —Gruñó Sal. Hero le echó un vistazo y, por lo visto, la explicación no había sido suficiente para ella—. ¿Por qué debiste cargarla? ¿Por qué no la cargó Nicolás?

—Debíamos sacarla de allí, ¿ok?, y ella no cooperaba, así que, una vez que los ángeles estuvieron muertos, simplemente la cargamos en el coche de Nicolás, la dormí y después la cargué hasta la habitación —confesó.

—¿Y te cambiaste la ropa para que no lo supiera? —Rezongó Sal.

—Mira, puedes creerme o no. —Hero levantó los hombros; ahora él también se había fastidiado. No había pasado por todo aquello a propósito, así que... ¿qué más daba si ella se cabreara?—. No fue lo más lindo que pasé, así que no te cabrees. —Se quedaron en silencio un rato hasta que Sal volvió a hablar.

—¿Ángeles? —Preguntó ella. Él agradeció a Vatur que ella descartara el tema de la gata.

—Sí, Sal, ángeles, ¿está bien?

—¿Qué más sabes que no nos estás diciendo? —Preguntó Carim observándolo por el espejo retrovisor. Mucho, pensó Hero, pero no podía decírselo.

—Creo que es Nicolás quien debe decírselos, es su centinela.

—Claro, claro —suspiró—. Es su nuevo síntoma de *amiguitis aguda*, ¿verdad?

—Algo así. Pero igual deberá decírtelo él. —Afirmó. Guardaron silencio hasta que llegaron a la Sociedad. En cada esquina había algo quemándose y personas amontonadas con palos y cuchillos en plan de guerra. Nunca antes había presenciado algo así.

Ahora Nicolás los reuniría a todos porque debía indicarles algo, ¿qué más podía pasar? Cuando el coche se mezcló con otros que iban en la misma dirección, Sal notó

que un lobezno jugaba en el asiento trasero de un coche. Los padres iban adelante, los miraron desconfiados y aceleraron. Ya nadie sabía quién era amigo o enemigo. ¡Maldito problema en el que se habían metido! Justo antes de tomar la ruta en dirección a la S.A., Hero sintió un tirón de energía y Sal gritó.

—¡Ángeles!

Habían venido por ellos...

Un coche voló por encima de ellos cuando dos ángeles lo tomaron por los lados y lo levantaron como si no pesara ni un gramo. Había dos de ellos adelante, quitando a manotazos coches de la carretera. Parecían niños espantando hormigas. Hero pensó que parecía una película, pues de un momento a otro todo había cambiado.

Detuvo el coche de golpe haciendo que todos se sacudieran. Los autos habían chocado entre sí y algunos pocos habían salido sin daño. Sal saltó fuera del coche, seguida por una gata enojada y una loba que gruñía. Algo se estrelló contra el techo un segundo después de que Hero saliera. Levantando la vista, pudo observar a los ángeles, pero no eran como los que había visto: sus alas eran una mezcla de blancas a grises, y algunas totalmente negras. Observaron el revuelto de hierros que había sido el coche que un momento antes ocupaban, y sus mentes se dispararon hacia el deber. Eran asesinos de la S.A. y estaban en peligro.

Había muchos oscuros que no combatían, ya que eran pacíficos y preferían que se quedaran así. Debían cuidar de ellos. Las normas les decían que no podían atacar humanos, pero no decía nada sobre ángeles. Hero no necesitó comprobar cada uno de los coches para notar que casi todos pasajeros eran oscuros. Escapaban de la gran ciudad, evacuados, aunque nunca nadie había previsto que podrían acorralarlos de aquel modo. Algunos comenzaron a luchar y a correr en dirección a la Sociedad, mientras otros protegían a sus niños. Vio a varios cambiantes, una familia de lobos y varios vampiros..., pero los ángeles eran enormes y fuertes. Estaban siendo temerarios, pues ya no se escondían de los ojos de los humanos. Tal vez porque las acusaciones contra ellos eran grandes y los humanos pensaban que los ángeles los salvarían. Pobres idiotas. Echó un vistazo al caos, evaluando la situación.

—Los niños —gritó y corrió en dirección a un coche que se prendía fuego.

Los ocupantes habían quedado dentro y golpeaban los vidrios con un frenesí enloquecido, pero como muchos coches, tenía vidrios blindados a prueba de rayos que pudieran lastimarlos. El humo se colaba dentro dejándolos sin aire. Hero se apuró para auxiliarlos y tironeó de la puerta, pero no cedía. El fuego seguía aumentando y las llamas tomaban el coche por completo. Si no lograba sacarlos pronto, estallarían. Dos adultos y dos niños gritaban desde dentro. Hero miró el caos mientras observaba cómo más coches volaban por encima de sus cabezas, y odió la imagen sonriente de los ángeles, que incluso parecían disfrutarlo.

Malditos ellos. Rufianes con caras de niños que parecían corderos, pero que escondían un lobo. Cayó en la cuenta de que solos no podrían hacer mucho. Maldijo el no tener elementales con él. Eso era lo bueno de la unión, siempre había alguien,

como ahora que Carim ayudaba a Sal y a Eva. Se maldijo hasta que recordó la promesa de Zander cuando había tomado su mano la otra vez.

—*Cualquier cosa que hagas, recuerda que no estás solo, tan solo presiona ahí y no importa qué esté haciendo o dónde, vendré en un abrir y cerrar de ojos.*

Ojalá sea cierto, pensó. Y lo hizo, para luego volver a batallar con la puerta. Avisó con señas a los ocupantes que patearía el vidrio, pero, un momento antes de que lo hiciera, Zander ya estaba a su lado. Tiraron juntos y la puerta cedió. Sacaron a los niños y a los padres, y fueron por los demás coches. El caos y los gritos invadían el lugar. Hero corrió junto a Sal que luchaba por sostener a una mujer que era jalada por un ángel. La sangre se desparramó sobre ella cuando el ángel la despedazó como a un juguete y rio. Ambos gruñeron ante aquella atrocidad. ¿Era a ellos a quienes habían llamado bárbaros, infames...?

—Eva..., llévalos a la S.A. —dijo una voz conocida, clara y fresca. Se voltearon para ver a Nicolás. Ninguno sabía de dónde había aparecido, pero allí estaba junto a una gata con su hermoso pelaje negro como la noche; ojos color oro, y dientes que prometían lastimar. Hero imaginó que el hijo de la diosa podía teletransportarse, aunque no solía usarlo.

—¡Hero! —El grito de Z lo ayudó a salir del estupor y esquivar un golpe. Saltó hacia atrás cuando el trozo de metal pasó a centímetros de él. Invocó un poco de energía y cubrió a Sal, luego a Carim y a Eva, que corría a la lejanía con un grupo de oscuros y se cubrió a sí mismo. Luego, la extendió como pudo hasta Zander y Nicolás. Lucharon codo a codo, mientras él y Z peleaban por quitar a los oscuros de sus trampas de hierro y metal.

La energía titiló como tentáculos avisándole de la proximidad de un ángel. No necesitó levantar la vista para saber que venía por él. Acumulándola dentro, como si fuera una bomba, la dejó salir cuando estuvo cerca y lo logró, pues derribó a un ángel. Cuando cayó, le saltó encima, y, apoyándole un pie en el pecho, gruñó.

—Morirán...

—Todos moriremos —dijo Nicolás y le atravesó el pecho con el puño. El ángel abrió los ojos desmesuradamente y quedó inmóvil. Sus alas negras se marchitaron como hojas y un destello atravesó su visión—. Los de alas negras están muriendo.

—Son más fáciles de matar —gritó Z mientras le quebraba el cuello a otro de ellos.

—¡Carim! —Nicolás tomó a la gata y la alejó. Ella gruñó con fuerza—. ¿Dónde está Nina? —Preguntó frenético.

Hero buscó a Sal y la encontró luchando junto a la gata recién llegada. Su aroma le sonaba familiar, conocía a esa gata y se alegraba de verla de su lado. Eran metódicas, eran como un baile sincronizado que habían practicado muchas veces. Sal los tumbaba con un bate enorme e improvisado de chatarra, y Nina le saltaba al

cuello, matándolos o, al menos, inmovilizándolos con sus dientes clavados en el cuello. Sintió la adrenalina corriendo desde su compañera hacia él como una ráfaga, y se sintió bien. Alguien tocó su hombro.

—Ella está con Sal —dijo Hero con satisfacción.

Unas frenadas sobre el asfalto les indicaron a todos que los refuerzos habían llegado. Varios oscuros salieron de los coches con algunas armas parecidas a las bazucas y mientras uno la sostenía, el otro se paraba atrás cargándola. Apuntaron a los ángeles que sobrevolaban el lugar, asestaron golpes a los que podían y dispararon varias veces unas redes que los hicieron caer en picada. Los tumbaron en el piso y los inmovilizaron. Cuando aún quedaban dos o tres, Hero se tomó un respiro y buscó a Zander. Lo halló ayudando a Carim a deshacerse de algunos más y quitando a los heridos.

—¿Están bien ambos? —Preguntó cuando vio la sangre que brotaba de la pierna de Carim. Ella asintió de forma gatuna.

—Lo estamos —dijo Z, y le palmeó el hombro.

—Gracias —exclamó Hero, que se agachó tomándose las rodillas y le echó un vistazo.

—No hay por qué, sabes que cuentas conmigo. —Observó sobre su hombro y sonrió—. Buen trabajo, Nina. —Sal caminaba hacia ellos junto a la gata, cuyo pelaje negro estaba manchado con sangre, pero ambas parecían satisfechas. Sal tenía un par de cortes superficiales, y Hero la estudió por un segundo.

—Solo un par de cortadas, nada roto —musitó.

—Veo que conociste a Nina —le dijo él cuando comprobó que estaba bien. Nina corrió tras un coche, y Sal se quitó la chaqueta que llevaba para dársela. Nina asomó la cabeza desde atrás del coche.

—Yo soy Nina —dijo y saludó con la mano.

—Toma. —Le tiró la chaqueta. Nina la observó un instante, pero no quiso disentir con Sal. Cuando se la colocó se dio cuenta de que no la cubría, salvo los pechos. El resto del cuerpo estaba desnudo, así que Sal miró a Hero levantando una ceja.

—¿Qué? —Le preguntó ignorando las risitas de los otros.

—Que eso no la cubrirá, dame tu chaqueta —le ordenó con la mano extendida. Hero parecía confundido, pero gracioso.

—¿Ahora quieres que le preste mi chaqueta? Hace un rato las tres me recriminaban que yo...

—¡¡¡Herroooo!!! —Gruñó.

—Sabes, Nina —le dijo mientras evaluaba el quitarse su chaqueta—, Sal estaba bastante enojada cuando notó tu aroma en mi ropa, el de la otra noche, cuando los ángeles te atacaron.

—¿Fuiste atacada por ángeles? —Preguntó Sal espantada.

—Ya te había dicho eso —rumió Hero, y Sal lo fulminó con la mirada.

—Sí, bueno, Nicolás y Hero me salvaron de esa, y bueno...

—¡De allí el olor en mi ropa! —Concluyó por ella.

—Sí, lo lamento, no quería causarles problemas. La última vez que nos vimos no fui muy buena que digamos.

—No importa —le dijo Sal, con el rostro colorado por el enojo y la vergüenza—. Ahora Hero se quitará su chaqueta y te la dará..., ¿cierto, cariño? Con eso podrás cubrirte más que con la mía.

—Uh, eso suena a que si no lo haces, dormirás en el sillón —intervino Zander riendo.

—Sí, creo que sí..., la próxima podrías evaluar usar ropa más larga, ¿no crees, cariño?

—¿Por qué? No siempre encuentro una gata o una loba a la que deba entregar mi ropa, cielo. —Hero se echó a reír.

—Son pareja, están unidos, ambos son vampiros —le aclaró Zander.

—¿Son pareja? —Preguntó Nina, quien aún no entendía bien cómo funcionaban las relaciones. Sal y Hero eran la primera pareja que conocía y le gustaba ver la tranquilidad con la que se trataban. Casi como si olvidaran que estaban allí—. Wow!, eso es lindo. —Nina sonrió abiertamente a Sal—. Felicidades...

—Sí, a veces es lindo —susurró Hero rascándose la cabeza y esquivando la mirada asesina de Sal—. A veces es un gran, gran dolor en el trasero. —Su compañera le respondió levantando el dedo medio hacia él.

—Gracias..., y sí, es lindo, la mayor parte de las veces —siseó Sal. Le contaron a Nina lo básico mientras se cubría, aunque sus largas piernas seguían al descubierto.

—¡Eh! Oye, Nicolás, eso no es lindo. —La voz de Carim llegó desde su derecha llamando la atención a todos.

—¿Qué? —Nicolás se sonrojó sin que los demás, salvo Carim, supieran por qué.

—¿Soy yo o le estás mirando el culo a Nina? —La susodicha se puso colorada e intentó taparse con la mano sin lograr mucho. Aunque Hero era más alto que Sal, la chaqueta dejaba una gran porción de su cuerpo al desnudo. Nina hubiera deseado ser más fuerte para mantener su estado gatuno, pero no lo había logrado por mucho tiempo, ya que había consumido sus energía en la lucha y en el entrenamiento previo con Nicolás. Hero vio que Nicolás estaba parado a solo dos metros detrás de ella y boqueaba. Todos comenzaron a reír y, de un momento a otro, él encontró algo interesante de observar a la lejanía, hasta que intentó volver a hablar.

—Yo..., yo —articuló, hasta que Carim pasó a su lado y lo empujó.

—Toma —dijo tendiéndole a Nina una manta que la cubriría por completo. Hero y Zander se tomaron un momento y, codo a codo, observaron a Nicolás y sacudieron la cabeza. Carim ayudó a la gata escudándola de las miradas mientras Nina se cubría

—. Los rescatistas han traído varias —dijo ajustando la suya—. Soy Carim. Nicolás, ¿sabes si Eva ha tenido algún problema? No logro comunicarme con ella con claridad. —Nicolás pareció encontrar su voz mientras observaba a sus amigos riendo.

—No ha tenido problemas, ya que una escolta de centinelas y asesinos los han trasladado a todos a salvo. Hay más de veinte refugiados y unos diez caídos. Tuvimos suerte de que estuvieran aquí —dijo echando un vistazo rápido a Carim, Sal y Hero—. ¿Sabes de Alex?

—Sí, que ha desaparecido y no puedo contactarla.

—¿Vívika no sabe dónde está?

—No.

—¿Quién es Vívika? —Preguntó Sal.

—Ella es... —Hero sacudió la cabeza sin saber qué decir. No la había visto hace tiempo, por lo tanto no sabía cómo definirla.

—Una loba —dijo Z sonriente—. Hermosa loba, por cierto.

—Ugh.

—Vamos, vienen en camino varios equipos de limpieza. Trasladarán los cuerpos de los que quedaron y despejarán la ruta. —Miró a Nina y le preguntó—: ¿Prefieres volver andando, o conmigo?

—Contigo. —Se adelantó Carim y se paró junto a Nina—. ¿Cuándo has cambiado? —Ella dudó y bajó la cabeza.

—Fue convertida por la fuerza —musitó Nicolás.

—Eso es una mierda —concordaron Sal y Carim, y casi pudieron oír a Eva coincidiendo con ellas.

—Sí, lo es, lleva de nuestro lado poco más de dos semanas —añadió Nicolás.

—Eres fuerte, chica, he visto a otros que tardan años en aceptar al gato y luchar con él. Muchas veces el gato se disocia del ser humano que fue, no sé cómo explicarlo.

—Lo sé, lo he sentido, duele, pero bueno, luego... —Nina buscó los ojos de Nicolás y de Hero. El asesino sintió cómo una fina conexión unía a la gata con el centinela y sonrió. A veces las Moiras eran unas jodidas cabronas—. Bueno, simplemente decidí aceptarlo.

—Es genial —murmuró Sal, que se había abrazado a Hero.

—Da igual, no importa —la reconfortó Carim—. Estás muy débil, has luchado y tal vez sea mejor si puedes llevarla contigo. —Nicolás asintió. Luego Carim la rodeó con su brazo—. Es bueno tener una gata aquí —le dijo sonriendo.

—Vamos, te llevaré —dijo Nicolás, y Nina caminó hasta él manteniendo la cabeza levantada, intentando mantener su orgullo y su manta en el lugar.

—¡Nina! —Ella se giró para observar a Sal—. Es bueno tenerte aquí, recuerda que no somos lo que nacimos, que somos lo que nos creamos con el tiempo y que no

importa lo que ocurrió: déjalo y sigue.

—Gracias —susurró Nina y se acercó a Nicolás. Hero besó a Sal en la frente, feliz de que estuviera a salvo. Zander pasó a su lado y lo codeó de forma cómplice.

—¡Eh, Nick! Nada de tocarle el... —Zander hubiera dicho «trasero», pero Nicolás ya había desaparecido. Miró a Hero sonriendo y ambos soltaron una carcajada. Él sabía que Z lo torturaría con eso por mucho tiempo.

—Ahora sabes lo exasperante que es cuando uno intenta hablarte y te desvaneces —dijo Hero.

—No me importa, es *cool*. Vamos. —Comenzaron a avanzar hasta un coche de la S.A.

—Hueles a loba —le dijo Carim, quien corrió hasta su lado.

—Hummm..., sí, bella loba —susurró Zander.

—¡Diosa! ¡Eres un asco! —Gruñó Sal.

—¿Por qué? ¡Hero, defiéndeme!... —rogó.

—Lo lamento, vivo con ellas y no quiero dormir afuera. Además..., es incómodo —añadió Hero.

Se metieron en el coche y llegaron a la S.A. en minutos y, pasados otros quince minutos, los llevaron hasta la sala de conferencias. Se sentaron juntos. Eva se unió a ellos con Nina. Venían riendo por algo, aunque no supieron qué. Nicolás no estaba por ningún lado. Se sentaron en la tercera fila. Ben se acercó al centro y los observó casi uno a uno.

—Imagino que saben por qué están aquí. —El silencio tomó la sala. Claro que lo sabían y, aun así, ninguno se atrevió a decir nada.

Una voz se coló en su mente, como si lo jalara de la cordura, y lentamente lo envolvieron los sueños como una dulce música que resonaba en sus oídos. Sonrió, imaginando que pasaba a la eternidad, envuelto en ella, y la calidez lo cubrió por completo. Phill no sabía si quería despertar, pues eso implicaría perder la sensación cálida que sentía en su piel.

—¿Phill? ¿Estás ahí? —La voz, Irizadiel.

La voz de ella atravesó la noche que lo cubría. Era dulce y fresca, como el canto de un pájaro por la mañana, como la hierba bañada por la llovizna matinal. Abrió los ojos lentamente, sus párpados pesados se quejaron ante el primer intento y volvió a esforzarse. Una luz cálida envolvía la habitación y se coló en sus pupilas, y parpadeó varias veces para poder creerlo. Estaba vivo o, al menos, lo parecía. Lentamente, la imagen de Irizadiel se formó ante él. Su rostro amoroso lo calentó; la sonrisa pendía de sus labios y aquellos ojos de un celeste tan puro parecían irreales. Su cabello, rubio como el maíz, caía libremente enmarcando su cara. Hermosa como un ángel.

—¿Estoy en el cielo? —Ella le sonrió ante su ocurrencia, y aquella sonrisa le acalambro el estómago.

—No, no seas tonto. —Ella le acarició la frente con dulzura, y la suavidad de su piel lo sorprendió. Era tan tersa, tenía el color de la crema. Phill sabía que si la probaba con su boca, sabría a cielo y ambrosía—. Estás en la casa de mi madre —dijo apartándole un mechón de su rostro. Phill se restregó los ojos, se levantó un poco y apoyó los codos para verla mejor. Irizadiel. Los nefilim no se enamoran, y aquí estaba ella, logrando que su corazón martillara como un poseso, que casi podía sentir latir cada célula. Irizadiel, el ser más puro que conocía. Ella se acercó a él y besó su mejilla. La deseaba. La anhelaba. Se acercó más a él y cubrió su boca con la suya. Irizadiel se apoyó con las manos a los lados de su cabeza y se reclinó un poco más, haciendo que fuera un beso duro y asfixiante, pero ninguno de los dos se quejó. Se alejó y sus ojos brillaban. Intentó jalarla con él. ¡Qué más daba!, tal vez todo esto fuera un sueño. Ella se alejó a regañadientes, con un beso rápido.

—¡No te vayas! Irizadiel, por favor ¡No te vayas!

—No iré a ningún lado, estoy justo aquí, Phillipe, como siempre. —Era cierto. Se relajó un poco ante sus palabras. Ella nunca lo había abandonado.

—Te creí... —no se atrevió a decirlo en voz alta.

—Muerta, lo sé, pero aquí estoy. Te he buscado por cielo y tierra y no soy la única que lo ha hecho, hasta que te encontramos. Phill, estás a salvo ahora.

—¿Dónde estoy?

—Mi madre organizó un rescate y ahora estás en un lugar donde ni Hermes ni la bruja podrán llegar. —Phill intentó pensar en un sitio donde el mensajero de los dioses no pudiera ir, pero el esfuerzo le hizo doler la cabeza. Alguien aclaró su voz, y ambos miraron hacia la puerta. Vatur estaba parada allí, junto a una planta de glicinas moradas, con una sonrisa en los labios. Llevaba un vestido largo hasta los pies, con colores violáceos, el cual parecía ser de una gasa muy fina, que ondulaba con la brisa. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, dejando unos bucles sueltos que enmarcaban su rostro. *Hermosa*, pensó.

—Me alegro de que hayas despertado —le dijo, y Phill no sabía qué decir. Las palabras parecían anudadas en su garganta y su lengua se sintió pesada y pastosa. Había visto a Vatur en sus sueños, pero la imagen no se parecía en nada a la imagen que tenía delante de sus ojos, era soberbia.

—Mi diosa —se atragantó sin saber qué decir, desvió la mirada, temeroso de cualquier estupidez que saliera de su boca. Estaba estupefacto. Sus ojos vagaron por la habitación, que solo tenía una cama y unas enredaderas que oficiaban de paredes al levantarse a los lados. La luz se colaba tamizada por las plantas y las flores.

—Tranquilo, estarás bien.

—Mamá ha dicho... —Irizadiel se detuvo a mitad de la frase al ver el semblante confundido de Phill y dio un vistazo a su madre, que asintió. Volvió sus ojos a él, que no comprendía sus palabras, pues nunca habían hablado de sus nacimientos. Phill pensaba que cuando pasabas tantos años en pie, vas olvidando tus raíces—. Ella es mi madre, Phill. Vatur es mi madre. —Irizadiel se sentó en el borde de la cama y se frotó las manos como si estuviera esperando algo. Aquella imagen de ella le dio gracia. Tal vez la muerte lo había tomado. Irizadiel y Vatur lucían hermosas, demasiado hermosas para ser cierto y para que su delirio fuera mayor. ¿Estaría loco?

—¿Acaso no es la madre de todos? —Dijo riendo, y ambas carcajearon con él.

—Así es, pero ella —dijo Vatur acariciando la cabeza de su hija y colocándose detrás de Irizadiel—, es mi hija. Sangre de mi sangre. —Phill frunció el ceño—. La llevé en mi vientre. —Sus mejillas se colorearon de rojo y parecía que la sangre había huido de todo su cuerpo para acumularse en sus mejillas.

—Yo, no puedo... creerlo. —Intentó volver a sentarse, pero le fue mal, pues un tirón en su espalda le quitó el aire y resopló. Irizadiel lo ayudó a sostenerse—. Creo que son demasiadas cosas a la vez.

—Mamá dice que estás bien, aunque tu recuperación es parcial. —Phill notó que no podía moverse con facilidad. Las heridas debían ser más graves de lo que creía, pensó. Echó un vistazo sobre su hombro y su cuerpo se tensó. Se quedó pasmado observando sobre su hombro..., sus ojos se negaban a creer lo que veían.

—Mis... —boqueó como un niño sorprendido.

—Alas, sí, tus alas... estarán completas en un tiempo.

—Yo las perdí, yo...

—Los dioses creen que debían devolvértelas.

—Yo no sé qué decir. —De pronto sintió que el amor de Vatur lo llenaba por completo. Sus alas. Nuevas, hermosas y blancas, estaban allí. Podía ver las grandes plumas del centro y unas pequeñas que nacían en el borde superior y despertaban la magia de la creación. No podía terminar de comprender. Hace días se había creído un nefilim sin alas, repudiado y desgraciado, pero, por sobre todo, sin alas. Lo habían torturado física y mentalmente—. ¿Por qué me las devolvieron? —Preguntó, aunque tal vez la respuesta no fuera lo que esperaba.

—¿Importa? —Preguntó Vatur, y sus ojos se prendaron a los de la diosa. Había un brillo en esos astros—. Son tuyas, siempre lo fueron, te recuperarás pronto. Ellas —susurró Vatur deteniéndose para acariciar una de sus alas— estarán listas para volar pronto. —Aquella caricia lo hizo estremecer. Había pasado siglos sin alas; tal vez, incluso, necesitaría aprender a volar nuevamente—. El mundo te necesita.

—¿El mundo? —Preguntó.

—Los ángeles han bajado. Ángeles rebeldes sin un señor que los gobierne. Muchos están cayendo...

—Mi hermano, él los estará guiando, estoy seguro de que él debe ser quien los ordena.

—Te equivocas. —Una voz profunda hizo eco en la estancia y lo apuñaló en el pecho como una daga. Phill encontró las fuerzas necesarias para que sus alas cooperaran y se sentó rápidamente. Semiazaz, su medio hermano nacido de dos ángeles, jefe al poder del ejército de los caídos, estaba allí. Inmóvil junto a una pared, le echó un vistazo rápido y se detuvo un segundo en sus nuevas alas. Su imagen era la de un joven de cabello rubio, como un modelo de televisión. Su fría mirada concordaba con su imagen de asesino, porque era lo que representaba para Phill. Su piel blanquecina, haciendo contraste con sus alas negras, tan frío y duro..., inerte. Aún llevaba aquella apestosa armadura envolviendo su cuerpo, oscura como su alma, pensó Phill. Aún tenía aquella imagen ruda, pero había algo raro en él. Su rostro ya no parecía tan duro, y sus facciones estaban menos rígidas. Pese a ello, no se fiaba de él.

—Te ves bien —le dijo, y Phill gruñó, recordando la vez que lo había visto en lo alto del edificio, la noche del ataque, cuando le había pedido que delatara a Irizadiel para castigarla. Algo había cambiado, lo sentía. De otra forma, Semiazaz no estaría aquí, junto a Vatur.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó furioso. La última vez que lo había visto, los ángeles habían atacado a Irizadiel, a Sal..., qué más daba que la diosa confiara en él, Phill no lo hacía y lo miraba con recelo—. ¿Qué hace él aquí? Responde —dijo señalando a su hermano.

—Vengo a ayudar.

—No lo creo, ¿sabes? No te creo. —Intentó encontrar en los rostros de Vatur e Irizadiel alguna señal de engaño, pero no la había.

—Tal vez necesitarás más que eso para hacerlo entender, Semiazaz —dijo Vatur, y él asintió.

—Te hemos buscado por todos lados..., revolvimos cielo y tierra hasta que te hallamos escondido en un rincón alejado del Olimpo, donde Hermes te había llevado.

—¿Por qué? Nunca haces nada sin pedir algo a cambio.

—Cierto —coincidió—. Quiero paz, los ángeles se han rebelado. ¿Sabes cuántos ángeles han abandonado las filas? ¿Sabes cuántos de mis mejores soldados han caído en las trampas que Hermes ha tendido? Muchos, Phill, muchos más de los que crees; así que sí, quiero algo a cambio, quiero que todo vuelva a ser como antes.

—Has perdido tu poder, por eso estás ayudándonos o fingiendo que lo haces.

—No solo he perdido mi poder, todos lo hicimos. ¿No lo entiendes, verdad? Tienes la costumbre de ver todo en blanco o negro, hermano, pero esto va más allá de eso. Los humanos mantienen su control porque temen, nos temen a mí, a los míos, a dios.

—Claro, ¿y dónde está dios ahora? ¿Por qué no los detiene?

—Libre albedrío —susurró Vatur—. Todos podemos pedir a nuestros hijos que sigan nuestras reglas, pero debemos ser precisos. El libre albedrío les da a todos la posibilidad de elegir —dijo apoyando suavemente sus manos en los hombros de Irizadiel.

—Cierto —murmuró Semiazaz—. Los humanos deben ver al Cielo y temer. Si no lo hacen, bueno, imagina que los que se han levantado son unos pocos, imagina al mundo entero rebelándose.

—Un sistema basado en el miedo —dijo Irizadiel—. Es triste.

—Sí, lo es, temen no llegar al cielo, temen pecar y por eso no van por allí peleando entre ellos y resolviendo todo con hierro y balas. ¿No lo entiendes? Nos necesitan.

—Y ahora nos necesitan a nosotros.

—El mundo siempre es un balance entre ustedes y nosotros, nunca hubo más de un lado que del otro.

—Muchos no opinarían igual —susurró Phill.

—¿Crees que miento? ¿Lo crees? Pero no es así..., cuando el mundo fue dividido, la chispa de la vida fue otorgada a todos, a cada uno de ellos —dijo señalando en dirección a la diosa—. Si no fuera como digo, ¿por qué le darían a Vatur esa chispa? ¿Para qué? Si tan solo odiaran su existencia, no habiéramos permitido que ella tomara esa chispa y los creara.

—Tú no lo has hecho —dijo Irizadiel con veneno en la voz.

—No, yo no, pero los míos —su hermano se alejó de la pared y caminó más cerca de la cama— los tuyos, Irizadiel, ahora el mundo pende de un hilo y necesitamos de todos.

—¿Incluso a aquellos que somos fieles a la diosa?

—Incluso a los fieles a la diosa, por eso te hemos devuelto las alas.

—¿Tú y quién más? Dime.

—¿Importa?

—¡Claro que importa! Importa mucho —le gritó—. No quiero que esto cuente como un favor. Me las apañé sin ellas durante mucho tiempo, como para que mi cabeza le pertenezca a alguien solo por el favor.

—Se lo debes a tu diosa —declaró Semiazaz con un aire de solemnidad—. Si es lo que quieres saber, ella te las ha devuelto. ¿Qué? ¿No me crees hermanito? —Phill todavía tenía reticencias. ¿Qué había hecho la diosa para otorgarle aquel milagro?

—Creo que debes comportarte un poco más amable, ¿sabes? La has fregado con tu hermano —gruñó Irizadiel—. Creo que por eso necesita más que unas disculpas y alardeos.

—¡No alardeo! Hice lo que tenía que hacer en ese momento, como lo estoy haciendo ahora. Nunca quise lastimarlo, tú deberías saber qué se siente ser criado por ángeles.

—Créeme, lo sé —dijo ella girándose para enfrentarlo—. Pero no por eso dejé de pensar por mí misma.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio? —Se mofó de ella y se enfureció—. ¿Qué hiciste cuando ellos hablaban mal de tu madre? ¿Te rebelaste, Irizadiel? ¿O solo bajaste la cabeza? —Irizadiel no dijo nada, pero tensó su mano sobre el hombro de Phill—. Todos hicimos lo que debíamos hacer. Todos cumplimos un rol.

—Y ¿cuál es el tuyo, Semiazaz?

—¿Ahora? Mantener el balance. Ese es mi rol.

—¿Confías en él, mi diosa? —Vatur lo observó y sonrió.

—Confío en los suyos, el mundo necesitará de todos.

—Con eso me basta —dijo Phill—. Si tú crees, yo también. —Sintió la mano de Irizadiel calentándole la suya, y la apretó un poco para transmitirle su confianza.

—Ven —dijo la diosa observando a su hermano—. Dejemos que descanse. —Se marcharon del cuarto, y Phill volvió sus ojos a Irizadiel.

—Estamos solos —dijo ella y con un movimiento de su mano la abertura de las plantas se cerró. Una enredadera colorida dejó caer sus largas ramas como una cortina verde que los envolvía en una intimidad profunda.

—¿Tendré que aprender a usarlas?

—Hay tiempo —le dijo Irizadiel y se recostó sobre su pecho—. Aún nos queda tiempo.

Después de que llegamos, me separé de los demás y fui en búsqueda de Ben. Lo encontré en su despacho donde estaba juntando unos papeles y observando su computadora. Cuando di un paso adentro me echó un vistazo por encima de los lentes.

Nos quedamos en silencio un instante. Era un silencio tan profundo que parecía consumir el aire del lugar. Cerré la puerta detrás de mí y me acerqué a su escritorio. Ben me tendió unos papeles, los tomé y los observé con cautela. Había hablado con él sobre su alejamiento de la S.A. y no parecía contento con la solución de mi madre.

—¿Has hablado con mi madre? —Pregunté. Él tan solo se limitó a darme otra mirada furtiva y suspirar.

—¿Te gustaría saberlo? —Respondió levantando una ceja, y bufé con fastidio. Cerré los ojos con fuerza y volví a hablar.

—¡Estoy hablando en serio! —Siseé. Él se detuvo, me observó como si evaluara mis emociones y se acomodó los lentes. Sus ojos pasearon por mi cuerpo mientras me estudiaba con detenimiento, y recordé que aún llevaba la ropa ensangrentada, lo que a él no se le había pasado por alto.

—¿Cuántos heridos? —Preguntó con dureza.

—Unos veinte... —respondí con impaciencia—. Ben, escúchame.

—¿Cuántos ángeles? —Preguntó ignorándome. Cuando lo miré incrédulo, volvió a hablar—. Centinela Ikkar... —murmuró bajando la voz e imponiendo su tono autoritario—. ¿Cuántos ángeles había?

—Unos diez, por lo menos —respondí de mala gana. Ben asintió pensativo y volvió a revolver unas hojas, como si buscara algo en particular.

”¿Ben? —Le dije pero, no me miró e incluso pensé que ni siquiera me había oído—. ¡Benjamín! —Grité levantando un poco el tono.

—Hablé con tu madre hoy —masculló sin mirarme.

—¿Te ha dicho cuándo debes partir?

—Hummm... —murmuró—. Creo que debes ver esto —indicó girando la pantalla de su holográfica de computadora. Sonreí incrédulo por su capacidad a no responder ni una de mis preguntas, pero observé la pantalla. Lo primero que vi fue una tarima y un cartel que decía: «Los enemigos de la diosa». Tragué con fuerzas y apoyé las manos en el escritorio acercándome más. Un hombre, que llevaba ropa militar, subió y se colocó detrás del micrófono y, detrás de él, subieron otros. Incrédulo por lo que estaba viendo, solté los papeles que Ben me había dado para ver más de cerca el video. Se me formó un nudo en el estómago cuando observé los

rostros de cada uno de ellos y, cuando el video concluyó, volví a mirar a Ben—. Creo que conoces a uno de ellos —añadió.

—Sí —murmuré sacudiendo la cabeza—. Conozco a uno de ellos —musité con pesar, sintiendo la amargura subiéndome por la garganta.

—Creo que deberías decírselo tú, no quiero que me odie más de lo que ya lo hace —señaló con amargura, mientras yo aún intentaba procesar lo que había visto.

—Nadie te odia —añadí, y Ben soltó una carcajada amarga.

—No estoy tan seguro de eso —alegó mirándome por encima de sus lentes—, Nicolás.

—Velas por nosotros y ves más allá de lo que muchos lo hacen. —Agregué indicando lo que era cierto.

—Pero eso no significa que me guste ser la mano que blande la espada y corta cabezas. Ni que lo haga más fácil para mí —dijo agriamente.

—Claro que no —admití. Su puesto no era un lugar deseado.

—Vamos. —Tomó unos papeles y se acomodó los lentes—. Deben estar todos reunidos e impacientes. —Ben pasó a mi lado, y lo detuve tomándolo por el antebrazo.

—¿Te irás? —Pregunté con seriedad. El jefe de la S.A. me lanzó una mirada penetrante y fue la única respuesta que obtuve—. ¿Lo harás? —Insistí. Se soltó de mi amarre, pero bloqueé la puerta con la mano antes de que saliera. Ben tuvo que levantar la cabeza para mirarme a los ojos.

—Tu madre... —dijo dándome tiempo a sopesar sus palabras— me ha dado un regalo que recién ahora creo comprender para qué servirá —concluyó con media sonrisa.

—¿Eso significa que no te irás? —Insistí estudiando cada uno de sus gestos.

—Y ¿dejarlos? —Suspiró aún sonriendo y me apretó el brazo—. ¿Abandonarlos aquí y dejar que todo esto se desborde? Sabes..., Nicolás..., siempre has sido como un hijo para mí... —masculló, e intenté no gruñir—. Aunque nunca te gustara —continuó, y se me formó un nudo en la boca del estómago, pues sabía que Ben no mentía y eso me dolía—. Tal vez no me he ganado tu confianza aún, pero espero poder hacerlo algún día. —Me soltó y me empujó a un lado. Yo estaba tan petrificado con su confesión que ni siquiera pude impedir que él me moviera con solo un empujoncito. Salí tras él y lo seguí por los pasillos, más por inercia que por voluntad. Me echó un vistazo por encima del hombro; se arregló la corbata; tomó aire y entró para enfrentar la muchedumbre. No entré. Me quedé parado junto a la puerta, oculto de los demás, sopesando el dolor y la decisión del hombre al que mi madre amaba. Shadow tocó mi brazo y me sonrió.

—Imagino que estás aquí para hablar de esto —dijo y me dio unos papeles donde estaba la transcripción del discurso que Ben estaba por dar.

—Gracias Shad —susurré. Ella me sonrió nuevamente y antes de que se marchara tomé su mano—. Por todo, por todo lo que haces.

—Este es mi hogar, Nicolás —murmuró sonriendo—. Ellos no me quieren allí afuera y aquí adentro tengo amigos —dijo y me acarició la mejilla—. Estoy aquí y lucharé con ustedes si es necesario. Soy buena aventando sartenes, usando cuchillos deshuesadores y martillos de moler carne; así que, llegado el caso, sabes que alzaré mi cuchillo —afirmó imitando el movimiento—. Y les daré lo mejor que tenga. Si es que no los mato de sordera o algo así, luego de que les dé mi discursito y termine de hablar. En cuanto les grite un poco, ellos tendrán sus oídos sangrantes ¡Créeme! —Se quedó callada un momento y pensó—. Hummm..., tal vez ese es el poder que me dio la diosa, ¿no crees? Hablar hasta matar a alguien. —Comenzó a reír y se cubrió la boca para amortiguar sus carcajadas. No pude evitarlo y reí con ella. Era increíble cómo los humanos vivían sorprendiéndonos. Aun en el peor momento, ella podía reír. Le di un beso suave en la frente y asentí.

—Creo que eres un regalo de la diosa —dije, y ella sonrió de forma pícara. Imitando un saludo militar, con un golpecito de tacones, se marchó. Volví la atención a la sala y escuché la voz de Ben.

—El ataque de los ángeles ha aumentado. No hay sitio dónde esconderse. —Un abuceo suave se coló en la sala. Ben se quitó los anteojos y se frotó el puente de la nariz. Suspiró y volvió a colocárselos—. Y no nos esconderemos tampoco.

—*¡Es hora de luchar!* —Exclamó alguien y otros asintieron. No necesité echar un vistazo para confirmarlo.

—Sí, Robin —dijo Ben de forma calmada—. Lo sabemos, y lo haremos.

Me asomé para mirarlo. Aún no me había dicho cuál era su decisión. Él tomó unas hojas que tenía ordenadas en el pequeño atril y las rompió. Arrugué la frente ante su conducta, ¿qué significaba eso? Ben se giró y me miró, esbozó una sonrisa leve, y volvió su vista al frente retomando su postura de jefe. Echó una mirada al techo como si mirara más allá, como si buscara a mi madre en las alturas, aunque ambos sabíamos que no estaba allí.

—No huiré... —murmuró en voz baja, casi como para que solo yo lo oyera—. No huiré, no puedo —repitió más fuerte y se frotó la boca. Me temblaron las manos y sentí como si el tiempo se hubiera detenido—. Sé que han oído rumores sobre mi alejamiento de la S.A., y sé que han oído sobre el ataque y el video, pero quiero que sepan que se está investigando. Por lo que sabemos hasta ahora, los técnicos, tanto humanos como de los nuestros, dicen que no es una prueba concluyente y que la cinta está trucada. Así que en cuanto a eso, casi está resuelto; aunque ahora, no es tanto mi destino lo que está en juego, sino el de todos. Ángeles —masculló tomando aire. El video de su ataque había sido una trampa; aún no sabíamos quién lo había hecho, pero después de ver a los enemigos de la diosa que se alzaron para enfrentarnos,

podía imaginar que podían ser ellos. Estaba agradecido por su declaración, eso significaba que no me vería en el aprieto de poner a Hero al frente y, aun así, pensaba en mi madre. Casi pude sentirla acariciándome, cerré los ojos y vi su imagen entristecida, pero la sensación se disipó luego de un momento—. Lucharemos, no hemos hecho nada malo, ninguno de los nuestros lastimó a los humanos.

—¿Y qué hay del lobo que atacó a la mujer hace unas semanas? —Preguntó alguien del fondo.

—No era de los nuestros.

—Pero era un lobo —exigió aquella voz, y quise gruñirle ante su desconfianza.

—Nicolás... —Ben me llamó con la mano—. ¿Puedes aclararlo, por favor? —Di unos pasos adentro y me coloqué junto a él. Eché un vistazo rápido a la sala, y vi que estaban todos. Miré a Ben que lucía abatido, aunque solo quienes lo conocíamos podíamos verlo.

—Sí, fue un lobo —admití intentando que mis palabras sonaran claras y tranquilas—. Hemos averiguado que el hombre había estado viviendo en la región del norte de Europa. Según hemos investigado, fue traído aquí por un grupo de humanos, lo estrujaron y torturaron hasta que su lobo estuvo fuera de control. Una vez así, lo liberaron. Frenético y muerto de hambre, solo atacó. —Hice una pausa notando cómo aquella noticia caía sobre los presentes—. Lo mismo ocurrió con el ataque de un cambiante. —Di una ojeada hacia donde estaba Nina con los demás y noté que se removía incómoda—. Tomaron a un macho del sur de México. Saben lo que pasó luego.

—¿Humanos? —Preguntó alguien de las primeras filas.

—Humanos y ángeles —dije dándole un vistazo a las hojas. No sabía cómo, pero Ben había previsto toda la información en aquellas hojas. Seguramente lo había predicho—. Hemos recibido un comunicado por televisión y amenazaron con ponerlo al aire a las siete de la mañana, cuando la mayor parte de los humanos se dirigen a sus trabajos y ven televisión. Planean sacarlos en las primeras planas de los diarios. Véanlo ustedes mismos. —Me aparté a un lado, y las luces se apagaron. Una imagen comenzó a proyectarse en la pared del fondo, la misma que Ben me había mostrado hacía unos minutos atrás.

Esta es una advertencia. Los enemigos de la diosa, los hijos del sol llamamos a la rebelión. Es la hora de levantar las armas en nombre de los profetas, de los ángeles que han venido a revelarnos que no estamos solos. Advertimos a los infieles hijos de la oscuridad y a la pagana Vatur que se marchen a las tinieblas que los engendraron. Abandonen las ciudades y repliéguense hacia las tierras sombrías si es que no quieren morir. A las 07:00 horas del día de hoy se declarará la guerra a los infieles y a todos aquellos que se unan a su causa. Pregonad la palabra de los ángeles, elevad vuestras voces y repeled la venida de la oscuridad. Alzaos en lucha, pues los ángeles os acompañarán. El día vendrá, y con él la bendición de los cielos.

La pantalla quedó en negro y las luces nuevamente se encendieron, iluminando las miradas incrédulas de todos. Pero eso no fue lo que llamó mi atención. Noté cómo Zander se levantaba de su asiento y salía por la puerta sin mirar atrás. Percibí levemente la incredulidad de mis elementales y su necesidad de comprender. Ellas no habían conocido a Alex. Cuando vi por primera vez el comunicado, la imagen de ella se había clavado en mis pupilas. Estaba ida, serena, con sus manos entrelazadas frente a su estómago y sus ojos plagados de ira. Esperé a que los susurros terminaran para continuar, aunque sentía una necesidad imperiosa por buscar a Z.

—Como verán, la amenaza está ahí. A partir de la mañana de hoy, esto será un desastre —concluí, me aparté, y Ben volvió al mando. Se quedó parado allí, evaluando las emociones de los que estaban sentados frente a nosotros. Muchos lucían molestos, otros dejaban ver la furia que los colmaba.

—Como informó el centinela Ikkar, estamos en problemas. Quiero a los centinelas patrullando la ciudad. Hemos abierto un nuevo sitio de refugio. —Sacó un plano que miré de reojo—. Es una vieja instalación de los humanos, que está abandonada, y se la ha dotado con todo lo que se necesita. Es un búnker, por lo que estará lo bastante protegido —dijo. Eso obligaría a los ángeles a dividirse para atacar, pensé. Ben tenía una buena estrategia. Nosotros seríamos más fuertes juntos, mientras que los ángeles perderían fuerzas enviando a dos grupos—. Quiero que vayan en grupos, que cada centinela lleve a los suyos y quiero que se muevan en conjunto. Nadie marchará solo: es una orden. No me importa cuán solitarios sean, nadie andará solo; de lo contrario, será castigado. —Ben había dado un par de directivas más y continuó hablando. Me alejé y salí para buscar a Zander. Lo encontré recostado en la puerta del cuarto de entrenamiento. Miraba al techo y se restregaba la cara con furia.

—¿Cómo estás? —Pregunté y él me dio un vistazo.

—¿Hace cuánto tiempo lo sabes? —Exigió con los dientes apretados. Sacudí la cabeza al entender que él creía que lo había traicionado.

—Desde hoy, luego del ataque —admití. Zander volvió a observar el techo y soltó una carcajada. El metamorfo sacudió la cabeza, y le di un segundo para pensar. Z era un metamorfo de primer tipo, dotado con poderes impresionantes. Podía teletransportarse de un sitio a otro y adoptar la imagen que más deseara, pero esconder sus sentimientos no era una de sus habilidades—. ¿Qué es lo gracioso? —Pregunté.

—¿Sabes? Esto es lo que me pasa por intimar con humanos. Creí que serías el primero en decírmelo. Lo dijiste cuando te conté de ella. Imaginé que vendrías con tu sermón de padre que regaña a su hijo. —Entrecerré los ojos y recordé la charla.

—*Los humanos son efímeros* —recitó mis palabras y me estudió—. ¿No eres tú el que me dijo eso?

—Zander, escucha. A veces...

—Tenías razón, debí escucharte. ¡Maldición, Nicolás! ¿Cómo mierda haces para vivir teniendo la certeza de que sabes más que todos los demás? —Gruñó, y percibí la irritación en su voz.

—No es divertido —confesé—. La mayor parte de las veces no la tengo.

—Claro, como con Alex, ¿cierto? —Susurró.

—Tan solo quería evitarte el mal trago, tal vez era lo que necesitabas, ella se veía bastante mal y, además...

—¡Para, detente! —Me dijo levantando la mano—. ¡Puedo soportar verla allí, puedo soportar incluso tus reproches por mi conducta, pero tu lástima..., no! ¡Déjalo! —Se dejó caer apoyado, resbalando, hasta que estuvo sentado. Achiqué la distancia que había entre nosotros y me detuve frente a él.

—¿Cuánto sabe, Z? —Exigí. Él estaba sentado con las manos en puños donde descansaba su barbilla.

—Creo que no mucho... —dijo sin mirarme.

—¿No crees o lo sabes?

—No lo sé, Nick, es complicado. Sabe algunas cosas, pero no conoce mucho. —Vívika apareció de un costado con un paquete en sus manos, y se petrificó al vernos.

—¿Qué? —Dijo mirándonos al uno y al otro—. ¿Qué pasa?

—Nada —mentí.

—Bueno, sabes Nicolás, eres un terrible mentiroso —dijo colocándose las manos en la cintura y suspiró—. ¿Qué ocurre?

—Alex está al frente de una de las facciones de la rebelión —respondí observando a mi amigo.

—¿Qué? —Largó el paquete al suelo y se acercó.

—Ella, bueno, se ha unido a un grupo... —Le di una mirada significativa a Vívika cuando se agachó y posó una mano sobre el hombro de Zander—. Y estoy intentando saber cuánto sabe de nosotros.

—¡Mierda!

—Lo mismo opino —dije.

—¿Ella se volvió loca? ¿Qué cuernos le pasó?

—Nadie lo sabe, no se veía bien —explicó Zander—. Y no lo digo para alentarte, tan solo quiero que sepas que averiguaré qué ocurrió.

—Lo siento, Zander —dijo Vívika y lo abrazó. Ella lo atrajo contra su pecho. Me sentí incómodo frente a ellos, y agradecí cuando Nina se asomó por el pasillo. Estudió a la pareja y volvió a mirarme confundida. Carraspeé, y ambos me observaron.

—Los dejaré solos —murmuré—. Debo ir con Nina —farfullé señalándola—. Bien, yo... me iré. Avísenme si necesitan algo.

—Nicolás —me llamó Z y me tocó la pierna—. No me dejes afuera.

—No lo haré...

—Promételo —exigió con dureza—. Los problemas del corazón nunca me impidieron hacer mi trabajo. —Miré a mi amigo y luego a Vívika.

—Cuídalo, ¿sí?

—Lo haré. —Me enderecé y caminé hasta Nina. Abrí la puerta para que ella pasara y la cerré detrás de mí.

—¿Qué tan mal está? —Me preguntó mientras comenzábamos a caminar por el pasillo.

—No lo sé, creo que bastante mal —admití.

—Ella lo consolará —murmuró Nina con una media sonrisa.

—¿Vívika? —Pregunté con desagrado—. Era la mejor amiga de Alex.

—Bien, mejor aún. —La miré sin entender su razonamiento—. Se consolarán mutuamente —aclaró. Asentí comprendiendo su lógica y reparé en su nuevo atuendo. Bajé el ritmo, haciendo que ella fuera por delante mientras la estudiaba. Llevaba pantalones ajustados que le marcaban las curvas y estuve tentado a comparar mi mano con su trasero y pensar en cuánto podría tomar; además, llevaba una camisa blanca que dejaba entrever el montículo de sus pechos, y su cabello estaba recogido en una coleta. Olía bien... ¿Qué tan bien sabría si la probaba? Quería sentir su piel, la deseaba.

—Dime que no estás mirándome el trasero —susurró sin girarse y con una nota de humor. Me atraganté cuando se volteó y me encontró observándola más de la cuenta. Tosí haciendo que ella riera y aquella melodiosa voz me calentó. Estrechando los ojos y recuperando el paso, volví a su lado. Descubrí que me gustaba jugar con la gata, era poderosa y dura. Mi cuerpo se estremeció cuando noté el anhelo de acariciarla.

—Tienes un buen trasero —le dije, provocándola. Ella me miró, fingiendo estar ofendida. La gata flotó sobre su piel transmitiéndose hasta sus ojos. Aquello hizo que una parte de mí se endureciera. En especial las partes bajas, lo que causó que respirara con dificultad.

—Centinela Ikkar, hace que me ruborice con las palabras que salen de su boca —exclamó al tiempo que pasábamos a la zona de oficinas, casi rozándome.

—Deberías ver lo que puedo hacer con *mi boca* —murmuré junto a su oído—. Eso sí te haría ruborizar.

—Si no estuviéramos en guerra, me encantaría probarlo —me tentó y sonreí. La tensión crepitó entre nosotros y, de pronto, quise probarla. Quise arrancarle un gemido.

—Es justamente porque estamos en guerra que deberíamos probarlo —declaré y, sin pensarlo un segundo más, la arrastré de la mano hasta una oficina vacía.

Impulsivamente, nuestros cuerpos se juntaron, como si estuvieran imantados. Como si aquel cuarto estuviera desprovisto de gravedad y nos uniera, obligándonos a olvidar todas las preocupaciones, besándonos como si ambos pudiéramos completarnos. Apresé su boca para besarla con mayor intensidad. Por un momento degusté su sabor y gemí cuando recordé lo que había sentido por Vívika al conocerla. Nada tenía que ver con lo que sentía junto a Nina. Sus manos no dudaban cuando me acariciaban desde la base de la columna hasta los omóplatos. La seguridad de la gata me invitaba a jugar y, como si estuviera en celo, la apresé contra el muro, mientras apoyaba una mano junto a su cabeza y comencé a acariciar sus pechos por encima de la blusa. Nina levantó la camisa, y metió sus manos sobre mi espalda. La desabotoné para sentir la calidez de su piel, y jadeé cuando su pezón me rozó la palma.

—Si vas a negarte... —jadeé—. Este es el momento para detenerme. —Ella me clavó las uñas y me apretó aún más contra ella y abrió las piernas, y no me hizo falta preguntar nuevamente si estaba de acuerdo.

La pasión corrió, embriagándonos. Nina comenzó a quitarme la camisa y me acarició haciendo que cada célula de mi cuerpo reaccionara. Siguió acariciando mi espalda y se apretó más fuerte contra mí cuando lamí la tierna piel de sus pechos. La empujé contra el escritorio y tiré todo al suelo, sin pensarlo. Bloqueé la puerta con energía impidiendo que nos interrumpieran. *La necesitaba.*

Mi necesidad era tan grande que sentía mi pene latiendo contra la tela de los pantalones. Nina abrió las piernas y se sentó dejando que me acomodara en el medio. Sus manos fueron por el botón de mi pantalón y lo abrió rápidamente, mientras yo volvía a reclamar su boca con intensidad. Me separé de ella, jadeando, cuando la mano de Nina apresó mi sexo. Sus dedos tocaron e incendiaron aún más mi miembro. Bajé la cabeza y besé su cuello y, sin pensarlo más, le quité la camisa. Ella jugó con mi erección paseando su palma desde la punta hasta la base. Saboreé las sensaciones, la pasión vibrando en el aire mientras lamía su piel.

—Juega conmigo, centinela, hazme el amor —gimió, y jadeé nuevamente cuando ella comenzó a empuñar mi dureza de manera gentil, bajando y subiendo con un ritmo pausado que podía llevarme a la locura. Tenía la sensación de que podía estallar allí mismo, bajo el juego de sus manos, mientras lamía la piel de su hombro y de sus pechos. La tomé por la cintura y la levanté. Me apresuré a quitarle los pantalones, y le saqué los zapatos.

Me agaché frente a ella para besar sus pies haciendo que se estremeciera, y sonreí cuando nuestras miradas se encontraron. Se mordió el labio inferior mientras sus ojos

lujuriosos me observaban quitar su interior. Me puse de pie para reclamar su boca nuevamente. Estaba extasiado con su sabor, con la suavidad de sus labios.

—¿Quieres que apague la luz? —Murmuré contra su boca.

—No, quiero verte —jadeó Nina, y sonreí.

Mi palma se posó en el espacio húmedo de su entrepierna mientras no apartaba los ojos de ella, quería beberme sus sensaciones, su placer. El olor a sexo, el aroma de Nina me estimuló. La miré y vi tenía los ojos vidriosos por el deseo; las mejillas rojas, y los labios hinchados; estoica, resistiendo las embestidas del deseo. Una guerrera. Caí de rodillas entre sus piernas y su estomago, y bajé lentamente la cabeza besando el monte de Venus. Sus pequeños rizos bien cuidados me dieron la bienvenida, y la sensación de placer se incrementó cuando ella gimió con mi toque, haciéndome querer más.

—Déjame mostrarte cómo amamos los oscuros —le dije y mi boca buscó el sitio entre sus piernas. La escuché gemir cuando mis labios apresaron sus pliegues, la sentí estremecerse y sonreí. Quería demostrarle lo que sabía hacer, quería que supiera que sería buen amante, que podía satisfacerla. Mientras jugaba con mi boca, pensé en ella en brazos de algunos hombres en su pasado y gruñí contra su tersa piel. Combatiendo el deseo, Nina me acarició el cabello y enroscó las piernas sobre mi espalda exigiendo más, y sonreí sabiendo que le daría lo que me estaba pidiendo. Mientras probaba lentamente su carne acariciando su centro, la sentía retorcerse, por lo que la retuve con firmeza. Quería más y por ello intensifiqué las caricias lamiendo lentamente cada zona, cada pliegue, mientras la escuchaba gemir. Deseaba darle placer hasta el punto en que ella nunca pensara en otro. Gruñí contra su carne y mi lengua hurgó aún más profundo y se abrió paso. Sus gemidos se intensificaron, pero aún no estaba satisfecho. La necesitaba.

—Nicolás, Nicolás —suplicó y me atrajo hacia su boca nuevamente. Me besó con fuerza demandándome más; se apartó un poco, y sentí la necesidad corriendo por mis venas. Se bajó de un salto y me observó cuando gruñí molesto.

—Mi turno de probarte —susurró, y me atraganté. Me tomó de la mano y me guio hasta un sillón. Me dio un empujón y me sentó. Se colocó a mi lado y bajó mi pantalón, sin dejar de mirarme a los ojos. Cuando mi erección quedó descubierta, sus labios bajaron para calmar mi necesidad. Me aferré con fuerza al sillón cuando ella me lamió. Podía sentirla abrazándome con su boca. Por un momento cerré los ojos y pensé que estaba en el cielo. La devoré con la mirada mientras ella se movía al compás de su succión. Le desaté la coleta dejando que el cabello se soltara y la escuché gruñir de placer cuando enredé mi mano en él.

Cerré los ojos percibiendo todo y me dejé amar como nunca antes lo había hecho. Sabía que ella no se marcharía por la mañana. Ella no sería una mujer más con la cual tendría sexo. Nina, sin saberlo, me estaba dando algo más que placer, me estaba

ofreciendo algo que yo no conocía...: paz. No sabía cómo lo había logrado, pero la cercanía de su cuerpo hacía que las preocupaciones parecieran menos pesadas. Sonreí aliviado. Era irónico sentirse en paz justo ahora, pero cada toque de su cuerpo me devolvía un poco de cordura, un poco de aliento. No había preocupaciones mientras ella me tomaba y me sentí obnubilado por aquel pensamiento.

Una guerrera. Nina no era una mujer que se había rendido a mis encantos. Ella había peleado conmigo e incluso había pensado que la odiaba, pero la mujer que ahora me probaba, no se parecía en nada a la que había conocido. Me estremecí cuando ella pasó la lengua por la punta, abrí los ojos y la observé mientras los estremecimientos del placer me transportaban. Mi mano derecha siguió enredada en su cabello haciéndola ronronear y mientras mi mano izquierda apresó su trasero, mis dedos percibieron su humedad y decidí torturarla con caricias, como lo hacía ella con su boca. No comprendía por qué sentía aquella intimidación, aquella sensación de paz, no entendía del todo por qué con ella. Pero cuando ella levantó los ojos hasta mí, puedo jurar que escuché sus pensamientos.

—*Te deseo... por favor, déjame quedarme contigo* —dijo su voz mental y me sorprendió escucharla dentro de mí.

¿Qué mierda? Sus labios no se habían movido. Me observó y sonrió. Solté mi mano mirándola sorprendido por aquella revelación. Nina se montó sobre mí y dirigió mi erección a su interior. Temblé cuando su cuerpo me rodeó: estaba apretada y lista para mí. Sus ojos no se apartaron de los míos ni un momento, y se mordió el labio mientras su cuerpo se acomodaba a mi invasión. Apresé uno de sus pechos y lamí con cuidado el pezón, lo apresé con los labios y jugué haciendo círculos a su alrededor, hasta que su color se intensificó. Nina comenzó a moverse mientras yo atendía sus pechos con delicadeza, me clavó las uñas en los hombros y comenzó a montarme. Sus labios estaban levemente separados mientras comenzaba a mecarse. La acerqué y busqué su boca permitiéndole entrar y salir a su gusto. La calidez de su cuerpo me abrazaba, me aceptaba y yo no podía dejar de tocarla, de besarla. Apresé su trasero y, mientras ella me acunaba en su interior, la observé hacer con detallada curiosidad.

—*Ámame..., por favor, no me dejes* —volvió a decir aquella voz. Su voz.

De improvisto se levantó, y la miré sin comprender qué era lo que estaba haciendo, pero no pude hablar, pues estaba agitado y duro. El aire frío golpeó contra mi erección mientras la veía levantarse. Nina se giró quedando de espaldas a mí sin darme tiempo a protestar, me miró por encima del hombro y se sentó sobre mi cuerpo. El jodido sillón rechinó cuando ella guio mi pene a su interior y sentí que era la gloria.

—¡Oh, gatita! —Susurré mientras la tomaba nuevamente. No quería alejarme de ella. No quería que pensara en eso—. *No te dejaré* —pensé, y ella ronroneó mientras la penetraba incrementando el ritmo.

—Creo que ahora sí soy tu gatita —gimió, y le mordisqueé la oreja mientras la aferraba por los pechos.

—Sí —gruñí y sentí cómo ella llegaba al límite. Guie mi mano hasta su clítoris y la impulsé a la locura, y el éxtasis la sacudió con fuerza cuando llegó su liberación—. Tu gatita —dijo, y busqué mi propio orgasmo. Ambos sentimos los latigazos del placer, las respiraciones agitadas como único sonido en la habitación.

—Mi gatita —repetí.

Nina se levantó y dio unos pasos, pero antes de que pudiera marcharse la jalé hacia mí y la acuné contra mi pecho mientras la besaba. Sentía aquella afirmación quemando mi pecho. Nunca antes había sentido aquel impulso, el deseo de poseer a alguien. Deseé poder hablar con Hero ahora. Mi mente seguía dándome vueltas, aquellas palabras, mi gatita. Mía. Y de nadie más. Nos quedamos así un buen rato, hasta que Nina levantó la cabeza y me besó.

—Creo que nos necesitarán allí afuera. —Se levantó antes de que pudiera protestar. No me moví ni un centímetro mientras la veía limpiarse y vestirse—. ¿No piensas venir?

—Tengo una excelente imagen de tu cuerpo desde aquí. Tal vez deberíamos quedarnos —ronroneé satisfecho. Ella terminó de colocarse los pantalones y se calzó los zapatos, para luego ir por la camisa.

—¡Vamos! —Dijo caminando hacia mí. Apoyó una rodilla en el sillón y me acarició la mejilla—. *Eres hermoso* —musitó, pero sus labios no se movieron. Aquello me hizo hacer una mueca. O me estaba volviendo loco o... no tenía ni idea de qué significaba.

—¿Qué? —Me preguntó en voz alta y me estudió frunciendo el ceño—. No me digas que ahora tienes remordimientos —se quejó. Aparté los ojos de su boca y la estudié. En su frente se formaba una arruguita que me hizo sonreír.

—No, ninguno..., para nada —admití. Y volví a repetirlo una vez más cuando noté que ella no lucía convencida. Enmarqué su rostro con las manos y la jalé para besarla—. Pero creo que aún podríamos escondernos un tiempo más aquí —añadí, y ella se apartó.

—¡Vamos! Debes vestirte —me retó, y fue por mis pantalones. Cuando los tomó se detuvo en seco y pareció percatarse de algo. Me miró con fuerza y confusión—. No usas ropa interior.

—¡*Nah!* —Le respondí observándola desde el sillón—. Ajustan esto y molesta. —Ella estrechó los ojos, y sonreí.

—¡Vamos, vístete! —Me lanzó los pantalones, y los tomé en el aire.

—¿Por qué? ¿Tú crees que se tomarían a mal si saliera así? —Dije mientras me ponía de pie. Ella me estudió de pies a cabeza, y frunció el ceño haciendo un ruidito de disgusto. La sensación de tranquilidad que ella me transmitía me permitía

bromear. Era como si fuera una brisa fresca dentro de tanto agobio.

—Cariño... —dijo apretando los dientes—. Creo que muchas te lo agradecerían.

—Pero ¿te molestaría? —Me echó una mirada furtiva, pero no respondió, aunque su silencio fue un gran sí para mí. Sonriendo, y de buen humor, me calcé los pantalones y tomé la camisa que ella me entregaba. Antes de salir del cuarto, la acorralé contra la pared para besarla una vez más. Cuando se alejó le dije:

—Ten cuidado, Nina. —Le acomodé un mechón suelto detrás de la oreja y miré aquellos ojos que comenzaban a hipnotizarme.

—Lo haré, tranquilo..., si son humanos, prometo no matarlos y defenderlos. Soy fiel a mi nueva diosa y, definitivamente, si veo ángeles, correré primero y preguntaré después. —Le sonreí cuando ella resumió todo lo que le había dicho—. Ahora es cuando me dices: «buena gatita» —añadió, y comencé a reír.

—Buena gatita —acaricié su rostro—. Si vas a transformarte por ahí, ten en cuenta que no te vean el culo.

—¿Por qué? —Preguntó ella imitando mi tono anterior—. ¿Te molestaría? —Insinuó. Sonreí, pero a diferencia de Nina, sí respondí:

—¡Me cabrearía como los mejores! —Ella se mordió el labio, y entrecerré los ojos. Nos apartamos de la puerta, la abrí y comprobé que nadie nos viera salir. Caminamos hasta las oficinas donde estaba Ben.

—Debo hablar con él —dije señalando el nombre en la placa.

—Iré con las chicas —me dijo, y se alejó.

—Te veré luego —susurré, y ella se despidió con la mano.

Me quedé unos minutos percibiendo cada una de mis emociones. Sin saber por qué, a mi mente acudieron los recuerdos de la noche en que buscaba la liberación pensando en Vívika, mientras la gata se colaba en mi mente; las palabras de mi madre hablando del jardín y de mi futura compañera, y lo entendí. Cuando lo comprendí, me tambaleé y me apoyé contra el muro; tomé aire y me palpé el pecho. En mi fuero interno percibí cómo esa idea se asentaba en lo profundo de mí ser: la deseaba. Pero ya no era solamente mi cuerpo exigiéndome el contacto, sino que era mi mente buscando estirar el lazo y rozarla, y deseaba tanto su aceptación que se me secó la garganta. Cerré los ojos buscando el cambio y lo vi: allí estaba, era como una pequeña cuerda que se fortalecía de a poco, como si alguien la trenzara, hilo a hilo, fortaleciéndola de a poco, fortificando aquella unión. Después de un rato, una vez recompuesta mi postura, me metí en la oficina y encontré a Shadow.

—¡Eh!, Nick —se levantó—. Ben te estaba esperando —añadió. Le sonreí y di un golpecito cortés en la puerta y entré. Ben estaba parado junto a una imagen de mi madre.

—¿Crees que me odiará por mi decisión? —Masculló sin girarse a verme.

—¿Por qué lo has hecho? —Interrogué—. Tenías la posibilidad de marcharte. —

Ben se giró lentamente y me miró.

—¿Y dejar todo esto? —Dijo levantando los brazos.

—Sabes que te devolverían el puesto en cuanto esto terminara —afirmé observándolo con fastidio.

—¿El puesto? —Preguntó molesto—. ¡Me insultas, Nicolás! —Exclamó alejándose de la imagen de Vatur, mientras se frotaba los ojos. Lo observé ir y venir, realmente estaba confundido.

—Entonces, explícame —exigí.

—No puedo irme —gruñó mirándome—. No puedo.

—¿Por qué no? Mi madre te cubrirá —protesté.

—Por ella, por ti..., sí, ella me protegería... —Se frotó la cara con exasperación—. ¿Y qué pasaría si algo te ocurriera? ¿Si tan solo Hermes encontrara un modo de hallarte? —Ben negó con la cabeza mientras sentía un nudo en la garganta—. Ódiame todo lo que quieras, pero eres el hijo de la mujer que amo, la diosa que amo; por lo tanto, te amo a ti también —dijo estudiándome—. Aunque nunca lo creas. Siempre he tratado de ganarme tu confianza, de ganarme tu amistad, y no lo he logrado, pero no importa —bufó resignado, mientras yo no podía moverme—. Solo importa que estés vivo. ¿Sabes lo que ocurriría si algo te pasara y no estuviera aquí? ¿Sabes cómo se pondría ella si algo te ocurriera a ti o a tu hermana? La diosa que conocemos, la mujer que amo, se volvería una sombra. Ella me dio un regalo hace un tiempo, este es el mío. —Lo observé mientras se frotaba las manos en los pantalones y se paraba frente a mí—. No te dejaré solo, no aquí. No podría perdonármelo.

—Ben... —susurré con la garganta seca.

—No soy un cobarde —afirmó levantando la planilla—. Puede que muchas veces me haya equivocado. Que incluso haga o diga cosas que no debo, pero no te dejaré aquí. ¡No puedo hacerlo! —Gruñó—. La amo con mi vida, y la inmortalidad que me dio es por algo. ¡Mierda! —Refunfuñó frustrado—. Te daría la dirección de la S.A. en cuanto lo pidieras. Te daría la dirección de la Sociedad si tan solo alguien me asegurara que no cometerías errores que llevaran a los nuestros a la extinción. —Tragué con fuerza, sintiendo la verdad en sus palabras, y un sentimiento extraño me invadió. Descubrí allí, frente a mis ojos, al hombre más enigmático que conocía.

—Eres un buen hombre, Ben —expresé. Aquello pareció tomarlo por sorpresa, se detuvo y me echó un vistazo—. Confío en ti...

—Gracias —respondió y se dejó caer en su silla—. Entonces, dime, ¿crees que ella me odiará por mi decisión? —Preguntó mirando el altar de Vatur. Caminé hasta la silla frente a él y me senté.

—No. No creo que ella vaya a odiarte, Ben. Mi madre sabe lo que vale la lealtad, y creo que es su amor por ti lo que la ha llevado a pensar que a su lado estarías a salvo...

—¿Sabes que no puedo vivir en su mundo? —Murmuró con una sonrisa amarga en los labios. No, no lo sabía. Lo observé asombrado ante su declaración y negué—. No puedo sobrevivir más de unas semanas.

—No lo sabía —confesé y pensé en cómo aquel hombre se veía obligado a vivir lejos de la mujer que amaba—. Lo siento.

—Yo también —añadió mientras ordenaba unos papeles y suspiraba—. ¿Te ha propuesto lo mismo que a mí? —Interrogó al cabo de unos segundos.

—No —respondí negando con la cabeza—. Sabría que no lograría nada. Por eso ni lo intenta. —Ben soltó una carcajada.

—Buen dúo hemos formado tú y yo, ¿eh? —Completó.

—Sí, ni que lo digas —refunfuñé un poco más relajado mientras cruzaba las piernas.

—¿Cómo está Zander?

—Dolorido —dije levantando las cejas—. Pero creo que lo superará en brazos de una loba. —Me levanté lentamente y agregué—: Supervisaré la llegada de los oscuros. No quiero otro ataque sorpresa. —Caminé hasta la puerta y me voltéé dubitativo—. Ben.

—¿Sí?

—Crees que... —resoplé y volví a intentarlo—. ¿Crees que es posible que aunque dos seres no sean de una misma raza escuchen los pensamientos del otro? —Ben se colocó las gafas y me estudió.

—¿Están emparejados? —Preguntó curioso.

—No lo sé —dije observando el piso, sin atreverme a mirarlo a la cara—. No lo creo.

—Tengo entendido que solo pueden oírse las parejas, es como un recurso. Así cada uno sabe, a ciencia cierta, el estado del otro y si está en problemas —explicó.

—¿Aunque sean de diferente raza? —Pregunté animándome a mirarlo.

—Sí, creo que sí. ¿Qué razas son? —Me atraganté ante su pregunta.

—Son dos razas muy diferentes —respondí evitando los detalles.

—Creo que solo puede pasar cuando están emparejados. Se ha demostrado que, en casi todos los casos, cuando el vínculo se forma, sin importar la raza, ambos pueden oírse. La otra posibilidad es que uno de los dos sea telépata —aclaró.

—No lo soy —admití inconsciente de que había hablado en voz alta, y me arrepentí de inmediato. El desliz me hizo boquear, pero, gracias a Vatur, Ben ignoró eso y siguió.

—Entonces diría que *él*... —dijo dándome un rápido vistazo—, debe pensar bien lo que hará, porque está emparejado.

—No se conocen hace mucho tiempo —murmuré, y Ben frunció los labios.

—Eso no importa. La unión va más allá de eso —dijo midiendo mis reacciones

—. Él debe entender que ella es quien lo calma y complementa, por eso existe el vínculo. Puede que incluso no se sientan atraídos físicamente, pero, aun así, la unión los llevará a estar juntos. Digámoslo de este modo... —dijo Ben entrelazando los dedos y apoyando los codos en el escritorio—. Ella es el bálsamo que él necesita para evitar la locura.

—Ella me atrae físicamente —confesé sabiendo que Ben podía adivinarlo tranquilamente.

—Entonces no hay nada que no pueda pasar. Cuando dos almas se acoplan, no hay nada que pueda separarlas. No importa el tiempo; incluso ha habido casos en los que ambos se amaban aun si conocerse y cada uno sabía cómo era el otro, los recuerdos, todo, como si estuvieran juntos. Es algo más que hormonal o físico, es la unión de dos seres que se complementan. Dos almas primitivas que alguna vez fueron una sola y, al separarse, buscan encontrarse incansablemente.

—Sí, sentí paz cuando... estuve... con ella —confesé.

—Pensé que hablábamos de un amigo —se burló Ben y, sonreímos juntos.

Me marché de allí con una idea dando vueltas en la cabeza. Hero y Sal podían saber el estado del otro, pero, aún mejor, podían saber dónde estaban. Parado en el pasillo pensé en Nina y respiré profundamente mientras cerraba los ojos. Debía intentarlo.

—¿Nicolás...? —El susurro mental me sacudió haciendo que abriera los ojos y, sin saber cómo, supe que ella estaba junto a Sal, Hero, Carim y Eva en el comedor—. ¿Qué ocurre? ¿Qué es esto? —El susurro había sonado tan cercano que casi sentí como si estuviera a mi lado.

—Nina, debemos hablar —susurré, todavía sin saber si podía oírme. Sonreí mientras saboreaba ese pequeño lazo—. Mi gata... —Sabía que debería explicarle todo, pero me sentía optimista. Aprecié aquella nueva sensación, pues el solo hecho de oírla susurrar en mi mente me calentaba y me entibiaba el corazón. No, no quería dejarla ir.

Mi Nina.

Nina se había sentido tocada, aunque sabía a ciencia cierta que ninguna mano la había rozado. Era como ser acariciada por un fantasma, o, al menos, es así como lo imaginaba. Se le erizó el pelo de su nuca y quedó con la mirada perdida en la pared del fondo. Esa caricia había sido tan íntima que se sintió arder por dentro y tembló aun sin saber porque. Paladeó mentalmente la sensación y percibió que venía impregnada con una fragancia conocida, una huella que reconocía a la perfección gracias a las últimas horas.

Nicolás.

Su gata ronroneó y le sonrió, pero no le explicó por qué lo hacía. Tan solo se frotaba por las paredes de su mente, como si estuviera feliz ante aquella fantasmagórica ilusión de la voz de Nicolás. Estaba sentada a la mesa junto a Carim, que le contaba algunas cosas que debía saber de la S.A., de los felinos, de su familia. Mientras tanto, Eva murmuraba maldiciones cada vez que Carim comparaba a la manada de lobos con las grandes diferencias evolutivas que encontraba con los felinos. Sal reía al ver la pelea, mientras Hero se dedicaba a mirarlas con admiración y a hacer algún comentario picante, tanto de un lado como del otro. Por lo que Nina había averiguado, él era la pareja de Sal y, por lo tanto, los unía un lazo inquebrantable que no llegaba a comprender en toda su dimensión, pero los hacía vivir juntos. Por eso Hero vivía con la gata y la loba, además de su pareja. A él parecía no importarle mientras acariciaba la espalda de Sal, y reía ante la discusión que, al principio, era seria, pero siempre terminaba en alguna broma. Se había encontrado con ellas cuando dejó a Nicolás para hablar con Ben. Su gata le había rugido cuando se alejó de él, pero se forzó a centrarse. Al menos él no la había rechazado luego de tener sexo como lo habían hecho algunos tipos en su anterior vida como humana, o le habían dado las gracias como si se tratara de una prostituta... Él había sido afectuoso, y eso le encantó.

Las elementales, como Nicolás las llamaba, la recibieron sin problemas y gruñeron a algunos que la miraban con desdén. Ella estaba feliz y serena y las chicas no eran lo que había imaginado, eran «normales y francas». Había descubierto que Carim era la sensible del grupo, la que ponía freno a las intensas discusiones entre Sal y Eva. Eva, por su parte, era la temperamental del grupo, la que siempre llevaba las cosas al extremo desde la visión de Sal y la que siempre parecía ponerse del lado de los débiles, aunque al principio mostrara los dientes. Sal era como los chicos que viven metiéndose en problemas, pero su corazón sobresalía siempre. Era dulce y tierna, y lograba demostrar destreza para salirse con la suya.

—Nina, ¿estás bien? —La voz le llegó desde al lado, pero no logró entender con claridad. Se sentía en una burbuja de confusión y las palabras le llegaban amortiguadas como cuando se está bajo el agua. Tenía la sensación de que Nicolás le había susurrado algo al oído y trató de zafarse de aquello, pero su gata no la dejó, y el susurro volvió a colarse en su interior.

—*Nina, debemos hablar.* —Aquello la hizo estremecer y tembló. Se frotó los brazos, pues parecía que la temperatura había bajado unos diez grados desde que llegaron, y ella siguió buscando la voz—. *Mi gata...* —Eso fue lo último que escuchó y, sin saber por qué, tanto la gata como ella se sintieron hervir desde los pies a la cabeza.

—Nina. —Alguien la tocó, y enfocó su mirada en Carim—. ¿Qué sucede?

—Yo... —volvió a frotarse los brazos con las manos, sintiendo que el escalofrío volvía.

—Te ves perturbada. —Tragó con fuerza y miró a cada uno de ellos. Las chicas lucían intrigadas y tenían los ceños fruncidos. Quiso sonreír forzándose a ser franca, pero no lo logró. Aunque lo que más le llamó la atención fue la mirada que le dirigió Hero. Su boca era una línea fina, y no lograba descifrar por qué la observaban así. Cuando Sal notó su mirada, tocó a Hero.

—Hero, ¿qué pasa? —Él sacudió la cabeza y una sonrisa se formó en su boca.

—Nada, eso... es muy bueno —le dijo mirándola. A Nina le hubiera gustado preguntar qué era lo que había visto, qué era eso «muy bueno», pero no pudo.

—¡Nicolás! —Dijo Carim con su alegría habitual. Nina le echó un vistazo discreto. Sabía que lo había oído, pero ¿cómo? No podía ser cierto. Nunca antes había oído algo así, era como escucharlo hablar, pero desde su mente.

Estás alucinando, se dijo, y su gata le gruñó en lo profundo de su interior.

Nicolás ocupó el lugar en la silla junto a ella y el calor de su cuerpo la confortó. Había tanto que no conocía, que se sentía ignorante.

—¿Cuándo saldremos? —Interrogó Sal, yendo directo a los negocios—. ¿Nicolás? —Nina lo observó y notó que la miraba con una intensidad que la quemó.

—Saldremos en media hora —respondió apartando los ojos de ella. Nina suspiró y encontró los ojos divertidos de Hero y quiso gruñirle. ¿Qué era lo que le causaba gracias? ¿Qué sabía él que ella no? Maldición.

—Quiero que formen un grupo. Imagino que iremos juntos a la zona sur.

—Es la más afectada.

—Zander encontró problemas cuando vino. Hay un oscuro y un humano internados. La mujer asegura que hay otros luchando. Varias familias de lobos, brujos, cambiantes y metamorfos..., quiero que presten atención a cualquier problema. Ella nos explicó que había varias familias allí. ¿Verdad, Nina? —Cuando le dirigió la palabra, su voz sonaba igual a la que había escuchado en su mente. Se

quitó el estremecimiento, y la gata tomó el control. Lo miró y se lamió los labios provocando que Nicolás paseara sus ojos por sus labios.

—Ella nos aseguró que hay muchas familias y que muchas de ellas son humanos y oscuros no revelados a la S.A. Nadie sabe cómo lo supieron los humanos, aunque, personalmente, creo que fueron los ángeles los que los delataron. —Miró a Nicolás esperando que indicara algo, pero él no lo hizo—. Los tres que han llegado aquí son una familia: la mujer y el hombre mayor son humanos. Él tiene un cromosoma oscuro y eso se transmitió a su hija, por lo cual ella es una oscura. La mujer dice que muchos de ellos son mestizos, como ella los llama. Por eso creemos que hay muchas más familias allí y no sabemos cuánto las asustó Zander, pero creo que por eso mismo deberíamos ir.

—Wow!... —dijo Eva cuando ella terminó de hablar.

—¿Qué? —Preguntó observándola, para luego mirar a Nicolás.

—Casi suena como un prototipo de ti, Nicolás ¡Ja! —Las mejillas de la gata se coloraron por la afirmación.

—Sí, suenas profesional —añadió Hero levantando las cejas con una sonrisa en sus labios.

—Gracias —respondió acomodándose el cabello sin saber si debía sentirse contenta o avergonzada. Una oleada de cariño y orgullo la llenó. Espió a Nicolás y lo vio sonreír. La ternura que la llenó era distinta a una caricia. Era más íntima. *Estoy enloqueciendo*, volvió a decirse.

—Bien, saldremos en unos diez minutos —anunció Nicolás y se levantó. Ella observó cómo él se arreglaba la ropa. Lucía tan guapo, ella se lamió los labios como si aún pudiera sentir el sabor de su piel, y aquello produjo un calambre directamente en su entrepierna.

—Bien, iré por mis armas —indicó Sal.

—Sí, yo buscaré algo de ropa —dijo Carim—. Nina, recuerda meter algo de ropa en el coche. —Ella se puso colorada al recordar cómo Nicolás le había dicho lo mismo.

—Sí, lo haré —señaló y se levantó—. Iré por eso ahora. —Comenzó a caminar alejándose de ellas. *Alejándose de Nicolás* y de las sensaciones que la embargaban. Todo era nuevo para ella. Todo, incluso sus propios sentimientos. Cuando había conocido a Nicolás le había gritado por lo que era, por ella...

—Estúpida, estúpida —se reprendió recordando aquello.

Nunca debió tratarlo de ese modo. Pensó en un modo de disculparse, pues si bien podría ser que él lo hubiera olvidado, ella no podría dejar de sentirse miserable por lo que le había dicho. Mientras caminaba, miró al techo y rezó a Vatur para que la perdonara. No sabía qué ocurría, pero cuando detuvo su andar frenético se encontró parada frente a la puerta de su habitación. Entró y se castigó mentalmente por no

aclararse, pues estaban en peligro y no podía fallarle, ya que él había confiado en ella.

—Algo que vestir... —dijo en voz alta mirando su cuarto—. Algo que ponerme, algo que ponerme... ¿Qué debería ponerse? Sabía que las chicas lucían ropas caras, pero pulcras, tipo oficinistas, pero ella nunca había comprado pantalones negros y camisas blancas; tampoco era como si tuviera mucha ropa—. ¡Mierda!

—Carim suele usar ropa deportiva. —Se giró asustada, más para comprobar que él estaba allí que por otra cosa. Y encontró a Nicolás apoyado en el marco de la puerta. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, lo que lo hacía lucir apetitoso, y parecía relajado por su pose. Tragó. Envió toda la lujuria que le corría por las venas a un lugar apartado, aunque lo que más deseaba era saltar sobre él y devorarlo. Suspiró.

—Sí, creo que será lo mejor. —Volvió a revolver sus cosas y escuchó cómo él entraba y cerraba la puerta. Se agachó y revolvió en sus cajones. Su amiga le había enviado ropa, debería tener algo deportivo.

—¿Qué ocurre Nina? ¿Por qué estás así? —Preguntó la voz profunda que volvió a oír en su mente. Se giró a verlo.

—¿Por qué lo preguntas? —Nicolás frunció el ceño.

—No he dicho nada —respondió sacudiendo la cabeza, y ella tragó con fuerza.

—No lo dices en serio. —Sintió que la sangre le abandonaba la cara.

—Nina —susurró, con una ternura impresa en cada letra, casi como el susurro de un amante. Sus ojos se llenaron de una luz y agradecimiento que ella no comprendía. La atrajo entre sus brazos, y su beso fue intenso. La acorraló contra un muro mientras su boca la reclamaba con tanta fuerza que tembló, lo que la hizo olvidar todas las preguntas. Su gata pateó lejos sus temores y le ronroneó.

—Me he sentido rara, pero debe ser parte del cambio..., ¿cierto? —Lo enfrentó—. Creo que necesitaría una gran charla con Carim. —Se detuvo cuando notó que él no decía nada y que tan solo la observaba como si estudiara cada uno de sus gestos—. ¿Qué?

—Tenemos que hablar —dijo pasándole un dedo por su mejilla.

—¿Y no es lo que hacemos? —Respondió sintiendo el peso de su cuerpo atrapándola.

—*Sé que puedes oírme* —le habló, pero sus labios no se movieron y ella boqueó—. *Tenemos mucho de qué hablar...* —continuó mientras le acomodaba el cabello entrelazándolo entre sus dedos.

—No, no puede ser cierto. —Abrió los ojos como si fueran a salirse de las cuencas.

—Lo es. —Esta vez su boca se movió.

—¿Cómo? Nunca tuve, yo...

—Solo te diré esto por ahora, pues debemos irnos, y lamento que si me quedo un segundo más aquí... —Enterró su boca entre su cabello hasta que encontró su cuello

y aspiró su aroma. Comenzó a besarla hasta que sus labios apresaron el lóbulo de su oreja haciéndola estremecerse, y enroscándola en sus brazos como si no quisiera dejarla ir—. No podré resistirme y, realmente, debemos irnos. —Nina lo provocó arañando suavemente su espalda mientras su respiración se agitaba—. ¡Oh, por la diosa! Nina..., escúchame. —Se apartó y tomó aire. Ambos lo hicieron—. Sé que puedes escucharme aquí —dijo tocando su frente—. No es una ilusión, puedes oírme. —Cuando ella iba a preguntar algo, él la acalló—. Sé que tienes preguntas y prometo responder a cada una en cuanto volvamos... Escúchame, cuando te hable, no quiero que nada te suceda. —Nina no supo por qué, pero su mirada de temor la congeló—. No quiero perderte, sé que eres hábil y puedes luchar, pero no te pongas en peligro, y óyeme cuando te hable. —Ella asintió sabiendo que cada palabra estaba colmada de sentimiento—. Responderé tus preguntas, tan solo no te separes de mí. —Nina supo que no solo lo decía por la batalla—. Y cuando vuelva, prometo hacerte el amor como nunca lo has sentido...

—¿Me enseñarás a amar como lo hacen los oscuros, centinela? —Ronroneó, y él sonrió relajándose un poco.

—Te enseñaré a amar como solo los dioses pueden hacerlo —murmuró, y no sabía por qué aquello le sonaba tan personal que ella lo besó.

—Debo buscar ropa... si no quieres que mi culo quede al aire otra vez. —Él la soltó, y ella fue por lo que había venido.

—Mantén ese culo enfundado, cariño. —Ella le enseñó un pantalón deportivo y una camiseta escotada de deportes también.

—Muy escotado.

—Creí que te disgustaba que tuviera mi trasero al aire.

—Claro —dijo de mala gana, acercándose de una forma predatoria—. Esta será mejor. —Nina no supo por qué, pero aceptó sin chistar la camiseta que él le dio. Era sosa y amplia. No le gustaba para nada, pero de eso hablarían luego.

—Bien, bueno..., no me gusta, pero te daré el gusto. No quiero que te perturbe el hecho de pensar en matar a algunos, y preocuparte por si una de mis *bubis* se escapa. —Caminaron hasta la puerta y Nicolás la abrió para que ella pasara—. Aunque no deberías preocuparte, no son tan grandes —añadió mirándose los montículos que formaban sus pechos.

—Están bien para mí —susurró sin mirarla.

—¿Por qué te preocupa tanto? —Exigió, impostando su mejor voz de desdén.

—Porque eres mía —señaló él un minuto antes de entrar al corredor principal donde los esperaban los demás. Nina le echó un vistazo y sonrió.

—Solo, si eres mío —susurró para que él la escuchara.

—Hecho —dijo, y miró a los demás con su semblante de centinela. Ahora debían luchar.

Diez minutos más tarde, nos encontrábamos en el estacionamiento de la S.A., alistando las armas y los coches. La noche era tranquila, aunque tenía la sensación de que era la calma antes de la tormenta. Dora había dicho que la octava noche de este mes debería cazar a Mikela. Antes, no había tenido ningún problema en llevar a Nina conmigo, pero ahora, conociendo lo que sabía, no estaba tan seguro.

Sacudí la cabeza mirando al cielo. ¿Qué debo hacer? Ella es mi pareja, pero debía ir por Mikela. Debía encontrarla de un modo u otro. *Quería matarla*. En mi fuero interno, deseaba lastimarla hasta que pidiera perdón por lo que había hecho. Sal era como mi familia y todo en ella era valioso, incluso su sangre y de solo saber que había estado tan cerca de lastimarla, se me revolvía el estómago.

Si las investigaciones estaban en lo cierto, su sangre salvaría a miles de personas y sería la cura para muchos que no deseaban ser lo que eran. Lo pensé un momento. Si la cura era cierta, ¿Nina me pediría ser curada? Aquello me oprimió el pecho. ¿Qué ocurriría si realmente lo deseara? No podría retenerla; no lo haría, aunque tan solo la idea hiciera que se me formara un hueco en el pecho.

Nunca antes había pensado en el emparejamiento, incluso no había conocido casos en que los semidioses se emparejaran; pero ahora, la sola idea de que ella se marchara, me partía en dos. Solo imaginármela con otro hombre me hacía desear matar a cualquiera que se le acercara. Levanté la cabeza y la observé, y una sonrisa curvó mis labios cuando ella me miró. No sabía de dónde nacían todos esos sentimientos violentos, pues eran nuevos para mí. Estaba dicho que nunca antes había conocido algo parecido. Creía conocer el amor por mis elementales, pero mi unión con Nina iba más allá de ello, más allá de todo lo que pudiera manejar. Salí de mis cavilaciones cuando noté que Hero se detenía a mi lado.

—Felicitaciones —dijo palmeándome la espalda—. Veo que han congeniado, o más que eso; tal vez... —Sonrió Hero estrechando los ojos. Sacudí la cabeza y volví a mirar a las chicas. Eva estaba guardando en el coche la ropa de Nina—. Te ves bien.

—Imaginé que lo sabrías —confesé suspirando—. Aunque aún me pregunto cómo es que sabes esas cosas.

—Las auras —confesó, y lo miré extrañado—. Se mezclan —dijo mientras su mirada se perdía en la lejanía como si buscara algo. Estaba seguro de que Hero rastreaba de algún modo el lugar para que ningún ángel se acercara a nosotros, en especial a su compañera—. Cada uno tiene un color personal, yo simplemente las percibo —volvió a mirarme—. Cuando el aura se mezcla y adquiere un nuevo color quiere decir que sus mentes se han unido, junto con el cuerpo.

—Dime que la mía no es rosa —rezongué poniendo una mala cara totalmente fingida. Hero rio relajando sus duras facciones. Debía admitirlo, Sal tenía un buen compañero, y comprendí que había ganado un amigo. Hero no había develado mi secreto, incluso había logrado cubrir el secreto de su compañera, y eso me hacía confiar aún más en él.

—Hummm... —murmuró Hero mientras me observaba con detenimiento. Se frotó la barbilla y me miró ceñudo. Después de un segundo, comencé a ponerme nervioso, no podía ser rosa, ¡no podía serlo!—. No —confesó con una sonrisa, y suspiré aliviado—. Es azul. Imagino que es igual al color de tu madre —añadió con naturalidad—. El de ella es violeta —señaló mirando hacia donde estaban las chicas—. Casi parecido al de Carim, pues todos los gatos tienen la misma gama de colores. Violetas y lilas, y tan solo he visto algunos muy violentos con colores como rojos y púrpuras. Cuando se acerca a ti o piensa en ti, se mezclan —dijo mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Aún no se lo he dicho —confesé arrugando la nariz. Hero me estudió un momento, como si no entendiera.

—¿Por qué no? —Preguntó observándome. Hice una mueca y levanté los hombros. Él sonrió, y supe que había notado algo en mi aura—. Aunque, no creo que ella sea ajena a eso —añadió, y sabía que estaba en lo cierto otra vez. Nina podía escucharme.

—Reaccionó al cambio mejor que otros que he visto —mi voz fue un susurro—. No sé si lo que ella necesita ahora es que le diga que está emparejada conmigo.

—Tal vez eso es lo que ella necesita. —Lo miré a los ojos buscando comprender—. Cuando conocí a Sal estaba perdido, ¿sabes? La soledad fue una elección para no sufrir por nadie más. —Hizo una pausa y continuó—: Y ella fue mi salvavidas, como si me hubiera dado una meta en esta jodida vida. Recuerda que ella está sola ahora, tal vez sea lo que necesite. Es bueno saber que uno pertenece a algo, a un sitio, y que tiene a alguien que la amará y la protegerá sin importar qué ocurra. A veces, es bueno saber que el destino no es una mierda como creemos, y que tan solo hemos vivido malos momentos para poder disfrutar cuando encontramos a nuestra otra mitad —concluyó y me miró de reojo—. ¿Qué? —Preguntó cuando lo observé—. Sueno como un marica, ¿cierto?

—Mejor dicho como un macho dominado —repliqué, y me gruñó.

—Y eso, mi querido amigo... es completamente cierto, aunque... —hizo una pausa— nunca lo admitiré frente a ella. —Comenzamos a reír—. Ya verás..., espera a que la unión se complete y seremos dos nenas. Estoy seguro de que Z nos torturará durante mucho tiempo.

—Lo dudo —añadí—. ¿Lo has visto con Vívika? —Hero negó, y me sonreí—. Dudo de que dure mucho.

—¿Le contarás todo? —Me preguntó, y suspiré como respuesta.

—Creo que sí, aunque ya sabes, no sé... —murmuré mientras cerraba los ojos.

—Debes ser sincero con ella, no podrás evitarlo. Aunque no me imagino a tu madre yendo a cenar con ustedes, visitándolos en Navidad. —Soltó una carcajada y lo maldije entre dientes—. Bueno, no tenemos Navidad, pero será un karma para ella saber que su suegrita puede mover un dedo y eliminarla, pero, de todos modos, debe saberlo. —Hero rio nuevamente tomándose el vientre, y volví a maldecirlo. Estaba en lo cierto, tenía un nudo en el corazón. ¿Qué ocurriría si ella no deseaba la unión, si le temía a mi madre? Tragué con fuerza; debería hacerlo.

—Hero, eres un idiota —le dije sonriendo y sacudiendo la cabeza, apartando las preocupaciones.

—No, es que no puedo imaginarlos comiendo todos juntos, como una familia normal. Piénsalo —afirmó aún riendo—. Tu madre en la punta de la mesa, a su lado Irizadiel con sus hermosas alas, Nina y tú. Eso suena raro.

—¿Crees que solo a ti te suena extraño? —Le respondí haciendo una mueca.

—Creo que su gata lo sabe —admitió cuando dejó de reír. Hero era mucho más sabio de lo que nunca había imaginado—. Puedo sentirla. Hoy pude verlo claramente antes de que llegaras, lucía confundida..., ¿hablas mentalmente con ella?

—Lo descubrí hoy —admití en un suspiro. Me sentía como un novato a su lado—. Sé que me oye —concedí.

—Entonces no tardará en averiguarlo —expresó mi amigo, sabiendo que nunca podíamos ocultarles nada a las parejas.

—¿Cómo manejas la comunicación? —Pregunté intrigado intentando averiguar cómo había logrado que Sal no averiguara lo que le había contado.

—Lo que quieres saber es cómo logro que Sal no escuche todo lo que pienso... —dijo sonriendo de lado, y echándole un vistazo a su compañera—. Creo que es mitad y mitad. Aún no estoy seguro, pero tengo la sensación de que la comunicación es más fluida cuando las emociones son más fuertes —añadió gesticulando—. Ya sabes, sexo, peleas, dolor..., aunque a veces creo que Sal simplemente ignora lo que le digo.

—¿Te ignora? —Pregunté imaginando a Sal ignorando a Hero—. ¿Cómo?

—Como cuando va de compras —dijo apoyándose en el coche—. Le digo que algo no me gusta porque es muy ajustado, muy transparente, y ella simplemente me mira y me ignora. Así de simple, Nick. —Comencé a carcajearme sin parar. No podía detenerme, incluso tuve que tomarme el estómago—. ¡No te rías, es serio! —Gruñó afligido—. No te reirás cuando ya sabes quién te haga lo mismo.

—Sabes que Salomé nunca gastará demasiado —solté aún riendo.

—¡Eso crees tú! ¿Las has visto ir de compras? ¿Has presenciado el acto en sí? Es casi primitivo —dijo con seriedad. Negué en silencio conteniendo las carcajadas. Lo

describía arrugando la nariz y con cara de asco—. Bueno, es como si las tiendas simplemente fueran cadáveres, ¿sabes?, y ellas se largaran como buitres en picada hacia su presa. Revuelven todo y van de un lado al otro frenéticamente. Como si estuvieran drogadas o poseídas. ¡Y ni te imaginas cómo se ponen cuando les gusta la misma prenda! Parece que van a matarse en medio del local, y los vendedores las miran atemorizados..., incluso yo temo por mi vida —concluyó ofuscado.

—No puede ser tan malo... —dije carcajeándome nuevamente.

—¡Oh, no! Lo peor es cuando entran a probarse los millones de prendas que eligieron. ¡Sabes, es injusto! —Se quejó Hero poniendo cara de mártir—. Me emparejé con una, pero parezco el marido de las tres.

—¿Tan malo es? —Pregunté viendo su sufrimiento.

—¿Sabes lo que hicieron la última vez? —Dijo. Yo no sabía si preguntar o no.

—No. ¿Qué hicieron? —Me arriesgué a averiguar.

—Bueno, me llevaron a una tienda. Una vez que tardaron cuarenta y cinco minutos en destripar... la maldita tienda, me sentaron en unos sillones frente a los probadores y me mostraron cada uno de ellos.

—¿Sabes? —Dije sonriendo—. Muchos hombres te envidiarían.

—¿Sí? —Preguntó con sorna—. ¿Incluso cuando me tiran cosas en la cara o me recriminan que no sé nada de moda porque les digo que algo de lo que eligieron no me gusta? —Comencé a reír nuevamente y apoyé mi mano sobre el hombro de Hero—. ¡Aún creo que no es gracioso! —Se quejó. Eso me hizo reír más, y sentía que nunca terminaría mis carcajadas.

—Eres un buen tipo —dije cuando recuperé el aliento—. No sé cómo lo logras, pero aun en los peores momentos me haces reír.

—¡Te ríes de mi sufrimiento! Sé que lo estás disfrutando. Estas mujeres no tienen límites —añadió indignado.

—Creo que no.

—Hazme caso... —me susurró—. Realiza un contrato donde esté debidamente expreso que no irás de compras y que no interferirán en tus días libres.

—Tomaré eso en cuenta —dije asintiendo.

—¡Ah! Y no olvides la parte en la que detallas que puedes proveer tu refrigerador de comida chatarra si lo deseas. Las féminas y sus malditas dietas pueden llegar a volverte loco. Créeme, coloca también que a veces ella deberá comprarla aunque no le guste —expresó con la seriedad del caso.

—No jodas, ¿hablas en serio? —Pregunté consternado. Pobre Hero.

—¿Te parece que estoy bromeando? —Respondió indignado.

—No, ni un ápice —admití.

—Recuerda mis palabras, mi pequeño Nicolás-san... —dijo colocándome emotivamente una mano en el hombro—. Recuerda mis palabras —me dijo con una

voz extraña y volvimos a reír.

—¡Eh! Ustedes dos... ¡parecen dos viejas chismosas! —Ambos sonreímos al ver las caras de las chicas. Reparé en Nina imaginándome una vida junto a ella, compartiendo las cosas cotidianas, como Hero lo hacía. Ella sonrió y le respondí del mismo modo.

—Sal no lo sabe —murmuró Hero cuando recuperó la compostura—. No sabe nada de lo que me has dicho..., pero sospecha.

—Sí, lo sé. Estoy seguro de que desea preguntarme qué ocurre, pero no sabe por dónde empezar..., y lo de Nina, lo sabrá pronto. Imagino que saltarán sobre ti y te lo sacarán como sea en cuanto estén solos.

—Gracias —dijo palmeándole el hombro, haciendo un gesto de dolor—. Con amigos como tú... —Se marchó hacia el coche—. ¡Eh! —Me llamó antes de meterse en el coche—. Aún tienes una cama de más en tu casa, ¿cierto?

—Sí, puedes usarla cuando gustes —grité, y miré a Sal. Ella frunció los labios y estrechó los ojos.

—¿Para qué quieres una cama? —Le preguntó ella cuando él llegó a su lado, pero la acalló con un beso, y sonreí nuevamente. Di un vistazo hacia donde Nina estaba y pensé que debía intentarlo.

—Nicolás, Carim irá con ustedes —me gritó Eva. Me metí en el coche. Carim se introdujo en el asiento trasero y Nina en el del acompañante. Puse el coche en marcha.

—¡Por favor! ¡Por favor, Nicolás! —Lloriqueó la gata robándole una sonrisa a Nina—. Dime que no nos matarás del aburrimiento con tu música cursi. —Puse los ojos en blanco y suspiré. No solo tenía que soportar a Zander, sino también a Carim.

—Nina, por ser la primera vez que subes a mi coche... —dije con la voz seria.

—... Consciente —añadió ella.

—Por ser la primera vez que subes a mi coche, consciente —repetí—. ¿Qué música te gusta?

—Dime que no eres de escuchar musiquilla de la romántica. ¡Por favor! ¡Por favor! —Suplicó Carim con cara de perrito mojado, y Nina sonrió.

—¿Tienes algo de AC/DC? —Dijo. Me estiré y tomé el control. Busqué la canción que alguna vez Zander me había hecho guardar, una de las pocas que tenía de esa banda metalera de la antigüedad. *Back in Black* dio los primeros acordes, y Carim vitoreó. Debería bajar algunas de estas si Nina era fanática de ellos y tendría que soportarlo, al menos hasta que firmara el acuerdo. Las escuché cantando y arrugué la nariz, ya que no comprendía del todo la letra. Sacudiendo la cabeza, dirigí el coche hacia la salida.

—Esa es mi chica... —Carim le palmeó el hombro a Nina—. Ves, Nicolás, ella me gusta. —Nina me sonrió y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí

acompañado. Íntimamente acompañado. Tal vez Hero debía incluir lo de la música en su contrato, se lo diría la próxima vez. Para mí, la canción no era buena. Debía admitirlo, pero Nina se veía feliz y relajada, así que me olvidé de eso.

Me comuniqué con Zander y le informé lo que haríamos. Él me confirmó que había dejado a Vívika trabajando en la S.A. a cargo de los heridos y los nuevos que llegaran. Dijo que ella estaba bien. Ahora, él se había reunido con los suyos para trasladar a la población de la zona norte. Me dirigí hacia el sur, aliviado de que Z estuviera en pie. Sonaba de buen humor y eso era completamente bueno. Me pregunté qué papel había jugado Vívika en ese cambio, pues sabía cuánto dolía la pérdida, y le eché un vistazo rápido a Nina. Nunca había sentido una fuerza tan poderosa, ni siquiera sabía qué le podía ocurrir. Debería hablar con mi madre. ¿Habría metido ella sus manos en esto? Observé el cielo, y no comprendí cómo Vatur podía meterme en esas cosas.

—*Ojalá no sea así, madre* —dije para mis adentros y sentí un cosquilleo en el cuello. Nina se removió nerviosa cuando sonó la siguiente canción.

—Prepárate para lo peor, siempre esperando lo mejor —murmuré, y ella me echó un vistazo rápido con inseguridad. No era bueno reconfortando a los demás, de eso estaba seguro y lo comprobé cuando miré a Carim que soltó un bufido.

—Lo lamento, no debería estar nerviosa. No debería estar así de nerviosa, no sé por qué, tal vez no debería haber venido. —Su voz sonaba temblorosa. La quería cerca, aunque no podía explicarlo. Mía, me dije, y eso resumió todo.

—No te flageles —declaró Carim recordándome que estaba allí—. Yo también estoy nerviosa. —Agradecí sus palabras aliento—. Todos lo estamos. Lucimos como si no pasara nada, pero si tan solo pudieras oír los pensamientos de Eva y Sal..., ¡ufff...!, te sentirías bien. Están que explotan de los nervios, y es fastidiosamente contagioso.

—¿Puedes oír sus pensamientos? —Curioseó Nina girándose para mirarla. Bien, dije dándole un punto a Carim por hacerla pensar en otra cosa. Una historia que contar. Nina pareció olvidar sus nervios y se concentró en la charla.

—Sí, somos elementales, eso implica que podemos oírnos y sentirnos. —Nina me miró de reojo. Estaba seguro de que luego me preguntaría algo más.

—¿Solo los elementales pueden oírse? —Preguntó Nina, y me atraganté ante la pregunta. Por lo visto, no andaría con rodeos. ¡Mierda! No me había esperado eso. ¡Santo cielo! Debía desviarla del tema. Era muy pronto para que ella lo supiera. Comencé a toser sin parar.

—¿Estás bien, Nick? —Preguntó Carim, ajena a lo que ocurría. Me palmeó la espalda y continuó—. No, tamb... —dijo, pero no pudo continuar. Giré el coche de una forma brusca, haciéndolas perder el hilo de la conversación y el aire.

Aprovechando el cimbronazo, volví a hablar antes de que Carim continuara diciendo: *que las parejas también podían hacerlo*. No deseaba sumar otra preocupación a Nina.

—Es por aquí —indiqué mientras Carim protestaba por la maniobra. Nina me miró frunciendo el ceño y dedicándome una mirada asesina, muy parecida a la de Sal. ¿Acaso había oído alguno de mis pensamientos? ¡Mierda! ¿Qué había dicho Hero? Las emociones fuertes hacían que pudieran oírse los pensamientos con mayor claridad. ¿Acaso el miedo no era una de ellas? Frené junto a los demás coches.

—Vamos, vamos entonces —dijo Carim con nerviosismo—. Tengo las manos heladas... —Nina abrió la puerta y salió del coche, no sin antes dirigirme una mirada ceñuda y sin decir una palabra. Eso me incomodó aún más. Nos detuvimos en una calle vacía. Era de noche y, aunque había disturbios por doquier, la zona parecía en calma.

—Bien. ¿Por dónde empezamos? —Exigió Sal.

—Las normas eran que debían quedarse en sus hogares. Los camiones de transporte deberían llegar ahora para los que no tienen coche. —Tomé el teléfono, pero esta vez fue Nahima la que respondió.

—Te envié tres camiones y varias escoltas armadas sugeridas por Ben. —Su voz sonaba tan eficiente como era en persona.

—Eres un sol —respondí, y escuché un gruñido interno de Nina. Le di un vistazo rápido, y pensé que debería cuidar mi vocabulario de ahora en más si no quería terminar con las pelotas colgándome del cuello—. Gracias.

—De nada, Nick. Llama por cualquier cosa. Tengo varios equipos patrullando tu zona y está todo sereno, pero sabes cómo es esto... —Ella cortó la comunicación. Observé cómo mi grupo se separaba y llamaban de puerta en puerta, mientras un camión doblaba la esquina.

El móvil era llamado «*La bestia*» y estaba dispuesto con paredes de titanio de muchas láminas colocadas unas sobre otras, creando una pared de más de diez centímetros de espesor que impedía el paso de las balas y el calor, sin contar que cada una de ellas estaban prendadas con símbolos de protección. El único vidrio era el del frente y era tan grueso que impedía el paso de la luz hacia el conductor, a la vez que lo protegía de las armas. La parte trasera se parecía a la de los colectivos de los presidiarios, ya que llevaba ganchos en las ruedas y, al frente unos especiales, de modo que casi que podría derribar lo que se le cruzara. De allí su nombre. Miré a Hero que cargaba a una niña hacia el camión, y detrás de ellos una mujer ayudaba a caminar a un lobo viejo que rengueaba. *Debe ser por los años*, me dije preguntándome cuántos años tendría ese licántropo. Sal condujo a una pareja joven con dos niños, mientras Carim y Eva le indicaban a dos parejas dónde ir. Busqué a Nina, más por instinto que por otra cosa, aunque algo en mi interior martillaba indicándome que ella estaba a salvo.

—Está con Sal —me comunicó Hero cuando llegó a mi lado y señaló una casa. Le eché un vistazo. ¿Cómo carajo sabía en qué estaba pensando?—. Están sacando a otro licántropo que tiene muchos años.

—¿Sientes algo? —Indagué inquieto.

—¿Te refieres a ángeles? —Preguntó, y percibí la energía rozando mi piel.

—Claro —afirmé. Comenzaba a entender el regalo de mi madre. Sin Hero, podrían atacarnos en cualquier momento.

—No, por ahora no —afirmó cerrando los ojos y se concentró un segundo más antes de abrirlos.

—Cualquier cosa, por pequeña que sea...

—Tranquilo —dijo Hero apoyando su mano en mi antebrazo—. Sé qué puede pasar si no lo hago, pero ¿qué pasaría si atacan a los camiones? —Le di una mirada divertida. Ya había pensado en eso y me había contactado mentalmente con mi madre pidiendo protección, y sabía que ella me había oído.

—Está cubierto. Mi madre lo tiene cubierto —aseguré.

—Eso es bueno —admitió.

Juntos nos metimos en una casa y sacamos a una mujer con dos niños. Observé que el primer camión se marchaba, para darle paso a un segundo. Seguimos recorriendo las casas una a una. Muchos salieron y se alistaron en sus propios coches a la espera de la partida de los camiones, pues era más seguro. Tardamos más de dos horas en terminar, el alba se acercaba.

—Viene el día —anunció Sal.

—Sí, la mayoría de los evacuados ya están protegidos en las instalaciones. Llevaron tres camiones llenos a la nueva instalación —dije, y pasé un brazo sobre sus hombros. Mi pequeña Sal—. Vamos, luces cansada.

—Lo estoy —confesó mientras íbamos hacia el coche, y me dirigió una sonrisa perezosa. Caminamos en dirección a los demás para informarles que nos marchábamos. Un grupo de licántropos y cambiantes nos suplantarían. Sabía por Zander que ellos habían llevado la peor parte de nuevo. No había esperado que la zona norte fuera una revuelta, pero así había pasado. Hubo enfrentamientos, heridos leves de ambos bandos, no paso a mayores gracias a la intervención de la policía humana, que tampoco podía contener a las masas por completo. Enviaron refuerzos, evacuaron, y enviaron a varios pacificadores con ellos, lo cual permitió el traslado de los oscuros. Ahora la ciudad estaba dividida. Habían quedado pocos, y eso dificultaba más los ataques.

—Sal... —susurré, y ella me miró—. ¿Cómo estás? —Le pregunté, recordando lo mal que estaban funcionando las pastillas de sangre.

—¿Te refieres a mi hambre? —Preguntó desviando la mirada a las casas.

—Sí. Supe que cuando los atacaron venías para hablarme de eso —susurré. Sal se

restregó las manos, incómoda.

—Sí, bueno, pero no sé, tienes muchas cosas en la cabeza. Principalmente una gatita. —Ahora fue mi turno para atragantarme y lucir incómodo—. Sabes, me gusta. Desde que hablé con Dora, bueno, entendí que era lo mejor para ti, y que...

—¿Dora? —Pregunté, y ella me estudió.

—Sí, la humana, la adivina —dijo sonriendo—. Ella intentó leer mi suerte...

—¿Y cómo fue que terminé yo en medio de esa charla?

—Bueno, estaba preocupada, Nick. Eres lo más cercano a una familia que tengo, diría que junto a las chicas y Hero. Son mi única familia, así que consulté también por ti..., y ella me dijo que estabas preocupado y con muchas cosas en tus manos. También habló de una gata que te haría feliz y que gracias a ella mantendrías tu mente cuerda... —Levantó su mano en dirección a Nina y los demás—. Y bueno, cuando apareciste con Nina, *voilà!*, allí estaba la pieza que faltaba. —Me detuve unos pasos antes que ella y miré hacia la lejanía—. Lo lamento, no creí que te molestara. —La miré con una sonrisa tirando de la comisura de mis labios—. Sabía que te cabrearía, pero bueno. ¡Qué va! ¡Enójate, no me importa mientras seas feliz!

—Gracias —le respondí, y volvimos a caminar. Cuando llegamos con los demás, me acerqué a Nina, pasé mi brazo sobre su hombro y la acerqué hacia mí. Sus ojos me observaron estudiando cada movimiento y, sin dejarla reaccionar, allí, enfrente a mis amigos, la besé. Ya todos lo sabían. ¿Qué más daba?

Phill estaba asombrado por la facilidad con la que Irizadiel se acercaba a él, con la tranquilidad con que lo tocaba. Estaba acostumbrado a las miradas furtivas, al cariño disimulado, pero aquí, ella era totalmente distinta. Totalmente... viva. Después de lo que creyó que eran dos días, se levantó de la cama. Caminó con ella comprobando el dulce sabor de sus alas colgando en su espalda. Había pasado tanto tiempo sin ellas que sentirlas allí, pesadas, firmes, lo conmovía. Era distinto, podía percibir cómo su cuerpo se adaptaba a ellas, cómo su mente las aceptaba de vuelta como si nunca se hubieran ido. Comprobó que ya podía moverlas, batirlas lentamente y que las plumas estaban completas, por lo que pronto volvería a volar. Aquello lo emocionó.

Volar. Volar junto a Irizadiel. Se estremeció con la idea.

Caminando a su lado, notaba cómo sus músculos luchaban para mantener las alas elevadas, pues sabía que Irizadiel le enviaba miradas furtivas mientras controlaba sus expresiones. Siguieron paseando de la mano hasta un sitio que no podría describir, ya que sus colores no existían en la Tierra. Su aroma era distinto a cualquiera que hubiera conocido. Era tan mágico que pensó que nada podía ser más bello, y que tal vez el Paraíso sería así. No lo sabía, pero la mujer que caminaba a su lado representaba el Paraíso para él, así que sonrió ante la idea. Cuando llegaron hasta lo que parecía un mirador al cielo nocturno, Phill suspiró.

—¿Te gusta? —Él la miró fascinado. Era mucho más de lo que podía pedir.

—Sí, mucho —dijo acariciándole la mejilla. Ella sonrió y miró hacia la lejanía.

—Ellos nos necesitan ahora. —Él siguió su mirada y reparó en un punto en el espacio que parecía una estrella sin brillo, pequeña y distante. Cuando ella apretó su mano, Phill observó con mayor atención y comprendió lo que sus ojos veían.

—Esa es...

—La Tierra. —Se giró hacia ella estrechando los ojos.

—¿Dónde estamos? —Pensó estar en el Olimpo, aunque tampoco imaginaba que el hogar de Vatur estuviera allí.

—En la constelación de Orión —concedió Irizadiel, con una seriedad que no dejaba duda de que sabía de qué hablaba. Al final, Vatur era la madre de la mujer a su lado. Sintió como si una corriente de energía lo recorriera. ¿Quién era él para tener el honor? Ahora entendía mucho más. Phill asimiló aquello, y volvió a mirar la estrella distante.

—Debemos buscar la chispa de la vida —dijo Irizadiel seriamente—. Está en riesgo y tenemos que volver para buscarla y evitar que los traidores de los dioses la tomen.

—¿La chispa se encuentra en la Tierra? —La incredulidad lo llenó por completo.

—Sí, donde los ojos nunca la encontrarían —ella le sonrió—. Como aquello que tienes tantas veces frente a tus ojos, que no eres capaz de ver.

—Entonces mi hermano no mentía.

—Él fue quien te busco. —Phill tuvo que mirarla a los ojos para comprender lo que le decía.

—¿Por qué?

—Porque era el único que podía llegar allí, ya que la orden de captura sobre mí estaba echada. No podía acercarme y, cuando tu hermano perdió varios de sus mejores generales, acudió a mi madre en búsqueda de ayuda.

—Él nunca había recurrido a la diosa. La situación debió desconcertarlo.

—Es ahí donde todos nos equivocamos —dijo ella tocándole el brazo. Él la estudió—. No es la primera vez que Semiazaz habla con mi madre.

—¿Qué dices?

—Mi madre me lo ha confesado poco antes de que llegaras... —Ella se paseó alejándose de él—. No es la primera vez..., lo siento, no lo sabía.

—Aún no entiendo por qué.

—Porque es cierto que todo el mundo se mantiene en un balance, ya que los humanos mantienen su control porque temen a Dios. Esto es el caos. Si todo sigue así, nadie seguirá las reglas, y necesitamos de ambas partes para que este Mundo siga como está. Como dijo Semiazaz: «Los humanos deben ver al Cielo y temer, y si no lo hacen, imagina al mundo entero rebelándose».

—Todos caeríamos...

—Yo aún no confío en él, pero mi madre lo hace. Estoy segura que Semiazaz no se arriesgará a que mi madre lo mate.

—Debería..., después de todo lo que te ha hecho.

—No quiero justificarlo, pero fue criado así.

—Aún no sé qué rol cumplirá en todo esto.

—Tan solo mi madre lo sabe —Irizadiel suspiró—. Pero no podrá lastimarnos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo está la diosa tan segura?

—Porque ahora no eres solo un caído, Phill. —Ella acarició sus alas—. Ahora eres un protector de la diosa y nadie puede tocarte sin provocar a mi madre.

—¿Un protector de la diosa?

—Sí, un guardián de la diosa.

—Yo, no...

—¿Recuerdas las palabras de los Escritos? —Él asintió.

Desde que el dolor se instaló en los corazones, y el miedo fue instaurado por los hombres, todo aquel oscuro que desee la vida, se la dará y que su corazón puro le permita vivir en las sombras de mi hermosa noche. Que nadie use aquel dolor para instalarlo entre los oscuros, y que su corazón dicte

cada latido de la oscuridad que he creado para cobijar a mis hijos. Hijos míos, no temáis, que vuestra madre nunca os ha olvidado, que vuestra madre enviará legiones de caídos en vuestra ayuda.

Que la paz reine en nuestros seres. Confiad en ellos, mis guerreros, a los que les he confiado mi tenue luz. Que la vida de cada ser sea velada por los caídos y que estos protejan del sol a mis hijos. Hemos vivido y nacido mucho antes de la creación de la Tierra, mucho antes de que el hombre fuera llamado hombre. Que la luz no ciegue sus ojos y que las sombras cubran sus vidas. Buscad la sabiduría en mi palabra.

Vatur estará siempre a vuestro lado, a vuestra derecha, a vuestra izquierda, arriba y abajo, porque adondequiera que vayáis, iré yo; dondequiera que viváis, viviré yo. Y solo cuando muera la última de las esperanzas, cuando el último rayo de Nix se borre de la faz de la tierra, el último grito destrozado, dejaré de creer en mis hijos. Que nadie los juzgue por la vida, y que mis caídos velen por ellos en sus sueños, y que la mano de la diosa sea justa y sabia. Porque así ha de ser hecho.

Dijo Irizadiel con solemnidad recordando los escritos que alguna vez le habían prohibido leer.

—¿Qué debemos hacer?

—La chispa está vigilada por ahora... Debemos esperar. Cuando el caos se desate, acudiremos.

—¿Dónde la llevaremos? —Murmuró, y ella sonrió.

—A un sitio donde nadie pueda tocarla. —Le acarició la mejilla, y Phill sintió que amaba a esa mujer. Por ella haría cualquier cosa, por más suicida que pudiera parecer. Él conocía las estrellas brillantes, pero nada ni nadie brillaban tanto como Irizadiel lo hacía.

—Ven —dijo ella tomándole de la mano—. Vamos. —La siguió lentamente.

Phill caminó a su lado por un sendero diferente y atravesaron varios jardines llenos de flores que parecían mágicas. Desde que el dolor se instaló en los corazones, y el miedo fue instaurado por los hombres, y de árboles dejaban caer sus ramas perezosas sobre el hermoso manto verde que tapizaba el suelo. Todo era mágico. El color de cada cosa era distinto a lo que había visto en eones de vida. Llegaron a una cascada que parecía comenzar algunos metros antes que ellos. Phill levantó la vista para ver su nacimiento y, sin embargo, no encontró nada. Ella lo guio hasta la entrada a la gruta y se metieron con lentitud sintiendo el agua salpicándolos. La cascada filtraba la luz. Cuando sus ojos se acostumbraron, vislumbró un cuarto elegante y femenino. Había una hermosa cama con dosel, velas encendidas por doquier, y un perfume derramándose por toda la estancia. Embelesado por el lugar, no notó cuando Irizadiel se detuvo detrás de él y dejó caer su vestido. Ella rozó sus alas tan solo con un dedo, pero mil sensaciones lo recorrieron entero. Miró sobre su hombro a la mujer detrás de él, y sus ojos le devolvieron lujuria pura. Comenzó a acariciar su espalda, y Phill tuvo miedo de moverse y romper el hechizo. Sus dedos siguieron cada músculo de la espalda, como si comprobaran su textura.

—¿Phill? —Susurró ella, colocándose en puntas de pie y murmurando al oído—. ¿Qué pasa?

—No quiero que te lastimen —confesó.

Anhelarla había sido su castigo. Si tan solo no la hubiera probado, si no hubiera besado sus labios, si hubiera obedecido las reglas, tal vez, solo tal vez, no la desearía con tanta fuerza. Era lo único que podía hacer, anhelarla sin tocarla; por más que quisieran, nunca podrían estar juntos. Miró con tristeza a Irizadiel. Una noche había roto aquel pacto y había pasado con ella un atardecer haciendo el amor, disfrutando el uno del otro y, cuando los guardianes vinieron por ellos, Phill asumió toda la responsabilidad. Observó un instante los ojos de Irizadiel y suspiró.

Nunca hubiera permitido que perdiera sus alas ni que la lastimaran. Él había pagado las consecuencias y no quería pasar por lo mismo. Ese amor entre un ángel y un nefilim era la otra razón por las que le habían quitado las alas. Se giró, rompiendo el contacto, tan solo para observarla. Irizadiel estaba desnuda. El resplandor de las velas hacía su cuerpo más apetecible. Las sombras y las luces se reflejaban en ella. Phill notó que su sangre empezaba a correr con rapidez y que su corazón inmortal latía con tal fuerza que parecía querer salirse por la boca.

—*Accidere non potest, si quid nosti.* (No puede pasar, sabes lo que pasará si lo hacemos).

—*Non possunt contingere nobis.* (Ya no pueden tocarnos.) —dijo ella achicando el espacio entre ellos. Apoyó sus manos en el pecho de Phill y sonrió. Ambos respiraban de forma agitada percibiendo la necesidad del otro—. *Hic...* (No aquí). —Ella vio la duda en sus ojos y retrocedió unos pasos—. *¿Annon?* (¿Acaso yo no...?).

—*Non.* (No es eso).

—Entonces ámame —dijo ella volviendo a achicar las distancias. Sus labios rozaron su pecho y, siguiendo un camino de besos, llegó hasta los labios de él. Phill devoró su boca; enredó sus dedos en el cabello de Irizadiel, y la atrajo contra su cuerpo mientras su mano libre la asía por la espalda. Sus pechos se apretaron contra su cuerpo y tembló. Cuando liberó su boca, Irizadiel habló—: *Amor me venit, ante finem.* (Ámame antes de que el fin llegue). —Y eso hizo que ambos se olvidaran todo. La levantó en brazos y la acorraló contra el muro. Irizadiel deshizo a tirones lo poco que él llevaba puesto y sus alas se curvaron hacia delante envolviéndolo, atrapando en la intimidad a sus cuerpos. Los labios de Phill devoraron sus pechos mientras sus manos la recorrían. Irizadiel tomó sus hombros atrayéndolo e incitándolo, pues necesitaba su cuerpo... Cuando sus manos bajaron buscando el lugar cálido y húmedo en su entrepierna, ella gimió. El roce la incitaba a entregarse. Él sería suyo esta noche, y nada ni nadie los separaría. Puede que el día no llegara mañana, que el sol explotara en mil pedazos y los enviara a una oscuridad mortal, pero ahora, tan solo importaba el hombre frente a ella. Phill se agachó frente a ella y la probó. Su cuerpo le entregaba un elixir que lo llevaba hacia la locura, y la lamio escuchando los gemidos de Irizadiel. Se aventuró a más, y la probó íntimamente

apresando entre sus labios su tierna carne y, cuando lo hizo, se sintió poseído por una lujuria sin igual.

Arrodillado frente a ella, la miró. Irizadiel tenía las mejillas rosadas; su cabello revuelto, y los ojos de un penetrante azul que invitaban a adorarla. Levantó una de sus piernas y la subió a su hombro, e hizo lo mismo con la otra hasta que ella estuvo enroscada a su cuerpo, con sus pliegues tiernos tan cerca de su boca, que le permitían degustarla. Irizadiel se asía de su cabello con dulzura, mientras su lengua se metía en lo profundo de su ser. La probó, la lamió y degustó hasta que ella pidió clemencia. Las piernas de Irizadiel casi no soportaron su peso y por eso no se negó cuando Phill la cargó hasta su cama. La dejó allí y se montó sobre ella, pero Irizadiel no quería eso aún, pues deseaba probarlo como él lo había hecho.

Lo acomodó de espaldas, y ubicó sus alas en la ancha cama. Lo observó por un instante y comenzó a besarlo a conciencia. Quería besar todo su cuerpo, todo su ser. Phill tocaba sus alas enviándole pequeños impulsos eléctricos a su cuerpo. Acarició su pene en todo momento, y adoraba escucharlo gemir, lo quería dentro de sí. Quería bañarse en su esencia. Lo besó hasta llegar donde su mano lo envolvía, lo apresó entre sus labios para saborear su carne blanda y fue por más. Comenzó a buscar el placer probándolo y provocándolo con movimientos más fuertes, más duros. Cuando terminó con él, levantó los ojos, y Phill la atrajo sobre su cuerpo para besarla. Después de un beso abrasador, se montó sobre él y dirigió sus cuerpos a la unión mística. El placer los inundó a ambos. Empezó a moverse lentamente y fueron aumentando el ritmo. Cuando el placer explotó, ambos se sintieron desfallecer. Irizadiel lo cubrió con su cuerpo, y Phill pensó que podría morir ahora, no le importaría.

Moriría por ella. Y la amaría todo el tiempo que estuvieran juntos. Aunque eso implicara ayudar a su hermano. Lo haría por ella, por la diosa, por todos...

Que el corazón del ser sea juzgado como tal, que la mano de los caídos vigilen sus corazones y arrastren con ellos el poder de erradicar el mal, siempre que el corazón así lo dictamine.

El camino de regreso fue silencioso. Habían trasladado a más de mil oscuros de todas las razas y más de quinientos humanos perseguidos por herejía debido a su adoración a la diosa. Todos fueron trasladados con éxito. Las patrullas habían encontrado resistencia en algunos sitios de la ciudad, pero, sin presencia de los ángeles, los humanos eran más fáciles de amedrentar. En algunos sitios, incluso hubo peleas, pero nada que no pudiera resolverse y, por suerte, no había heridos. Me relajé en el asiento, ya que realmente me sentía bien, como si el aire entrara con mayor facilidad en mis pulmones. Algo había cambiado... Era como si las moléculas de mi cuerpo hicieran una sinapsis diferente, como si resplandeciera..., pero como sabía, nada en mi vida duraba mucho tiempo. Me encontraba en paz hasta que sentí el llamado de mi madre. Sin dejar de prestar atención a la ruta, percibí la caricia mental impregnada con el aroma a noche y roció.

—*Madre* —respondí mentalmente.

—*Es esta noche* —me susurró muy suavemente y se marchó.

No necesité que añadiera nada más. Eché una mirada furtiva a Nina, y suspiré tristemente. No sabía qué podía ocurrir, sentía el pecho apretado y mi eterno corazón latiendo y sangrando por tener que enfrentar a Mikela. Debíamos partir esta noche, pues tenía que comunicárselo a la única fémina que había tocado mi alma. Sabía que Nina tenía muchas preguntas y no la cuestionaba. Su vida había sufrido cambios radicales en muy poco tiempo y había resistido cada uno de ellos. Yo también tenía muchas preguntas sin responder y quería saber todo de ella. La ira cobró fuerza mientras conducía, apreté los dientes, y una parte de mí quiso gritar.

No era justo. ¿Por qué no podía conocerla primero? ¿Por qué tenía que vivir esta jodida guerra? Lo poco que sabía de ella era por sus registros médicos: había sufrido muchas lesiones, muchos golpes, también conocía algo sobre su educación, poco sobre su familia. No conocía nada de su vida anterior, lo único que tenía en claro era que su familia la había dejado de lado. Por un momento, aquello desató aún más mi ira. ¿Cómo podían olvidarla de ese modo? Como si no valiera nada. Nina sufría por ello. La miré de reojo, y supe que debía ganarme su confianza, pues quería castigar a aquellos humanos por lastimarla, por olvidarla... ¿Cómo podían?

Seguimos en silencio durante todo el trayecto, y noté como si un canal se abriera entre nosotros, aunque desconocía el motivo. Se me formó un nudo en el pecho y la tristeza y el miedo gotearon en mi interior. Agradecí al cielo que las calles estuvieran desiertas. Llegamos más rápido de lo normal, necesitaba salir del coche urgente. Carim, como si presintiera la incomodidad, se bajó del coche y fue al encuentro con

sus hermanas. Descendí del coche maldiciendo mi destino. Perdido en mis pensamientos, no noté que Nina había rodeado el coche hasta que casi choco con ella. La miré a los ojos disfrutando cada segundo, y ella me tocó el rostro y me encaró.

—Comienza a hablar —me exigió. Eché un vistazo a los demás, pero estábamos solos, ya que las chicas habían comenzado a organizar a los refugiados.

—¿Podemos entrar y charlarlo? —Susurré inquieto lamiéndome los labios.

—Nicolás, necesito saber —protesté, y asentí tomando una bocanada de aire.

—Te lo diré todo, tan solo dame unos minutos. ¿Está bien? —Dije, y mis ojos se detuvieron en sus hermosos labios. Me acerqué para besarla, pero se alejó un paso.

—No. No besos. No caricias. No piel. Me confundes, siempre logras esquivar mis preguntas. No habrá contacto hasta que me digas por qué creo estar volviéndome loca.

—No estás volviéndote loca —afirmé. Intenté acercarme nuevamente, y ella volvió a esquivarme. Gruñí. Un gruñido con todas las letras, uno potente y sonoro que erizó la piel de la gata, que estaba frente a mí.

—¿Me estas gruñendo? —Exigió incrédula.

—Te lo mereces... —respondí apretando los dientes sin apartar los ojos de su boca. Necesitaba el contacto como lo necesita cualquier cambiante, deseaba tocarla.

—Entonces responde a mis preguntas... —replicó y se cruzó de brazos—. Las chicas me dijeron que estás actuando raro. —Me tomé la cabeza y me froté la frente.

—¿Yo soy raro? —Protesté.

—No, no pongas palabras en mi boca —dijo apuntándome con el dedo—. Ellas dijeron que estabas comportándote raro. Por lo que imagino y las miradas que me echan, la causa soy yo.

—Todo eres tú —suspiré aún frotándome los ojos—. Será un milagro si sobrevivo a ti.

—¿Debería tomarlo como un halago o como un...? —Nina no pudo terminar la frase, ya que Zander se materializó a nuestro lado.

—¡Eh, chicos! Nina... ¿Cómo estás? —Dijo y le sonrió.

—¿Cómo mierda hizo eso? —Preguntó horrorizada, y yo suspiré aliviado por la interrupción.

—Él es un metamorfo —respondí. Cuando ella no dijo nada, ambos nos miramos, pues no sabía cómo empezar a explicárselo y, por lo visto, Z tampoco.

—Sabes... —dijo Nina fulminándome con la mirada—. Lo añadiré a las cosas que debes explicarme, hay una gran lista con tu nombre, Nicolás. —Ella se marchó para ayudar a las chicas apretando el paso y con los puños cerrados. La observé marcharse, lucía muy graciosa cuando se enojaba.

—Wow! No pasaste ni dos días con ella y la has cabreado..., eso es todo un récord, mi amigo. —Mis ojos siguieron a Nina hasta que se perdió adentro del

edificio. Una parte de mí deseaba correr y obligarla a quedarse a mi lado. ¿Dónde iría? ¿Por qué no estaba a mi lado?—. ¿Nicolás? ¿Hola?

—Estoy emparejado —expresé en un tono monótono, sin una nota de humor, solo una afirmación totalmente precisa. Aquellas palabras salieron de mi boca como una confesión.

—¿Qué? ¿Que tú qué? —Zander se atragantó y me obligó a mirarlo—. ¿Qué tú estás qué?

—Emparejado —repetí—. No sé si pueda llevarla conmigo esta noche.

—¿Esta noche? *Wow!* Espera vaquero. ¿Adónde vas esta noche?

—A buscar a Mikela. El tiempo expiró, por lo cual mañana es el día —añadí—. Debemos viajar hoy.

—¿Cómo lo sabes? —Me preguntó, intentando comprender.

—Dora dijo: *la única forma de que encuentren a Mikela será cuando el ocaso del día ocho de este mes toque el horizonte*. O sea, mañana.

—¡Mierda!

—Quedarás a cargo mientras no esté —añadí mirándolo a los ojos—. Imagino que Hero podrá con las chicas, pero te necesito para controlarlas y ayudarlo.

—¿Se lo has dicho a Nina?

—No, no aún —admití, y pateé una piedra como si fuera un niño.

—Hablo del emparejamiento —aclaró Z, y lo miré torciendo la boca.

—Sé de lo que hablas, no soy estúpido, y no. No a ambas cosas —aclaré de mala gana.

—Creo que sería mejor que comenzaras por explicarle por qué debe mudarse a tu casa —dijo, y me miró ceñudo—. Ya sabes, estoy seguro de que te sentiste mal cuando se fue. Es lo mismo que ocurrirá cuando regreses a tu casa y ella no esté.

—¿Cómo demonios sabes tanto de esto? —Interrogué soltando una maldición.

—Recuerda —dijo colocando una mano en mi hombro mientras bajaba la cabeza—: que no esté emparejado no significa que no esté al corriente de cómo sucede. Es como aquellos que no juegan al póquer y, sin embargo, saben que cuando...

—Lo entendí, lo entendí... —gruñí irritado. Volví a fijar la atención en mi amigo y recordé el problema con Alex. Se veía bien, al menos no estaba arrastrándose y se lo notaba de buen humor—. ¿Cómo estás?

—Un poco cabreado, pero Vívika, bueno, ella es... —Tragó con fuerza y se pasó una mano por el pelo—. ¡Mierda, Nicolás!

—¿Qué? —Pregunté alarmado—. ¿Ocurrió algo?

—No, deja de preocuparte como si fuera un desvalido, ¿quieres? —Dijo apretando los dientes—. No es eso, es solo que lo lamento, es raro, Nicolás. —Lo miré aún más confundido que antes.

—Si vuelvo a escuchar nuevamente mi nombre en alguna oración, creo que

mataré a alguien. Dime, ¿por qué te sientes tan mal? ¿Qué es lo raro?

—No sé, tú estuviste con ella, y yo, ahora... —Me dio una mirada rápida y comencé a entender—. Como que no me siento cómodo diciéndote esto, pero...

—No estuve con ella, Z —respondí con la certeza que Vívika no era para mí—. Solo la conocí una noche, ¿está bien?

—Lo sé, lo lamento. Bueno está bien, ella es linda —respondió un poco más relajado—. Al menos me hace compañía..., no lo sé, es raro —suspiré y estaba por responderle cuando alguien me llamó. Ambos comenzamos a caminar hacia la entrada.

—¿Qué ocurre? —Rugí a Nahima.

—Ben los necesita —dijo y cerró la conversación. Debía estar llamando a todos y volviéndose loca. Pobre Nahima.

—Bien, genial, reunión con el jefe —le dije a Zander un momento antes de entrar.

Ni bien entramos, nos encontramos con el tumulto de oscuros en el pasillo. Evitando la congestión, nos dirigimos hacia la zona de oficinas donde estaba Ben. Al pasar observé a Nina, que le indicaba algo a una mujer.

—Dame un minuto —le dije a Zander, y él asintió. Nina levantó la cabeza cuando me acerqué. La mujer que estaba junto a ella se marchó y, entonces, me agaché a su lado para susurrarle al oído—. Prepara un bolso. —Nina se movió, pero la retuve—. Por favor... —Ella no dijo nada más. Asintió, y le besé la frente y me alejé.

Entré en la oficina de Ben y me helé en la puerta. Hero y Zander estaban sentados, incómodos, frente a Ben.

—¡Oh! Aquí estás, bien, bien, podemos empezar —dijo Ben, y me tendió unos papeles—. Bien, estamos todos... Lo lamento, esto debería ser menos improvisado..., lo siento. —Eché una mirada a las hojas. Tan solo pude leer: Hero, Centinela, Ceremonia. Y lo comprendí. Ben acababa de tomar una decisión, y sonreí ante la noticia.

—¿Qué sucede Ben? —Preguntó Hero. Ben movió la cabeza y me dio un largo vistazo.

—Hero —dije, enfocándome en mi amigo—. Ben va a nombrarte centinela.

—¿Qué? —Preguntó confundido.

—Te nombraré centinela. Sé que la ceremonia es más importante que esto, por eso lo lamento, pero para que sea legal ante nuestras leyes y la diosa, necesito al menos dos centinelas que certifiquen el acto..., y, bueno, Nicolás es el más importante, además de que son amigos, al igual que Zander. Así que espero que no te moleste —dijo en un tono relajado.

—Hero lo sabe —confesé mirando a Ben, que se acomodó los lentes y asintió.

—¡Oh! Bien, bien..., aún mejor, entonces —dijo girándose hacia Hero—. ¿Aceptarás? —Preguntó, y Hero miró boquiabierto hacia donde estábamos Zander y

yo. Sabía que él no se esperaba eso y, aunque yo tampoco lo esperaba, estaba feliz de saber que Hero había escalado un puesto en la S.A. Se lo merecía. Asentí sonriendo ante su mirada. Lucía sorprendido.

—Si creen que puedo ocupar el cargo, lo haré —dijo solemne, aún observándonos.

—Genial..., necesitamos más ayuda de la que tenemos —añadió Ben—. Y tengo entendido por Nicolás que estás capacitado para llevar a cabo misiones por tu cuenta, que tienes «dones» que te hacen aún más fuerte que otros, por lo que creo que es justo. Así que si el hijo de la diosa confía en ti, yo también, bueno... —murmuró esbozando una sonrisa.

—¿Debo arrodillarme o algo? —Murmuró Hero, observándonos a los tres. Zander cubrió una risita y recibió a cambio una mirada asesina de parte del nuevo centinela.

—No, no —dijo Ben acomodándose las gafas y colocándose frente a él—. Por el poder de la Sociedad de Asesinos, y la autoridad que me otorga, te nombro centinela de la S.A. Que la diosa vele por ti desde los cielos y la lealtad de tus hermanos centinelas te acompañe. Que la diosa te otorgue lo que crea necesario y mantenga tu juicio libre de tormentas. —Tocó el hombro de Hero, y todos en la habitación sentimos el poder desplegándose cuando pasó de Ben al exasesino: pareció un latigazo. Hero gruñó y apretó los dientes—. Que la diosa Vatur te acompañe e ilumine tu camino hacia la eternidad. —Ben quitó la mano, y Hero se tomó el hombro. Movié su camiseta hasta que dejó a la vista una marca que parecía un tatuaje hecho con fuego, el mismo que todos los centinelas poseíamos.

—¿Qué es esto?

—Eso... —señalé— es la marca de mi madre. Cualquiera que te ataque sabe que estará atacando a la diosa misma, y avisará a todos los centinelas que uno de los nuestros está siendo agredido.

—Y no permitiré que ningún poder te afecte —añadió Zander—. Es como la marca que hice en tu muñeca, pero, bueno, diez mil veces mejor, porque es la marca de la diosa.

—Además, ahora, nadie puede negarte el acceso a la S.A. Tienes la autoridad para realizar lo que creas correspondiente, tomar las decisiones necesarias, y puedes encontrar un grupo de asesinos si lo deseas —dije.

—¿Elementales? —Preguntó inquieto.

—Sí, solo si lo deseas —aclaró Ben.

—Debo marcharme. Mañana es el día —les anuncié.

—¿Buscarás a Mikela? —Cuando asentí, Hero se puso rojo—. ¿Sin mí? —Me acerqué a él y apoyé la mano en el hombro del ahora centinela.

—Te necesito aquí, Hero. Ustedes tres son los únicos en los que confío. Los

únicos que podrán hablar con mi madre si algo me sucede. Cuida de Sal y las chicas, sabes lo que son para mí. —Él tomó aire y lo largó de golpe.

—Bien, me quedaré y cuidaré de ellas, pero haz algo con esa perra —gruñó.

—Lo haré. —Él se levantó y me dio un fuerte abrazo—. Ahora debo irme.

—¿Y yo? —Preguntó Z fingiendo estar indignado mientras me tendía los brazos—. No hay abrazo para Zander. —Solté una carcajada y comenzamos a reír. Me acerqué a él y le di un abrazo—. Ves, ahora sí..., me estaba poniendo celoso, pensaba que te gustaría más el nuevo y te olvidarías de tu viejo amigo Z —añadió, y quise matarlo.

—Un día de estos voy a matarte.

—Admítelo, Z, soy más guapo que tú —lo chicaneó Hero.

—¡Oh, cállate! —Le respondió este—. De ahora en más solo serás H, *eiiccchhh* —dijo estirando las palabras.

—Debo irme. —Me giré hacia Ben—. Te dejo a cargo de... —Señalé a Z y Hero.

—Desde ahora en más —murmuró Zander— seremos como los tres mosqueteros... —Tomó a Hero por el hombro y gesticulando completó—: H, Z y, bueno, Nicolás —dijo de forma desdeñosa.

—Puedes matarlo si lo deseas —le indiqué a Ben, que asombrosamente se estaba riendo—. Estabas en lo cierto, estoy emparejado con Nina.

—Lo sabía —respondió. Se acercó unos pasos hacia mí, mirándome a los ojos.

—Lo sé, lo sé —admití sabiendo que Ben podría haberlo averiguado a través de mi madre. Mirándolo a los ojos y, sin saber por qué, lo abracé. Ben se quedó quieto, muy quieto hasta que me devolvió el abrazo, como si temiera romper el hechizo. Sabía que era raro, nunca le había dado una muestra de afecto, incluso pude sentir a mi madre sonriendo, pero realmente debía agradecer que estuviera aquí. No sabía el motivo, pero se sentía bien—. Cuida de mi madre y no hagas locuras —murmuré alejándome—. Este lugar te necesita, yo te necesito aquí. A todos ustedes, son mis amigos y mis pilares. Hagan lo que hagan, no se pongan en riesgo. —Hero asintió. Zander me miraba extrañado, pero también asintió. Volví mi vista a Ben—. *Nomine Vatur* —dije, y sin mediar más palabras me marché.

Recorriendo los pasillos, aún le seguía dando vueltas al asuntito del abrazo con Ben, pues no comprendía por qué lo había hecho, pero algo en mi interior se sintió bien. Algo en mí había cambiado, como si una amargura arraigada hace mucho se marchitara para dejarme totalmente receptivo a toda muestra de cariño. Estaba seguro de que se debía a Nina. La busqué y la encontré en su cuarto. Se giró al oír que golpeaba la puerta. No tenía buena cara, estaba cabreada, sus ojos despedían chispas. Sin esperar invitación, entré y cerré la puerta. Ella seguía mirándome y se cruzó de brazos mientras yo mantenía la distancia. Me apoyé sobre la puerta. Apartó la mirada, me dio la espalda y siguió guardando cosas en su bolso.

—Sé que quieres hacerme muchas preguntas, pero tan solo te pido intimidad. — Ella me estudió mientras echaba un vistazo por encima del hombro, sin dejar de guardar cosas.

—¿Responderás a mis preguntas? —Me increpó cortante.

—A todas —respondí y me acerqué a ella. Le toqué el hombro y la moví de modo que quedara frente a mí. Tomé su mano y la apoyé contra mi pecho—. Por la diosa que lo haré. Solo que no aquí..., por favor —murmuré y me agaché apoyando mi frente contra la suya. Cerré los ojos y percibí cómo aquella necesidad se apaciguaba con el roce de su piel, y tomé una gran bocanada de aire.

—¿A dónde vamos? —Susurró Nina. Noté cómo mi corazón palpitaba con fuerza y mi cuerpo se estremecía. La necesitaba.

—Ahora, a mi casa —añadí alejándome un poco para mirarla a los ojos—. Te gustará, hay muchos lugares en los que podrás correr y disfrutar de libertad —dije, y me lamí los labios, notando que ambos respirábamos con dificultad—. Yo solo necesito tomar algunas cosas —murmuré y ella frunció el ceño—. Luego debemos ir por una mujer llamada Mikela.

—Es la misión de la que me hablaste, ¿o es una mujer a la que también necesitas rescatar? —Siseó Nina en un susurro y en su voz percibí celos, celos en estado puro. Sonreí.

—Sí, es la misión de la que te hablé. Ella lastimó a las elementales. Lastimó a Sal, por lo que no hay nada en ella que quiera salvar —confesé, y eso pareció calmarla.

—Bien, vamos. No debería haberlas tocado —dijo ella alejándose de mí. Tomé su mano cuando ella se colgó el bolso al hombro. Antes de salir le di un beso rápido y abrí la puerta. Salimos sin decir nada y, a la vez, diciéndonos todo. Nuestros cuerpos se tocaban, nuestras manos entrelazaban, pero sabía que era algo más profundo que

eso. Eran nuestras almas las que se tocaban y no había nada que pudiéramos hacer contra eso.

El lugar era un caos y había oscuros por donde mirara. La escudé con mi cuerpo mientras la guiaba a la salida. Nos metimos en mi coche, y Nina guardó silencio. Me sentía incomodo, deseaba contarle todo, sin tapujos y que me conociera como nadie lo hacía, pero cómo se lo diría, eso era otro punto. Nina notó mi nerviosismo y me tomó de la mano. Le sonreí en agradecimiento y, por primera vez en eones, había alguien a mi lado. Dirigí el coche con cuidado, evitando las zonas en las que sabía que había problemas, y tardamos quince minutos en llegar. De reojo noté cómo Nina observaba todo. Sus ojos se agrandaron con sorpresa cuando el portón de mi casa se abrió ante nosotros. El jardín nos recibió dándonos una increíble imagen. Iluminado por el sol, se veía florecido, verde..., vivo.

Nina brincó fuera del coche incluso antes de que lo detuviera. Se paró un momento a observar el lugar y el sol la cegó, por lo que se cubrió los ojos con la mano para mirar la extensión del jardín. Salí del coche notando la alegría que brotaba por cada poro de su piel. Me quedé allí viendo cómo la alegría la colmaba, dejando de lado las preguntas y los problemas, y vi el momento exacto en que su gata tomó el control... Las garras se extendieron y convulsionó cayendo al suelo.

—¿Nina? —Dije para asegurarme de que estaba bien. Comencé a dar la vuelta al no recibir respuesta, cuando la vi acercarse con paso elegante y silencioso. Sus ojos amarillos con tintes dorados me observaron, y sonreí. Hermosa. Sentí una oleada de cariño llegando desde ella y la escuché ronronear. Caminó hasta mí y se frotó contra mis piernas. Extendí la mano y acaricié su pelaje, admirándola. Rugió muy bajo y empezó a correr jugueteando, saltando de un lado al otro. Se acercó nuevamente y volví a acariciarla. Nina ronroneó ante la caricia y volvió a restregarse contra mí.

—Vamos, debemos hablar, habrá tiempo para jugar después. —Se frotó una vez más, me acarició con la cola, y comenzó a correr hacia la entrada. Se detuvo a admirar el ingreso, abrí la puerta y entró—. Bienvenida —susurré, y comenzó el cambio, obligando a su gata a volver a su refugio interno. La admiré hasta que estuvo de pie.

—Eres hermosa. —Estaba absorto en la belleza de mi compañera. Me quité la chaqueta y se la entregué.

—¿Vives aquí? —Preguntó cubriéndose. Lentamente recorrí su cuerpo con la mirada, haciéndola poner aún más nerviosa.

—Sí —murmuré, devorándola con la mirada.

—Es enorme... ¿Podemos hablar aquí? —Preguntó, admirándolo todo.

—Contigo desnuda en el mismo cuarto que yo, no lo creo. No creo que pueda concentrarme en otra cosa si estás desnuda. —Ella sonrió—. Ven, te daré algo con qué vestirte.

Subimos las escaleras mientras Nina seguía fascinada por la casa. Entramos a una habitación en el ala opuesta a la de invitados. Sentí su necesidad transmitiéndose por el lazo, percibí su mirada lasciva, y me endurecí.

—¡Oh, por dios Nina! —Gruñí respirando con dificultad—. Toma, vístete. —Le tendí una camiseta que Nina miró de mala gana; fácilmente le llegaría hasta las rodillas.

—¿Te molesta verme así? —Me preguntó, y me giré a verla—. ¿O hay alguien más aquí?

Sonreí de lado y me abalancé contra ella apresándola contra mi cuerpo. Mis manos acariciaban cada centímetro de piel, absorbiendo su necesidad, mientras apretaba mi erección contra su vientre. ¿Molestarme? Claro que no... Nina gimió. Tomé posesión de su boca sin piedad, no era un beso suave, pero dejaba transmitir toda la necesidad que sentía.

—Necesito estar dentro de ti..., siento qué tan duro estoy..., y es por ti. ¿Aún crees que me molesta verte desnuda? —Dije murmurando sobre sus labios. Nina gimió nuevamente cuando apresé su trasero y bajé mi mano lentamente hasta su carne tierna—. Dios, estás lista para mí..., no hay nadie aquí, solo tú..., pero necesito que me escuches... y no puedo pensar contigo desnuda ¡Por la diosa..., vístete! Si no quieres que te tome por toda la maldita casa..., porque juro que puedo hacerlo, aunque sea para que compruebes que no hay nadie aquí, salvo tú..., desnuda, ¿bien?

—Te creo, y te necesito... —gimoteó cuando apresé sus pechos en mis manos—. Me vestiré... —tragó con dificultad—. Diosa querida, igual deseo que lo hagamos por toda la casa..., tomaré eso como una promesa —gimió. La solté lentamente y se alejó unos pasos. Con manos temblorosas se colocó la camiseta y me siguió por los pasillos de la casa mientras le explicaba cada lugar con la voz ronca de necesidad. Inconscientemente, la guie hasta mi cuarto.

—Mi cuarto —anuncié sin mirarla. La cama me tentaba a probar mi teoría sobre su cuerpo y recordé la noche en que fantaseaba con Vívika, pero pensando en Nina. La dejé vagar por la habitación mientras admiraba las piezas que colgaban de las paredes. Se detuvo en cada una de las piezas. Se paró frente a una imagen que un pintor de Mu había hecho de mí, y se giró frunciendo el ceño, comparándome.

—Dispara —le dije, y ella se giró enfrentándome.

—¿Oigo tus pensamientos? —Murmuró—. ¿Por qué?

—Estamos emparejados —respondí.

—Empa... qué... —tartamudeó.

—Emparejados, aún no sé cómo, Nina. Soy mucho más viejo que tú, pero créeme, soy un total novato en cuanto a esto. —Nina echó nuevamente un vistazo a los cuadros mientras comenzaba a pasearme por la habitación.

—¿Qué tan viejo? —Preguntó curiosa.

—Muy viejo.

—¿Puedo negarme a... estar contigo? —Me examinó, y contuve el gruñido. Nina se giró, y agaché la mirada. El dolor que se transmitió por el lazo lo confirmé cuando la miré a los ojos. Lucía miserable. Percibí a su gata que aporreaba su mente, gruñía y arañaba las paredes, y quise consolarla, pero me contuve. Ella debía pensar. Sentí como si mi corazón se hubiera detenido con su pregunta y me odié por hacerla sentir así. Sabía que era duro para ella. Apreté los dientes.

—Puedes —admití sin demostrarle el dolor que me causaba aquel pensamiento— si lo deseas. —Me moví evitando sus ojos. Ella debía ser libre de elegir.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —Respondí desconcertado, y le eché un vistazo rápido.

—¿Por qué te duele? —Preguntó frotándose sobre su corazón.

—Soy muy viejo Nina, pero esto... —dije señalándonos a ambos— es algo que nunca esperé sentir.

—Bien —murmuró, y dio un nuevo vistazo a la habitación—. No sé por qué. No sé cómo, pero siento eso —dijo señalándome—. La conexión, y no puedo negarla, por primera vez en mucho tiempo no me siento sola. Y no, no te dejaría ir.

—¿Perdona? —Pregunté intentando asimilar sus palabras.

—Aunque no quisieras ser mi pareja —dijo levantando la barbilla—. Haría que tu vida... ¡Oh, no! ¡Espera! —Pensó y me señaló—. Haría que la vida de tus amantes fuera un infierno —gruñó, y sonreí.

—No habrá otras —dije—. Las parejas de los oscuros, una vez que el lazo mental se completa, nunca podría. Yo nunca podría estar con otra...

—¿Igual así me dejarías ir? —Masculló.

—Sí —admití.

—¿Por qué? —Preguntó desconcertada—. No podrías estar con nadie más, aun así —gruñó ella.

—Hay una investigación... —susurré frotándome las manos. Tragué como si una lija se hubiera instalado en mi garganta—. Esa investigación podría volverte humana de nuevo.

—¿Hu...? ¿Humana? —Tartamudeó.

—Sí —admití. Nina se tomó la barbilla y se giró pensando en ello—. Piénsalo —le dije a duras penas, y me marché.

Nina no había vivido una buena vida. Su familia humana estaba compuesta por su padre, su madre, una hermana y un hermano, mayores. El peso de sus emociones la hizo caer al suelo. Se quedó allí, con la mirada fija, y con los recuerdos. Su familia no había sido buena.

El primer recuerdo que acudió a su mente fue cuando tenía cinco años. No podía dormir, por lo que bajó las escaleras lentamente y, cuando pisó la planta baja, escuchó ruidos desde la cocina. Nina se aproximó, feliz de que su madre aún no durmiera, pues ella la salvaría de las malas pesadillas, creyó. Pero cuando se asomó en la cocina, su madre estaba en el piso, su mejilla sangraba, y su padre la miraba enfurecido. Nina notó que su madre lloraba y se cubría la cara. Notó un plato roto en el piso y se cubrió la boca con espanto cuando su padre volvió a pegarle a su madre en el rostro. Recordaba que corrió hacia ella gritando.

—Papá, no, papi..., papi, mamá, no... —Ambos la observaron, pero la mirada de su padre la asustó. Le atizó un golpe que la hizo chocar contra la pared y expulsar todo el aire de sus pequeños pulmones. Sus ojos se abrieron sobremanera y miró a su madre buscando refugio, pero no lo recibió. Ella ni se movió ni la miró. Su padre la levantó del cabello y la arrastró hacia su cuarto. Nina lloraba mientras la arrastraba tan rudamente.

La empujó contra su cama y, cuando quiso hablar, un segundo golpe vino trayendo el sabor de la sangre a su boca, y una hinchazón en su pómulo; con eso su padre se marchó. Esa noche había aprendido que los monstruos estaban allí adentro, no en la calle o escondidos en su clóset, allí, en su propia cocina. Esa noche no había podido dormir ni las noches siguientes a esa. Su padre la había golpeado cada tarde al llegar de la escuela, hasta que sus golpes fueron tan evidentes que la sacó del colegio. Sus hermanos jugaban a la bolsa de boxeo con ella y no pasó un día sin sentir un golpe contra su cuerpo.

Putá, estúpida, retrasada, inútil, mujerzuela... La habían llamado de cualquier forma, menos por su nombre, el que ella odiaba al punto que se negaba a decirlo. Su hermana y su hermano no habían sido mejores, pues la habían maltratado física y emocionalmente..., y, lo que era peor, su madre nunca la había ayudado. Durante mucho tiempo había bajado la cabeza, había sufrido los golpes, los gritos y los maltratos con una posición sumisa, pero era lo mismo. No importaba lo bien que hiciera algo, ellos siempre venían por ella cuando menos se lo esperaba; no importaba cuán bien limpiara el jardín, curtiéndose las manos por el frío de la escarcha ni que cocinara con su mayor esfuerzo, nunca era suficientemente buena, suficientemente

inteligente; nunca era suficiente.

Cuando creció, comenzó a defenderse y comenzó a pelear con sus amigos del barrio, aprendiendo cómo dar un buen golpe, pero eso tampoco ayudó, ya que los golpes se endurecían cada vez que repelía uno. Costillas; brazos; piernas; cabeza, y cada uno de los huesos que conformaban su cuerpo estaban rotos, fisurados o astillados. La noche en que aquel gato la atacó fue la noche en que había decidido acabar con su vida. Tenía unos veinte y tantos años. Se había escapado a los dieciocho, había trabajado en toda clase de cosas; había mendigado y subsistido en la calle, y había conseguido dinero.

Tontamente, sin diferencias entre esa niña ilusa a la que su padre golpeó por primera vez y la mujer que se había forjado, volvió a su casa en búsqueda de su madre. Le había pedido que se marchara con ella, había rogado y ella tan solo se negó. Tenía el rostro morado de golpes; su brazo derecho estaba roto, al igual que su nariz, y sus ojos eran tan solo rendijas. Quiso maldecirla por dejarlos hacerle eso, pero no pudo. Minutos después vinieron tras ella. Ellos, los golpeadores, su padre y sus hermanos, con palos e incluso creyó ver un arma. Había luchado con uno de ellos y había escapado y, sin saber cómo, había llegado a las lindes de un parque. Desconcertada y sin saber dónde se encontraba, decidió esperar, pues tal vez su padre y sus hermanos ya no la corrían. Allí se refugió junto a un árbol, dejándose caer contra el piso, se abrazó las rodillas y escondió la cabeza. El pasado había vuelto por ella. Comenzó a llorar sin darse cuenta del peligro que había sobre su cabeza.

—Quiero morir, déjame morir, por favor, Dios, déjame morir —suplicó mientras sus lágrimas se mezclaban con la sangre que manaba de su mejilla. Un ruido en las ramas llamó su atención, y algo saltó a sus pies y la observó.

Nina creyó que eran sus hermanos. Pero no. Aquel hombre la miró con sus ojos ambarinos, como si buscara abusar de ella, pero ella estaba cansada de eso. Medía más de un metro ochenta y la observaba como si ella tan solo fuera una rata en su camino. Cuando quiso golpearlo, él tan solo la inmovilizó. Nina comenzó a gritar, aunque en su mente se formó la idea de que, tal vez, aquella era la respuesta de Dios a su pedido de muerte, pero él no la mató, tan solo tomó su mano y la mordió. El dolor la atravesó y su cuerpo estuvo tieso al instante. Perdió la conciencia y, cuando volvió a abrir los ojos, su gata estaba allí. Allí, en ella.

Nina se miró el cuerpo en búsqueda de marcas de lo que aquel hombre le había hecho. Su cuerpo estaba intacto y su ropa también. Se hallaba aún sobre el pasto del parque, pero había algo diferente. Algo más... Temblando fue a su casa, un pequeño departamento en una zona alejada de la ciudad. Por las calles pululaban los drogadictos y las prostitutas, pero Nina había aprendido a convivir con ellos, ninguno la tocaba y eso estaba bien. Incluso era amiga de una de las prostitutas que trabajaba en la puerta de su edificio. Aquella mañana llegó hasta allí, temblando. Perla, la

prostituta, la había visto acercarse a trompicones y maldiciendo en otro idioma, por lo que la tomó por los hombros y la acompañó hasta su departamento. La había ayudado a bañarse e incluso le había preparado algo de comer. Nina sonrió ante aquello. ¿Cómo podía su propia familia tratarla tan mal, mientras aquella mujer se compadecía de ella?

—Come, Nina, ya le diremos a Carlos, ya verás... —Carlos, su chulo, el hombre que la regentaba. Nina no había logrado entender cómo Perla podía amarlo, cuando él la hacía acostarse con otros hombres. Ella le sonreía y le quitaba importancia, recordándole que cuando llegó no tenía nada, y Carlos había sido el único que la defendió. Más de una vez la habían golpeado y él la había vengado..., pero nunca, nunca la había tocado a ella. Ni aun cuando estaba cabreado con alguna cosa le había levantado una mano a Perla. Por eso Carlos se había ganado unos puntos con Nina—. Nadie debió hacerte esto, ¡no señor!, ya verás lo que le pasa cuando le diga a Carlos, ya verás... —Perla tenía un acento centroamericano que hacía que sus palabras sonaran dulces y tranquilizadoras. Nina se limitó a sonreír y comer. Esa noche, Carlos había llegado como tromba, y Perla lo dejó entrar mostrándole lo que le habían hecho a ella en el rostro. Se había acercado a ella y había negado con la cabeza.

—Le pagaré por las horas... —se apresuró a decir Nina, cuando Carlos miró a Perla para luego volver a ella. Aún tenía su mano asiéndola por la barbilla.

—Eres su amiga... —le dijo él con un tono amable—. Perla me contó cómo le pegaste a aquel tipo que intentó forzar a mi mujer, así que no me debes nada, aunque aún tengo una pregunta. —Nina tragó con fuerza—. ¿Cómo pudieron tocarte si eres buena peleando?

—Su padre, Carlos, ha sido su padre. —Nina fulminó a Perla con la mirada, y ella tragó con fuerza.

Supo por Perla que esa noche Carlos había visitado a su padre y sus hermanos y le había dado una tunda casi mortal junto a otros dos matones... Su padre le había gritado que se llevara a esa puta, y Carlos no había podido contenerse y lo golpeó hasta dejarlo casi en estado de coma. Nina había vuelto al trabajo al otro día. Attendía las líneas de teléfonos para las personas con problemas y encerrada en su cubículo había ayudado a mucha gente ese día. Cuando se retiró por la noche, aún con la sensación de que algo no andaba bien, se apresuró en llegar a casa. Fue cuando aquellos ángeles la atacaron. Recordaba que el miedo se mezcló con la furia. ¿Cómo podían aquellos ángeles presentarse ahora, cuando ella había rogado por ellos tantos años? Malditos fueran, ellos y su familia...

Malditos. No supo cómo, pero cuando volvió a correr ya no era humana. Sus patas golpeaban el suelo con fuerza y no se detuvo a pensar qué era lo que le pasaba. Solo sabía que no tenía miedo..., no más. Lo próximo que sabía era que estaba en el hospital. Le dijeron que había sido atacada por un gato salvaje y que tenían que

hacerle pruebas. Nina intentó explicarles que no había sido un gato, al menos no ahora, pero no se lo permitieron. Lo próximo que recordó fue que estaba recostada de lado, y oyó las voces de dos hombres. Se quedó helada, tal vez los ángeles habían vuelto por ella. Era Nicolás.

—¿Crees que pueda hablar? —Ella no pestañeó y se obligó a quedarse muy quieta, haciendo que su corazón latiera calmado, como tantas veces, hasta que aquellos ojos se cruzaron con ella. Nina contuvo el aliento cuando lo vio. Era hermoso. Él se acuclilló justo enfrente de su cara, y casi se sintió traicionada por su cuerpo cuando su corazón quiso abandonar su repiqueteo aplacado para desbocarse por aquel hombre. Él hablaba con alguien que ella no veía, pero no pudo evitar sobresaltarse cuando él se inclinó hasta casi rozar la mejilla con su nariz, y la olisqueó hasta cerca del cuello. Se obligó a apretar los músculos para no sucumbir ante la necesidad de abrazarse a su cuello y rogarle que la sacara de la pesadilla. Él parecía de esos hombres que podía hacer olvidar todo a una mujer..., tal vez él pudiera.

—No tengas miedo —se repitió, saliendo de su aturdimiento.

Observó la habitación y su corazón dio un vuelco. En lo único que pudo pensar fue en Nicolás. Él había dicho que ella podría volver a ser humana. Pero ella no quería nada de lo que la humana había sido. Aborrecía todo lo que había vivido y lo único que deseaba era ver a Perla. Ella no quería ser humana.

Nicolás era todo lo que había pedido, había sido la balsa que la salvó del naufragio y no le había mentado ni una vez, incluso cuando admitió que la dejaría ir si ella lo deseaba. *Humana*. Gruñó, y se levantó de un salto cuando su gata comenzó a revolverse.

—Tranquila..., no te dejaré ir. —Eso pareció calmar al animal que habitaba bajo su piel—. Tampoco a él. —Corrió por la casa en búsqueda de Nicolás. Él era lo único que importaba.

Estaba en el despacho revolviendo unos papeles e intentando parecer despreocupado, aunque, en realidad, lo único que buscaba era mantener mis manos ocupadas, algo que hacer más que abrir la puerta, buscar a Nina y despojarla a tirones de toda su ropa, y tomarla allí. *Cálmate*, me ordené. Era la orden de mi cerebro, pero mi corazón estaba desquiciado.

—No debí dejarla elegir —gruñí.

MÍA.

La posesión me dio un batacazo y tomó todo mi cuerpo y meforcé a no ir por Nina para obligarla a amarme. Ahora sabía cómo se sentía Hero y pensé en el dolor que debió sentir el asesino cuando supo que Sal había estado con Phill. Yo no podía ni soportar la mera idea de Nina con otro hombre en una cama, y aquello me retorció las tripas a tal punto que solté los papeles para aferrarme a la mesa. Hero había perdonado a Sal, la amaba. Sabía que le perdonaría cualquier cosa a Nina menos su rechazo.

Ahora que sabía que ella existía, no la dejaría ir..., no me lo permitiría, y que mi madre se apiade de mí por lo que pensaba hacer si ella no lo aceptaba..., había mentido. No podía dejarla ir, aun sabiendo que ella podía elegir a otro macho, no podía dejarla ir. Apreté los puños conteniendo el rugido. La amaba, por mi madre que la amaba, todo mi ser vibraba por ella. En mi mente, la gata era lo único que tenía lugar y nada más importaba. Le confesaría todo, incluso quién era, pues ella debía quedarse conmigo, sin importar cómo. Me puse de pie y la puerta se abrió de golpe. Giré como un rayo y vi a Nina parada allí. Mi corazón se detuvo, aunque mi respiración siguió tan agitada como antes.

—¿Nina? —Grazné con una voz muy diferente a la calmada y neutra que utilizaba siempre. El semidiós en mí exigía tomarla, la quería, me susurraba palabras funestas al oído.

Los semidioses no pedían permiso, tan solo tomaban lo que es suyo. Los semidioses tomaban posesión de todo lo que querían. ¿Por qué yo debería ser menos? ¿Por qué debería contenerme? Estaba en mi naturaleza, después de todo. ¡Maldición!, y ahora la expectativa me estaba devorando. Mi mente ya no respondía, tan solo escuchaba el siseo de mi respiración.

¡Oblígala!, gritó mi mente. *¡Sométela!* *¡Mía!*

—No quiero —dijo Nina, y sentí cómo mi cuerpo empezaba a fallar, y forcé toda mi voluntad para no caer en brazos del semidiós que me pedía tomarla aun contra su voluntad.

Oblígala, sométela a tu lado. Es mía. Sométela, fuérzala a que se quede. No..., gruñó en su interior. No podría.

—La humana —continuó Nina con los dientes apretados, y vi un destello de lágrimas en sus ojos—. Ella, la humana que fui, ella está muerta. Yo, no quiero... — Sus ojos se pusieron vidriosos. Observándola, parecía un ángel, y mi ser se regodeó con sus palabras y corrí para apretarla en mis brazos—. Soy lo que soy ahora —gruñó contra mi pecho, y pensé que si la soltaba, caería—. Soy esto... y no lo dejaré por nada. No me obligues a volver.

—Nunca lo haría Nina. —Levanté su cabeza con delicadeza y la besé. Aunque la urgencia por reclamarla invadiera mi sistema, dije—: Nunca te obligaría. —Ella comenzó a llorar con aquella confesión—. Hay algo más que debes saber.

—¿Qué? —Sollozó—. No, espera... No me importa, Nicolás, no me importa nada, solo tú. —Se aferró a mí con un abrazo demoledor—. Nada importa, por favor, no me dejes. —Le acaricié el cabello con la nariz.

—No lo haré, pero necesito que sepas quién soy. —Ella asintió temblando—. ¿Ves esos cuadros? —Me moví para que ella observara—. Son como los de mi cuarto, ¿recuerdas?

—Sí...

—No soy solo un centinela, Nina. —Ella me observó—. Vatur es mi madre.

—¿Vatur? —Preguntó observándome.

—Soy el hijo de la diosa..., su hijo de sangre..., su hijo —añadí buscando que entendiera. Ella pareció caer en picada con aquella información, sus ojos me observaban intentando descifrar mis palabras—. No sé cómo, o por qué, pero eres mi compañera... La diosa, mi madre, te envió para mí, para que me salves. —En ese momento, sentí una ráfaga colarse por detrás de mí y sentí el olor a llovizna que impregnaba el lugar. Sabía muy bien que no había llovido y, mucho menos, que no había alguna ventana abierta que permitiera ingresar aquella brisa que nos envolvió con aroma a noche y amor.

—Así que ella es —dijo una voz femenina a mis espaldas. Sonreí, pues la reconocí al instante. Nina me soltó para mirar hacia el rincón desde donde Vatur nos observaba.

Había una mujer de cabello oscuro y ojos como el cielo estrellado, que llevaba un vestido de gasa que flotaba a su alrededor como un manto, y era más alta que Nina, tal vez unos diez centímetros, de figura esbelta y sinuosas curvas... Por un momento quiso gruñirle hasta que en su mente oyó a Nicolás llamándola: *mamá*.

Eso debía ser por lo que su gata parecía calmada..., era como si aquella mujer pudiera imponerle un poder tan grande que ni la gata se atrevía a gruñir, aunque la humana en ella punzaba de celos.

—Tú eres Nina... —La gata miró a Vatur y luego a Nicolás, comprobando los parecidos.

De pronto, la temperatura del lugar parecía haber bajado diez grados. Nina oyó nuevamente a Nicolás. Más bien lo sintió. Él estaba furioso, temeroso de ella. La sensación de pérdida se hundía en él. Una y otra vez repetía... *mía. Mía. Mía*. Ella quiso calmarlo con una caricia, pero él se movió más rápido.

—No, madre. —Él se interpuso entre la mujer y Nina—. No te lo permitiré, es mía, ella es mía, no puedes hacerlo..., madre... ¡tú la enviaste, tú la creaste para mí, madre!... —La posesión en su voz lo hacía sonar como un cavernícola. Nina quiso protestar, pero cuando intentó moverlo, no pudo. Bajó su vista hasta sus manos y vio cómo se agarrotaban en puños.

—Nicolás...

—No la tocarás, ella es mía, ha venido a mí libremente..., no la he obligado, ella simplemente se ha entregado... No la forcé —gruñó, aunque en su voz había un atisbo de tristeza.

—Espera. —Intentó moverlo para verle la cara, pero él la atrapó con sus manos, impidiéndole salir de atrás de él—. ¡Nicolás! ¿Puedes obligarme? ¿Puedes? —Intentó mirarlo, pero no pudo, y regresó sus ojos a la mujer.

—Nicolás. —Ella volvió a llamarlo, y luego sonrió a Nina—. Él puede, pero no lo ha hecho, pues hacerlo implicaría someterte, y mi hijo es lo bastante moralista como para hacerlo. Incluso con la mujer a la que ama... sufriría un infierno, pero te dejaría ir, si es eso lo que quieres saber —suspiró y volvió a mirarlo—. Suéltala. —Nina percibió cómo un halo de energía fluía desde la mujer hacia ellos. Aun con eso, no podía creer que la diosa, de la que tanto hablaban, estuviera frente a ella.

—¡No! —Nina sintió cómo unos dedos invisibles intentaban que Nicolás la soltara.

—¡Suéltala ahora, Nicolás! —Dijo más fuerte, y Nina gimió de dolor—. ¡La lastimas, por Dios! —En un instante Vatur estaba a dos metros de ellos y, en un abrir y cerrar de ojos, apareció frente a él para estamparle una fuerte cachetada. Nicolás giró el rostro y gruñó.

—No, Nicolás, suéltame...

—Ella no se ha unido contigo aún, suéltala. —Nina sintió cómo él aflojaba su agarre y se quedaba tieso—. Sabía que cuando la encontraras sucedería esto. —Nina dio un paso atrás y se frotó las muñecas que él había apretado. Vatur estiró su mano hacia ella, y Nina no pudo más que acercarse a la suya, aunque su cuerpo entero quería rugirle a la mujer que hacía que Nicolás se sintiera tan mal. En cuanto sus dedos se

tocaron, una energía reconfortante corrió entre ellas, y la gata percibió cómo el dolor se disipaba, y suspiró. Él la miró abatido por encima del hombro.

—Lo siento, Nina —susurró, aunque sabía que él no lo hacía. Esa frase hizo que en Nina surgiera la necesidad de consolarlo. Él no tenía la culpa de nada..., quería decírselo, pero su boca parecía sellada y aquel dolor podían sentirlo tanto ella como la gata. Cuando lo vio estremecerse, forzó a su garganta, a su lengua, y a cada nervio de su ser a hablar y, haciendo el doble de esfuerzo, lo logró.

—Te equivocas —le dijo mirándolo, pero dirigiendo sus palabras a Vatur. Sabía que frente a ella estaba la diosa, pero ni siquiera eso podía hacerlo sentir culpable por algo que no había hecho. Cuando habló, las palabras sonaron secas mientras apretaba los dientes para no gruñir—. Yo ya me uní a él. —Pudo ver cómo los ojos de Nicolás centellaban. Se acercó a su lado y le tomó la mano, apretándola de una forma amorosa—. Te equivocas, diosa... —Continuó, tragando con fuerza justo para mirarla a los ojos. ¡Maldita fuera!, ella no tenía derecho a hacerlo sufrir, ella conocía el sentimiento de que nada de lo que hicieras para tus padres sería suficiente..., y lo odiaba—. Tu hijo es el único por el que moriría hoy mismo, y lo haré mañana, y hasta el fin de los tiempos. —Esta vez la miró a ella. Una sonrisa tiró de sus labios, más por desafío que por cariño, y Vatur sonrió también, dejándola confundida. Su rostro se había suavizado, su mirada había cambiado.

—Lo sé..., pero él es el que necesitaba oírlo. —Esta vez su voz fue tierna, hasta empalagosa. La garganta de Nina se relajó como si pudiera nuevamente tomar el control de su cuerpo. Su corazón latió con más fuerza. Nicolás le devolvió el apretón y sonrió de lado.

—Como sé que lo amas... —Nina volvió su atención a Vatur—. Te diré esto, nadie puede tocar a la pareja de los semidioses. Ellas son tan poderosas como ellos, pero ellas deben entregarse libremente y confesar su amor y su unión, para que no quede ninguna duda de que se ha unido a él por elección propia, poniendo su corazón al desnudo, y sin malas intenciones. Y para eso, los cielos deben escucharlo...

—¿Qué debo hacer? —Preguntó arreglándose el cabello nerviosamente—. Salir al balcón y gritarlo a los cuatro vientos, correr hacia la primer iglesia y confesarlo, tan solo dime qué debo hacer... —Vatur acarició su mejilla.

—Está hecho, no es necesario un grito para que los cielos te escuchen, Laureen. —Ella sintió el golpe del nombre que había abandonado. El nombre de la humana—. Tan solo un susurro sincero puede aturdir a los dioses, pero eso ya lo sabes..., ¿cierto Laureen? —Nicolás la observó y en sus ojos podía ver su confusión. Apretó levemente su mano. Ella nunca le había dicho su nombre y recordaba muy bien que había dado uno falso en el hospital. Entonces, cuando la diosa lo nombró por segunda vez, ella comprendió que la noche del ataque alguien había oído sus plegarias. Vatur lo había hecho.

—Sí, pedí morir... —sollozó.

—Y lo hiciste —señaló Vatur—. Y renaciste..., y ella habitó en ti. —La gata se pavoneó por su mente con un paso orgulloso y Nina sonrió.

—¿Tú? ¿Tú querías morir? —Ahora Nicolás la había tomado de los hombros y la giró para que lo mirara a los ojos.

—Sí, cuando él me atacó... deseé morir...

—Y ahora deseas vivir, Laureen.

—Sí, lo deseo, pero Laureen murió hace tiempo, yo no soy la misma.

—Lo sé, por eso tuve que hacer que Nicolás te esperara tanto tiempo. —El dolor cayó sobre el pecho de Nina—. Pero aquí estás... —Nina no sabía si debía decir gracias, perdón por hacerlo esperar, o qué, pero la diosa volvió hablar—. Creo que tendrán mucho tiempo para hablar —añadió Vatur sin moverse. Ambos la miraron—. Pero ahora deben escuchar. —Ellos asintieron—. El final de esta tregua está llegando y esta noche deberán partir para encontrarse con un futuro que los llevará más allá de lo pensado.

—Madre..., odio cuando hablas con acertijos.

—Escúchenme... Sus corazones se han unido, que ni el cielo ni el infierno interfieran en eso... —Ella giró su rostro y observó sobre su hombro—. Que el pasado no te ate —murmuró mirando a Nicolás, y luego pasó a Nina—. Y que el futuro te dé fuerzas para recordar. —Después de decir eso, ella simplemente desapareció, dejando a Nina con un montón de preguntas.

—¿Qué pasó? ¿Dónde fue?

—Ya entenderás a mi madre, luego —añadió y tiró de su mano en dirección a la puerta, pero ella no se movió—. ¿Qué pasa?

—Eres el hijo de una diosa...

—Y tú eres mi pareja..., nadie podrá tocarte otra vez. —Los ojos de Nina se revolvieron inquietos, como si una sombra de su pasado la cubriera. Tal vez ahora él podía conocer sus recuerdos.

—¿Cómo lo supiste? —Nicolás suavizó su rostro con una sonrisa.

—No lo sé, tan solo fue lo que intuí, soy más viejo, Nina. Sé algunas cosas de mi madre y sé muy bien que no ayudaría a cualquiera que simplemente deseara morir. Ella tan solo ayuda a los que creen no tener más esperanzas. Imagino que pasaste por algo muy feo, y juro que tendré que contenerme para no matarlos, pero, aun así, sé que algo pasó, pero esperaré. Cuando esto termine, tendremos todo el tiempo del mundo para estar juntos. —Nina sintió cómo una lágrima rodaba por su mejilla. No había vuelto a llorar hacía mucho tiempo y aquel llanto prometía soltar todo ese daño que le habían hecho. Corrió hacia él y se estampó contra su cuerpo y lo abrazó.

—¿Por qué? ¿Por qué actuaste de ese modo con tu madre? Ella no parecía molesta..., ¿o sí?

—No lo parecía, pero la energía a su alrededor parecía inestable, y cuando entendí que fluía hacia ti..., lo lamento, no solía ser así. Nunca necesité ser posesivo con nadie, las elementales suelen ser bastante atentas entre sí, por lo que no debía hacer nada por ellas, pero tú... Pensé que mi madre había decidido algo sin mi permiso..., creo.

—Creo que le debes una disculpa, aunque intuyo que tienes razón. Ella venía por mí, pero es lo que haría cualquier madre, ¿no? Saber si la mujer que está con su hijo lo ama o si solo es un juego. —Él posó sus ojos pícaros en ella.

—¿Soy solo un juego para ti? —Musitó, rodeándole la cintura.

—*Sip*... —admitió dejándolo con la boca abierta—. Uno con el que quiero jugar por toda la casa, uno que quiero lamer. —Lo lamió cerca del cuello—. Besar... —Esta vez le dio un ligero beso en los labios—. Acariciar... —sus manos se aferraron a su camisa—. Hasta que el juego tan solo pida basta... —Esas palabras lo encendieron y cuando volvía en búsqueda de su boca, ella se movió, pero no la dejó ir, tan solo la atrapó y le lamió el cuello mientras intentaba respirar.

—Maldición —dijo alejándose un poco.

—¿Qué?

—El tiempo, lo que debemos hacer... Lo siento, no debí traerte conmigo, es muy peligroso, no debía, ¡maldición! —Ella lo detuvo con un dedo en sus labios.

—No, no empieces con eso, iré contigo, y no me importa qué suceda, estaré allí. —Se tomaron unos minutos tan solo para mirarse. Nicolás comenzó a contarle la historia de su tierra en Lemuria, sobre su madre, todo... Cuando terminó, ya estaban en el coche en dirección hacia donde Mikela caería.

Nina dormía recostada en el asiento. Y yo no pude más que admirarla. Mi compañera. Estaba seguro de que Hero y Zander se burlarían de lo sentimental que me había puesto después del infierno que les había hecho pasar a ambos, a Hero más que a nadie.

Sonreí. Si hace muchos años atrás alguien me hubiera dicho que tendría de mejor amigo a un vampiro con ascendencia atlante, y que estaría emparejado con una gata, me habría reído hasta el cansancio. Sin embargo, aquí estaba. Todo esto estaba llegando a su fin, pronto..., todo acabaría. Aún no sabía cómo, pero todo terminaría. En mi mente retumbaron las palabras de mi madre.

—Creo que tendrán mucho tiempo para hablar... Esta noche deberán partir para encontrarse con un futuro que los llevará más allá de lo pensado.

Tal vez Nina no lo supiera, pero mi madre no había dicho eso porque sí. Hubiera

deseado preguntarle, pero la conocía..., el fin estaba cerca, aunque nadie sabía quién ganaría.

Semiazaz estaba inquieto, sentía que la bilis le subía por la garganta. Caminaba de un lado al otro por la lúgubre cueva, y sus pasos resonaban sobre el piso medio encharcado. No había casi iluminación, solo unas velas inertes se levantaban sobre las paredes de piedra. Había un olor putrefacto en el aire. Todo olía a muerte, incluso creía que aquel aroma se le pegaría como una capa de piel, podía sentirlo en la boca. Maldiciendo, se pasó la mano por el cabello. Si aún aguantaba el hedor, era porque la diosa Vatur se lo había pedido. Juntos habían planificado una trampa, una que el mensajero de los dioses no pudiera rechazar ni evadir. Hermes quería a toda costa encontrar la chispa. Él sabía muy bien con qué fin buscaban la chispa. El deseo del mensajero de los dioses era crear, a su modo, un futuro tan caótico y mortífero que incluso Semiazaz se estremecía de solo pensarlo. Por eso, él nunca debería encontrarla.

Habían diseñado un plan. Esparcieron el rumor de que solo un ángel rebelde podía ayudarlo a encontrarla. Uno de alto rango, por supuesto, como él. Como esperaban, tanto él como Vatur, Hermes no había tenido el valor de consultar a los dioses. Ellos le hubieran hecho muchas preguntas y, si había algo que a los dioses los molestaba era que alguien más tomara el rumbo del destino del mundo. Así que Hermes había hecho lo previsto, lo había buscado a él.

—¡Perfecto! —Murmuró cerrando los ojos y repasando el plan. Por un momento pensó en las cosas en las que había creído por siglos, en las enseñanzas. Sacudió la cabeza y comprendió que no había servido de mucho, pues el mundo ya no era lo que los otros ángeles antiguos creían, así que coronaría su vida de este modo. Acabaría con su existencia haciendo algo en contra de sus instintos, en contra de lo que le habían enseñado durante siglos, pero sabiendo, de corazón, que era necesario. Era absurdo que, en un momento como este, sintiera que lo que más lo inquietaba era esa sensación de sentirse libre, por primera vez—. Libre —musitó y soltó el aire de los pulmones en una exhalación profunda.

Sus alas estaban ocultas, y ese era un poder que pocos conocían y que él lo dominaba como un maestro. Debía esconder sus alas de la vista de Hermes. Los ángeles rebeldes tenían una característica, pues llevaban un círculo rojo en el extremo superior de sus alas, uno que Semiazaz no poseía. Por eso había decidido esconderlas.

Además, nadie se atrevería a preguntarle por qué, ya que los ángeles rebeldes solían hacerlo a menudo para ocultarse de los curiosos y no ser descubiertos. También contaba con el regalo que la diosa Vatur le había entregado y que lo ayudaría para que los demás ángeles no pudieran identificarlo ni siquiera los más poderosos.

—Oculto —pensó, y se miró la vestimenta.

Tragó con fuerza pensando que aquella simple palabra abarcaba toda su vida y casi se rio cuando pensó que era la mejor definición de su vida. Había sido forjado a hierro y fuego. Ningún ángel llegaba adonde él estaba, simplemente por el hecho de ser sutil y delicado. Semiazaz debió luchar contra los sentimientos, pues le habían enseñado que eran ponzoñosos y que una vez que echaban raíces en uno, nunca se podían erradicar; por eso debía arrancarlos de raíz desde pequeño. Los ángeles antiguos les enseñaban cómo las emociones habían llevado al hombre a su fin y los ángeles no podían permitirse ese lujo. Aunque en secreto, él sabía lo que era sentir. Había luchado por un sentimiento en particular, por el amor de su madre, uno que nunca llegó. De pequeño se esmeró por ser el mejor, luchó duro, y mucho más allá de lo que su alma se lo permitía, pero ella no reparaba en él. Y luego, debido a un descuido, su destino se truncó para siempre.

Fue reclutado como general de los ejércitos de los ángeles, y creyó que aquello le brindaría el amor y el respeto de su progenitora. Pero no fue así, porque él lo había visto..., la había visto disfrutando de ver la alegría y el amor que Phill profesaba.

—Phill —susurró, sintiendo cómo su alma temblaba.

A diferencia de él, su hermano pequeño se permitía sentir, y Semiazaz lo admiraba por eso. Antes de que fuera reclutado como jefe de los ángeles había comenzado a espiarlo, a seguirlo a hurtadillas para verlo disfrutar de las emociones que él no se permitía sentir. Fue en uno de esos días cuando su madre lo encontró observándolo. Semiazaz había quedado absorto por la imagen, pues la risa de los querubines de rizos dorados era intoxicante, y no percibió su presencia hasta que lo abofeteó tan fuerte que lo hizo lagrimear. Lo obligó a tomar el puesto de general para apartarlo de lo único bello que había conocido, y, de ese modo, su madre se había asegurado el destino de su hermano y de que lo odiara por toda la eternidad. Fue obligado a asumir el nuevo puesto a la fuerza. Su madre se había encargado de darle un castigo que él recordaría para siempre. La furia y la ira se colaban por sus ojos cada vez que ella lo miraba... Así que aceptó el puesto, aunque aún era un joven para los ángeles, y había rogado por clemencia para que no lo hicieran, pero su madre no lo escuchó. En cambio, lo lanzó dentro de las instalaciones y fue a hablar con un alto mando. Semiazaz se había quedado allí, en el suelo, sintiendo el dolor de la pérdida de lo único que lo hacía sonreír, y temió por su hermano. Su madre había vuelto al rato con un ángel mayor. Este le indicó que lo siguiera y, cuando no lo hizo, su madre lo levantó del cabello y le susurró al oído su mayor temor.

—*Si no lo haces por las buenas, Phill sufrirá las consecuencias* —siseó. Ella lo amenazó con delatar a Phill, quien, apretando los dientes, aceptó su castigo. Phill aún era puro, así que cerró su boca y caminó hacia su destino. Maldito fuera Phill, maldito él y su autocompasión. Nadie había sufrido más que él cuando tuvo que cortarle las alas.

Los altos mandos lo habían llamado y se corrió el rumor del ángel corrupto. Él temió por lo que debía hacer. Había entrado en la recámara, y cuatro ángeles de alto rango lo esperaban de pie, adornados con sus hermosas túnicas blancas con detalles en oro. Buscando controlarse, Semiazaz se había mordido el interior de la mejilla para que su boca no lo traicionara, Conocía esas miradas. Sabía lo que buscaban de él, y lo peor de todo es que imaginaba quién era el destinatario del castigo. Había corrido el rumor entre las filas. Hablaban de un ángel que había traicionado a su dios por velar por unos malditos y Semiazaz no necesitó saber el nombre del ángel. *Ya lo sabía*. Fue en ese momento cuando le comunicaron el pecado de su hermano, y que debería ser él quien le cortara sus alas. Semiazaz había dado un paso atrás cuando el otro ángel añadió:

—Ha sido sugerido por su madre..., cree que te corresponde darle su merecido —le dijo seriamente, y él quiso gritar, ponerse de rodillas y suplicar que no se lo pidieran. No a él. Su madre. Su maldita madre. Por fin había logrado lo que quería.

Ella odiaba a Phill, decía que manchaba su reputación y que algún día se encargaría de él. Semiazaz no había tomado la amenaza en serio, menos después de que asumiera lo que su madre lo había obligado a hacer.

Cuando salió, ella estaba allí, parada frente a los ángeles como testigo, toda orgullosa y henchida de alegría. La maldijo y juró que pagaría por esto.

—Debes hacerlo —le dijeron sin más, y Semiazaz sintió cómo parte de su alma moría. Obligado, otra vez obligado..., como toda su vida. Cortó las alas de su hermano frente a muchos ángeles y tuvo que hacer un esfuerzo para no caer de rodillas junto a Phill. El horror lo golpeó en el pecho como un yunque cuando llegó a sus aposentos con sus manos bañadas de sangre. *Su sangre*. Salió de allí sin poder hacer nada más y su alma aullaba de dolor por su hermano, por la sonrisa que se había borrado de su cara, porque no podría verlo reír nuevamente. Él nunca había sentido ese amor que Phill contagiaba. Ningún tipo de amor.

Fue así como conoció a Vatur. En su desesperación había ido más allá, buscando su propia muerte, deseando que la diosa lo matara cuando lo viera Sin embargo, cuando la encontró, fue ella quien lo consoló y lo curó de a poco, como haría cualquier madre. Cada semana pasaba horas en el jardín de Vatur a hurtadillas de los suyos, cuando los hijos de la Diosa no estaban, especialmente Irizadiel... Ella amaba a Phill y lo odiaba por lo que le había hecho, y él no quería perder a Vatur también.

Escuchó los pasos del otro lado de la cueva. Levantó la cabeza y los muros de su

mente para evitar transmitir cualquier emoción en su rostro. Empujó los recuerdos lejos de allí, imponiéndose aquella máscara que le habían tatuado a fuerza de dolor. Al fin y al cabo, de algo serviría. Recordó las palabras que Vatur le había dicho la noche anterior.

—*Recuerda esto...* —le dijo cuando él tembló ante lo que tenía que hacer—. *Estaré siempre a tu lado, a tu derecha, a tu izquierda, arriba y abajo, porque a dondequiera que vayas, iré yo, dondequiera que tú vivas, viviré yo. Y solo cuando muera la última de las esperanzas, cuando el último rayo de Nix se borre de la faz de la tierra, el último grito destrozado, dejaré de creer en mis hijos.*

—No soy tu hijo ni siquiera soy digno de la confianza que me profesas. —Se sintió débil y enfermo.

—*Todos los que vienen a mí son mis hijos, Semiazaz.* —Le acarició la cara, y cerró los ojos, consolándose con la caricia de ella—. *No es necesario que lo hagas y quiero que lo sepas.* —Él abrió los ojos para ver la verdad en sus palabras, no era obligado... ni siquiera había un atisbo de enojo en los ojos de la diosa, tan solo había bondad, amor y una gran comprensión—. *Encontraremos otro modo, tranquilo.*

—Lo haré por ti, mi diosa... —susurró para sí mismo volviendo a la caverna y renovando su confianza con esa simple afirmación.

Vio aparecer a Hermes que arrastraba los pies junto a un Rajid, un monstruo semihumano de la antigüedad, y a otro guardián de aspecto atroz que parecía un golem deformado. En el Olimpo, el bastardo del mensajero de los dioses se veía fornido y duro, pero en la Tierra tenía un aspecto desagradable. Medio encorvado, arrastraba su pierna derecha; su rostro estaba desfigurado, lo que hacía que el párpado izquierdo luciera caído, convirtiendo su mirada en asquerosa.

—Bueno, bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —Su voz sonaba igual de horrenda que su aspecto.

—Me mandaste llamar. ¿Qué es lo que quieres? —Preguntó con la soberbia propia de los ángeles.

—Tú lo sabes bien..., la chispa, encuéntrala y tráela para mí y serás recompensado del mejor modo. Serás mi segundo al mando. ¿Te imaginas eso? Todos aquellos que te crearon dolor..., muertos..., solo nosotros y nuestra nueva era..., Sem —gorjeó el maldito, y Semiazaz quiso sonreírle con indiferencia al notar la poca astucia de Hermes. Él no le había dado su nombre completo, aunque sabía que Hermes no esperaba lo que él estaba por hacer.

—¿Cómo sé que no me atacarás por la espalda? —Se atrevió a preguntar.

—Mis ejércitos están marchando..., falta poco para que mi reina consiga los cielos, y cuando tú consigas la chispa... —lo señaló con esos dedos horrendos—. Los humanos serán un alimento para nuestros hijos. Y los hijos de la diosa bastarda morirán, todos menos uno... —dijo rascándose la barbilla—. Volveremos a ser

dioses, como en los viejos tiempos.

—¿Cuándo ocurrirá? —Pregunté con frialdad—. ¿Cuándo atacarán tus ejércitos?

—Mañana... Mañana terminará el tiempo de los humanos y el de los hijos de la diosa bastarda. —Semiazaz quiso gruñirle cuando lo dijo por segunda vez, pero se contuvo—. ¿Me das tu palabra? —Masculló tendiéndole la mano. Semiazaz sabía que no habría vuelta atrás. El Cielo entraría en guerra y él se volvería un enemigo, pero ya no le temía a nada. Afuera estaba aguardando una legión de guerreros fieles a la diosa. Había más de una docena. Cuando acabaran con todos los ángeles corruptos, estarían solos y podría, junto a los fieles y los antiguos, volver a reconstruir el Cielo, si es que alguna vez lo aceptaban nuevamente.

—Claro —dijo estirando la mano para tomar la de Hermes.

Buscó con su otra mano la daga que las nagas habían encantado para él, y la encontró pendiendo de una amarra fina en su cinturilla. El calor de la empuñadura se filtró en su piel y, aferrándose a ella, apretó los dedos. Las nagas eran las serpientes semidivinas hindúes con caras humanas, bellas y peligrosas. Ellas habían elevado un hechizo sobre aquella daga, que ni el mismo Hermes podría sentir. Quedaría atrapado en un sitio desde el que nunca podría volver a molestar a nadie. Las tres reinas nagas habían diseñado ese artefacto con su encanto. La reina marina, la reina guardiana y la reina de espíritu. Ellas habían planeado una venganza contra Hermes. Las nagas habían sido embaucadas hace siglos, eones tal vez, pero ellas no olvidaban, como Semiazaz no olvidaba quién había sido la única que lo había ayudado.

Aquello había arraigado en su alma y brotado como un árbol frondoso. No fallaría. Se acercó a Hermes manteniendo su pose distendida y, cuando él tocó su mano, se estremeció y sintió la anticipación de lo que vendría: el fin para el ser que había desequilibrado el mundo. El dolor y la ira en él tensaron sus músculos. Los ojos de Hermes parecieron notar que algo iba mal, pero era tarde, muy tarde para reaccionar. Semiazaz no dudó. En un movimiento fulminante desnudó su arma y lo tironeó hacia él hasta que sus narices se tocaron. Sacó el puñal y se lo clavó por debajo de sus costillas, justo en el hueco que le permitiría llegar de forma segura y rápida a su corazón.

—Esto es por la diosa. —Sus palabras lograron que Hermes abriera más los ojos y gruñera, pero la magia lo había tomado, dejándolo tieso—. Y esto, es por matar a los míos. Quémate en el infierno maldito. —Por un instante, un grito rompió el aire, y todo se volvió un caos. Las bestias que habían venido con el mensajero corrieron desesperadas al ver a Semiazaz en cuanto este dejó caer el encanto que mantenía sus alas ocultas. Estas brillaron con luz propia en aquella maldita cueva. Aspiró con fuerza y se sintió completo. Se agachó y tomó a Hermes por encima de su hombro. Ahora, las nagas se encargarían.

Afuera, el ruido de gritos, rugidos y aullidos le anunciaron que los fieles a la

diosa luchaban. Esta vez, los ángeles caerían. Soltó una risa. Él era uno de ellos, pero no importaba qué le ocurriera de ahora en más. El mundo debía ser como era. Caminó con paso firme por el túnel hasta la salida, atento a cualquiera que quisiera atacarlo, pero no había nada, era como si la sombra de la muerte de Hermes hubiera fulminado el valor y la resolución de sus aliados. Salió, vio la explosión de la lucha y levantó vuelo llevándose el cuerpo con él.

El fin había comenzado.

Y esta vez, Semiazaz no dudaría en ayudar. Llevaría a Hermes a un sitio de donde ni el mismo mensajero de los dioses podría volver. Estaba hecho, él había sido borrado de la faz de la tierra.

Detuve el coche en el linde de un gran parque protegido, a unos kilómetros de donde me habían indicado que estaría la bruja. Caminé junto a Nina hasta una zona rocosa al pie de la montaña. Le eché un vistazo y noté que ella estaba atenta a todo a su alrededor. Por un momento quise volver a discutir su papel en esta tarea, como lo había intentado dos horas antes. Pero ella había dejado en claro que no se quedaría a esperar. Asumí la derrota y puse todos mis sentidos alertas y los poderes en funcionamiento. Mis manos crepitaban desbordadas de energía, sondeando, buscando cualquier indicio de mi padre.

—¿Quién es ella? —Curioseó Nina inquieta—. Digo..., ¿por qué quieres matarla? —La miré—. Puedo sentirlo en ti, Nicolás. Sé que la quieres muerta, pero bien, bien muerta, y nunca había sentido algo así a tu alrededor. Es un instinto asesino que hace que la piel se me erice. ¿Qué es lo que te ha hecho para que desees matarla?

—Conocí a Mikela gracias a Hero —murmuré sin dejar de mirar el entorno.

—¿Era su amante? —Preguntó Nina mientras subíamos una colina esquivando ramas y rocas.

—Lo fue —dije mientras corría una rama para que ella pasara—. En algún momento, aún no sé cómo ocurrió, pero sí lo fue. Después ella se obsesionó con él, y Hero intentó alejarse..., pero después ocurrió lo del nefilim, y después de eso la necesitábamos... —admití apretando los dientes— para encontrar a Sal.

—¿Por qué la necesitaban?

—Sal había sido secuestrada —afirmé—. Suponíamos que el nefilim quería matarla.

—¿Un nefilim? ¡Espera! ¿Qué es un nefilim? —Me miró intrigada, pero antes de que pudiera contestar, ella continuó—. ¿Quería matarla?

—No, el nefilim la había conocido de niña, la cuidó cuando Sal era una niña. Y como si eso fuera poco, tiempo después descubrimos que es amigo o amante de mi hermana —solté apretando el paso.

—Espera, ¿tienes una hermana? —Preguntó deteniendo el paso.

—Sí —me detuve un segundo—. De diferentes padres, pues ella es hija de un ángel. —Nina parecía confundida, pero me estaba acostumbrado a esa reacción.

—Wow! —Musitó y volvió a caminar—. Sabes, creo que revocaré eso que dije de conocer a tu familia. —No pude contener la sonrisa, y le pasé un brazo sobre los hombros.

—La cosa es que había un vampiro desquiciado detrás de Sal, y necesitábamos toda la ayuda que pudiéramos conseguir. Así fue como Mikela se metió en nuestras

vidas, ya que ella podía encontrarla.

—¿También se metió en sus camas? —Preguntó mirándome de reojo. Bufé en respuesta. Gracias a la Diosa había escuchado a Hero y me había alejado de ella a tiempo.

—No —gruñí—. Lo intentó, pero no.

—¿Y Hero? ¿Volvió con ella?

—No. Digamos que Hero... —dije— estaba bastante cabreado después de que encontramos a Sal.

—¿Por qué?

—Ella se había acostado con el nefilim. —Nina hizo un ruido de disgusto—. Influenciada por el vampiro —añadí, intentando hacer quedar bien a Sal.

—¡Espera! *Wow!* ¡Mierda! —Solté una risita baja ante su asombro—. ¿Ella se acostó con el amante de tu... hermana?

—Bueno... —murmuré inclinando la cabeza—. Si lo dices así... —Hice una mueca de asco—. Suena mal, pero sí. La cosa es que Mikela nos traicionó..., quiso matar a Sal..., y escapó. —Cada vez estábamos más cerca de la entrada. Miré al cielo y el sol aún brillaba—. Por eso quiero matarla, media Sociedad quiere matarla.

—¿Por qué quiso matar a Sal? —Preguntó ella mientras caminábamos el último tramo.

—Tú no la conoces. —Sintió un deje de celos llegar desde el lazo—. Ella es como mi hija, deberías haberla visto cuando llegó, no era ni un ápice de lo que es hoy en día. Mataron a su familia..., yo era lo único que tenía. —Nina disminuyó el paso y me miró.

—Ma-mataron a su... familia —balbuceó boquiabierta.

—Sí, el nefilim la salvó y la sacó de allí antes de que la asesinaran también. Por eso intentaba protegerla —añadí—. Después de tanto tiempo... —Me pasé una mano por el cabello—. Cuando la vi... Si la hubieras visto, Nina, toda bañada de sangre, sus ojos tan abiertos como si el horror se le hubiera tatuado en las pupilas. Su cuerpo tan quieto, robótico, el miedo pegado a su piel. No pude soportar verla tan desvalida, no después de ver a mi pueblo morir, verla así... —Nina me acarició la mejilla y me abrazó por la cintura.

—Lo lamento —dijo, y le devolví el abrazo—. No quise sonar molesta.

—Cuando logré sacarla de su encierro mental, era como un bebé. —Continué dejando fluir todos los recuerdos poco a poco, contando todo aquello que nunca le había confesado a nadie—. Era como si estuviera muerta en vida. Tuvimos que enseñarle todo de nuevo y, a veces, la miraba a los ojos y no sabía siquiera si me escuchaba. Aprendía todo lo que le enseñaba, pero sin emoción, como si su alma hubiera muerto, hasta que no pude soportarlo más; entonces le rogué a mi madre por ayuda, alguien que la sacara de su entumecimiento. Y así fue como llegaron Carim y

Eva. —Me alejé un poco para observarla, para mirar sus ojos—. Sal mejoró muchísimo con ellas, volvió a sonreír..., volvió a interesarse por la comida, hablaba. Y créeme, mi amor por las chicas no es lo mismo que siento por ti.

—Lo sé, lo lamento —murmuró y me detuvo, y se colocó en puntillas de pie para darme un beso—. No quise sonar tonta... Sal es fuerte.

—Cuando la vi herida... —continué, tragando a la fuerza como si no pudiera detenerlo, necesitaba que ella entendiera—. Pensé que moriría, Nina. —Acaricié la línea de su clavícula—. Hero se ofreció para matar a Mikela, él desea matarla tanto como yo. O aún más, no lo sé.

—¿Por qué decidiste ser tú el que lo haga? —Me preguntó, y sonreí de lado. La tomé de la mano antes de responder, y volvimos a caminar.

—Porque es mi amigo, es la pareja de Sal, y porque no deseo que salga lastimado. Y, además, porque el que diagramó todo este plan para matar a Salomé... —dije señalando la entrada de la cueva que estaba a unos pasos— es mi padre.

—¿Tu padre? —Murmuró, y sacudí la cabeza afirmativamente. Eso era otra cosa de la que teníamos que hablar.

—Sí, mi padre. Llegamos... —anuncié.

Nos metimos en la cueva que mi madre había indicado. Caminamos por un largo trecho a oscuras, sorprendidos tan solo por el silencio y algún aleteo sobre nuestras cabezas. Mis ojos se acostumbraron rápidamente a la oscuridad, y como no sabía cuánto podía ver Nina en la noche, cada vez que el silencio se rompía por algún sonido alado, la cubría escudándola con mi cuerpo. Llegamos hasta una abertura después de un camino laberíntico y nos internamos aún más en la oscuridad, y bajamos más de cien metros hasta que oímos los primeros sonidos. Voces y gorgoteos. Empujé a Nina nuevamente detrás de mí y me apoyé contra el muro para ver de dónde provenían y lo que vi..., casi no podía creerlo.

Mikela estaba sentada en el centro de una caverna enorme, cuyo tamaño debería ser el de una cancha de fútbol. Ella estaba sentada en una roca plana, como si fuera un sacrificio, solo que lucía diferente. Llevaba un vestido blanco con manchas rojas y negras, y tenía unas alas horribles, deformadas como las de un murciélago. El lugar estaba lleno de velas que le daban una apariencia tenebrosa; la cueva debía de tener más de cincuenta metros de altura y no lograba apreciar el techo. La luz parecía concentrarse alrededor de ella, haciéndola lucir aún más detestable. Estreché los ojos buscando una amenaza, pero no hallé nada. Mi padre no estaba allí. ¿Por qué mierda la había dejado sola? Enfocándome en ella, noté que a sus pies había unos seres con apariencia de niños, con un solo ojo en la frente, una boca con enormes dientes y con la piel casi del mismo color que la cueva que los acogía. Esas bestias se arrastraban hasta ella como si quisieran tocarla y se amontonaban unas sobre otras haciendo gorgoteos asquerosos. Definitivamente, no eran niños. Mikela se giró cuando uno de

ellos tocó la falda de su vestido, lo miró un segundo y lo golpeó con dureza, y sentí náuseas cuando vi su rostro. Mikela estaba manchada de sangre, y siguió mirando al ser que había golpeado mientras arrastraba más cerca lo que estaba comiendo. Las náuseas volvieron cuando noté que sus manos revolvían un cadáver. Imaginé que era una mujer por su tamaño y por su cabello largo, aunque cuando miré mejor, deseé no haberlo hecho. Era un niño y aquella imagen hizo que el odio corriera por mis venas. Nina tiró de mi chaqueta tratando de llamar mi atención, pero la retuve con el brazo.

—¿Qué ocurre? —Murmuró, y la observé deseando que ella no pudiera ver aquello. Era horrible.

—Te amo —susurré y le di un beso en los labios. Me aseguraría de que ella no tuviera que ver aquello y, un momento antes de que reaccionara, le infundí un hechizo de sueño y la desmayé. La acomodé en un rincón de modo que nadie pudiera atacarla, aunque sabía que casi ningún ser podía lastimarla ahora.

Volví la vista a Mikela. Nina me odiaría cuando despertara, lo sabía, pero aquello era demasiado sufrimiento para que ella pasara por eso. Como un rayo, me lancé contra la bruja. Al instante, aquellas bestias rugieron..., y ella me vio. Corrí los doscientos metros que me separaban de ella pisoteando a aquellos seres repugnantes. Cuando Mikela percibió el peligro siseó y las bestias cobraron vida creciendo y creciendo, hasta ser de dos metros de altura, formando una muralla que me separaba de mi objetivo. *Repugnantes*. Tenían la piel como el barro mismo, con una especie de llagas y eran lo más asqueroso que había visto en mi vida. Extendí la mano antes de que llegaran a mí y la poderosa ráfaga hizo que dos de ellos volaran lejos, y se estrellaron con un ruido seco contra la roca. Otros tres se tambalearon hacia mí y uno logró tomarme del brazo. Mikela parecía molesta por la interrupción y me gruñó mientras me observaba sin levantarse para seguir devorando al niño, como si yo fuera a quitarle la comida. Me giré, y continué con la bestia que me tenía atrapado y me tiraba golpes. Le di una patada en donde se suponía que estaba su rodilla. Eso lo hizo caer, y mi mano se asió de su cuello, tomé el cuchillo que guardaba en el interior de mi chaqueta y, con un movimiento preciso, la hoja cortó el cuello del maldito y la enorme bestia cayó. Corrí, y golpeé con el hombro a otro de esos malditos, y cuando cayó de espaldas, salté y lo golpeé con el pie en el pecho y volví a rasgar su cuello. Levanté la cabeza y fui por mi siguiente objetivo. Se lanzaron hacia mí chasqueando los asquerosos dientes cerca de mi cara. Demasiado cerca para mi gusto.

Maté a otros dos atravesándoles el pecho con la mano, olían horrendo. Cuando estaba a solo dos pasos de llegar a Mikela, un dolor me atravesó el pecho y bajé los ojos y me estudié para saber dónde estaba la daga, pero no había nada. Y en ese momento lo supe: mi padre había sido sacado de la faz de la tierra.

Caí de rodillas y me retorcí tomándome el pecho, cerrando los ojos con fuerza, con un dolor punzante apuñalándome el pecho que no me dejaba respirar. Gemí de

dolor y me tomé la garganta intentado calmar el ardor que me recorría desde el centro del pecho hasta cada terminación nerviosa. Noté que alguien me tocaba el rostro y me obligué a abrir los ojos. Me encontré con el rostro de Mikela a pocos centímetros de la mía. Gruñí, pero ella no pareció sorprendida y busqué fuerzas para darle un golpe y borrarle la sonrisa, pero no pude moverme. Mi cerebro dio la orden, pero mi cuerpo estaba anclado al suelo, como si todas las fuerzas me hubieran abandonado. La verdad es que nunca antes había pensado que golpearía a una mujer, pero Mikela había jugado con todo lo que amaba, era algo peor que una mujer.

—¿Te gustan mis alas? —Siseó, y no respondí—. No puedes matarme, Nicolás...

—Sí, puedo —gruñí e intenté levantarme sin ningún resultado. De un salto, Mikela se montó sobre mí.

—Me pregunto qué sabor tendrá la carne de un semidiós. —Y sin decir nada más, estiró una de sus enormes garras y la incrustó en mi pecho. Grité de dolor cuando ella revolvió sus dedos en el interior, rozando mis costillas. Lo retiró tan solo para probarlo, dándole una lamida, y en sus ojos vi un brillo de hambre. Quise revolverme y alejarme de ella, pero el dolor me atenazaba y me anclaba al piso. Maldije a mi padre, hasta los últimos momentos de mi vida me jodería la vida. ¿Acaso, simplemente no podía morir? Mikela volvió a hincar otro dedo en mi vientre y aullé del dolor.

—Voy a probarte... síiiii —siseó, y sus alas se batieron—. Alitas, alitas..., voy a probarte, hummm... Muero de hambre, esos niños no fueron suficiente —lloriqueó—. Voy a comerte, Nicolás. —Su sonrisa me dio repugnancia y sentí la bilis subiendo por mi garganta. Esto no debería estar sucediendo, este no podía ser su final. Ella no podía matarme. Iba a morir y del peor modo. Hasta que oí un grito.

—¡Sobre mi cadáver, puta! —Giré el rostro y vi a Nina transformándose en el aire para caer sobre Mikela e incrustarla contra la roca lejos de mi cuerpo. Mikela siseó e intentó moverse, pero Nina fue más rápida, muy, muy rápida, casi como si fuera un fantasma. Le arrancó un ala de un mordisco, y recibió un dedo apuñalándole el costado, pero no se detuvo. Gruñó y volvió a morderla, esta vez su brazo. Mikela soltó un par de golpes que Nina recibió sin problemas y rápidamente buscó el lugar blando entre el cuello y el hombro, y lo mordió. La agilidad de la gata fue impresionante. Nicolás oyó el chasquido de sus dientes y el sonido de los huesos de la bestia rompiéndose. La maldita le hincó nuevamente los dedos como puñales, hundiéndolos en su piel, pero Nina no la soltó y mordió con más fuerza demostrando su fortaleza. La sangre se desparramaba por su boca, la bruja gorgojeó con su propia sangre y su cuerpo quedó flácido, colgando solamente del agarre de Nina. Recién cuando Mikela dejó de moverse por completo, la soltó. La cabeza de la maldita colgaba de un tendón hacia un lado y tenía una mueca asquerosa de horror.

Tomé una dolorosa bocanada de aire y dirigí toda mi atención a Nina. Un

resplandor brillante la envolvió, y aulló cuando recobró su forma humana apoyándose contra la roca. Lentamente se quitó las manos de Mikela que seguían incrustadas en su cuerpo y se agachó a mi lado. Sus manos temblaban y por el lazo percibí el dolor que estaba sintiendo.

—Debería matarte por lo que has hecho —rugió con los dientes apretados, como si con aquello pudiera cortar el aire. Su mirada glacial me estremeció, pues estaba furiosa. Me ayudó a levantarme, me senté con su ayuda y le eché una mirada a Mikela, o lo que quedaba de ella. Los seres, contra los que había luchado, habían desaparecido y formaban montículos de barro maloliente—. ¿Por qué no tienes fuerzas? —Me espetó Nina. Comprobé que había recobrado el uso de mis piernas y me puse de pie, dejando que ella me ayudara a erguirme. Percibí la satisfacción de saber que ella estaba allí, para mí. Se sentía bien. Yo nunca había mostrado debilidad ante nadie, simplemente no podía permitírmelo, hasta que conocí a Nina.

—Mi padre... —siseé. Nina se giró alarmada buscándolo entre las sombras—. No, no está aquí. Él fue atacado.

—¿Y eso es malo? ¡Maldición, Nicolás! Después de todo lo que nos hizo...

—No, tan solo que no esperé que doliera. —Le sonreí e intenté besarla, pero me detuvo con un gruñido bajo.

—¡Ni lo intentes! —Me gritó mientras me soltaba—. Saldremos de aquí y te juro que no te saldrás tan rápido de esto..., voy a matarte.

—Nina —murmuré—. Yo solo...

—¡No! —Me cortó en seco nuevamente—. No voy a discutir aquí, sé que crees que soy débil, pero me importa una mierda.

—Nina —insistí, tirando de ella, pero se soltó de mi agarre.

—Salgamos de aquí... —gruñó. Estaba cabreada, pero me tomaría todo el tiempo necesario para enmendarlo.

—No creo que seas débil. —Confesé para mí mismo, aunque cuando ella me observó supe que había hablado en voz alta. Noté su desnudez y, torpemente, me apresuré a quitarme la chaqueta. Ella la aceptó de mala gana. Cuando pisamos la entrada, el sol nos recibió de lleno, devolviéndonos el calor. Eché un vistazo a la herida, pero ya estaba cerrada. Todo había sucedido como había dicho mi madre. Mi teléfono eligió ese momento para sonar, quitándome la sonrisa.

—¿Zander...?

—Nicolás, ¿dónde estabas? Te necesitamos aquí, esto es un infierno. ¡Maldición! Necesitamos toda la ayuda que puedas darnos. —No supe qué responder, lo único que hice fue tomar la mano de Nina y correr mientras mantenía el teléfono pegado a mi oreja y oía los gritos y estruendos como sonido de fondo. Debería haberlo sabido. Malditos sean. Habían atacado cuando estaba lejos.

—¡Por la diosa! ¡Nicolás, hay ángeles por todos lados...! —Gritó Zander.

—Voy para allí y, Zander... protégelos. —Dicho esto corrimos hasta un lugar cubierto. Esta vez usaría un modo más rápido de llegar. Debía salvarlos.

—¿Qué sucede? —Preguntó Nina agitada.

—Están atacándolos... —gruñí mientras sentía mi fuerza volver aumentando dada la furia que corría por mis venas—. ¡Madre! —Grité mirando al cielo—. Espero que sepas qué haces... ¡Nina! —Dije soltando su mano—. Transfórmate.

—¡Malditos! —Gruñó ella, y sentí a la gata fluyendo dentro de Nina—. No podremos llegar... —maldijo y comenzó a transformarse.

—Sí lo haremos, ahora eres mi pareja —dije eso y destellamos con Nina hacia la S.A.

Hero maldijo en el momento que aquel ángel cayó sobre él alejando a Sal de su agarre. No los habían visto venir y cayeron sobre ellos como un martillo. Un gran y horrendo martillo de miles de toneladas que casi habían triturado sus huesos. Estaban dedicándose un último beso cuando ocurrió. La mujer a la que Nicolás conocía, llamada Dora, junto a Ben y otras pitonisas habían predicho que, pasadas las nueve de la mañana, el ataque caería sobre ellos.

Nueve de la mañana. Con el sol apuntando su dulce luz a la tierra.

Malditos sean. Habían dejado a muchos adentro, encerrados. Había muchas especies que no podían combatir al sol, pero habían solucionado eso dejando a los asesinos dentro de las fuertes paredes de la S.A. por si algo sucedía. Los cachorros y los niños habían sido trasladados en dos grupos. Una parte estaba en las entrañas profundas de la S.A., en el quinto subsuelo del mismo, otra parte se encontraba en las viejas instalaciones humanas. Ben había arreglado las instalaciones para el cuidado de los cachorros. En la antigüedad, aquellos lugares habían servido para albergar a los prófugos, asesinos y toda una cantidad de perversos, y ahora custodiaba la vida de varias generaciones de oscuros y humanos.

Muchas de las hembras habían decidido quedarse allí, cuidando de todos. Era raro. Afuera, el caos estallaría en unas horas, adentro la paz reinaba. Resultaba extraño cómo el mundo encontraba una situación límite para poder llegar a la paz deseada. No había diferencia entre los humanos y los oscuros, e incluso las razas más peligrosas se habían autoconvocado a una paz impuesta por ellos para contener el desastre. Era insólito ver a una hidra conviviendo con una mantícora, sin que hubiera muerte de por medio. Pero allí estaban. Habían llegado muchas especies, por así decirlo. Hero no creía que la palabra «personas» calificara para lo que eran, ya que muchos parecían salidos de películas de ciencia ficción. ¡Qué mierda!, había algunas que ni siquiera él sabía que existían. Hadas, arpías, centauros, cíclopes, hasta creyó haber visto un maldito unicornio. ¿Qué cuernos era esto? ¿Una fiesta...? ¿Dónde estaban Papá Noel y los Reyes Magos cuando los necesitaban?

Su sonrisa cayó cuando pensó en Sal, pues necesitarían toda la ayuda... y eso incluía a esos seres. Por lo que sabían de los Escritos, fueron doscientos los ángeles caídos a las tinieblas según Enoch, cuyos apócrifos de la Biblia se encontraron en el Mar Muerto junto con tantos otros textos de Historia Sagrada. *Historia humana*, claro está.

Nadie sabía cómo podía terminar esto. Los humanos se habían dividido y algunos habían decidido seguir a la diosa, mientras que los más cerrados de mente aún

defendían a los ángeles y se declaraban los Enemigos de la Diosa. Pobres imbéciles...

Hero pensó que los humanos eran una raza volátil, ya que después de tantos siglos, aún se aferraban a los antiguos Escritos. Según la Biblia, los ángeles eran seres superiores a los humanos, y, aunque nadie hablaba de los oscuros, estaba dicho que también se creían superiores a ellos. Hero levantó los ojos al cielo recordando el ataque que habían sufrido, el daño que los supuestos ejércitos de Dios les habían hecho a todos, y cómo sus únicos aliados habían sido los caídos. Caídos, se repensó eso y creyó que los malditos Escritos deberían ser reescritos nuevamente porque los que los estaban atacando no eran los caídos, sino que eran ángeles con sus malditas alitas blancas..., bueno, al menos parte de ellos, ya que varias fuentes confirmaron que los atacantes tenían las alas... distintas.

Sal había decidido quedarse en la casa de Nicolás... Hero tomó un coche blindado y la llevó él mismo. Él debía volver a la S.A. Sabía que debían reorganizarse, y rápido. Aun así, no se había atrevido a dejarla sola, además se tomó ese tiempo a solas con ella para contarle sobre su nuevo cargo. Sal había saltado y vitoreado como si él hubiera ganado algún campeonato, y eso lo hizo feliz, y le devolvió un poco de calma. Ella empezó a hablar de organizar una fiesta, una cena, y Hero le rogó a la diosa que le diera tiempo con ella, le pidió protección. Su compañera era fantástica, una hembra fuerte y decidida. Estiró la mano y le acarició la mejilla mientras ella seguía contándole todo lo que podrían hacer para festejar por su puesto como centinela.

—¿Estoy hablando demasiado? —Le preguntó, y él negó con la cabeza.

—Sabes Sal, nunca creí que estaría vivo en este momento. —Tragó con fuerza y le echó un vistazo. Ella estaba muy quieta—. Me salvaste de las sombras cariño. Cuando te conocí, era la mitad del hombre en que soy ahora. Tengo cosas que nunca... nunca creí tener, una compañera, amigos, las chicas. Soy parte de algo, ¿sabes? Y tú me diste eso. Ojalá pudiera encontrar un mejor modo para ayudarte con la sed, pero créeme, siempre podrás beber de mí, porque si sigo vivo, o muerto, es por ti. —Tuvo que volver a mirar a Sal, ya que ella no hizo ningún sonido, estaba quieta como una estatua mirándolo—. Di algo, Sal —suplicó.

—Yo... yo. —Sal limpió una lágrima que corrió por su mejilla y sonrió—. Hero, somos afortunados de tenerte, pero, por sobre todo, soy la hembra más feliz del mundo porque eres todo para mí.

—Te amo cariño —susurró mirándola. Ella se estiró y le dio un beso rápido.

—Te amo, Hero. Salgamos de esto y luego haremos el amor por días. Terminemos con esto.

—Te tomaré la palabra —murmuró, y ella rio.

Después de esa declaración atravesaron las enormes puertas de la entrada, y él

dirigió el coche hasta la entrada de la casa de Nicolás, y fue justo cuando el ataque sucedió. Hero le estaba dando un último beso bajo la pérgola, cuando una fuerza lo golpeó y fue despedido hacia atrás, cayendo cerca de la puerta. La misma fuerza que los golpeó, hizo tambalear las columnas y una roca cayó sobre su pierna. Gritó de dolor, levantó la vista solo para buscar a su compañera, e intentó quitar la roca mientras veía a Sal tirada en el suelo quien, con una columna sobre su pecho, estaba totalmente expuesta al sol. Ella gritaba de dolor y se retorció, pero no podía levantar la pilastra. Hero procuró quitarse lo más rápido que pudo la roca de encima, pero no fue tan veloz..., y lo primero que escuchó fue el sonido del batir de alas y su respiración se agitó al saber lo que venía. Vio como un ángel descendía lentamente entre ellos, y comenzó a maldecirlo para que se fijara en él. Sus alas no lucían hermosas como las de Irizadiel, ya que estaban chamuscadas en las puntas y los bordes. Siguió gritándole todo lo que se le pasaba por la cabeza, pero el maldito primero se detuvo a mirar a Sal y luego a él. Le sonrió de lado con malicia y levantó su mano como si quisiera que él viera con qué la iba a matar. Llevaba un cuchillo enorme y brillante, que parecía crepitar como el fuego, y aquellos ojos grises lo miraron y el nuevo centinela tembló. Estaba seguro de algo, ellos habían perdido todo atisbo de vida. Hero sintió la urgencia de salir de allí y vio, con horror, cómo caminaba hacia Sal. Su capa y su toga bamboleándose con el viento; su instinto lo llevó a pujar con más fuerza para moverse, intentó enviar un manto de protección hacia ella, pero no lo logró. ¡Maldición, no podía estar ocurriendo esto! Todo su cuerpo le gritaba que la cubriera, que la ayudara..., malditos fueran. Era su compañera y no la dejaría morir.

—¡Déjala en paz, hijo de puta! —Le espetó y lanzó hacia él una gran ola de energía que habría derribado a varios hombres, pero el ángel no se movió, tan solo parecía haberlo empujado en el hombro, como si fuera un simple empujoncito de un niño. El maldito echó un vistazo hacia él y le dedicó una sonrisa por sobre su hombro. Maldijo con más fuerza cuando él estuvo a solo dos pasos de ella, apuntándole hacia el cuello con aquella terrible arma. Sal se removía furiosa, sus colmillos tan extendidos que casi no podía cerrar la boca, y siseando malditamente fuerte. Hero gritó con dolor sabiendo que lo inevitable ocurriría si no podía quitarse esa cosa de encima... ¿Dónde estaba Nicolás? ¿Por qué mierda no los ayudaba?..., pero en ese momento algo increíble pasó.

Una sombra alada apareció frente a sus ojos y otro ángel cayó golpeando al que amenazaba a Sal contra el muro. Por un momento se oyeron sonidos de golpes y gritos, pero Hero no podía ver lo que sucedía desde donde estaba. Se enfocó en Sal que pujaba por mover lo que la aprisionaba y esperó lo peor cuando unas alas se aparecieron en su campo de visión... Gruñó intentando quitarse con más fuerza la roca, hasta que una mano se posó sobre ella y la levantó como tuviera el peso de una

pluma. Hero levantó la vista, asombrado, para encontrar a Phill allí. Se quedó tieso ante la imagen de poder que imponía el nefilim.

—¿Qué mierda? —Espetó. Phill lo saludó con un movimiento de cabeza mientras se quitaba para que Hero se pusiera de pie y, sin dudar ni un minuto, fue por Sal, le apartó la columna y la corrió a la sombra. Parecía que los ojos de ella iban a salirse de sus órbitas, y se sostenía el pecho jadeando. Hero siguió la mirada de Sal y notó que observa a Phill asombrada. Jadeó cuando notó algo que no había notado cuando corrió la roca. El jodido nefilim tenía alas, no lo había notado antes, pero ¡tenía alas! Quiso maldecir, pero se contuvo. Aunque él no lo dijo, Phill posó sus ojos sobre él y dijo:

—¿Qué pasa, centinela, aún me odias? —Hero quiso reír, y lo hubiera hecho si su mandíbula no estuviera completamente abierta por el asombro.

—¿Phill? —Articuló forzándose a hablar. La última vez que lo había visto fue cuando había secuestrado a Sal. Hero se movió sin dejar de mirarlo con asombro.

—Creí que habíamos superado la etapa de odio..., ella es tuya ahora y me alegro por eso. —Él volvió sus ojos a Sal, que ya no se quejaba. Phill había levantado una de sus hermosas y blancas alas y la cubrió del sol.

—Yo..., gracias —tartamudeo, sintiéndose estúpido.

—Vamos, no hay tiempo para esto, necesito que hagan algo por mí. —Miró al cielo, y Hero siguió su mirada. Irizadiel batallaba con dos ángeles y otros seres que no reconoció por la luz del sol; estaban junto a ella—. Busquen la piedra azul dentro de la casa. Es imperioso que lo hagan, y no la entreguen a nadie, salvo a Irizadiel o a mí —dijo eso y emprendió vuelo. Hero quiso preguntarle más, pero miró a Sal y corrió dentro.

—Tiene alas —susurró aturdida, y él sonrió.

—Sí, lo vi, Sal, una piedra azul... ¿Dónde?

—¿Qué? —Algo sonó a lo lejos, como un golpe seco, la casa derrumbándose tal vez. Enormes grietas se abrían en las paredes como heridas sangrantes.

—Piensa, Phill dijo que debíamos buscar la piedra azul.

—¡Maldición! —Sal empujó a Hero un momento antes de que la parte del hall de entrada se derrumbara y, con ella, la hermosa araña que Nicolás atesoraba hace siglos—. ¿Dónde mierda esta Nicolás? —Gruñó ella mientras se quitaba pedazos de cemento de la ropa.

—Matando a la maldita de Mikela. Vamos, debemos encontrar la maldita piedra.

—Últimamente maldices demasiado —protestó ella, y él le soltó una risa cálida. Recorrieron la casa peleando, pues había otros dentro, no eran ángeles ni humanos, era como si los zombis de las películas de terror pulularan por allí.

—Están poseídos —dijo Sal mientras le daba un puñetazo a uno que se acercaba a ella de forma predatoria—. Hero... —Él torció el cuello de uno, lo dejó caer y

observó a Sal—. Creo que decirte ahora que no los mates no cuenta, ¿no? —Sus puños se cerraron, maldiciéndolo.

—*Nop*. Creo que eso debías decirlo antes, cariño.

—¿Y cómo mierda iba a saberlo...? —Chilló.

Así pasaron más de media hora y los ruidos de la pelea fuera de la casa no menguaban. Siguieron peleando y buscando, debían hallarla. No había ni un rincón que no estuviera destrozado, y la casa parecía a punto de colapsar sobre ellos. Los cuadros y los mobiliarios estaban destrozados. Afuera, la pelea continuaba. Cuando llegaron a la oficina de Nicolás, la ventana explotó, soltando fragmentos de vidrio hacia dentro. Hero cubrió a Sal, encarcelándola entre su cuerpo y la pared, cubriéndola de los vidrios y el sol. Cuando se giró, una arpía se levantaba entre los cascotes. Hero la observó, pero ella volvió su atención hacia afuera, agazapándose sobre sus cuatro patas o, más bien, dos patas y dos manos, ya que su cuerpo era humano.

—Protege a la piedra..., protégela. —Le echó un vistazo rápido. Les dijo en un chillido animal que ambos se cubrieron los oídos. Cacareó un poco más y algo cayó sobre ella.

Hero volvió a cubrir a Sal, que empuñaba un cuchillo. Sobre la arpía cayó un ángel y la sostenía contra el suelo, sobre su espalda. La arpía se movía intentando alcanzar con sus manos ganchudas los ojos del ángel o algo que pudiera destrozarse, pero no lo lograba. Los vieron luchar, incapaces de moverse, hasta que un minotauro abrió un hueco aún más grande en la pared y entró balanceando una poderosa e inmensa hacha. Los minotauros eran inmensos humanoides con cabeza y cola de toro, mezcla de hombre. Por lo general, medían más de dos metros, pero Hero estaba seguro de que este superaría esa marca. Se decía que si durante un combate resultan lastimados, entran en un estado de furia llamado *berserk*. Él quería ver eso, pues ya se mostraba más que malo ahora, así que no podía imaginar cómo sería en ese estado. Los movimientos fueron rápidos. Hero vio cómo la arpía sostenía al ángel en un abrazo atroz, imprimiéndole toda la fuerza que le quedaba, mientras el minotauro daba un duro golpe con el hacha en la espalda del ángel, justo en su columna y entre sus alas. Lo próximo fue ver cómo la arpía salía de debajo del caído y el minotauro terminaba la tarea cortándole la cabeza. Y eso fue todo: el jodido ángel había quedado reducido a cenizas. Ambos, la arpía y el minotauro, los miraron.

—La piedra, búsqüenla, guerreros, la diosa los necesita. —El minotauro gruñó eso y salió disparado, y luego salió la arpía—. ¿Por qué todo el mundo creía que debían cumplir sus órdenes?

—¿Cómo mierda se supone que la encontremos? —Gruñó.

—No lo sé.

—Piensa en un lugar donde Nicolás la escondería, piensa solo en un lugar.

¡Vamos, Sal! Conoces a Nicolás mejor que yo —o no—. Dudó un instante recordando que Nicolás había dicho que nunca le había mostrado su habitación a nadie ni siquiera a Sal. Pero él la había visto, sabía cómo era y todo lucía lo suficientemente viejo como para que la piedra estuviera allí. La jaló por la escalera cuando una idea se cruzó por su mente.

Su cuarto, debía estar en su cuarto. Nicolás tenía un montón de objetos allí, muchos antiguos de otros mundos que él no había conocido..., estaba claro que el centinela nunca hacía algo por nada, así que quiso sonreír cuando recordó cómo intencionalmente lo había conducido hasta allí.

—¿Dónde vamos? —Exigió Sal, pero él no tenía tiempo para contarle todo. Así que como una bala corrieron hasta la habitación de Nicolás. La puerta de madera estaba cerrada. Hero le dio una patada y la arrancó de las bisagras. Se sorprendió al ver que la habitación estaba casi intacta. Sal parecía sorprendida, pero imaginó que él luciría igual la primera vez que la vio. Comenzaron a buscar por el lugar. Revolvieron las cosas mientras más sonidos de estruendos y estallidos se colaban desde el exterior.

Maldición, maldición, maldición.

Cuando había terminado con todos los cajones, Hero se maldijo. Sabía que estaba aquí, pero ¿dónde? Un temblor lo hizo trastabillar y se fue de bruces al suelo. Maldiciones salieron de su boca. Echó un vistazo a Sal que trataba de mantener el equilibrio. Se tomó un momento para un largo respiro, bajó la cabeza y entonces..., la vio. Realmente la vio. La piedra azul era inconfundible, estaba colocada allí, en el medio de un diseño tallado en el suelo. Varias imágenes se arremolinaban a su alrededor, pequeños soles y lunas, diferentes orbes. Allí, rodeándola. Y Hero supo que era esa.

—La tengo —rugió y quiso tomarla, pero cuando la piel de su mano hizo contacto con la piedra, esta lo quemó y un zumbido, algo parecido a un grito, surcó el aire. Cuando terminó, parecía que la tierra se había tragado el aire de la habitación. Hero se levantó cauteloso y se asomó por una ventana buscando la fuente del sonido, pero todo estaba muy quieto. Tanto los aliados a la diosa como los ángeles parecían quietos, demasiado quietos. Una doxy de mediana estatura señaló a la lejanía y fue cuando él lo vio. Un enjambre volaba hacia ellos, en todas las direcciones posibles...

—¿Qué? ¿Qué cuernos es... eso? —Sal tembló a su lado y él le pasó un brazo sobre los hombros sin apartar la mirada.

—No creo que sean abejas, cariño. —Cuando la masa se acercó aún más pudieron distinguir figuras... eran ángeles. Condenados infiernos. Los superaban en número... La batalla volvió a cobrar vida, pero tanto Sal como Hero sabían que eran pocos para enfrentarlos. *Muy pocos*.

—La piedra —le dijo, y Sal no se movió—. Sal, debemos sacarla, no sé por qué, pero me suena a que nos dará una ventaja... ¡Vamos! —Le gritó. Y con un

estremecimiento, ella volvió a la vida. Se arrodillaron frente a la piedra.

—¿Qué demonios es?

—No lo sé, pero casi se siente como si latiera... —La tierra tembló y ninguno de los dos tuvo que preguntar nada, sabían que los ángeles estaban allí. Se escuchaba la pelea, los aliados aún luchaban. Se miraron una vez más y volvieron por su objetivo.

—Es como si la maldita cosa estuviera arraigada a la casa.

—Es una piedra —gruñó Sal. Quiso quitarla y gimió cuando sus dedos se chamuscaron.

—Es algo más... —Siguieron luchando, sin saber cuánto tiempo habían pasado de rodillas. Intentaron romper el suelo, pero nada sirvió. Hero había usado su cuchillo para arrancarla como se hace con la mala hierba, pero no pasó nada. Maldiciendo y negándose a dejarla, siguieron buscando mil formas. Sus frentes estaba perladas por el sudor y sus ojos brillaban con determinación. En ese momento, Irizadiel cayó dentro. Hero se levantó de un salto para golpear lo que fuera que venía por ella. Corrió hasta el hueco en la pared y lo que vio fuera lo desalentó. Irizadiel gimió suavemente y él gruñó. Volvió hacia ella e Irizadiel sonrió. Tenía el rostro golpeado, se formaban moretones en sus mejillas, y un hilo de sangre se arremolinaba en su ropa. Sal la tomó de los hombros y la recostó sobre sus piernas mientras le acariciaba el cabello como a una niña.

—Irizadiel, la encontramos... —susurró. Hero se giró hacia la piedra y reuniendo todas sus fuerzas la tomó. Por un momento quedó paralizado por la facilidad con la que salió. Había luchado un buen rato y de pronto la piedra estaba allí, en su mano... Gruñendo por el dolor, se la colocó en la mano a Irizadiel. Pensó que tal vez ella también sisearía por el calor, pero no lo hizo. Ella giró su rostro hermoso, le sonrió y cerró su mano.

—Vamos, Irizadiel, resiste. ¡Nicolás te necesita, demonios del infierno, yo te necesito...! —Gritó él. Ella parpadeó y se llevó la piedra a su pecho lentamente, como si acunara una flor, con la delicadeza de una caricia y gritó cuando esta tocó la piel que quedaba expuesta por el escote de su vestido.

—Detente, Irizadiel... —gritó Sal, pero ella no la oyó. Hero la tomó de la mano, instándola a que alejara la piedra de ella, pero ni siquiera pudo moverla.

—No teman..., no teman —murmuró cuando el grito cesó—. *A tu derecha, a tu izquierda, arriba y abajo, solo cuando muera la última de las esperanzas* —murmuró y les dedicó una sonrisa.

—¡Por la diosa, Irizadiel!, no hagas esto... —gimoteó Sal, y Hero quiso zarandear a la hermosa angelita, que parecía más débil que nunca.

—No teman —volvió a decir y su sonrisa los envolvió. Y cuando menos lo esperaron, Irizadiel destelló, estallando en una luz pura, blanca y potente que los cegó al instante. Con los ojos cubiertos, percibieron el calor.

Hero creyó que era hermoso..., lo más parecido al sol que hubiera sentido hace siglos. El calor lo reconfortó, como si lo hiciera olvidar del pasado, como si pudiera curarle las heridas del alma..., como una caricia. Sintió aquel poder haciendo vibrar cada una de sus células, era un calor tan suave, tan delicado y estimulante que se sintió encender..., se sintió curar.

Hermoso.

La fuerza fue tan grande que los echó hacia atrás, golpearon sus espaldas contra los muros y se cubrieron los ojos hasta que la luz pareció ser absorbida por un agujero negro... Les zumbaron los oídos y cuando la luz desapareció, la hermosa ángel ya no estaba allí. No había rastro de nada, como si ella nunca hubiera estado allí... Un temor se instaló en el pecho de ambos mientras se miraban, respirando con dificultad, y desde afuera se colaron gritos de terror, como si la peste hubiera venido por ellos. No podían haber perdido.

Hero se puso en pie sintiéndose liviano..., como si se hubiera desecho de un gran peso. Observó a Sal que también parecía molesta por algo. Sus ojos se encontraron y él le dedicó una cálida sonrisa. La amaba y no permitiría que muriera, *no hoy*. Cuando los gritos aumentaron, corrió hacia el hueco que había hecho Irizadiel al entrar, con Sal pisándole los talones, y lo que vieron..., simplemente los dejó mudos... Ángeles, ángeles grises, ángeles estallando. ¿Qué mierda era eso?

Eva maldijo. Todo estaba por comenzar y sus músculos estaban agarrotados. No sabían nada de Nicolás. ¿Qué hubiera pasado si Mikela lo hubiera matado? Maldición, no podía ni pensar aquello. Él era como su hermano, está bien que más de una vez lo había mirado de un modo que no debía, pero era su familia, y no tendría que haber ido solo. Había insistido en ir, pero Nicolás se había empeinado en que la necesitaba allí. Sus nervios estaban a flor de piel y le gruñía a todo el que la fastidiara. Dos horas antes de la lucha, tomó a Sal y Carim y los arrastró hasta una sala que encontró despejada. Tenía que decirlo antes de que la loba la tomara y no pudiera hablar. Debía decirlo.

Decírselo a ellas. Siempre había sido distante, había demostrado su cariño, pero nunca les había dicho cuánto las amaba. Sus hermanas.

—¿Eva? —La llamó Carim cuando caminó hasta el rincón y no las miró.

—Esto es lo que soy, ¿saben?

—¿Qué?

—Su hermana, su amiga, soy una elemental, soy esto. Fui entrenada para tiempos como estos y ahora... —no se atrevió a decirlo. Ponerlo en palabras significaría que fuera real. Y ella no quería eso. Siempre había cubierto sus sentimientos. Sal y Carim estaban para eso, ella se guardaba bajo una coraza y escondía sus miedos, pero ahora...

—Todas tenemos miedo —Eva sonrió a Sal y una lágrima se derramó en su mejilla.

—Todo estará bien —susurró Carim y se sentó en una silla, apoyando los codos en sus piernas mientras se frotaba las manos.

—Tengo un mal presentimiento —articuló, pero lo demás no salió de su boca. Un nudo se había formado en su garganta.

—Estaremos bien —Sal jaló a Carim obligándola a pararse y tomó la mano de ella. Se dieron un abrazo, descansando sus cabezas juntas. Muchas cosas habían pasado. Eva sabía que no había peor cosa que la pérdida de un elemental, y dolía, dolía mucho—. Las amo, hermanas, son aquello en lo que me refugio —susurró Sal—. No importa quién o qué esté en el medio, siempre serán mis hermanas, mi familia. Ahora y siempre. Son lo único que tengo —declaró con un sollozo.

—Tienes a Hero... —dijo Carim y una gota de tristeza se coló en su voz.

—Tal vez hubiera sido mejor dejar de acostarse con tantos y buscar a uno, una pareja.

—Si salimos de esta te juro que lo haré —declaró Carim.

—No se preocupen, ellos vendrán...

—Siempre juntas —susurró Eva, y sus hermanas se le unieron.

—Siempre.

Cuando el sol dio en sus ojos, a un paso de la puerta, sabía lo que tenía que hacer. Convirtió sus miedos en furia cuando Carim corrió. Eva corrió hacia un cambiante acorralado por dos ángeles que lo atacaban desde el cielo. Tomó impulso y parecía que se eyectaba para saltar sobre los malditos que flotaban a metros del suelo, pero antes de tocar al ángel, alguien la chocó a medio camino haciéndola caer de forma dolorosa. Gruñendo se levantó, y vio cómo un tipo alto y rubio luchaba con uno de los ángeles. Tomándolo del tobillo lo jaló a tierra y enterró un cuchillo en su garganta para luego retorcerle el cuello, y así terminar con él. El asesino se encargó del otro. Ella casi, solo casi, sonrió ante la destreza de aquel macho. Definitivamente, debía de ser igual de hábil en la cama, con todos esos músculos ondeando bajo su ropa, pero cuando él la miró por encima del hombro para dedicarle una sonrisa petulante, ella gruñó.

—¡Maldito arrogante! —Le gritó, aunque sabía que de su boca solo había salido un gruñido.

—Linda lobita... —le dijo de una forma molesta y tan lasciva que la estremeció y, sin, prestarle más atención, volvió a la pelea. Ella lo siguió con toda la intención de devolverle el maldito favor y cargarle su próxima muerte. Pero Carim fue primero, la vio golpear de lado y, sin dudarle, corrió hacia ella. El dolor explotaba en su lazo. Tomó a un ser que no sabía qué era, y lo jaló lejos de Carim. Chequeó el lazo y notó que Sal también luchaba. Eva no sabía por qué, pero la lucha casi había hecho que el lazo fuera más palpable que nunca.

—*No quiero perderlas* —fue lo último que había dicho antes de salir de la habitación, y lucharía por eso...

A su lado, un cambiante se enfrentó a ella. Un ángel que lucía extraño se levantaba ante ellos, sobre sus pies, observando con horror cómo sus alas desaparecían carbonizándose. Un brillo los envolvió y todos se cubrieron los ojos. Lo próximo que supo es que Nicolás estaba allí, con Nina.

Carim golpeaba todo lo que tenía cerca. Un ángel quiso tomarla por el lomo y la cola, pero un asesino se había adelantado tumbándolo al suelo. Gruñó como un animal, aunque mantenía su forma humana. Carim sabía que era algo más que eso, incluso olía a ¿lobo? ¿Por qué mierda no cambiaba? La ayudó a levantarse, no sin antes golpear a un ser gris que hondeaba una espada hacia ellos. La cubrió con su cuerpo y

en un ágil movimiento tomó el arma y la hundió hasta que pasó hacia el otro lado del tipo. Carim, o más bien su gata, estornudaron con el olor pútrido de la sangre de aquel bicho. El asesino la observó un momento.

—¿Sabes que las niñas como tú debían quedarse adentro, cierto? —La respuesta de Carim fue un rugido, se apoyó sobre sus patas traseras y cuando él hizo una mueca, saltó. No sobre él, claro estaba, pero había esperado que él se corriera o se asustara... y sí, una mueca de confusión destelló en su rostro para luego desaparecer cuando Carim le arrancó de un mordisco la cabeza a un ghoul. Miró hacia el hombre deseando poder hablar con claridad, pero no podía, así que tan solo lo miró con una sonrisa burlona en su rostro.

—Niña, tu culo, hijo de puta —pensó y resopló, y fue por más.

Por el rabillo del ojo lo vio pelear mientras una horda de soules embestía contra ellos. Niña... ¿niña? Rugía en su interior, empujando esa bronca a los soules. Aquellas cosas podían desmaterializarse de un momento a otro, pero Carim sabía esperar y moverse y cazar... Esas cosas bailaron a su lado, materializándose a cada instante para tirarle golpes que Carim esquivaba sin problemas, hasta que entendió el ritmo en que lo hacían. Esperó, uno. Esperó, dos. Esperó, tres. Tiró el zarpazo golpeando al soules en el pecho, lo tumbó y saltó encima. Eva estaba allí inmovilizando al otro... La maldita cosa no se quedaba quieta... hasta que Zander llegó con ellos y le cortó el cuello.

—Son geniales, chicas —les dijo y sonrió.

Destellé en medio del caos.

Las instalaciones de la S.A. estaban cubiertas, había metal en las ventanas y la puerta estaba trabada. Afuera pude apreciar el caos que reinaba y sentí mi corazón desbocarse de dolor cuando un ángel dejó caer de gran altura a un oscuro, del cual no conocía ni el nombre, pero, aun así, dolía. Eché un último vistazo a Nina y le susurré que tuviera cuidado, y corrió directo a la batalla. Me negaba a dejarla sola, así que, siguiendo a la masa de pelos que era ahora, corrí derribando a todos los que querían atacarla.

Vi a Zander luchando, estaba del otro lado y, en total, pude contar más de veinte ángeles. Por un momento me vi tentado a preguntar dónde estaban los demás, pero no había tiempo. Algo me golpeó logrando que casi perdiera el equilibrio, pero en un instante Hass estaba allí. Hass era uno de los elementales de Zander, sonrió de lado cuando me salvó de un ángel que caía en picada hacia mí. Por un momento, lo miré confundido antes de que volviera a la batalla. Él era uno de los más peligrosos de los elementales, se sabía muy bien que donde había una pelea, bueno, él, básicamente, la había iniciado o la había continuado, cualquiera de las dos. El íncubo amaba pelear y aquí danzaba como una bailarina con una maldita sonrisa en el rostro.

Pronto se le unió Furcht, otro de sus hermanos. El cambiaformas era tan bueno como Hass, aunque parecía molesto por estar aquí. Al menos alguien no se sentía como pez en el agua, pensé. Me sorprendí al no encontrar allí a Leiden. Los tres malditos elementales eran letales. Leiden era un licántropo y, por más que siempre era más calmado que sus hermanos, no era el menos terrorífico. No por nada los tres se llamaban *terror, odio y dolor*.

Corrí en su ayuda cuando se vieron superados en número, aunque no parecía incomodarlos. Arranqué el ala de un ángel y clavé la mano a través del caído. Pero después de eso, todo sucedió de repente y no justamente para mejorar la situación. Alguien golpeó mi cara y caí de espaldas, Nina saltó apartándolo de un empujón colocándose como escudo sobre mí. Le di una palmadita en la pata para que me permitiera levantar. Los gritos surcaban el aire y el olor acre de la sangre se palpaba en el aire.

Un grito estridente cortó el aire y todo el mundo tembló. Nos cubrimos los oídos sin lograr mucho y cuando levanté la cabeza noté que pocos ángeles quedaban en pie, miré a mi alrededor y percibí que había muchos oscuros en el suelo. Una horda de ángeles se arremolinaba sobre nuestras cabezas como buitres. Instintivamente, todos nos tensamos esperando la llegada de un nuevo ataque, pero luego algo pareció

llamarlos. Algunos se marcharon espantados, otros cayeron en picada mientras sus alas se carbonizaban en el aire haciéndolos caer como rocas contra el suelo para no moverse nunca más. No sabía qué había ocurrido, todos nos quedamos quietos de pie con las armas listas..., pero nada de eso ocurrió.

Nos miramos confundidos al verlos alejarse despavoridos, algo había pasado. Alguien gimoteó a mi lado y di la orden para que acudieran los equipos médicos y la puerta de la S.A. se abrió. Los equipos médicos acudieron por los heridos con eficiencia, mientras en mi interior algo me decía que no estábamos a salvo. El maldito infierno podría enfriarse antes de que estuviéramos a salvo. Noté a Vívika entre los médicos y curanderos que se arremolinaban sobre los heridos; la loba parecía muy eficiente dictando órdenes en el caos. Nina estaba a salvo, Eva y Carim estaban de pie. Mentalmente busqué a Sal. Sabía que estaba viva.

¿Qué era lo que había hecho que los ángeles se marcharan? No podía ser por mi padre..., tenía que ser algo más. Suspirando, percibí cómo Carim y Eva intercambiaban una mirada preocupada. Se miraron un momento más y se dirigieron hacia Nina, que estaba rompiéndole el cuello a uno que se movía.

—Debemos ir por Sal... —les dije notando la inquietud de las elementales. Sabía que algo había ocurrido, su lazo nunca se equivocaba. Zander apareció casi frente a nosotros, tan solo a unos metros—. Z... ¿Cómo está Ben?

—Bien, está organizando el caos y hablando con las pitonisas. Parece que no hay más ataques sobre la S.A. o tal vez los ángeles solo trabajan hasta el mediodía. La cosa es que todo el mundo está inquieto. Las pitonisas repiten una y otra vez... algo —añadió suspirando y frotándose los ojos—. No sé qué, es casi indescifrable, algo ocurrió, aunque no sé qué...

—¿De qué hablan, Z? —Pregunté.

—Ellas repiten algo como: *la chispa de la vida está aquí...* —murmuró, levantó los hombros y sacudió la cabeza, y yo me petrifiqué comprendiendo poco a poco a qué se referían—. Algo indescifrable, *la chispa no puede morir...*, *bla, bla, bla, solo el amor la alimentará...* algo así...

—¡Mierda! —Grité y lo fulminé con la mirada. Debí haberlo pensado antes, habían venido buscando eso, la desaparición de mi padre no los habría detenido. ¿Quién sería el que vendría por la chispa ahora?

—Eh... —me gritó Z chasqueando los dedos delante de mi cara, llamando mi atención—. Parece que tú si sabes de qué hablan. Te has puesto blanco como el papel. Llévate mi coche, no hay mucho que quede en pie, está escondido a unos kilómetros al sur. Lo encontrarás, sigue por esa línea —observé el estacionamiento rápidamente, y mi amigo estaba en lo correcto. Todo estaba destrozado, miré en dirección hacia donde él señalaba y asentí—. Solo prométeme una cosa... —dijo mientras Vívika se abrazaba a su cuerpo y me dedicaba una cálida sonrisa—. Lo quiero sin pelos, chicas

—dijo señalando a las dos gatas y la loba que le respondieron gruñendo.

—¡Debo ir por Sal! —Dije sin una gota de humor. Zander me miró y asintió con rapidez—. Reúne a todos los que puedas. —La mirada de Zander se endureció.

—¿Cuánto tiempo? —Exigió con seriedad.

—Lo más rápido que puedas —susurré y le di una palmada en el brazo—. No sabemos que puede venir.

—Bien..., te veo luego —respondió, y me entregó las llaves.

—Zander, agradece a tus chicos —le grité a la pasada.

—¿Los has visto luchar? ¿Dime si no son una máquina? —Dijo con orgullo mientras se ponía manos a la obra y se marchaba hacia adentro. Carim y Eva gruñeron y me dieron un empujón en la pierna. Les dirigí una mirada de lado. Los ojos de ambas centellearon y dejaron que se filtraran palabras por el lazo natural que unía a los elementales con su centinela. Ellas soltaron palabras como: *Le cortaré las bolas. Malditos engreídos. Sucios ignorantes. Jodidos cabrones.* Aunque podría decir que pude oír varias malas palabras más con diversas combinaciones, con todas las posibles. No tenía ni idea qué había ocurrido, pero estaba seguro de que algo había hecho cabrear a las chicas.

—Debemos irnos —les informé mientras llegábamos a la valla del linde de la S.A.—. El coche está a unos kilómetros. —Antes de marcharnos pude ver a los elementales de Zander apilando cuerpos.

—¿Son tuyas? —Me preguntó Hass señalando a las chicas. Ellas gruñeron como respuesta y ahora comenzaba a entender quiénes eran los que las habían molestado.

—Sí, Carim y Eva son mis elementales. Nina... —dije señalándola—. Es mi compañera.

—Felicitaciones por eso, Ikkar.

—Gracias, chicos. Debemos irnos, tenemos una urgencia. —Ellos se enserieron—. Zander les explicará —dije mientras las chicas aún gruñían—. Los veo luego.

El coche de Z estaba en perfecto estado, y dejarlo lejos había sido muy inteligente de su parte. Debería felicitarlo luego. A la carrera busqué cualquier cosa que pudiera atacarnos, pero no había nada. Incluso el aire parecía más liviano. No sabía qué había pasado y por qué se habían presentado tan pocos ángeles. Se decía que serían más de doscientos, pero allí había solo una veintena o más. Si contaban a todos los que se había espantado serían unos cuarenta. Apreté el paso, pensando cómo estarían Sal y Hero. Sabía por la unión que me necesitaban, pero el motivo era un misterio. Abrí la puerta trasera y me hice la anotación mental de mandar a limpiar el coche de Zander después de que todo se calmara. Ni bien me senté, el teléfono sonó. Era Hero, atendí al instante.

—Estamos a salvo, pero debes ver esto —me dijo y sonreí agradecido porque estaban a salvo aunque su tono de voz me dejó preocupado.

Tardamos más de media hora en llegar, pues las calles estaban atestadas de barricadas, y murallas improvisadas. Cuando lleguemos a mi casa, todo era un completo desastre. Había cuerpos y cenizas regadas por toda la propiedad. Me sorprendió encontrar a seres que hacía mucho tiempo no veía, seres que servían a mi madre. Un minotauro, que estaba parado junto a la puerta de la entrada, me hizo una reverencia cuando me vio. Observé alrededor y noté a dos minotauros; una sílfide estaba arrodillada junto a un cíclope; vi a un grifo junto a una mantícora y una arpía. Percibí a Hero, que estaba ayudando a una doxy. Le eché un vistazo a mi exhermosa casa e hice una mueca de dolor. Carim y Eva saltaron del coche en búsqueda de Sal y la hallaron junto a otro oscuro, a las sombras de la casa.

—¿Qué pasó aquí? —Nina había cambiado y se estaba metiendo en unos pantalones ajustados. Esperé hasta que ella llegó a mi lado y levanté los hombros sin saber muy bien qué debía responder.

—Están muertos —dijo Hero acercándose a nosotros y resaltando lo obvio.

—Lo sé —admití aún con una mueca de dolor. Mi hermosa casa.

—¿Mikela? —Preguntó el asesino.

—Muerta —gruñí—. Nina la mató. —Hero observó a Nina sorprendido.

—Bien hecho Nina, tienes mi respeto —declaró Hero—. ¿Tu padre?

—Aún no sé qué pasó con él, pero tengo la sensación de que está muerto. Dime, ¿qué ocurrió aquí? —Hero se giró y miró a Sal. Ella le dedicó una mirada triste y asintió—. ¿Qué? —Indagué—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—Irizadiel... —balbuceó y tomó fuerzas—. Irizadiel, no sé... —Hero se pasó una mano por el pelo sin encontrar un modo para decírmelo.

—¿Qué pasó con ella? —Exigí.

—Será mejor que entremos a la casa y te lo explicaré todo —afirmó y comenzó a caminar. Mis pies estaban anclados al suelo ante la idea de que algo le pudiera haber ocurrido a mi hermana. Nina tiró de mi mano hacia donde Hero se dirigía. Nos metimos en la casa que se veía aún peor que desde afuera. Hero se detuvo y me miró.

—Estaba aquí, luchando junto a Phill —señalo hacia un rincón. Mis ojos encontraron al nefilim con... alas. La pregunta debía haberse dibujado en mi rostro ya que Hero continuó—. Y sí, antes de que digas nada, tiene alas. Y ellos buscaban una piedra. —Se me heló la sangre y giré la cabeza tan rápido que mi cuello sonó.

—¿La encontraron? —Indagué.

—Sal y yo la encontramos, no podíamos quitarla del piso, estaba en tu habitación —añadió arrugando la nariz. Cerré los ojos y maldije. Mi madre había disfrazado muy bien la chispa—. Lo lamento, sé que no te gusta que hayamos entrado a tu cuarto, pero tu hermana insistió.

—Lo sé. ¿Qué ocurrió?

—Cuando la toqué hubo un sonido agudo y, bueno, después los ángeles vinieron

como una bandada de moscas sobre nosotros. Ahí fue cuando apareció tu hermana, ella... —Hero se miró los pies.

—¿Qué? —Lo encaré apretando los dientes.

—Le dimos la piedra como nos había pedido, gritó y desapareció. —Fruncí el ceño y miré al cielo. Tragando con fuerza sopesé la idea de que mi hermana se hubiera inmolado con la chispa de la vida por el bien de todos. El dolor se me agolpó en el pecho y me sentí caer—. Lo siento Nicolás. —Me quedé allí sin escuchar nada más.

En algún momento, Nina me llevó a una habitación, me desvistió y me recostó en una cama, pero no podía dormir. Me quedé en silencio allí tendido en la cama, con la vista clavada en el techo y con el corazón partiéndose de a poco, sintiendo el dolor carcomiéndome. Por las noches, Nina dormía a mi lado, y las chicas venían todos los días, pero después del tercer día entendieron que no quería hablar. Hero pasaba horas sentado junto a la cama, me contaba de la S.A., de sus intenciones de estar a cargo de unos elementales o, simplemente, intentaba calmar mi dolor infundiéndome energía. Zander acudía dos veces al día con Vívika a su lado. Ella me chequeaba los signos vitales, y lo tranquilizaba diciéndole que simplemente estaba allí catatónico, pero vivo.

Pasaron horas.

Pasaron días.

Pasaron semanas...

Un día me levanté de la cama sin previo aviso. Como si mi alma hubiera decidido que ya era hora de despertar, caminé hasta el baño, me lavé el rostro y salí de la habitación. Encontré a Nina hablando con Clif en la cocina discutiendo sobre una comida hasta que notaron que estaba allí. Ambos me miraron sorprendidos, como si fuera una aparición.

—He vuelto —susurré y sonreí de lado. Ella caminó con cautela hacia mí y me abrazó. Clif me tendió un vaso de agua y me sonrió.

—Ha vuelto, mi señor.

—Sí, he vuelto —repetí.

Ben fue el primero en venir. Se sentó conmigo en el salón, me preguntó cómo me encontraba y me habló de desligarme de mis deberes si lo necesitaba. Me negué rotundamente a hacerlo. Lentamente, las cosas parecían haber vuelto a la normalidad. Si así podía decirse, pues aún me sentía muy mal por la pérdida de mi hermana. Intenté parecer normal y volver a la rutina, pero me era imposible. La amargura se colaba en cada uno de mis poros.

Ninguno volvió a ver a un ángel después de que la piedra desapareció de la Tierra. Los gobiernos habían salido a decir que el ataque de los ángeles no había sido justamente eso. Comunicaron por todas las redes posibles que había sido un ataque extraterrestre. En parte, me alegré de que no los culparan por eso. Decían que habían lanzado un ataque a la Tierra con el fin de que todos incurrieran en una guerra, lo que les permitiría tomar el poder de los pocos que quedaran. Los humanos parecieron aceptarlo y volvieron a su vida habitual. Los que habían luchado junto a nosotros habían buscado un lugar más cercano a la S.A. dejando la ciudad a un lado. Se habían instalado en barrios cercanos donde habitaban muchos oscuros.

Sal se había mudado con Hero finalmente..., aunque para desgracia de él, no se habían ido muy lejos, solo al piso debajo de donde vivían con Carim y Eva. Y las chicas planeaban crear una escalera que uniera ambos pisos. Nada podía separarlas... y Hero se había resignado y se había ganado más que mi respeto. Ya no lo obligaban a acompañarlas de compras y su refrigerador estaba lleno de cerveza y comida, por supuesto, no sana.

Zander se había despedido de su departamento de soltero haciendo un berrinche infernal, pero finalmente se lo cedió a sus elementales, y vivía con Vívika en una pequeña casa a cuerdas de la mía. Gracias a la diosa, había tirado sus pantalones de cuero.

Dora seguía viviendo en la S.A. Ben la había contratado de forma permanente. En

el tiempo que habían pasado juntos, el jefe de la Sociedad comprendió que Dora era buena consejera y buena amiga de mi madre, por lo que siempre se aseguraba de tenerla a mano. Las acusaciones en su contra fueron retiradas. Encontramos a un metamorfo muerto tiempo después. Las Aminas habían rebuscado en sus recuerdos y encontraron imágenes de los ataques a la mujer. También supieron que el metamorfo había sido traído de la ex Corea, que le habían arrancado la lengua y lo había forzado solo Dios sabe con qué para que asesinara luciendo como Ben.

Poco a poco había retomado mi rutina, y a veces solía perderme en mis pensamientos, pero siempre había alguien allí para traerme al presente. Parado en la sala de estar, miré una vez más el rincón donde vi a Phill y recordé a mi hermana. Nina llegó desde atrás y me abrazó, logrando apartar mucha de la amargura que me colmaba.

—¿Sabes lo que tomará reparar todo esto? —Dijo y me soltó—. Ni hablar de lo que costará volver a unir eso —indicó y me giré para verla observando un cristal de la hermosa araña que alguna vez había colgado en la entrada.

—Lo haremos —dije suspirando con tristeza. Lo habíamos hecho muchas veces y lo volveríamos a hacer. Ella me sonrió—. Tenemos mucho tiempo para eso.

—¿Has estado pensando en tu hermana, cierto? —Me preguntó y abrió los brazos para envolverme en un protector abrazo.

—Sí, no puedo apartarla de mi mente —admití sabiendo que no podía escondérselo.

—¿Has hablado con... tu madre? —Me interrogó en un susurro.

No. No lo había hecho desde el ataque. Ella había acudido a mí, pero me había negado a verla o escucharla por lo que se retiró en silencio y no volví a verla. Incluso había cerrado con llave el jardín de invierno. Había evitado todo contacto con ella, me dolía el pecho y mi corazón todavía se retorció por el dolor de la pérdida. No podía entender por qué mi madre había permitido que ella se suicidara.

—¿Eh? ¿Nick? —Nina pasó una mano frente a mi cara—. ¿Estás bien? —Le sonreí en respuesta, ella estaba preocupada y las arrugas se formaban en su entrecejo.

—Debo hablar con ella... —admití a duras penas.

—Creo que sería bueno. Tú la amas, debes preguntarle por qué lo ha permitido —susurró. Le había confiado a Nina mi dolor, aunque sabía que no lo necesitaba. El vínculo se había fortalecido de una forma tan poderosa que a veces no reconocía si eran sus pensamientos o los míos.

—Sí —la abracé apoyando la barbilla en su cabeza—. Creo que será lo mejor.

—¿Por qué no vas a hablar con ella?

—Ahora no... —era demasiado pronto.

—Vamos —me instó.

—Mañana —dije—. Recuerda que mañana nos reuniremos aquí.

—¿Nos reuniremos? —Preguntó soltándose de mi agarre.

—La familia y algunos amigos —dije y le acaricié el cabello.

—¿Sabes algo de Phill?

—No —admití—. Nada, tan solo se ha ido.

—Bien —dijo con una nota de dolor al ver mi rostro—. Debes decirme quiénes vendrán. —Le hice una mueca ante su pregunta. Nina aún era un poco arisca, pero en el último tiempo se había unido a las elementales y ellas parecían lograr que ella saliera de su cascarón—. ¡No me mires con esa cara!, querrán comer y no planeo que terminemos devorándonos unos a otros. No le ofreceré el cuello a nadie, bueno, tal vez a Sal, pero nunca termino de entender con qué se saldrán los demás, así que, bien, dime.

Carim, Sal y Eva habían prometido traer el postre. Por lo que a mí respecta, no sabría decir si las chicas sabían cocinar, pero lo que cuenta es la intención, ¿no? Hero venía con el combo. Nos habíamos vuelto muy unidos últimamente. Zander solía insistir con llamarnos los tres poderosos o los tres fantásticos y cosas por el estilo. Hero se reía de sus locuras y a mí me sentaba bien volver a divertirme. Nuestra amistad se había forjado a fuego y ni una vez, el ahora nuevo centinela había fallado. Dora se había ganado el corazón de todos, así que no invitarla era un crimen. Aunque ella era humana, nunca pareció incomodarla. Los oscuros la habían aceptado mejor de lo que ella creía, aunque ella insistía que tan solo la trataban así por la amenaza de Zander. Z vendría con Vívika y era el encargado de la bebida, solo que esta vez planeaba emborracharme en mi propia casa rodeado de la familia. También había invitado a sus elementales, después de que volví a la S.A. me había enterado de que ellos les habían salvado el trasero a las chicas, aunque ellas no lo admitieran. Así que traer a Odio-Terror-Dolor era justo, pero no sabía cómo saldría aquello, tan solo deseaba que ellas los aceptaran sin arrancarles las cabezas.

Y también había invitado a Ben...

Mi relación había mejorado, no planeábamos salidas de pesca al estilo padre-hijo, pero al menos éramos más cercanos y yo mucho más tolerante. Él había aceptado, mejor que todos, mi necesidad de no saber nada de mi madre por un tiempo, y habíamos hablado... mucho, gracias a Nina. Ella había cambiado mi mundo. Adoraba verla correr por el jardín, la dejaba retozar un rato y luego salía en su caza para terminar haciendo el amor en cualquier rincón donde cayéramos rendidos.

Dora y Ben fueron los primeros en llegar y se acomodaron en el estudio observando con detenimiento las piezas de arte. Era bueno que ambos conocieran a

mi madre, no había secretos, y podían hablar por horas.

Luego llegaron las chicas... y los problemas.

—¿Qué? ¿Los has invitado? —Me gritaron Eva y Carim haciéndome retroceder un paso. Miré a Nina y supe que ella les había avisado, pues mi compañera me dio una mirada diciendo: Te-lo-dije.

—¿A quién has invitado? —Inquirió Hero, que se abrazaba a Sal.

—¡A los malditos esos que...! —Comenzó a gritar Carim, pero no pudo terminar.

—Les salvamos la vida, aunque nunca lo admitirán. —Leiden, con su andar animal, tomó rápidamente la mano de Carim y depositó un beso suave en sus nudillos. Ella la retiró y le gruñó, no sin antes esconder sus rosadas mejillas. Sonreí al ver la reacción de Carim, realmente no sabía descifrar si estaba molesta o avergonzada—. Linda gatita —la chicaneó antes de desviarse hacia mí—. Centinela Ikkar.

—Leiden..., bienvenido —dije sonriendo.

—¿Bienvenido? —Gruñó la gata—. ¡Voy a matarte!, quiero que lo sepas.

—¡Compórtate gatita! —La reprendí logrando que ella me gruñera y se perdiera en la cocina—. Bienvenido, Hass. —Ahora era el turno de Eva de gruñir, protestar y reventar en furia, y lo hizo fuerte y claro. Hass la observó de pies a cabeza sin apuros, hasta que me miró.

—Nicolás, ¿cómo estás?

—Bien..., ¿y Furcht? —Pregunté al notar que faltaba uno de ellos.

—Aquí viene, con Z. Estuvieron apostando por cuál de los coches era más rápido, así que traje a Vívika conmigo. —La rubia se metió tras él y Hass utilizó el momento para tirarle un beso furtivo a Eva, que se evaporó tan rápido como pudo.

—Iré con ellas —dijo Sal y se marchó. Vívika se veía bien cuando entró.

—Vívika, bienvenida.

—Hola, Nicolás, bonita casa. ¿Cómo estás? —Dijo avergonzada.

—Bien —le respondí y le di un fuerte abrazo. Luego busqué a Nina. Ella estaba hablando con Hass, y cuando ella señaló una ballesta sobre la chimenea supe de qué hablaban. La nueva afición de Nina: las armas. Suerte de ser inmortal, pensé—. Me alegro de que estés bien. Y gracias por... —no terminé la oración, no sabía cómo, pero ella asintió.

—No tienes por qué agradecerme. Yo he traído ensalada, aunque no sé muy bien si les gustará —murmuró.

—Vívika, todo es bienvenido, somos una familia —dije, y ella me sonrió—. Las chicas están en la cocina.

—¡Nick! Tienes que probarlo —gritó Zander claramente excitado por la velocidad—. ¡Demonios! Ese auto es una mierda por fuera, pero deberías ver cómo ruge. —Furcht entró tras Z.

—No le creas —dijo Furcht—. El mío lo supera en amplia medida.

—No sabes nada, Furcht. —Lo chicaneó Zander—. Debes admitirlo.

Todos estaban allí, sentados alrededor de la mesa y en paz. Me sentí bien y, por primera vez en más de tres semanas, sonreí con ganas. La tensión entre Furcht, Hass y Leiden con las chicas no había desaparecido y me causaba gracia verlas debatiéndose entre agradecer sus halagos o gruñirles. Sal y Hero eran un puerto aparte, estaban calmados y se reían e interactuaban con todos. Vívika y Zander parecían acoplarse a la perfección. Recordé la noche en que me había presentado a Vívika y estaba seguro de que Zander no volvería a usar pantalones de cuero, pues ella lo completaba y lo equilibraba, incluso había comenzado a vestirse mejor. Dora y Ben se divirtieron, hablaron con total normalidad. Ben lucía diferente, cambiado, hablando por primera vez con las chicas como uno más y no como el jefe. Era casi como una familia normal.

Pasamos una velada tranquila, hablando de cualquier cosa, riendo, comiendo y bebiendo. Hass, Furcht y Leiden se habían marchado cerca de las dos de la mañana ya que tenían una búsqueda que realizar y las chicas estaban agradecidas, aunque les habían prometido verlas luego, lo que no les había hecho ninguna gracia.

—Deberíamos hacerlo más seguido —dijo Nina acomodándose a mi lado en el sillón.

—Sería bueno —añadió Sal, que estaba recostada contra el pecho de Hero junto a la chimenea. Zander y Vívika estaban sentados al otro lado. Carim y Eva buscaban música en mi computadora, debatiendo qué sonaba mejor.

—Me gusta esto —dijo una voz que llegó desde mi espalda. Todos nos giramos poniéndonos en guardia.

Irizadiel y Phill estaban parados en la puerta hombro contra hombro.

—Tan solo te pediría, querido hermano, que la próxima vez nos avisaras. —Solté a Nina, brinqué del sillón y en un instante estaba sobre Irizadiel, estrujándola entre mis brazos.

—Yo... yo..., nosotros te vimos..., yo —dijo Sal tartamudeando. Solté a mi hermana para que pudiera responder.

—Sí, ustedes me han salvado, nos han saldado —dijo ella y su mano se depositó en su vientre y la otra aferró la mano de Phill.

Miré su estómago, sorprendido, estaba un poco redondeado, y parpadeé con sorpresa.

—¿Estás...? —Tartamudeé—. ¿Estás embarazada, pero...?

—La vida... —dijo ella sonriéndome—. Vida da, y eso fue lo que ocurrió.

—La chispa —susurró Hero y se acercó.

—¿Qué pasó con...? —No me atrevía a decir el nombre de mi padre en voz alta.

—Hermes está encadenado en lo profundo del mar. Semiazaz, el hermano de

Phill, lo ató allí con un encanto de las nagas. Nunca más volverá a complicarnos la vida —anunció mi hermana.

—¿Tu hermano? ¿El ángel maldito? —Preguntó Sal acercándose.

—Sí, solo que ya no es un ángel y está purgando muchas cosas —dijo Phill sonriendo de mala gana—. Yo, bueno, he llegado a una tregua con él. Él no se siente muy bien, así que estará con Vatur hasta que ella lo crea necesario.

—Hermana —susurré con la emoción colándose por mi voz. Me acerqué una vez más y le besé la frente.

Eso les dio el permiso a los demás para que la saludaran. De un momento a otro, todos estaban sobre ellos. Me aparté un poco y admiré la imagen. Irizadiel me observó mientras Nina me abrazaba. Le di un beso a Nina dejando que la tranquilidad y la alegría se filtraran por nuestro lazo.

—Así que tú eres la mujer que robó el corazón de mi hermano —preguntó Irizadiel acercándose a Nina, que la miraba con los ojos llorosos—. Me alegro por ustedes y gracias por salvarlo... y tú... —me miró fijo— debes hablar con mamá, ella también está molesta por no recibir su invitación.

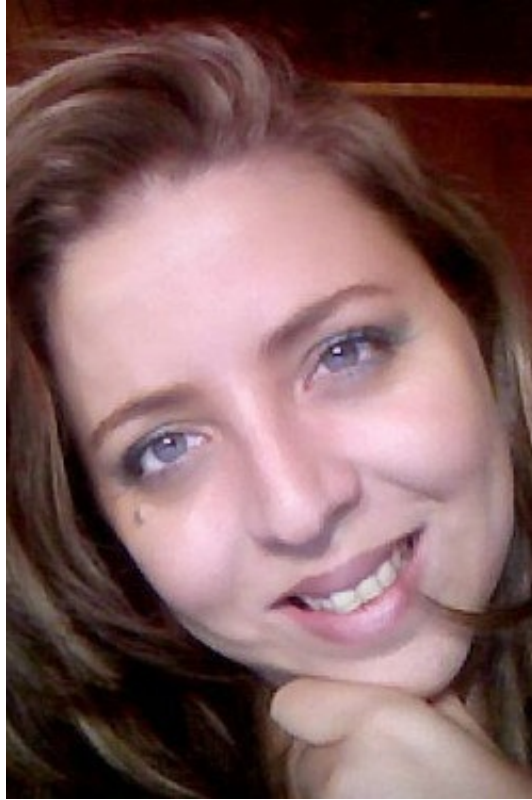
—¡Oh, Diosa mía! —Todos nos giramos a ver a Vívika—. ¿Es un ángel? ¿Son ángeles? ¡Ángeles! —Dijo histérica, y recordé que nos habíamos olvidado de contarle quiénes eran esos dos ángeles. Después de haber peleado con tantos de ellos, era natural que Vívika reaccionara así.

—Es una larga historia —murmuró Zander pasándole el brazo por encima de los hombros para calmarla—. Pero créeme, ella y él son de los buenos... —añadió y la besó.

—¿Aún crees eso de que sería raro ver a tu madre trayendo el postre? —Susurró Nina y sonreí. Estiré la mano para acariciar el vientre de mi hermana. La vida, vida da. No sabía qué significaba, solamente estaba feliz de verla viva.

—No —respondí—. Creo que nada es imposible ahora. La vida es buena.

—*Nomine Vatur, perducatur nos ad aeternitatem.* (En el nombre de Vatur, guíanos hasta la eternidad.) —gritó Phill y todos repetimos la promesa sagrada, sabiendo que no importaba lo que viniera, ahora estábamos más unidos que nunca, más unidos de lo que hubiéramos pensado alguna vez. En algún tiempo.



NELIEL CROSS. (Buenos Aires, Argentina). Neliel Cross es el seudónimo de la escritora Ximena Flores. Vive en la ciudad de Neuquén, en la Patagonia Argentina. Se ha graduado como arquitecta y diseñadora, dos facetas muy distintas a la escritora que nace en ella cada vez que alguna historia se le cruza por la mente.

De pequeña se dedicó a escribir poesía aunque nunca llegó a publicar ninguna y acabaron atesoradas en un pequeño cuaderno azul que guarda como recuerdo. Al ir creciendo llegaron a sus manos los libros que le brindarían la inspiración que años después plasmaría como sus primeras novelas, las cuales comenzó a publicar como autora independiente en el año 2013.

Neliel, no se permite encasillarse en un género en particular, aunque lo que más predomine en sus novelas es el género paranormal, siempre tiene un deje de erotismo y mucha, mucha acción donde todo es posible.

La Sociedad de Asesinos es su primera saga publicada, y aún no sabe a ciencia cierta de cuantos libros contará. Neliel afirma que mientras los personajes sigan contándole sus historias al oído, Nel, seguirá escribiéndolas.